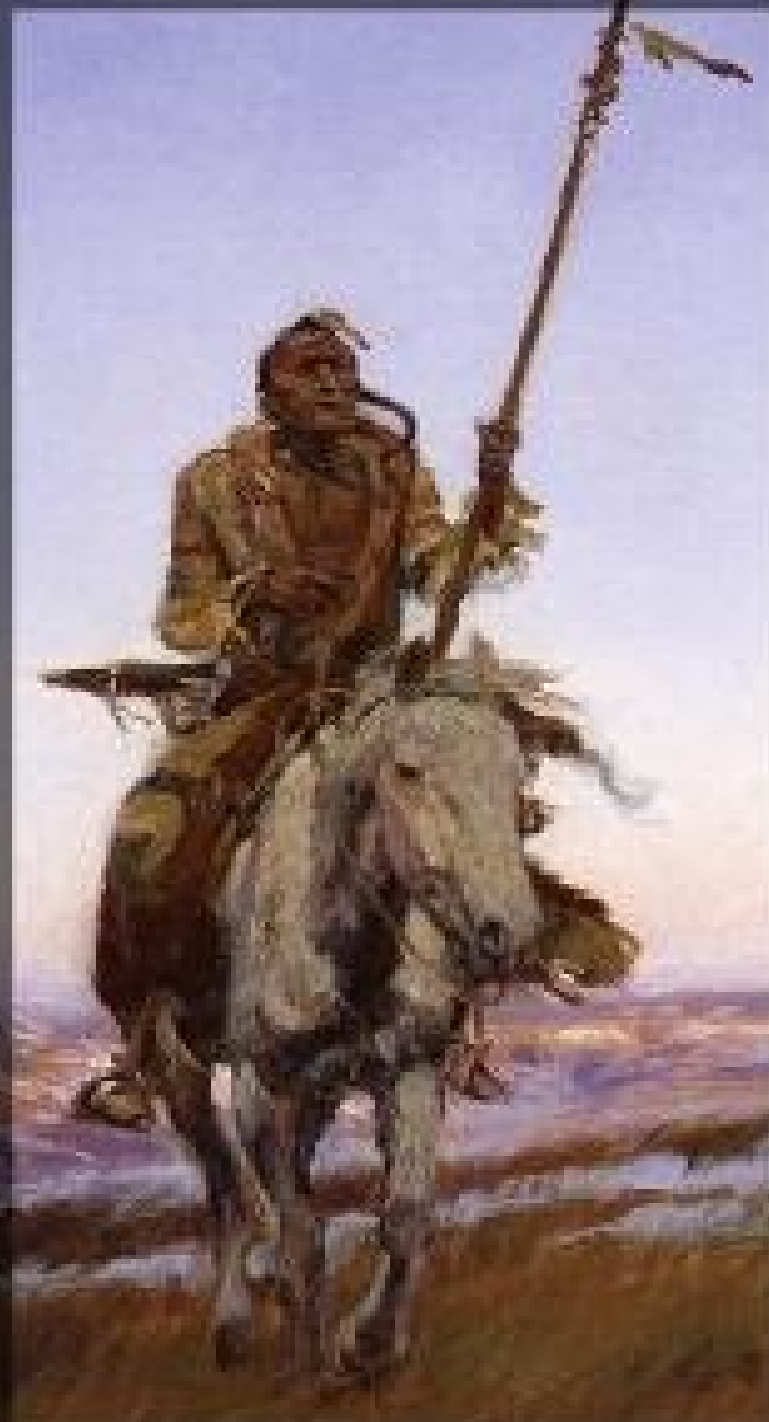


Orson Scott Card



Alvin Maker II:

EL PROFETA ROJO

Lectulandia

El profeta rojo continúa la narración iniciada en El séptimo hijo y se centra en los sangrientos enfrentamientos entre pieles rojas y colonos americanos. Alvin, ahora con diez años, conoce al jefe indio Ta-Kumsaw y a su hermano Tenskwa-Tawa, el gran profeta de los indígenas, y descubre con ellos la música verde de la tierra y el horror de la sangre, además de la misteriosa tela que refleja la urdimbre de la historia.

Lectulandia

Orson Scott Card

El profeta rojo

Alvin Maker -II

ePUB v1.1

Tanodos 30.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: Red Prophet
Traducción: Paola Tizzano
1990 Ediciones B S.A.

MATUTE

En esos días no eran muchas las barcazas que bajaban por el Hio. En cualquier caso, no llevaban pioneros a bordo, ni familias de colonos, ni herramientas, ni muebles, ni semillas, ni algunos lechones con que iniciar una piara. Bastaban un par de flechas encendidas para que los primeros pieles rojas que pasaban se alzaran de inmediato con un precioso botín de cabelleras chamuscadas que luego venderían a los franceses de Detroit.

Pero Matute Palmer no tenía ese problema. Todos los pieles rojas conocían bien su barcaza, repleta de toneles. En el interior de casi todos ellos se mecía el whisky con un rumor inconfundible, prácticamente el único son musical que comprendían los indios.

Pero, en medio de semejante carga, había un barril que no emitía sonido alguno. No llevaba licor sino pólvora, y en su parte superior se distinguía una mecha.

¿Para qué le servía la pólvora? Podían ir flotando corriente abajo, tomando las curvas con las pértigas bien afirmadas, y de pronto aparecer un grupo de canoas atestadas de pieles rojas carapintadas, de la tribu kicky-poo. O quizá vieran arder una fogata cerca de la costa y, alrededor de ella, un corro de frenéticos diablos shawnee dispuestos a arrojar una nube de flechas incandescentes.

Para cualquiera, eso significaba que había llegado la hora de rezar, luchar y morir. Pero no para Matute. Él se plantaba en el centro de la barcaza, con una antorcha en la diestra y la mecha en la siniestra y gritaba:

—¡Que explota el whisky! ¡Que explota el whisky!

La mayoría de los pieles rojas no sabían mucho inglés, pero casi todos entendían lo que quería decir «explotar», por no hablar de «whisky». Y en lugar de flechas y canoas que se le acercaran, muy pronto las canoas de los pieles rojas le ignoraban. Algunos indios gritaban:

—¡Ciudad Cartago!

—¡Eso es! —respondía Matute, y las canoas se deslizaban sobre el Hio, rumbo al lugar donde pronto podrían comprar el licor.

Pero la tripulación... Era el primer viaje que hacían por el río y no sabían tanto como Matute Palmer y por eso la primera vez que vieron a los pieles rojas y sus flechas, se lo hicieron en los pantalones. Y cuando vieron a Matute con la mecha y la antorcha quisieron saltar de cabeza al río. Matute no paraba de reír.

—No tenéis ni idea de indios y licor... —decía—. No harán nada que pueda derramar una sola gota de whisky al Hio. Matarían a su propia madre sin pensarlo dos veces si ella se interpusiera entre ellos y un barril, pero a nosotros no nos pondrán la mano encima mientras yo amenace con hacer volar la barca.

La tripulación se preguntaba para sus adentros si Matute sería realmente capaz de

hacer explotar el lanchón, el whisky y a la gente, toda, a la vez, pero en realidad si lo era.

No tenía por costumbre ni dedicaba mucho tiempo a reflexionar sobre la muerte y el más allá o cuestiones filosóficas como éstas, pero había algo que tenía decidido: cuando muriera, no pensaba hacerlo solo. También creía que si alguien lo mataba, no obtendría provecho de su muerte. Ni soñarlo. Especialmente, ningún piel roja enclenque, cobarde y medio borracho, armado con un hacha de cortar cabelleras.

Pero lo que nadie sabía era que a Matute no le hacía falta la antorcha, ni siquiera necesitaba la mecha. En realidad, la mecha no llegaba hasta la pólvora del barril, para ser honestos. Matute no quería arriesgarse a que la barca volara por accidente. No, si alguna vez tenía que hacer estallar el lanchón, lo único que necesitaba Matute era sentarse a pensar un rato en ello. Y la pólvora no tardaría en calentarse, al poco brotaría un hilito de humo y luego ¡bum!, se acabó.

Efectivamente: Matute era un chispero. Sí, hay quien opina que los chisperos no existen, y para demostrarlo argumentan: «¿Alguna vez te has cruzado con uno, o has sabido de alguien que lo fuera?», pero eso no demuestra nada. Porque si por casualidad uno es un chispero, no va a ir por ahí contándoselo a todo el mundo, ¿o sí? Total, nadie va a contratarlo a uno para valerse de sus servicios. Es demasiado fácil usar yesca y pedernal. O esos fósforos alquímicos... No. La única utilidad que tiene ser un chispero es si uno quiere encender fuego a distancia. Y sólo ocurre cuando el fuego que se va a prender es dañino, para lastimar a alguien, incendiar una casa o hacer volar algo por los aires, esas cosas. Y si uno presta esa clase de servicios, no va a poner precisamente un anuncio que diga «Se ofrece chispero».

Lo peor de todo es que cuando se corre la voz de que uno es un chispero le encasquetan la culpa de cualquier fuegucito que se inicie por ahí. Algún crío enciende una pipa en el granero, el cobertizo se viene abajo tras el incendio, y ¿acaso el chico dice «Sí, papá, lo hice yo solito»? No, señor. Va y dice «¡Debe haber sido algún chispero el que le pegó fuego al granero!», y entonces salen todos a buscarle a uno, el chivo expiatorio del vecindario...

No, Matute no era tonto. Jamás había hablado con nadie acerca de su don para hacer arder las cosas.

Había otra razón por la cual Matute no empleaba casi nunca su facultad. Era una razón tan secreta que ni él mismo era del todo consciente de ella. Lo cierto era que el fuego le daba miedo. Le hacía estremecerse hasta la médula. Como esos que tienen miedo al agua y se embarcan, o esos que tienen miedo a la muerte y se meten a sepultureros, o esos que sienten temor a Dios y por eso se hacen predicadores. En fin, Matute temía al fuego como a ninguna otra cosa, y por eso siempre se veía atraído hacia él, con aquella angustiosa sensación en la boca del estómago; pero cuando le llegaba la hora de encender el fuego, daba mil vueltas, lo postergaba, se le ocurrían

mil razones por las cuales no debía hacerlo... Matute tenía el don, pero era de lo más reacio a ponerlo en práctica.

Pero lo habría hecho. Habría hecho volar esa pólvora, y a los mozos que manejaban las pértigas y a sí mismo con whisky y todo antes que permitir que un piel roja lo matara.

Matute podía tenerle miedo al fuego, pero si se ponía lo suficiente furioso, no tardaría en superar su temor.

Así, era algo bueno que los pieles rojas tuvieran tal adoración por el licor y que no quisieran arriesgarse a derramar una sola gota. Ninguna canoa se acercó demasiado, ninguna flecha surcó el aire para hincarse en sus talones, y Matute, sus barriles, toneles, cubas y tinajas se deslizaron sobre las aguas con toda la tranquilidad del mundo, rumbo a Ciudad Cartago. Éste era el pretencioso nombre que el gobernador Harrison había dado a un fortín con cien soldados allí donde el My-Ammy Chico confluía con el Hio. Pero Bill Harrison era de los que primero ponen el nombre y luego se esfuerzan por hacer que el lugar esté a la altura de la denominación. Y, sin duda, ya había una cincuentena de chimeneas en el exterior de la empalizada, lo cual significaba que Ciudad Cartago no tardaría en ser todo un poblado.

Los oyó aullar antes de que se hicieran visibles sobre el fondeadero. Debía de haber indios que se pasaban la mitad de su vida apostados en la ribera a la espera de que llegara la barcaza con el licor. Y Matute sabía que esta vez estarían especialmente ansiosos: en Fort Dekane, cierta suma de dinero había cambiado rápidamente de manos para que los demás traficantes de licor se vieran retenidos allí hasta que Ciudad Cartago estuviera más seca que la ubre de un toro. Y aquí llegaba Matute con su lanchón cargado hasta los topes como nunca, y esta vez podría venderlo al precio que quisiera, eso seguro.

Bill Harrison podía ser más presumido que un pavo real, dándose aires y haciéndose llamar gobernador cuando nadie lo había elegido, excepto él mismo, pero conocía su trabajo. Hacía formar bien alineados a aquellos muchachos con sus elegantes uniformes, más gallardos imposible, custodiando el muelle con sus mosquetes y dispuestos a cargarse al primer piel roja que diera un solo paso hacia el fuerte. Y no por puro formalismo. Matute se daba cuenta de que los indios estaban más que ávidos. Desde luego, no daban saltos como niños, lógicamente, pero aguardaban de pie, observando, al descubierto, semidesnudos como siempre en verano, sin preocuparse de que alguien pudiera verlos. Allí estaban, mansos como corderos, dispuestos a humillarse y morder el polvo, a suplicar y rogar, a decir por favor, señor Matute, un barril por treinta pellejos de venado, ¡ah!, qué bien sonaba eso. Por favor, señor Matute, un jarro de licor a cambio de estas diez pieles de rata almizclera.

—¡Huiii-joo! —gritó Matute. Los mozos lo miraron como si estuviera loco, porque no sabían el aspecto que tenían esos pieles rojas antes de que el gobernador Harrison se instalara en estas tierras. Había que verlos. Jamás se dignaban mirar a un hombre blanco. Había que agacharse para entrar en sus tolderías y casi asfixiarse entre el humo y el vapor y sentarse a hacer señas y a balbucear en su jerga hasta que le daban a uno permiso para comerciar. Y eran los pieles rojas quienes le miraban a uno desde arriba, con sus arcos y flechas, y uno se moría de miedo sólo de pensar que pudiesen preferir su cuero cabelludo a cuanto uno tuviera para venderles.

Pero ya no. Ahora no llevaban una sola arma. Allí estaban, con la lengua fuera, sedientos de licor. Y se dedicarían a beber, a beber y a beber, y a gritar: «Huiii-joo».

Caerían muertos de un soponcio antes que dejar de beber, lo cual era una perspectiva inmejorable. Matute siempre decía que el único indio bueno es un indio muerto. Y tal como él y Bill Harrison venían llevando las cosas, el alcohol terminaría acabando con todos, y ellos encima pagarían por el privilegio.

Por eso, cuando atracaron en el muelle de Ciudad Cartago, Matute era el hombre más feliz de la tierra. El sargento hasta lo saludó, ¡increíble! Nada que ver con la forma en que lo habían tratado los oficiales de los Estados Unidos en Suskwahenny, para quienes él podía haber sido un excremento pegado a la tabla del excusado. Allí, en aquel nuevo territorio, los hombres de espíritu liberal como Matute eran tratados como caballeros, lo cual para él era sumamente agradable. Que los pioneros y sus horrendas esposas y sus rapaces de cabello ensortijado se dedicaran a cortar árboles, a aclarar la espesura y a cultivar maíz para subsistir. Eso no era para Matute. Él llegaría después, cuando los campos tuvieran un hermoso aspecto y las casas se alinearan ordenadamente sobre manzanas bien trazadas, y entonces llevaría consigo su fortuna, compraría la casa más grande del pueblo, y el banquero se apartaría de la vereda y hundiría los pies en el fango para dejarle paso, y el alcalde lo llamaría «señor». Si para entonces no había resuelto ser él el alcalde.

Este era el mensaje contenido en el saludo del sargento, prediciendo su futuro, cuando puso pie en tierra.

—Descargaremos aquí, señor Matute —dijo el sargento.

—Tengo una carta de embarque —advirtió Matute—, de modo que vigile a sus muchachos, nada de raterías. Aunque apuesto a que debe de haber un barril del mejor whisky de centeno que no sé cómo no fue incluido en la cuenta. No creo que nadie eche de menos ese tonel.

—Tendremos todo el cuidado que usted desee, señor —aseguró el sargento, pero con una sonrisa tan ancha que se le veían hasta las muelas del juicio. Matute supo que hallaría el modo de guardarse una buena mitad de ese barril sobrante para sí. Si era estúpido, vendería el licor a los pieles rojas poco a poco. Uno no se hace rico con medio barril de whisky. No. Si ese sargento era listo, compartiría el licor trago por

trago con los oficiales que pudieran promocionarlo, y si seguía con eso, un buen día el sargento ya no estaría recibiendo barcazas en el fondeadero, no señor, sino sentado en el cuartel de los oficiales con una bella esposa en el dormitorio y una buena espada de acero en la cintura.

Pero Matute no pensaba decírselo al sargento. Tal como él lo entendía, si había que aconsejar a un hombre, es que no tenía cabeza suficiente para aquella tarea. Y si tenía sesos para ello, no hacía falta que ningún contrabandista de licor le dijera lo que le convenía.

—El gobernador Harrison desea verle —le informó el sargento.

—Y yo quiero verle a él —repuso Matute—. Pero primero necesito darme un baño, afeitarme y cambiarme de ropa.

—El gobernador dice que se aloje en la vieja mansión.

—¿Vieja? —repitió Matute. Harrison había construido la residencia oficial hacía sólo cuatro años. A Matute se le ocurría una sola razón por la cual Bill podía haber erigido otra en tan corto tiempo—. ¿Así que el gobernador Bill se ha buscado una nueva esposa?

—Así es —respondió el sargento—. Más bonita imposible, y sólo tiene quince años, ¡qué le parece! Viene de Manhattan, de modo que no habla mucho inglés. O al menos no parece inglés cuando la oyes...

A Matute le venía bien. Hablaba holandés sin ningún problema, casi tan bien como el inglés, y mucho mejor de lo que se las arreglaba con el shaw-nee. No tardaría en hacer buenas migas con la mujer de Harrison. Incluso acarició la idea de... pero no. No, no estaba bien liarse con la esposa de nadie. Matute sentía la tentación a menudo, pero sabía que las cosas se complicaban mucho una vez que uno ponía los pies en esa senda.

Además, en realidad no necesitaba ninguna mujer blanca, con todas esas indias sedientas dando vueltas a su alrededor.

Ahora que Bill Harrison se había vuelto a casar, ¿pensaba traer a sus hijos? Matute no sabía bien cuántos años tendrían los pequeños, pero seguro que los suficientes para saborear la vida en la frontera. Así y todo, Matute tenía la vaga sensación de que para los niños sería mejor quedarse en Filadelfia con su tía. No porque no debieran estar en tierras inhóspitas, sino porque no debían estar junto a su padre. A Matute le agradaba Bill Harrison, pero no lo escogería como custodio ideal para ninguna criatura. Ni siquiera para sus propios hijos.

Matute se detuvo en la puerta de la empalizada. Había un bonito detalle: junto a los conjuros de rigor y a los amuletos que supuestamente debían ahuyentar a los enemigos, el fuego y demás peligros, el gobernador Bill había hecho colgar un cartel del ancho de la cerca. Decía con letras grandes:

CIUDAD CARTAGO

y con letras más pequeñas:

Capital del estado de Wobbish

Que era lo que cabía esperarse de alguien como Bill. En cierto modo, confiaba en que ese cartel fuera más poderoso que cualquiera de los conjuros. Por ejemplo, al ser un chispero, Matute sabía que el conjuro contra el fuego no lo detendría a él. Sólo haría más difícil que pudiera encender fuego cerca del sortilegio.

Pero si prendía una buena fogata en cualquier otro punto, el conjuro aquel ardería como cualquier otra cosa. En cambio, ese cartel donde se denominaba estado a Wobbish y a Ciudad Cartago su capital... vaya, acaso tuviera cierto poder sobre la forma de pensar de la gente. Si uno repite algo lo suficiente, todos empiezan a desear que sea cierto, y con el tiempo termina siéndolo. Bueno, no si uno dice «la Luna se detendrá esta noche e irá hacia atrás», puesto que, para que eso dé resultado, la Luna tendría que escuchar tus palabras. Pero si dices «esa chica es una zorra» o «ese hombre es un ladrón», no importa demasiado que la persona de la que hablas te crea o no: todos los demás comienzan a creerlo y la tratan como si en verdad lo fuera. Así, Matute se imaginó que si Harrison conseguía que muchos leyeran ese cartel donde Ciudad Cartago era capital del estado de Wobbish, algún día podría llegar a hacerse realidad.

Pero, a decir verdad, a Matute no le importaba demasiado que fuera Harrison quien llegara a ser gobernador y erigiera su capital en Ciudad Cartago, o que lo fuera ese abstemio presuntuoso y mojigato llamado Soldado de Dios Weaver, que vivía al norte, allí donde el Tippy-Canoe se junta con el río Wobbish, quien también pensaba ser gobernador y designar a la Iglesia de Vigor como capital. Que lo decidieran entre ellos.

Fuera cual fuese el vencedor, Matute pensaba hacerse rico y vivir a su antojo. Eso, o que todo terminara siendo parte de las llamas. Si alguna vez se veía vencido y acabado, Matute se aseguraría de que nadie pudiera aprovecharse del resto. Cuando a un chispero no le quedaban esperanzas, al menos le cabía la posibilidad de vengarse, lo cual era la única ventaja que según él podía obtenerse de su don.

Bueno, desde luego, un chispero siempre se bañaba con el agua bien caliente, conque no todo era negativo. Era un cambio agradable: salir del río y regresar a la vida civilizada.

Le trajeron ropas limpias y se alegró de poderse quitar del rostro esa barba rasposa. Sin contar con que la india que lo bañó estaba realmente ansiosa por conseguir una ración extra de licor, y si Harrison no hubiera enviado a un soldado para que llamara a su puerta y le metiera prisa, Matute podría haber recogido la primera muestra de lo que ella tenía para ofrecer a cambio. En su lugar, tuvo que secarse y vestirse.

Cuando lo vio dirigirse hacia la puerta, la mujer se mostró realmente contrariada.

—¿Tú volver? —le preguntó.

—Pues claro que sí—repuso él—. Y traeré un barrilito conmigo.

—Pero antes de anochecer...

—No sé... Tal vez sí, tal vez no. ¿Que más da?

—Después de oscuro, pieles rojas como yo, todos fuera del fuerte.

—¿Ah, sí? —murmuró Matute—. Bueno, trataré de estar de regreso antes de la noche. Y si no, me acordaré de ti. Quizás olvide tu rostro, pero no tus manos, ¿eh? Fue un baño delicioso.

La mujer sonrió, pero fue una burda imitación de una sonrisa real. Matute no lograba imaginar cómo era que los indios no se habían extinguido años atrás, con mujeres tan feas. Pero si uno cerraba los ojos podía arreglárselas bastante bien con una piel roja hasta conseguir una mujer de verdad.

Harrison no sólo había construido una nueva mansión. Además, había añadido un nuevo sector a la empalizada. El fuerte era dos veces más grande que antes. Y a lo largo de la empalizada corría un sólido parapeto. Harrison se preparaba para la batalla. Y eso inquietó a Matute. El tráfico de licor no prosperaba en tiempos de guerra. Los pieles rojas que guerreaban no eran los mismos que bebían licor. Matute veía a tantos de ellos ebrios que ya casi había olvidado a los otros. Incluso había un cañón. No, dos cañones. Aquello no le gustó nada.

Pero el despacho de Harrison no estaba en la mansión, sino en otro edificio enteramente separado, una nueva construcción para el cuartel general; la oficina de Harrison estaba en el ángulo suroeste, profusamente iluminado. Matute notó que, además de la dotación habitual de soldados que hacían guardia y llenaban papeles, había unos cuantos indios desparramados por el suelo o sentados en distintas partes del edificio.

Desde luego, los dóciles pieles rojas de Harrison: siempre tenía un par de ellos a su alrededor.

Pero esta vez había más indios domesticados de lo normal, y el único a quien Matute pudo reconocer fue Lolla-Wossiky, un shaw-nee tuerto que parecía el piel roja viviente más beodo de la tierra. Hasta los otros indios se burlaban de él, tan lamentable era su estado, un auténtico lameculos.

Lo que hacía más ridícula la situación era que el mismo Harrison había dado muerte de un disparo al padre de Lolla-Wossiky, quince años atrás. Entonces, Lolla-Wossiky era sólo un chiquillo y tuvo que presenciar el crimen con sus propios ojos. Harrison incluso contaba la historia delante de Lolla-Wossiky, y el indio tuerto y borracho se limitaba a reír, asentir, sonreír y actuar como si no tuviera sesos ni dignidad humana, como el piel roja más bajo y rastrero que Matute hubiera conocido. Ni siquiera pensaba en vengar a su padre asesinado, mientras tuviera licor. No. Matute no se sorprendió al ver a Lolla-Wossiky tendido en el suelo frente al despacho

de Harrison. Cada vez que se abría la puerta, le daba de lleno en el trasero. Resultaba increíble: hacía cuatro meses que no se veía licor en Ciudad Cartago, y Lolla-Wossiky estaba completamente borracho. Vio acercarse a Matute, se incorporó sobre un codo, agitó un brazo a modo de saludo y luego se dejó caer nuevamente al suelo sin decir palabra. El pañuelo que llevaba sobre el ojo vacío estaba fuera de sitio, y se le veía el hueco con el párpado hundido. A Matute le pareció que lo miraba con el ojo vacío. No le gustó la sensación. No le gustaba Lolla-Wossiky. Harrison era la clase de hombre a quien le agradaba verse rodeado de semejantes criaturas -lo hacía sentir bien por contraste, suponía Matute-, pero a él no le hacía ninguna gracia tener que ver especímenes tan miserables del género humano. ¿Cómo era posible que siguiera con vida?

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de Harrison, Matute apartó la vista del piel roja tuerto y borracho para posarla sobre otro hombre, y menuda gracia: por un instante pensó que se trataba otra vez de Lolla-Wossiky, tanto se le parecía. Sólo que tenía ambos ojos, y no estaba ebrio, de eso nada. Este piel roja debía de medir un metro ochenta de pies a cabeza, estaba reclinado contra la pared y tenía el cráneo rasurado por completo, salvo por el típico mechón indio, y vestía con ropas limpias. Estaba erguido, como un soldado en posición de firmes, y ni siquiera miró a Matute. Sus ojos estaban lejos en la distancia. Y Matute supo que ese indio lo veía todo, aun sin centrarse en nada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que viera un indio así, tan frío y con tal dominio de la situación.

Mmm... Peligroso, peligroso... ¿Acaso Harrison se estaba volviendo tan descuidado que dejaba entrar en su fuerte a un indio con esos ojos? ¿Con el porte de un rey y brazos tan fuertes que parecían capaces de tensar un arco fabricado con el tronco de un roble de seis años? Lolla-Wossiky era tan despreciable que a Matute le daban náuseas. Pero este piel roja que tanto se le parecía era su opuesto. Y en vez de dar asco a Matute, lo hacía enfurecer. Se mostraba orgulloso y desafiante como si se creyera un hombre blanco. No: mejor. Parecía creerse mejor que un hombre blanco.

Entonces se dio cuenta de que llevaba un buen rato allí de pie, con la mano sobre el picaporte, mirando al piel roja. No estaba bien dejar que los demás vieran que aquel indio le ponía nervioso. Abrió la puerta y entró.

Pero no habló del piel roja, en absoluto, eso no le serviría de nada. No serviría de nada dejar que Harrison supiera cuánto lo enfurecía e incomodaba un shaw-nee arrogante. Allí estaba el gobernador Bill, detrás de su viejo escritorio, como Dios sobre el trono, y Matute comprendió que algo había cambiado en ese lugar. No era el fuerte lo único que había crecido: la vanidad de Bill Harrison también. Y si Matute quería obtener de su viaje las ganancias esperadas, tendría que cerciorarse de que el gobernador Bill descendiera un peldaño o dos para poder tratar como iguales y no como comerciante y autoridad.

—Vi tus cañones —dijo Matute, sin molestarse siquiera en saludar—. ¿Para quién es la artillería: para los franceses de Detroit, para los españoles de Florida, o para los pieles rojas?

—No importa quién compre los cueros cabelludos. Siempre se trata de los pieles rojas, de uno u otro modo —dijo Harrison—. Y ahora siéntate y descansa, Matute. Cuando se cierra la puerta no hay necesidad de ceremonia entre los dos. —Oh, sí, al gobernador Bill le agradaban los juegos. Parecía un político. Hacer sentir a un hombre como si le estuviera haciendo un favor sólo por permitirle sentarse en su presencia, adularlo haciéndolo sentir como un verdadero camarada antes de birlarle la cartera. Bueno, pensó Matute, yo también conozco un par de truquitos, y veremos quién sale ganando.

Matute se sentó y apoyó los pies sobre el escritorio del gobernador Bill. Tomó una pizca de tabaco y se la embutió en un carrillo. Vio que Bill titubeaba. Señal segura de que su esposa debía prohibirle más de una costumbre varonil.

—¿Un pellizquito de tabaco? —preguntó Matute.

Harrison tardó un minuto en dejar ver lo bien que le vendría.

—Casi he renunciado a estas cosas —dijo con tristeza.

Conque Harrison echaba de menos sus costumbres de hombre solo... Bueno, eso era una buena noticia para Matute. Le daba una oportunidad de desorientar al gobernador.

—He oído decir que trajiste de Manhattan una calientacamás de raza blanca...

Funcionó: a Harrison se le encendió el rostro.

—Me he casado con una dama de Nueva Ámsterdam —corrigió, con voz fría y serena.

Matute ni se inmutó. Eso era precisamente lo que quería.

—¡Una esposa! —dijo—. ¡Pero qué me cuentas! Perdóname, gobernador, eso no es lo que me habían dicho. Tendrás que disculparme, sólo hablaba por... por los rumores que corren.

—¿Rumores? —preguntó Harrison.

—Bah, no te preocupes. Ya sabes cómo hablan los soldados. Me avergüenzo de haberles prestado oídos. Has mantenido intacto el recuerdo de tu primera esposa durante todos estos años, y si yo hubiera sido amigo tuyo o algo así tendría que haber sabido que cualquier mujer que trajeras a tu casa sería una dama, y una esposa como es debido.

—Lo que quiero saber —dijo Harrison— es quién te dijo que ella era algo distinto...

—Pero, Bill, es sólo una conversación de soldados. No quiero que ningún hombre tenga problemas por no saber refrenar la lengua. ¡Acaba de llegar un cargamento de licor, Bill, por todos los cielos! No puedes echarles en cara lo que te han dicho con la

cabeza puesta en el whisky. No, acepta un poco de tabaco y recuerda que tu tropa te quiere bien.

Harrison tomó un bocado de buen tamaño del estuche que le ofrecía y se lo acomodó en la boca.

—Ya lo sé, Matute, no me molesta. —Pero Matute sabía que sí se había molestado. Tanto que no fue capaz de escupir con puntería y no acertó en la escupidera. Una escupidera limpia y reluciente, advirtió Matute. ¿Es que allí nadie escupía ya, salvo Matute?

—Te estás volviendo civilizado —le dijo—. Un día de estos tendrás cortinas de encaje...

—Pero si las tengo... —comentó Harrison—. En casa...

—¿Y vajilla de porcelana china?

—Matute, tienes la mente de una víbora y la boca de un cerdo.

—Por eso me quieres, Bill: porque tú tienes la mente de un cerdo y la boca de una víbora.

—No lo olvides —aconsejó Harrison—. No lo olvides. Sé morder, bien profundo y con veneno. No lo olvides antes de hacerte el listo con tus jugarretas.

—¡Jugarretas! —exclamó Matute—. ¿A qué te refieres, Bill Harrison? ¿De qué me acusas?

—Te acuso de habernos dejado sin licor durante los cuatro meses de la primavera. He tenido que colgar a tres pieles rojas por irrumpir en las bodegas militares, e incluso a mis soldados les faltó la bebida.

—¡Yo! ¡Pero si he traído el cargamento tan deprisa como me ha sido posible!

Harrison se limitó a sonreír.

Matute adoptó su expresión de dignidad ofendida. Era una de sus mejores expresiones, y además no era del todo falsa. Si alguno de los otros traficantes de licor tuviera dos gramos de ingenio habría logrado abrirse paso por el río a pesar de los esfuerzos de Matute por impedirlo. No era culpa de Matute si resultaba ser el tipo más hábil, malicioso, rastrero y escurridizo de un negocio que para empezar no tenía nada de limpio ni de inteligente.

La expresión de inocencia herida duró más que la sonrisa de Harrison, que era exactamente lo que Matute había esperado.

—Mira, Matute... —comenzó Harrison.

—Tal vez sea mejor que empieces a llamarme señor Ulises Palmer. Sólo mis amigos me llaman Matute.

Pero Harrison no mordió el anzuelo. No invocó en absoluto su amistad eterna.

—Mire, señor Palmer —dijo Harrison—, usted y yo sabemos muy bien que esto no tiene nada que ver con la amistad. Usted quiere ser rico, y yo quiero ser gobernador de un estado. Necesito su licor para ser gobernador, y usted necesita mi

protección para poder ser rico. Pero esta vez ha ido demasiado lejos. ¿Me entiende? Podrá tener todo el monopolio que quiera, por lo que a mí respecta, pero si no recibo una provisión regular de whisky de su parte, se lo compraré a cualquier otro.

—Bien, gobernador Harrison, entiendo que haya estado molesto durante un tiempo, y puedo llegar a estar de acuerdo con usted. ¿Qué le parece si tuviera seis barriles del mejor whisky para usted solo?

Pero Harrison no estaba del mejor talante para los sobornos.

—Lo que olvida, señor Palmer, es que si quisiera podría tener todo ese whisky. Bueno. Si Harrison podía hablar claramente, también Matute, aunque él tenía la costumbre de decir esa clase de cosas con una sonrisa.

—Señor gobernador, podría quedarse con mi whisky una vez. Pero luego ¿qué otro traficante querría tratar con usted?

Harrison rió estruendosamente.

—Cualquiera de ellos, Matute Palmer, y tú lo sabes.

Matute sabía reconocer la derrota. Y también se echó a reír.

Alguien golpeó a la puerta.

—Pase —dijo Harrison. Al mismo tiempo hizo señas a Matute de que permaneciera en su silla. Entró un soldado, se cuadró e informó:

—Ha venido a verle el señor Andrew Jackson. De la región de Tennizy, dice.

—Días antes de que lo mande llamar —dijo Harrison—. Pero me complace verlo. No podría estar más complacido. Que pase, que pase.

Andrew Jackson. Tenía que ser ese leguleyo que llamaban Viejo Hickory. Cuando Matute trabajaba en la región del Tennizy, Hickory Jackson era todo un hombre de campo: había matado a un hombre en duelo, cada cierto tiempo descargaba sus puñetazos sobre un par de rostros, tenía fama de cumplir su palabra y se decía que no estaba casado del todo con su mujer, que ella tenía otro esposo en su pasado que tal vez ni siquiera estuviese muerto. Ésa era la diferencia entre Hickory y Matute: él se habría cerciorado de que el marido estuviese bien muerto y enterrado. De modo que Matute se sorprendió de que este Jackson hubiese crecido tanto como para que sus negocios lo llevaran desde el Tennizy hasta Ciudad Cartago.

Pero eso no fue nada comparado con su sorpresa cuando Jackson traspuso la puerta y entró decididamente echando chispas por los ojos. Cruzó la habitación y ofreció su mano al gobernador Harrison. Pero lo llamó «señor» Harrison. Lo cual significaba o bien que era un tonto, o bien que no se daba cuenta de que necesitaba a Harrison tanto como Harrison lo necesitaba a él.

—Tiene demasiados pieles rojas por aquí —dijo Jackson—. Ese piel roja tuerto y borracho que hay al otro lado de la puerta basta para hacer vomitar a cualquiera.

—Bueno... —dijo Harrison—, para mí es una especie de mascota. Mi propia mascota piel roja.

—Lolla-Wossiky —dijo Matute con afán de ayudar. Bueno, no con afán de ayudar precisamente. No le agradaba la forma en que Jackson lo había ignorado. Y Harrison no se había molestado en presentarlo.

Jackson se volvió para mirarlo.

—¿Qué ha dicho usted?

—Lolla-Wossiky —repitió Matute.

—Es el nombre del piel roja —dijo Harrison.

Jackson miró a Matute con frialdad.

—Sólo necesito saber el nombre de un caballo cuando tengo intención de montarlo.

—Mi nombre es Matute Palmer —dijo, ofreciendo su mano.

Pero Jackson no la aceptó. —Su nombre es Ulises Brock —repuso—, y en Nashville debe más de diez libras en impagados. Ahora que los Apalaches han adoptado la unidad monetaria de los Estados Unidos, eso significa que debe doscientos veinte dólares en oro.

Compré esas deudas, y da la casualidad de que tengo los documentos conmigo, porque oí decir que usted comerciaba whisky por esta región, y creo que lo haré arrestar.

A Matute jamás se le había ocurrido que Jackson pudiera tener semejante memoria, o que fuera tan canalla como para comprar las deudas de un hombre, especialmente cuando databan de siete años atrás, lo cual ya nadie recordaría. Pero era verdad.

Jackson extrajo un documento de su bolsillo y lo depositó sobre el escritorio del gobernador.

—Aprecio que haya tenido a este hombre bajo custodia cuando yo llegué —dijo Jackson—, y me alegra decirle que, según las leyes de los Apalaches, el oficial que apresa a un reo tiene derecho al diez por ciento de los fondos recogidos.

Harrison se reclinó contra el respaldo de su sillón y sonrió a Matute.

—Bueno, Matute, más vale que te tranquilices y aclaremos todo esto. O tal vez no haga falta, ya que el señor Jackson parece conocerte mejor que yo...

—Claro que conozco bien a Ulises Brock —dijo Jackson—. Es la clase de truhán de la que tuvimos que librarnos en el Tennizy antes de poder llamarnos civilizados. Y espero que pronto pueda desembarazarse usted también de esta escoria, si quiere que Wobbish sea admitido en los Estados Unidos.

—Da mucho por sentado —dijo Harrison—. ¿Sabe? Tal vez aquí queramos hacer las cosas por nuestra cuenta...

—Si los Apalaches no han podido arreglárselas ellos solos, con Tom Jefferson como presidente, no creo que ustedes puedan hacerlo mejor aquí...

—Hum, tal vez —admitió Harrison—, y digo sólo tal vez, nosotros debamos

hacer algo que Tom Jefferson no tuvo agallas para hacer. Y acaso para eso necesitamos hombres como Matute...

—Lo que se necesita aquí son soldados —persistió Jackson—, y no licoreros.

Harrison meneó la cabeza.

—Usted me obliga a ser directo, señor Jackson, y puedo imaginarme muy bien por qué razón la gente de Tennizy lo envió hasta aquí a entrevistarse conmigo. De modo que iré al grano. Aquí tenemos el mismo problema que ustedes allí, y ese problema puede resumirse en una sola palabra: pieles rojas.

—Por eso estoy perplejo al ver que permite que en su propio despacho haya indios borrachos sentados, como Pedro por su casa. Deberían estar todos al oeste del Mizzipy, está más claro que el agua. No tendremos paz ni civilización hasta que eso sea realidad.

Y ya que los Apalaches y los Estados Unidos están convencidos de que los pieles rojas pueden ser tratados como seres humanos, hemos tenido que resolver nuestro problema con los indios antes de ingresar en la Unión. Es así de simple.

—¿Y bien? ¿Lo ve? —dijo Harrison—. Estamos totalmente de acuerdo...

—Entonces, ¿por qué su oficina está más llena de indios que la calle de la Independencia en Washington? Allí los cherricky trabajan en las oficinas y hasta ocupan cargos gubernamentales en los Apalaches, en a misma capital. Cargos que tendrían que estar en manos de los blancos; y luego vengo aquí y me encuentro con que usted también se rodea de pieles rojas.

—Tranquilo, Jackson. A ver si se serena un poco... ¿Acaso el Rey no tiene negros en su palacio de Virginia?

—Sus negros son esclavos. Cualquiera sabe que de un piel roja no puede hacerse un esclavo: no tienen inteligencia suficiente para ser adiestrados.

—Bueno. Siéntese en esa silla y le explicaré mi posición del mejor modo posible. Le mostraré dos ejemplares notables de shaw-nee. Siéntese.

Jackson tomó una silla y la llevó al extremo opuesto del lugar donde se sentaba Matute. La forma de comportarse de Jackson le encogía el estómago a Matute. Era la clase de hombre que siempre se muestra recto y honesto, pero Matute sabía que no existían los hombres buenos. Podía pensar en un hombre que aún no hubiese sido comprado, o que no hubiese tenido nunca problemas de verdad, o que no tuviera las agallas de salir a tomar lo que deseaba. A eso se reducía toda virtud, al menos tal como lo entendía él. Pero allí estaba ese Jackson, dándose aires y exigiendo a Bill Harrison que lo arrestara... ¡Habrás visto! Un extraño de la región del Tennizy que se aparece aquí exhibiendo un documento de un juez de los Apalaches, justamente, que en la región del Wobbish tenía tanto valor como si lo hubiera escrito el rey de Etiopía. Bueno, señor Jackson, el camino de regreso es largo, y veremos si durante el camino no sufre ningún accidente...

No, no, no, se dijo Matute. En este mundo no se llega a nada por medio de la venganza. Vengarse sólo hace que uno se quede atrás. La mejor venganza es llegar a ser tan rico que los demás deban llamarlo a uno «señor»; ésa es la forma de vengarse de esta clase de tipos. Nada de andar con ataques furtivos. Si llegas a cobrar fama de pendenciero, Matute Palmer, estás perdido.

De modo que Matute permaneció en calma, sonriente en su silla, mientras Harrison llamaba a su ordenanza.

—¿Por qué no invita a pasar a Lolla-Wossiky? Y ya que está aquí, haga pasar también a su hermano.

El hermano de Lolla-Wossiky... Tenía que ser ese piel roja altanero que estaba de pie contra la pared. ¡Qué gracioso que de un mismo palo salieran dos astillas tan diferentes!

Lolla-Wossiky entró con una sonrisa lisonjera, paseando la mirada de un rostro a otro, mientras se preguntaba qué podían querer de él, de qué modo podía complacerlos para que lo recompensaran con whisky. Lo llevaba escrito en el rostro. Su sed, su necesidad, aunque estuviera tan borracho que ni siquiera pudiese caminar erguido. ¿O acaso habría bebido tanto alcohol que ya no era capaz de andar derecho aun en sus ratos de sobriedad? Es lo que se preguntaba Matute, pero la respuesta no tardó en llegar. Harrison extendió la mano hacia el escritorio que tenía detrás de él y tomó una botella y una jarra.

Lolla-Wossiky observó caer el chorro de líquido parduzco dentro del recipiente, y su único ojo brilló con tal intensidad que pudo haber bebido el licor con la sola mirada. Pero no dio un solo paso hacia la jarra. Harrison depositó el recipiente sobre la mesa, cerca del indio, pero el hombre permaneció allí, sonriente, mirando a Harrison y a la bebida, esperando.

Esperando.

Harrison se volvió a Jackson y sonrió.

—Lolla-Wossiky es el piel roja más civilizado de todo el Wobbish, señor Jackson. Jamás toma algo que no le pertenece. Nunca habla si alguien no se dirige primero a él. Obedece y hace lo que le digo. Y todo lo que pide a cambio es una jarra de líquido. Ni siquiera tiene que ser licor de buena calidad. Para él da lo mismo whisky de maíz que ron español del malo. ¿No es cierto, Lolla-Wossiky?

—Muy cierto, señor Excelencia —repuso Lolla-Wossiky. Por tratarse de un piel roja, hablaba con sorprendente claridad. Especialmente, por tratarse de un piel roja borracho.

Matute vio que Jackson estudiaba al indio tuerto con disgusto. Luego, la mirada del abogado de Tennizy se dirigió hacia la puerta, donde apareció el piel roja arrogante, alto y fuerte. A Matute le agradó observar la expresión de Jackson. Del disgusto, su faz pasó abiertamente a la ira. Ira y también temor. Ah, sí, señor Jackson,

usted no desconoce el miedo. Sabe quién es el hermano de Lolla-Wossiky. Es su enemigo, y mi enemigo, y el enemigo de todo hombre blanco que quiera apoderarse de sus tierras, pues en algún momento este piel roja altivo va a enterrarte el hacha en la cabeza y te va a arrancar la cabellera muy lentamente, pero no para vendérsela a ningún francés, señor Jackson. Se la quedará, y se la dará a sus hijos, y les dirá: «Éste es el único hombre blanco bueno.

Éste es el único hombre blanco que no falta a su palabra. Esto es lo que hay que hacer con los hombres blancos.» Matute lo sabía, Harrison lo sabía, y Jackson lo sabía. El indio que acababa de entrar era la misma muerte; era el afán de contener a los hombres blancos al este de las montañas, apiñados en sus viejas ciudades plagadas de abogados, profesores y gentes de alta estirpe que no dejaban lugar para respirar. Gente como Jackson, en verdad. Matute se rió con sorna ante la idea. Jackson era exactamente la clase de hombre de la cual los demás huían rumbo al oeste. ¿Hasta dónde tendré que seguir yendo para que estos abogados me pierdan el rastro?

—Veo que ha reparado en Ta-Kumsaw. Es el hermano mayor de Lolla-Wossiky, y mi muy dilecto amigo... Lo conozco desde que su padre murió. ¡Vea, se ha convertido en un ejemplar imponente!

Si Ta-Kumsaw notó la forma en que se mofaba de él, no dio señales de ello. No posó su mirada sobre ninguno de los que ocupaban la habitación. En cambio, sus ojos atravesaron la ventana que había a espaldas del gobernador. Pero no engañaba a Matute. Sabía que estaba observando, y también se hacía una idea muy clara de lo que Ta-Kumsaw debía estar sintiendo. Para estos pieles rojas, la familia era algo muy serio.

Ta-Kumsaw contemplaba a su hermano sin que se notara, y si Lolla-Wossiky estaba demasiado ebrio para sentir la más mínima vergüenza, eso haría precisamente que Ta-Kumsaw la sintiera por los dos.

—Ta-Kumsaw —dijo Harrison—. Ya ves que te he servido algo de beber. Ven, siéntate y bebe. Conversemos.

Al escuchar las palabras de Harrison, Lolla-Wossiky se envaró. ¿Era posible que la bebida no fuese para él, después de todo? Pero Ta-Kumsaw no parpadeó siquiera, ni dio señales de haber escuchado.

—¿Lo ve usted? —dijo Harrison a Jackson—. Ta-Kumsaw ni siquiera es lo bastante civilizado para sentarse y beber fraternalmente con sus amigos. Pero su hermano menor sí lo es, ¿verdad? ¿No es así, Lolla-Wossiky? Siento no tener una silla para ti, amigo, pero puedes sentarte aquí, debajo de mi mesa, a mis pies, y beberte este ron.

—Usted ser notablemente gentil —dijo Lolla-Wossiky con su modo claro y preciso. Para sorpresa de Matute, el piel roja tuerto no se abalanzó sobre la jarra. En

cambio, avanzó cautamente, cada paso un esfuerzo de precisión, y tomó el recipiente con manos apenas temblorosas. Luego se puso de rodillas ante la mesa de Harrison y, haciendo equilibrios para no derramar el licor, se sentó con las piernas cruzadas.

Pero no estaba frente a la mesa, ni debajo de ella, y Harrison se lo hizo observar.

—Quisiera que te sentaras debajo de mi mesa. Si lo hicieras, lo consideraría un amable detalle por tu parte.

De modo que Lolla-Wossiky inclinó la cabeza casi hasta el regazo y se arrastró sobre el trasero hasta quedar bajo la mesa. Le era muy difícil beber en esa posición, ya que no podía levantar la cabeza y mucho menos inclinarla para vaciar el tazón. Pero se las ingenió de todas formas y bebió con cuidado, meciendo la cabeza de un lado a otro.

Durante todo este tiempo, Ta-Kumsaw no dijo una sola palabra. Ni siquiera demostró que había visto la forma en que humillaban a su hermano. Ah, pensó Matute, cuánto fuego arde en ese corazón... Harrison se está exponiendo demasiado... Además, si es hermano de Lolla-Wossiky, debe saber que Harrison mató a su padre durante las insurrecciones indias allá por los años noventa, cuando el general Wayne luchaba contra los franceses. Un hombre no se olvida de esta clase de cosas. Especialmente un piel roja, y ahora Harrison estaba poniéndolo a prueba, llevándolo hasta el límite...

—Ahora que todos estamos cómodos —prosiguió—, ¿por qué no te sientas y nos cuentas para qué has venido, Ta-Kumsaw?

Ta-Kumsaw no se sentó, ni cerró la puerta, ni dio un paso más.

—Yo hablar por los shaw-nee, caska-skeeaw, pee-orawa, winny-baygo...

—Vamos, Ta-Kumsaw, tú sabes que ni siquiera hablas en nombre de todos los shawnee, y menos aún por las demás tribus...

—... todas las tribus que firmar el contrato de general Wayne. —Ta-Kumsaw prosiguió como si Harrison no hubiera abierto la boca—. Tratado decir que blancos no vender whisky a pieles rojas.

—Es cierto —dijo Harrison—. Y estamos respetando el tratado.

Ta-Kumsaw no miró a Matute, pero lo señaló con el dedo. Para Matute fue como si lo hubiera tocado. Esta vez no lo enfureció: simplemente lo hizo estremecer de miedo. Sabía que algunos pieles rojas tenían tal magnetismo que no había conjuro capaz de protegerte de ellos, y que podían hacerte ir solo a la espesura y cortarte en rebanadas con sus cuchillos sólo para oírte gritar. Eso pensó Matute cuando sintió el odio con que Ta-Kumsaw lo señalaba.

—¿Por qué señalas a mi viejo amigo Matute Palmer? —preguntó Harrison.

—Ah, me figuro que hoy no le agrado a nadie —comentó Matute. Se echó a reír, pero eso no bastó para disipar su temor.

—Él traer barcaza con whisky —le dijo Ta-Kumsaw.

—Bueno, traje muchas cosas —repuso Harrison—. Pero si traje whisky, será entregado al vivandero del fuerte, y no se venderá una sola gota a los indios, puedes estar seguro.

Nosotros acatamos el tratado, Ta-Kumsaw, aun cuando vosotros, los pieles rojas, no lo estáis respetando mucho, últimamente. Amigo, ya no hay barca que pueda navegar sola por el Hio sin peligro, y si las cosas no cambian, calculo que mi ejército tendrá que intervenir.

—¿Quemar aldea? —preguntó Ta-Kumsaw—. ¿Matar nuestros niños con escopeta? ¿A nuestros ancianos? ¿A nuestras mujeres?

—¿De dónde sacas esas ideas? —dijo Harrison, con tono indignado. Pero Matute sabía que Ta-Kumsaw estaba describiendo una acción típica del ejército.

De hecho, fue Matute quien respondió. —Vosotros, los pieles rojas, quemáis vivos a granjeros indefensos en sus chozas y a pioneros en sus barcazas, ¿o no? ¿Por qué supones que vuestras aldeas deban ser más seguras? ¡Dímelo! Ta-Kumsaw siguió sin mirarlo. —Ley inglesa decir: quien matar al hombre que robar sus tierras no ser malo.

Quien matar a hombre para robar sus tierras ser muy malo. Cuando nosotros matar granjeros blancos, no ser malos. Cuando vosotros matar indios que vivir aquí mil años, ser muy malos. Tratado decir que todos permanecer al este del río My-Ammy, pero ellos no quedarse, y vosotros ayudarlos.

—El señor Palmer ha hablado fuera de lugar —dijo Harrison—. Por mucho que vuestros salvajes hagan con nuestro pueblo, torturar hombres, violar mujeres, capturar niños para que sean esclavos, nosotros no declaramos la guerra a los indefensos. Somos civilizados, y nos comportamos de modo civilizado.

—Este hombre vender su whisky a pieles rojas. Hacer que se revuelquen en la tierra como gusanos. Dar su whisky a mujeres indias. Hacerlas débiles como ciervas heridas.

Hacer todo esto.

—Si lo hace, lo arrestaremos —dijo Harrison—. Lo someteremos a juicio y lo castigaremos por violar la ley.

—Si él hacerlo, tú no castigarlo —dijo Ta-Kumsaw—. Tú compartir pieles con él. Tú protegerlo.

—No me llames mentiroso —advirtió Harrison.

—No mentir, entonces —repuso Ta-Kumsaw.

—Si andas por ahí hablando a los blancos de este modo, Ta-Kumsaw, viejo amigo, alguno se enfadará de verdad y te levantará la tapa de los sesos.

—Entonces yo saber que tú arrestarlo. Saber que tú someterlo a juicio y castigarlo por violar la ley. —Ta-Kumsaw lo dijo sin la menor sonrisa, pero Matute había tratado con indios el tiempo suficiente para conocer sus chanzas.

Harrison asintió gravemente. Matute pensó que tal vez no se hubiera percatado de la ironía. Tal vez Harrison pensara que Ta-Kumsaw le había creído. Pero no. Harrison sabía que los dos se estaban mintiendo mutuamente. Y Matute entendió que cuando ambas partes se mienten y cada uno sabe que la otra miente, eso se acerca muchísimo a decirse la verdad.

Lo realmente gracioso de todo esto era que Jackson sí se lo había creído todo, de pe a pa.

—Correcto —dijo el abogado de Tennizy. Lo que separa al hombre civilizado del salvaje es el imperio de la ley. Los pieles rojas aún no habéis avanzado lo suficiente, si no estáis dispuestos a someteros a las leyes del hombre blanco, deberéis haceros a un lado.

Por primera vez, Ta-Kumsaw miró a uno de ellos a los ojos. Posó la mirada sobre Jackson y dijo:

—Estos hombres ser mentirosos. Saber qué ser verdad, pero decir que no ser verdad.

Tú no ser mentiroso. Tú creer lo que decir.

Jackson asintió con seriedad. Parecía tan ufano y virtuoso que Matute no pudo contenerse y calentó un poco la silla que ocupaba el abogado, lo suficiente para que Jackson tuviera que revolverse en el asiento. Eso le restó un poco de dignidad. Pero Jackson seguía dándose aires.

—Creo en lo que digo porque digo la verdad. —Tú decir lo que creer. Pero no ser la verdad. ¿Cuál ser tu nombre? —Andrew Jackson. Ta-Kumsaw asintió. —Hickory.

Jackson se mostró sorprendido y complacido de que Ta-Kumsaw hubiera oído hablar de él.

—Algunos me llamaban así. —Matute calentó su silla un poco más.

—Chaqueta Azul decir Hickory ser buen hombre. Jackson no tenía idea de por qué la silla le resultaba tan incómoda, pero ya le era imposible soportarlo. Dio un salto, se alejó un paso de la silla sacudiendo ambas piernas como para enfriarse. Pero siguió hablando con toda la dignidad del mundo.

—Me alegra que Chaqueta Azul piense eso de mí. Es el jefe de los shaw-nee en la región del Tennizy, ¿verdad?

—A veces —repuso Ta-Kumsaw. —¿Cómo a veces? —preguntó Harrison—. O es jefe ó no lo es.

—Ser jefe cuando hablar verdad —dijo Ta-Kumsaw.

—Pues me agrada saber que confía en mí —dijo Jackson. Pero su sonrisa fue algo fingida, pues Matute se estaba ocupando de calentar el suelo sobre el cual posaba sus pies, y a menos que Hickory supiera volar, no podría encontrar forma de escabullirse.

Matute no pensaba atormentarlo mucho tiempo. Sólo hasta que Jackson diera un par de saltos, y luego intentara explicar por qué estaba bailando delante de un joven

guerrero shaw-nee y del gobernador William Henry Harrison.

Pero la jugarreta de Matute se estropeó, pues en ese mismo instante Lolla-Wossiky rodó hacia adelante y asomó por debajo de la mesa. En su rostro había una sonrisa idiota, y tenía los ojos cerrados.

—¡Chaqueta Azul! —exclamó. Matute notó que la bebida finalmente le había enturbiado el habla—. ¡Hickory! —gritó el indio tuerto.

—Tú ser mi enemigo —dijo Ta-Kumsaw, ignorando a su hermano.

—Te equivocas —dijo Harrison—. Soy tu amigo. Tu enemigo está al norte, en el pueblo de la Iglesia de Vigor. Tu enemigo es Soldado de Dios Weaver, ese renegado.

—Soldado de Dios Weaver no vender whisky a pieles rojas.

—Tampoco yo —repuso Harrison—. Pero él es quien hace mapas de toda la región al oeste del Wobbish. Para poder dividir la tierra en lotes y venderla en cuanto haya matado a todos los indios.

Ta-Kumsaw no prestó atención al intento de enemistarlo con su rival del norte.

—Yo venir a advertirte —dijo Ta-Kumsaw.

—¿Advertirme? —repuso Harrison—. ¿Tú, un shaw-nee que no habla por nadie, me adviertes, aquí, en mi propio fuerte, ante cien soldados que no vacilarán en fusilarte sólo con que dé la orden?

—Respetar tratado...

—¡Pero si eso hacemos! ¡Sois vosotros los que siempre faltáis a los tratados!

—Respetar tratado...

—¿O si no?

—O si no todos los pieles rojas al oeste de montañas unirse para despedazar a hombre blanco.

Harrison se reclinó contra el respaldo de su silla y se echó a reír interminablemente. El rostro de Ta-Kumsaw permaneció impassible.

—¿Todos los pieles rojas, Ta-Kumsaw? —preguntó Harrison—. ¿Te refieres también a Lolly? ¿A mi mascota shaw-nee? ¿A mi indio domesticado? ¿También él?

Por primera vez, Ta-Kumsaw miró a su hermano, que yacía roncando sobre el suelo.

—El sol salir cada día, hombre blanco. ¿Pero acaso estar domesticado? La lluvia caer cada vez. ¿Pero estar domesticada?

—Me disculparás, Ta-Kumsaw, pero este tuerto ebrio que tengo aquí está más domesticado que mi caballo.

—Ah, sí—repuso Ta-Kumsaw—. Ponerle montura. Ponerle riendas. Montar y cabalgar. Ya ver adonde llevar este piel roja domesticado. No a donde tú querer.

—Exactamente donde yo quiero —aseguró Harrison—. No lo olvides. Tu hermano siempre estará en mis manos. Y si alguna vez te sales del lugar que te corresponde muchacho, lo haré arrestar acusado de conspirador y lo haré colgar del

palo más alto.

Ta-Kumsaw esbozó una pálida sonrisa.

—Tú creer eso. Lolla-Wossiky creer eso. Pero él aprender a ver con su otro ojo antes de que tú ponerle la mano encima.

Entonces, Ta-Kumsaw dio la vuelta y se marchó de la habitación. Lentamente, suavemente, sin pavonearse, sin enfadarse, sin cerrar siquiera la puerta a sus espaldas.

Se movía con gracia, como un animal. Como un animal muy peligroso. Una vez, años atrás, cuando estaba solo en las montañas, Matute vio un puma. Eso era Ta-Kumsaw. Un felino asesino.

El asistente de Harrison cerró la puerta.

Harrison se volvió hacia Jackson y sonrió.

—¿Lo ve usted?

—¿Qué se supone que deba ver, señor Harrison?

—¿Acaso debo explicárselo letra por letra, señor Jackson?

—Soy abogado. Me gustan las cosas expuestas con todas sus letras. Si es que sabe deletrear.

—Yo ni siquiera sé leer —dijo Matute jocosamente.

—Tampoco sabes mantener la boca cerrada—dijo Harrison—. Se lo explicaré claramente Jackson. Usted y sus amigos de Tennizy hablan de trasladar a los pieles rojas al oeste del Mizzipy. Supongamos que lo hacemos. ¿Qué nos corresponde? ¿Mantener soldados a todo lo largo del río, vigilando día y noche? Estarán nuevamente a este lado del río en cuanto les dé la gana, asolando, robando, torturando, matando.

—No soy tonto —dijo Jackson—. Será una guerra muy cruenta, pero cuando logremos contenerlos al otro lado del río habrán quedado destruidos. Y los hombres como Ta-Kumsaw... estarán muertos, o nadie confiará en ellos.

—¿Eso cree usted? Pues bien, durante esa larga y cruenta guerra de la cual habla, morirán muchos jóvenes blancos, y también mujeres y niños blancos. Pero yo tengo una idea mejor. Estos pieles rojas se aferran al licor como un potrillo a la teta de la yegua.

Hace dos años había mil pee-ankashaw al este del río My-Ammy. Y entonces comenzaron a emborracharse. Dejaron de trabajar, dejaron de comer, y terminaron tan débiles que la primera enfermedad que apareció por aquí acabó con ellos. Los aniquiló. Si ha quedado un solo pee-ankashaw en estas tierras, yo no he sabido de él. Lo mismo sucedió al norte con los chippy-wa, sólo que allí fueron los traficantes franceses. Y lo mejor del licor es que acaba con los pieles rojas pero no mata a un solo blanco.

Jackson se puso de pie lentamente.

—Me figuro que al regresar a casa tendré que darme tres baños, y ni así

conseguiré sentirme limpio.

Matute estaba encantado de ver que Harrison había perdido la compostura. Éste se incorporó de un salto y le gritó a Jackson de tal forma que Matute sintió cómo temblaba la silla.

—¡Hipócrita, no se haga el magnánimo ni el altruista conmigo! ¡Lo que usted quiere es verlos muertos a todos, igual que yo! No hay ninguna diferencia entre nosotros.

Jackson se detuvo en la puerta y miró al gobernador con disgusto.

—El asesino, señor Harrison, el envenenador, no puede ver la diferencia entre él y un soldado. Pero el soldado sí la conoce.

A diferencia de Ta-Kumsaw, Jackson no se reprimió de dar un portazo al salir.

Harrison se hundió en su silla.

—Matute, debo decirte que este tipo no me cae nada bien.

—No te preocupes —dijo Matute—. Está de tu parte.

Harrison sonrió lentamente.

—Lo sé. Cuando llegue la guerra, todos estaremos de un mismo lado. Salvo tal vez ese amigo de los indios de la Iglesia de Vigor.

—Él también —dijo Matute—. En cuanto estalle la guerra, los pieles rojas no harán distinción entre un blanco y otro. Su pueblo comenzará a morir igual que el nuestro.

Entonces, Soldado de Dios Weaver peleará.

—Sí, pero si Jackson y Weaver emborracharan a los pieles rojas como nosotros, nunca llegaría a haber guerra...

Matute lanzó un salivazo a la escupidera y no falló ni por un milímetro.

—Ese piel roja, ese Ta-Kumsaw...

—¿Qué pasa con él? —preguntó Harrison.

—Me preocupa.

—A mí no —aseguró Harrison—. Aquí tengo a su hermano, completamente ido en el suelo.

Ta-Kumsaw no hará nada.

—Cuando me señaló, sentí que me tocaba con el dedo a través de la habitación. Creo que tiene el don de magnetizar, o de tocar a distancia. Pienso que es peligroso.

—¿No creerás en esas brujerías, verdad, Matute? Eres un hombre instruido. Pensé que estabas por encima de esas supersticiones.

—No lo estoy, ni tú tampoco, Bill Harrison. Cuando hiciste construir este fuerte mandaste llamar a un adivinador para que te dijera dónde había tierra firme, y cuando tu primera esposa tuvo descendencia, llamaste a una tea para que viera cómo se presentaba el niño en el vientre...

—Te lo advierto —dijo Harrison—, no hagas más comentarios acerca de mi

esposa.

—¿De cuál de ellas, Bill? ¿La fría o la caliente?

Harrison lanzó una sarta de improperios. Ah, Matute estaba encantado, feliz. Tenía un don para calentar las cosas, sí señor, y era mucho más divertido encender el talante de un hombre, pues en ese caso no había llamas, sino montones de vapor, de aire caliente.

En fin, Matute dejó que Harrison se despachara a gusto un buen rato. Luego sonrió y levantó los brazos como si se rindiera.

—Sabes que no lo dije con mala intención, Bill. No sabía que te habías vuelto tan melindroso. Supuse que ambos sabíamos cómo nacen los niños, por dónde salen, y tus mujeres no lo hacen distinto de las mías. Y cuando la mujer está allí pegando gritos, ya sabes, siempre hay una comadrona que sabe cómo hacerla dormir, o cómo alejar el dolor, y cuando el niño se demora, hay que llamar a una tea para que diga si está bien colocado. Ahora haz el favor de escucharme, Bill Harrison. Ese Ta-Kumsaw tiene cierto don, cierta clase de poder. Es más de lo que parece...

—¿Ah, sí, Matute? Hum, tal vez sí y tal vez no. Pero dijo que Lolla-Wossiky vería con su otro ojo antes de que pudiera ponerle una mano encima, y no tardaré en demostrarle que su don no consiste en la profecía.

—Hablando del tuerto, se está tirando unos pedos infernales.

Harrison llamó a su ayudante.

—Que venga el cabo Withers con cuatro soldados, inmediatamente.

Matute admiraba la forma en que Harrison mantenía la disciplina militar. No pasaron treinta segundos antes de que los soldados estuvieran allí. El cabo Withers se cuadró y dijo:

—A la orden, mi general Harrison.

—Que tres de sus hombres se lleven a esta bestia al establo.

El cabo Withers obedeció instantáneamente, sin detenerse más que para decir:

—A la orden, general Harrison.

General Harrison, sonrió Matute. Sabía que el único cargo que había tenido Harrison era el de coronel, bajo las órdenes del general Wayne, durante la última guerra francesa, y aun entonces no se había lucido mucho. General, gobernador... Qué presumido.

Pero Harrison se dirigía otra vez a Withers, esta vez mirando a Matute.

—Y ahora usted y el soldado Dickey arrestarán gentilmente al señor Palmer, aquí presente, y lo encerrarán.

—¡Arrestarme! —gritó Matute—. ¿Pero qué dices?

—Lleva diversas armas, de modo que deberéis revisarlo minuciosamente — continuó Harrison—. Sugiero que lo desvistáis aquí mismo antes de llevarlo a su celda, y que lo dejéis desnudo.

—Pero ¿por qué me arrestas?

—Porque tengo una orden de arresto por deudas impagadas —dijo Harrison—. Y también se te ha acusado de vender whisky a los indios. Naturalmente tendremos que confiscar tus bienes —esos barriles de aspecto sospechoso que mis hombres han estado descargando todo el día en el fuerte— y venderlos para saldar la deuda. Si logramos obtener la cantidad suficiente y aclarar esas horribles acusaciones de emborrachar pieles rojas, te dejaremos marchar.

Y Harrison salió de su oficina. Matute maldijo, escupió e hizo cuantas observaciones obscenas se le antojaron acerca de la mujer y la madre de Harrison, pero el soldado Dickey tenía los nudillos crispados sobre su mosquete, y el mosquete terminaba en una bayoneta, conque Matute se dejó desvestir y revisar. Pero fue peor, y siguió maldiciendo mientras Withers lo hacía marchar a paso ligero por todo el fuerte, más desnudo que un querubín, y sin dejarle una mísera manta al encerrarlo en un almacén. Un almacén lleno de barriles vacíos del último cargamento de licor.

Estuvo allí encerrado durante dos días, hasta que por fin fue juzgado, y al principio sólo pensó en el asesinato. Tenía toda clase de ideas acerca de cómo vengarse, vaya si no...

Pensó en prender fuego a las cortinas de encaje de la casa de Harrison, o hacer arder el cobertizo donde guardaban el whisky y armar un incendio impresionante. Porque ¿de qué te sirve ser un chispero si no puedes vengarte de tipos que se hacen pasar por amigos tuyos y luego te encierran en una celda?

Pero no encendió ningún fuego, porque Matute no era precisamente tonto. En parte sabía que si en algún punto del fuerte estallaba un incendio, en menos de media hora se habría propagado hasta el último rincón. Y había muchas posibilidades de que en la carrera por salvar esposas, hijos, pólvora y licor, nadie se acordara de un traficante de whisky encerrado en un almacén. Matute no tenía intención de morir en un incendio provocado por él mismo. ¿Qué clase de venganza sería ésa? Ya habría ocasión de pegarle fuego a todo el día que tuviera un lazo alrededor del cuello, pero no pensaba correr el riesgo de morir entre las llamas sólo por vengarse de una cosa así.

Pero la razón principal por la cual no inició un incendio no fue el temor, sino su sentido comercial. Harrison se comportaba así para hacer ver a Matute que no le gustaba su forma de retrasar los cargamentos de bebida para poder recargar los precios. Harrison le estaba indicando que tenía un poder real, mientras que Matute sólo tenía dinero. Pues bien, que Harrison jugara a hacerse el poderoso. Matute sabía un par de cosas, por su parte. Sabía que, algún día, la región del Wobbish presentaría una petición ante el Congreso de los Estados Unidos para integrarse como estado. Y cuando aquello ocurriese, cierto William Henry Harrison pondría todo su empeño en llegar a ser gobernador. Y Matute había visto suficientes elecciones en Suskwahenny,

Pensilvania y los Apalaches para saber que nadie consigue votos sin dólares de plata que repartir.

Matute los tendría. Y cuando llegara el momento, podría repartir esos dólares de plata entre los votantes de Harrison. O no. Podría ayudar a otro hombre a ocupar la residencia del gobernador, algún día, cuando Cartago fuese una ciudad de verdad y Wobbish un auténtico estado; y en tal caso, Harrison tendría que pasarse el resto de su vida sentado, recordando las épocas en que podía encarcelar personas, y le rechinarían los dientes de furia sólo de pensar que hombres como Matute le habían arrebatado todo su poder.

Así se entretuvo Matute durante dos largos días con sus noches, sentado en su celda.

Y al final lo soltaron y lo llevaron ante el tribunal con la barba crecida, sucio, el cabello enmarañado y las ropas arrugadas. El general Harrison oficiaba de juez, el jurado lucía uniformes y el abogado defensor era... ¡Andrew Jackson! Estaba claro que el gobernador Bill trataba de enfurecer a Matute para que armara jaleo, pero él no había nacido ayer.

Sabía que cuando a Harrison se le metía algo en la cabeza, lo mejor era no protestar.

Más valía quedarse quietecito y pasar el mal trago.

Sólo tardaron unos pocos minutos.

Matute escuchó impertérrito mientras un joven teniente testimoniaba que todo el whisky de Matute había sido vendido al vivandero exactamente al mismo precio que la última vez.

Según los documentos legales, Matute no había ganado un penique de más por haberlos hecho esperar meses enteros entre un cargamento y otro. Bueno, pensó Matute. Es justo, dentro de todo. Harrison quiere que sepa cómo le gustan las cosas. De modo que no dijo una sola palabra. Harrison se relamía de gusto detrás de su solemnidad magistral.

Diviértete, pensó Matute. No me harás enfurecer.

Pero en realidad sí pudo. Tomó 220 dólares del escritorio y los entregó a Andrew Jackson allí mismo. Contaron once monedas de oro de veinte dólares. Y Matute sintió un dolor físico al ver que ese metal reluciente caía en las manos de Jackson. Entonces ya no pudo mantener la boca cerrada. Pero se las arregló para que la voz sonara suave y compuesta.

—No me parece un procedimiento regular —dijo— que el demandante oficie de abogado defensor...

—Ah, pero él no es abogado defensor en los cargos por la deuda —dijo Su Excelencia el juez Harrison—. Sólo te defiende en los cargos por la venta de licor. — Y Harrison sonrió y dio el tema por concluido.

El tema de la bebida tampoco llevó mucho tiempo. Jackson expuso cuidadosamente las facturas y recibos para demostrar que cada uno de los toneles de whisky había sido vendido al vivandero del Fuerte Cartago y que no había quedado una sola gota para vender a los indios.

—Aunque debo decir —puntualizó Jackson— que la cantidad de whisky que figura en estos recibos parece bastar para tres años, y para un ejército diez veces mayor que éste.

—Tenemos una tropa de soldados muy aficionados a la botella —adujo el juez Harrison—.

Calculo que ese licor no durará seis meses. Pero puede estar seguro, señor Jackson, de que ni una gota irá a parar a los pieles rojas.

Luego retiró todos los cargos contra Matute Palmer, llamado Ulises Brock.

—Pero que esto le sirva de lección, señor Palmer —dijo Harrison con su mejor voz de magistrado—. La justicia en la frontera es rápida e imparcial. Se ha encargado de que usted pagara sus deudas. Y de que el mal no se le acerque ni siquiera en apariencias.

—Ya veo —dijo Matute alegremente. Harrison se la había jugado bien, pero todo estaba en orden. Oh, claro que le molestaban los 220 dólares y los dos días encerrado, pero Harrison no había querido que Matute sufriera mucho. Porque había algo que Jackson no sospechaba, y que nadie había considerado propicio mencionar: daba la casualidad de que en el territorio del Wobbish el titular de la licencia de vivandero para aprovisionar el ejército de los Estados Unidos estaba a nombre de Matute Palmer. Todos los documentos que probaban que no había vendido licor a los indios, en realidad demostraban que se había vendido el whisky a sí mismo, y a un precio ventajoso. Ahora Jackson se marcharía a su casa y Matute se instalaría en la tienda del vivandero a vender licor a los indios a precios exorbitantes, compartiendo las ganancias con Harrison y viendo caer a los pieles rojas como moscas. Harrison había hecho una jugarreta a Matute, cómo dudarle, pero aún se la había hecho mayor al viejo Hickory.

Matute se preocupó por estar en el muelle cuando Jackson partió en el trasbordador por el Hio. Jackson había traído consigo a dos montañeses grandullones armados de rifles, nada menos. Matute advirtió que uno de ellos parecía ser mestizo, probablemente medio cherriky. En los Apalaches había muchos como aquél. Pensar que había blancos que se casaban con indias como si fuesen mujeres de verdad. Y en los dos rifles podía leerse «Eli Whitney» grabado en el cañón, lo cual significaba que habían sido fabricados en el estado de Irrakwa, donde ese tal Whitney se dedicaba a producir armas a tal velocidad que hasta había conseguido hacer bajar los precios. Y se comentaba que todos sus obreros eran mujeres. Indias. Para no creerlo. Jackson podía hablar cuanto quisiera acerca de repeler a los indios al otro lado del Mizzipy,

pero ya era tarde. Ben Franklin había sido el responsable, cuando permitió que los indios tuvieran su propio estado al norte, y Tom Jefferson empeoró las cosas cuando dejó que los cherriky tuvieran pleno derecho al voto en los Apalaches, donde luchaban contra el Rey. Trata a los pieles rojas como ciudadanos y empezarán a creerse que tienen los mismos derechos que el hombre blanco. Y si una cosa así se repetía, no habría forma de tener una sociedad decente. Lo último que faltaba era que los negros comenzaran a querer dejar de ser esclavos; antes de que uno se diera cuenta, estaría en una taberna y, al mirar a su izquierda, vería a un piel roja y si se volvía hacia la derecha, vería a un negro, y eso era algo claramente contrario a la naturaleza.

Y allí iba Jackson, convencido de que salvaría a los blancos de los pieles rojas, cuando en realidad viajaba con un mestizo y dos rifles de factura india. Lo peor de todo era que Jackson se llevaba en el bolsillo once monedas de oro que debían pertenecer a Matute Palmer. Matute perdió la compostura hasta tal punto que ya no fue capaz de pensar con cordura.

De modo que calentó la faltriquera, en el sitio donde el gancho de metal la sostenía a la montura. Desde allí podía sentir el chirrido del cuero que se chamuscaba y se ennegrecía alrededor de la presilla metálica. Mientras el caballo trotara, la faltriquera se iría soltando y no tardaría en caer. Pero Matute calculó que no debía contentarse con las alforjas, ya que muy probablemente se darían cuenta si se soltaban. Calentó muchos otros lugares de la montura, y de las monturas de los demás. Cuando llegaron a la orilla opuesta, los hombres subieron a los caballos y partieron, pero Matute sabía que antes de llegar a Nashville irían montados a pelo. Con toda su sinceridad deseó que la montura de Hickory se rompiera de tal modo y en tal momento que el Viejo Hickory aterrizara de culo, o incluso que se rompiera el brazo. Matute se alegró sólo con pensar en aquello. A veces era divertido ser un chispero. Servía para bajarle los humos a algún leguleyo pomposo con cara de santurrón.

Pero la verdad era que un hombre honrado como Andrew Jackson no podía hacer sombra a dos rufianes de la talla de Bill Harrison y Matute Palmer. Era una vergüenza lamentable que el ejército no diera medallas a los soldados que emborrachaban al enemigo hasta la muerte, en vez de liarse a tiros contra él. Porque si así fuera, Harrison y Palmer serían verdaderos héroes. Matute estaba convencido de ello.

Pero, de todas formas, imaginó que Harrison encontraría algún modo de convertirse en un héroe, en tanto Matute sólo terminaría por tener dinero. Bueno, así son las cosas, pensó Matute. Algunos se llevan la fama, y otros, la plata. Pero qué me importa, mientras no sea de los que acaban por no conseguir nada. Eso sí que no me gustaría. Y si no me queda más remedio que ser uno de éstos, juro que lo lamentarán.

TA-KUMSAW

Mientras Matute observaba a Jackson cruzar el río, Ta-Kumsaw contemplaba al traficante de whisky y sabía lo que estaba haciendo. Como cualquier piel roja que se tomara la molestia de mirar. Cualquier piel roja sobrio, claro está. El hombre blanco hace muchas cosas que el indio no logra comprender, pero si hay algo que no puede ocultarle, es la forma en que interviene con el fuego, el agua, la tierra y el aire.

Ta-Kumsaw no vio arder el cuero de la montura de Jackson, ni sintió el calor. Lo que vio fue un minúsculo torbellino, una leve perturbación en el aire que captó su atención por encima de las aguas. La mayoría de los pieles rojas no podían percibir con la agudeza de Ta-Kumsaw. Hasta donde sabía Ta-Kumsaw, el único capaz de sentir con más intensidad que él era su hermano menor, Lolla-Wossiky. Muchísimo más. Conocía todos los remolinos, los flujos de la corriente. Ta-Kumsaw recordaba a su padre, Pucky-Shinwa.

Decía que Lolla-Wossiky sería chamán, y que Ta-Kumsaw sería un jefe guerrero.

Eso fue antes de que Harrison Boca Embustera matara de un tiro a Pucky-Shinwa delante del mismo Lolla-Wossiky. Ese día, Ta-Kumsaw había salido de cacería, rumbo al norte; iban dos y estaban lejos, pero sintió el crimen como si el arma hubiera sido disparada a sus espaldas. Cuando un blanco lanzaba un conjuro, una maldición o un sortilegio, Ta-Kumsaw sentía una comezón debajo de la piel, pero cuando un blanco mataba, lo que sentía era como una puñalada.

Estaba con otro hermano, Methowa-Tasky. Lo llamó.

—¿Notaste eso?

Methowa-Tasky abrió los ojos. No había advertido nada. Pero aun entonces, con sólo trece años, Ta-Kumsaw no dudaba de sí mismo. Era cierto. Lo había sentido. Alguien había cometido un asesinato, y debía ir hasta el moribundo.

Salió corriendo entre la espesura. Como todos los pieles rojas de antaño, su compenetración con las tierras vírgenes era absoluta. No tenía que pensar en dónde ponía los pies; sabía que bajo su peso las raíces se ablandarían y se apartarían, que las hojas se humedecerían y no harían ruido, que las ramas que hiciera a un lado volverían a su sitio sin dejar rastro de su paso. Algunos blancos se jactaban de poder moverse tan silenciosamente como los pieles rojas. Y en verdad algunos sabían hacerlo, pero con lentitud, con cautela, mirando el suelo, sorteando espinos. No sabían que un piel roja ni siquiera tiene que pensar para no hacer ruido ni dejar señal alguna.

Ta-Kumsaw no pensaba en sus pasos, ni en sí mismo. A su alrededor se extendía la vida verde de la tierra virgen, y en el centro, ante su rostro, ese remolino negro que lo atraía cada vez con más urgencia e intensidad al sitio donde la vida verde yacía desgarrada como para dejar pasar un crimen por su herida. Y Methowa-Tasky lo

sintió mucho antes de llegar al lugar. Allí, sobre el suelo, yacía su padre, con una bala en el rostro. Y a su lado, mudo y ciego, Lolla-Wossiky, un niño de diez años.

Ta-Kumsaw cargó el cuerpo de su padre sobre los hombros, como si se tratara de un ciervo. Methowa-Tasky tomó a Lolla-Wossiky de la mano. El niño no era capaz de moverse por sí solo. Mamá los recibió con grandes gemidos de dolor: ella también había sentido la muerte, pero no supo que se trataba de su esposo hasta que sus hijos lo trajeron. Mamá ató el cadáver de su esposo a la espalda de Ta-Kumsaw; luego Ta-Kumsaw trepó al árbol más alto, desató el cuerpo de su padre y lo sujetó a la rama más elevada que pudo hallar.

Habría sido muy grave que hubiese trepado más allá de sus fuerzas y que el cuerpo de su padre hubiese caído. Pero Ta-Kumsaw no fue más allá de sus fuerzas. Ató a su padre a una rama tan alta que el sol cayó sobre su rostro todo un día. Los pájaros e insectos se alimentarían de él; el sol y el aire lo secarían; la lluvia arrastraría lo que quedara para restituirlo a la tierra. Así fue como Ta-Kumsaw devolvió a su padre a la naturaleza.

Pero ¿qué podían hacer con Lolla-Wossiky? No decía nada, no comía si alguien no lo alimentaba, y era capaz de quedarse en un mismo sitio eternamente si uno no lo tomaba de la mano para llevárselo. Mamá tenía mucho miedo de lo que pudiese sucederle a su hijo. Mamá quería a Ta-Kumsaw más que ninguna otra madre de la tribu podía querer a un hijo. Pero aun así, amaba más a Lolla-Wossiky. Muchas veces les contaba a todos cómo lloraba Lolla-Wossiky cada invierno, el primer día que el aire frío comenzaba a ser insoportable. Nada lo hacía callar, por mucho que lo arroparan con pieles de búfalo y de oso. Un invierno, cuando tuvo edad suficiente para hablar, contó por qué lloraba.

—Se están muriendo todas las abejas —dijo. Aquél era Lolla-Wossiky: el único sahw-nee capaz de sentir hasta la muerte de las abejas.

Ése era el niño que iba al lado de su padre cuando el coronel Bill Harrison lo mató de un tiro. Si Ta-Kumsaw había sentido ese crimen como la herida de un cuchillo, a medio día de marcha, ¿qué habría sentido Lolla-Wossiky, tan cerca y ya tan sensible? Si lloraba por la muerte de las abejas en invierno, ¿qué no habría sentido cuando un hombre blanco mató a su padre ante sus propios ojos?

Pasaron varios años antes de que Lolla-Wossiky volviera a hablar, pero el fuego ya no ardía en sus ojos, y comenzó a descuidarse. Perdió el ojo por accidente, un día en que cayó sobre una rama rota. ¡Tropezó y cayó! ¿Cuándo se había visto que un piel roja hiciera algo semejante? Era como si Lolla-Wossiky hubiera perdido todo sentimiento por la tierra; era torpe como un hombre blanco.

O tal vez, se decía Ta-Kumsaw, el viejo sonido del disparo seguía resonando en su cabeza con tal estruendo que le impedía oír cualquier otra cosa; tal vez ese viejo dolor fuera tan atroz que ya no podía percibir el pulso del mundo viviente. Dolor,

Dolor todo el tiempo, hasta el día en que Lolla-Wossiky probó el whisky por primera vez y aprendió cómo alejar sus filosas aristas.

Por eso Ta-Kumsaw jamás golpeaba a Lolla-Wossiky por beber, como haría con cualquier otro shaw-nee, aun con sus hermanos, aun con un anciano, si lo encontrara con el veneno del hombre blanco en la mano.

Pero el hombre blanco jamás adivinaba lo que el piel roja sentía, veía y oía. El hombre blanco había traído la muerte y la desolación a este lugar. Los blancos talaban árboles antiguos y sabios, que podían contar muchas cosas. Derribaban jóvenes retoños con muchas vidas por delante. Y los blancos jamás preguntaban: «¿Te gustaría ser un albergue para mí y mi tribu?» Hachar, cortar, talar y quemar. Así se comportaba el hombre blanco. Tomaban del bosque, tomaban de la tierra, tomaban del río, pero no devolvían nada. Los blancos mataban animales que no necesitaban, animales que no habían hecho ningún daño; pero si algún oso se despertaba con frío durante el invierno y se llevaba siquiera un lechón, los blancos lo perseguían y lo mataban en venganza.

Jamás sentían el equilibrio de la tierra.

¡Cómo no iba la tierra a odiar al hombre blanco! Con razón todas las cosas naturales de la tierra se rebelaban a su paso: bajo sus pies, crujían; se inclinaban del modo incorrecto; le gritaban al indio «por aquí anduvo el enemigo; por aquí pasó el intruso, por estos arbustos, por esta colina». Los hombres blancos decían en broma que un indio era capaz de rastrear a un hombre a través de las aguas, y reían como si no pudiera ser cierto. Pero lo era, pues cuando un blanco cruzaba un lago o un río, a su paso dejaba sobre las aguas una estela de burbujas, espuma y oleaje.

Y ahora ese Matute Palmer, comerciante de veneno, asesino traicionero, se regodeaba quemando la faltriquera de otro hombre blanco creyendo que nadie lo sabría. Ay, estos blancos y sus débiles poderes insignificantes... Ay, estos blancos y sus conjuros y sortilegios... ¿Acaso no sabían que sus hechizos sólo protegen de cosas que no son naturales? Si viene un ladrón que sabe que está haciendo daño, un buen conjuro de protección le infunde tanto miedo que finalmente se pone a gritar y sale corriendo. Pero el piel roja jamás es un ladrón. El piel roja halla su lugar dondequiera que esté sobre esta tierra. Para él, un conjuro es un sitio frío, un estremecimiento en el aire, y nada más. Para él, un don es como una mosca que zumba. Pero por encima de ese zumbido, el poder de la tierra viviente es como cien hachas, alerta, volando en círculo.

Ta-Kumsaw vio que Matute daba media vuelta y regresaba al fuerte. Pronto se afanaría por vender su veneno. Casi todos los pieles rojas que se reuniesen en el lugar acabarían ebrios. Ta-Kumsaw no se iría. Se quedaría a vigilar, sin decir palabra. Los que tuvieran orgullo y lo vieran, se marcharían sin emborracharse. Ta-Kumsaw todavía no era un jefe.

Pero no se le podía ignorar. Ta-Kumsaw era el orgullo de los shaw-nee. Todos los demás indios de todas las tribus debían compararse con él. Los pieles rojas borrachos se volvían muy pequeños cuando veían a este piel roja alto y fuerte.

Fue hasta el sitio donde Matute había estado y dejó que su calma restituyera a la tierra el orden que Matute había alterado. Pronto se aquietaron los insectos furiosos y zumbones. El olor del hombre se dispersó. Y las aguas bañaron las costas con su canto ocasional.

¡Qué fácil es curar a la tierra una vez que el hombre blanco se ha ido! Si todos los blancos se marcharan hoy, mañana la tierra estaría en paz, y en un año no habría señales de su paso. Hasta las ruinas de los edificios del hombre blanco serían nuevamente parte de la tierra, refugio de los animales, desmoronándose bajo las garras de las voraces plantas trepadoras. El metal del hombre blanco se volvería orín, las obras del hombre blanco serían bajas colinas y pequeñas cuevas; los crímenes de los blancos serían notas hermosas y melancólicas en el canto del cardenal. El ave lo recordaba todo, y, donde podía, lo convertía en parte del bien.

Durante todo el día, Ta-Kumsaw merodeó por las afueras del fuerte, observando a los indios que entraban a comprar su veneno. Hombres y mujeres de todas las tribus: wee-aw y kinky-poo, potty-wottamee y chippy-wa, winny-baygo y pee-orawa... Iban cargados de cestas o pellejos, y salían sin otra cosa que jarras o tazones de licor, y a veces con las manos vacías y el único whisky que habían conseguido ya en el vientre. Ta-Kumsaw nada decía, pero sentía la forma en que los pieles rojas envenenados se separaban de la tierra.

No retorcián el verde de la vida como el blanco. Pero, en cambio, era como si no existieran. Los pieles rojas que bebían whisky ya estaban muertos, por lo menos para la tierra. No, ni siquiera muertos, pues no devolvían nada a la tierra. Estoy aquí, viéndolos convertirse en fantasmas, pensaba Ta-Kumsaw, ni muertos ni vivos. Lo decía para sus adentros, pero la tierra sentía su dolor, y la brisa le respondía sollozando entre las hojas.

Al caer la tarde, un cardenal se posa sobre el suelo delante de Ta-Kumsaw.

«Cuéntame una historia», dice el cardenal sin palabras, los ojos vueltos hacia arriba, hacia el silencioso piel roja.

«Sabes mi historia antes de que la cuente», dice Ta-Kumsaw sin hablar. «Sientes mis lágrimas antes de que las vierta. Conoces mi sangre antes de que la derrame.»

«¿Por qué lloras por pieles rojas que no son de la tribu shaw-nee?»

«Antes de que llegara el hombre blanco», dice Ta-Kumsaw sin palabras, «no nos dábamos cuenta de que todos los pieles rojas somos iguales, hermanos de la tierra, porque creíamos que todas las criaturas eran así, y peleábamos contra otros indios tal como el puma pelea con el oso, como la rata provoca al castor. Entonces llegó el hombre blanco, y comprendí que todos los pieles rojas son como gemelos al lado de

él.»

«¿Qué es el hombre blanco? ¿Qué hace?»

«El hombre blanco es como un ser humano, pero aplasta bajo sus pies a las demás criaturas vivientes.»

«Entonces, ay, Ta-Kumsaw... ¿por qué cuando miro en tu corazón no veo que quieras lastimar al hombre blanco, no veo que quieras matar al hombre blanco?»

«El hombre blanco no sabe el mal que está haciendo. El hombre blanco no siente la paz de la tierra. ¿Cómo puede darse cuenta de los pequeños crímenes que comete? No puedo culpar al hombre blanco. Pero tampoco puedo permitir que se quede. Cuando haga que se marche de estas tierras, ya no lo odiaré.»

«Si estás libre de odio, ay, Ta-Kumsaw, seguramente echarás de aquí al hombre blanco...»

«No le causaré más dolor que el necesario para que se vaya.»

El cardenal asiente. Una, dos, tres veces. Cuatro. Sube a una rama tan alta como la cabeza de Ta-Kumsaw. Canta una nueva melodía. Y en ella Ta-Kumsaw no oye palabras, sino su propia historia hecha canción. Desde ahora, su historia se encuentra en el canto de todos los cardenales de la tierra, pues lo que sabe un cardenal lo recuerdan todos los demás.

Si alguien hubiera observado a Ta-Kumsaw durante todo ese tiempo, no habría tenido ni idea de lo que el indio había dicho, visto y oído. El rostro de Ta-Kumsaw no dejaba traslucir nada: se detuvo en su marcha, un cardenal se posó cerca de él, permaneció un instante a su lado, cantó y echó a volar.

Pero ese momento transformó la vida de Ta-Kumsaw. Él lo supo sin vacilar. Hasta ese día sólo había sido un hombre joven. Su fuerza, calma y coraje suscitaban admiración, pero hablaba como podía hacerlo cualquier otro shaw-nee. Y una vez que había hablado, aguardaba a que decidieran los mayores. Ahora decidiría por sí mismo, como un verdadero jefe, como un jefe guerrero. No como un jefe shaw-nee, ni siquiera como un jefe de los indios del norte, sino como el jefe de todas las tribus indias en guerra contra el hombre blanco. Durante años supo que esa guerra habría de llegar, pero hasta ese momento había pensado que sería bajo las órdenes de otro hombre. De un jefe como Pez Negro o Tallo de Maíz, o incluso de un cree-ek o un chok-taw del sur. Pero el cardenal se acercó a él, a Ta-Kumsaw, y lo incluyó en su canto. Ahora, por dondequiera que Ta-Kumsaw caminase, sobre la tierra que había oído el son del cardenal, su nombre sería reconocido por los pieles rojas más sabios. Era el jefe guerrero de todos los pieles rojas que amaban la tierra; la tierra lo había elegido.

Y mientras se encontraba junto a la ribera del Hio, sintió que él era la faz de la tierra. El fuego del sol, el aliento del aire, la fuerza de la tierra, la velocidad del agua lo penetraron y contemplaron el mundo a través de sus ojos. Soy la tierra; soy las

manos, los pies, la boca y la voz de la tierra que lucha por librarse del hombre blanco.

Esos eran sus pensamientos.

Y permaneció allí hasta que se hizo de noche. Los demás indios ya habían regresado a sus moradas o a sus chozas a dormir... o yacían borrachos, inmóviles como cadáveres hasta que rompiera la mañana. Ta-Kumsaw salió de su trance y oyó risas provenientes de la aldea de los pieles rojas. Risas y cantos procedentes de los soldados blancos del fuerte.

Ta-Kumsaw se alejó de donde tanto tiempo había permanecido. Tenía las piernas entumecidas, pero no trastabilló. Obligó a sus piernas a andar suavemente, y la tierra cedió con mansedumbre bajo sus pasos. El hombre blanco debía llevar gruesas y pesadas botas para poder caminar sobre esa tierra, pues el suelo le desgarraba y encallecía los pies; el indio podía usar durante años los mismos mocasines, porque la tierra era suave y acogía con agrado sus pasos. Y al moverse, Ta-Kumsaw sintió que el suelo, el viento, el río y el rayo se movían con él; la tierra moraba dentro de él y, con ella, todos los seres vivientes. Era los pies y las manos y el rostro de la tierra.

Dentro del fuerte se oyó un grito. Y luego otros más:

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

—¡Detenedlo!

—¡Se lleva un barril!

Aullidos, insultos... Y luego lo peor: un disparo. Ta-Kumsaw aguardó el aguijón de la muerte. Pero no llegó a sentirlo.

Una silueta imprecisa asomó por encima del parapeto. Sobre los hombros llevaba un barril. Durante un momento vaciló al borde mismo de la empalizada y luego saltó. Ta-Kumsaw supo que era un piel roja, porque podía saltar con un pesado barril sobre los hombros desde una altura igual a la de tres hombres sin hacer ruido al posarse en el suelo.

Quizás a propósito, quizá no, el ladrón furtivo corrió hacia Ta-Kumsaw y se detuvo ante él. Ta-Kumsaw bajó la vista y lo reconoció bajo la luz de las estrellas.

—Lolla-Wossiky —dijo.

—Tengo un barril —repuso el hermano.

—Debería hacerlo pedazos —amenazó Ta-Kumsaw.

Lolla-Wossiky inclinó la cabeza como el cardenal, y contempló a su hermano.

—Entonces tendría que coger otro...

Los hombres blancos que perseguían a Lolla-Wossiky llegaron hasta la cerca y pidieron a gritos al centinela que abriese el portón. «Tengo que recordar esto», pensó Ta-Kumsaw.

«Es una forma de conseguir que abran la puerta para mí.» Pero mientras lo pensaba rodeó a su hermano con el brazo por los hombros, con barril y todo. Ta-Kumsaw sintió la tierra verde como un segundo palpitar que latía impetuoso dentro

de él, y mientras abrazaba a su hermano, el mismo poder de la tierra fluyó a través de Lolla-Wossiky. Ta-Kumsaw lo escuchó contener el aliento de estupor.

Los blancos salieron corriendo del fuerte. Ta-Kumsaw y Lolla-Wossiky estaban de pie en medio de un descampado, a plena vista, pero los soldados no los vieron. O, mejor dicho, sí veían pero no repararon en los dos shaw-nee. Siguieron corriendo y pasaron de largo, gritando y disparando ciegamente hacia el bosque. Se detuvieron cerca de los hermanos. Tanto, que los habrían tocado con sólo extender un brazo. Pero no levantaron ningún brazo. No rozaron siquiera a los pieles rojas.

Al cabo de un rato, los blancos abandonaron la persecución y regresaron al fuerte, maldiciendo y refunfuñando.

—Fue ese indio tuerto...

—El shaw-nee borracho...

—Lolla-Wossiky.

—Si lo encuentro, lo mato...

—Hay que colgar a ese demonio ladrón.

Seguían hablando, y allí estaba Lolla-Wossiky, a unos pasos de ellos, con el barril sobre los hombros.

Cuando el último blanco entró en el fuerte, Lolla-Wossiky se echó a reír.

—Te ríes con el veneno del blanco sobre los hombros... —reflexionó Ta-Kumsaw.

—Río con el brazo de mi hermano alrededor de los hombros —respondió Lolla-Wossiky.

—Deja ese whisky, hermano, y ven conmigo —dijo Ta-Kumsaw—. El cardenal escuchó mi historia, y me recuerda en su canto.

—Entonces escucharé ese canto y seré feliz toda la vida —respondió Lolla-Wossiky.

—La tierra está conmigo, hermano. Soy la faz de la tierra, la tierra es mi aliento y mi sangre...

—Entonces escucharé tu palpar en el pulso del viento—dijo Lolla-Wossiky.

—Expulsaré al hombre blanco al otro lado del mar —aseguró Ta-Kumsaw.

Como respuesta, Lolla-Wossiky comenzó a llorar. No con lágrimas de borracho sino con los sollozos secos e imponentes de un hombre abatido por el pesar. Ta-Kumsaw trató de abrazarlo más fuerte, pero su hermano se apartó de él y se alejó tambaleante, con el barril en los hombros, para internarse en la penumbra de los árboles.

Ta-Kumsaw no lo siguió. Sabía por qué sufría su hermano: porque la tierra había colmado a Ta-Kumsaw de poder. De poder suficiente para estar entre blancos borrachos y ser invisible como un árbol. Y Lolla-Wossiky sabía que, por derecho, él mismo tendría que haber poseído diez veces más poder que Ta-Kumsaw. Pero el hombre blanco se lo había quitado a fuerza de crímenes y licor, hasta que Lolla-

Wossiky ya no fue capaz de hacer que el cardenal aprendiera su canto, o que la tierra colmara su corazón.

No importa. No importa. No importa.

La tierra me ha escogido para que sea su voz, y debo comenzar a hablar. Ya no me quedaré aquí, tratando de avergonzar a los malditos borrachos que ya se han dejado matar por su sed de veneno blanco. Ya no haré más advertencias a los blancos mentirosos. Buscaré a los pieles rojas que aún sigan con vida, que sigan siendo hombres, y los reuniré. Y, como un gran pueblo, haremos que el hombre blanco retroceda y se marche a través del mar.

DE MAUREPAS

Frederic, el joven conde De Maurepas, y Gilbert, el decrepito marqués de La Fayette, se encontraban cerca del embarcadero del canal, mirando al lago Irrakwa. Ya podían divisar al Marie-Philippe. Hacía horas que lo veían acercarse al último y más bajo de los Grandes Lagos.

Frederic no recordaba haber sido tan humillado por causa de su nación. Tal vez aquella ocasión en que el cardenal No-se-cuántos había tratado de sobornar a la reina María Antonieta. Ah, pero entonces Frederic era joven e inexperto, apenas tenía veinticinco años y ningún conocimiento del mundo. Había creído que Francia no podía soportar humillación mayor que la de enterarse de que un cardenal estaba realmente convencido de que la Reina iba a dejarse sobornar con una gargantilla de diamantes. O con cualquier otra cosa, para el caso. Ahora, por supuesto, comprendía que la verdadera humillación estaba en que un cardenal francés hubiera sido tan imbécil de suponer que podía valer la pena sobornar a la Reina. A lo sumo, ella sólo podía influir sobre el Rey, y puesto que el viejo rey Luis ya no influía sobre nadie, no tenía el menor sentido.

La humillación personal era dolorosa. La humillación familiar era aún peor. La humillación de la propia clase social era una agonía. Pero la humillación nacional era la más atroz de las miserias humanas.

Y allí estaba, sobre una mísera barcaza americana, amarrada en un canal americano, aguardando para dar la bienvenida a un general francés. ¿Por qué no era un canal francés? ¿Por qué no habían sido los franceses los primeros en levantar aquellas ingeniosas planchadas y construir un canal alrededor de la orilla canadiense de las cataratas?

—No refunfuñéis, mi querido Frederic —murmuró La Fayette.

—No estoy refunfuñando, mi querido Gilbert.

—Entonces no resopléis. Estáis resoplando...

—No. Estoy resfriado. —Canadá era sin duda la reserva de la escoria de la sociedad francesa, pensó Frederic por enésima vez. Hasta la nobleza que iba a parar allí era irritante. Este marqués de La Fayette, miembro del... no, fundador del Club de los Feuillants, lo cual era casi lo mismo que decir que era un declarado traidor al rey Carlos.

Disparates democráticos. Para el caso, podía ser un jacobino como ese terrorista de Robespierre. Desde luego, habían exiliado a La Fayette al Canadá, donde no pudiera hacer mucho daño. Es decir, no mucho, salvo humillar a Francia de este modo inconcebible...

—Nuestro nuevo general ha traído consigo a varios oficiales de rango —dijo La Fayette—, y mucho equipaje. No tiene sentido desembarcar y hacer la penosa

travesía en carretas y vehículos cuando todo puede transportarse por agua. Así tendremos ocasión de conocernos.

Dado que La Fayette, con sus modales habitualmente rudos (¡qué oprobio para la aristocracia!), insistía en ser directo sobre la cuestión, Frederic tendría que descender a su nivel y hablar con la misma rudeza.

—¡Un general francés no debería viajar sobre territorio extranjero para llegar a destino!

—Pero mi querido Frederic, jamás pondrá un pie sobre el suelo americano. De bote a bote, todo el trayecto sobre las aguas...

La sonrisa imbécil de La Fayette lo sacaba de las casillas. Restar importancia a semejante estigma sobre el honor de Francia... Ay, ay, ¿por qué el padre de Frederic no pudo mantenerse en buenos términos con el Rey un poco más, hasta que Frederic hubiese podido ganarse en Francia una promoción a un destino más elegante, como Señor de la Marca Italiana, o algo así? (¿Existiría un cargo semejante?) O, en todo caso, un sitio con comida decente, música, bailes y teatro. Ah, Moliere... En Europa, donde pudiera enfrentarse a un enemigo civilizado como los austriacos o los prusianos, o incluso los ingleses, aunque ello significara forzar un tanto el alcance de la palabra «civilizado».

En cambio, tenía que estar allí, atrapado para siempre -a menos que papá volviera a ganarse el favor del Rey—, enfrentado a una constante invasión de ingleses de la peor especie, incultos y miserables. Una invasión de la peor escoria inglesa, por no hablar de los holandeses, suecos y alemanes. ¡Ay, ni siquiera soportaba pensarlo! ¡Y peor aún, eran los aliados! Tribus de pieles rojas que ni siquiera eran heréticas, y mucho menos cristianas. Eran salvajes, y la mitad de las operaciones militares en Detroit consistían en comprar esos horripilantes trofeos sangrientos y...

—Pero mi querido Frederic, vos sí que habéis cogido un terrible resfriado.

—En absoluto...

—Estabais temblando.

—Me estremecí.

—Debéis dejar de lado esa rabieta y sacarle el mejor partido a la situación. Los irrakwa han mostrado mucha colaboración. Nos han dado la barca de la mismísima gobernadora, sin cargo, como gesto de buena voluntad.

—¿La gobernadora? ¿La gobernadora? ¿Os referís a esa pagana gorda y repugnante de piel roja?

—No puede evitar que su piel sea de ese color, y no es pagana. De hecho, es bautista, que viene a ser casi lo mismo que ser cristiana, sólo que más exagerado...

—¿Quién puede aclararse con todas esas herejías inglesas?

—A mí me parece una situación de lo más elegante. Una mujer gobernadora del estado de Irrakwa, y además piel roja, aceptada como par de los gobernadores de

Suskwahenny, Pensilvania, Nueva Ámsterdam, Nueva Suecia, Nueva Orange, Nueva Holanda...

—A veces creo que vos preferís a esos desagradables Estados Unidos antes que a vuestra propia tierra natal...

—Soy francés de todo corazón —dijo La Fayette con poca convicción—. Pero admiro el espíritu igualitario de los americanos.

Otra vez con el igualitarismo. El marqués de La Fayette era como un pianoforte de una sola tecla.

—Olvidáis que nuestro enemigo en Detroit es americano.

—Vos olvidáis que nuestro enemigo es esa horda de invasores ilegales, sea cual fuere su nación de procedencia, que se ha instalado en la reserva india.

—Tonterías. Son todos americanos. Todos pasan por Nueva Ámsterdam o Filadelfia rumbo al oeste. Vos los alentáis aquí en el este —todos saben cuánto admiráis su filosofía antimonárquica— y yo soy quien debe pagar por sus cabelleras cuando los pieles rojas los masacran al oeste...

—Cuidado, cuidado, Frederic. Ni siquiera en broma debéis acusarme de ser antimonárquico. La ingeniosa rebañadera de carne del señor Guillotin aguarda a quien sea acusado de ello...

—Ay, marqués, hablad en serio, por favor. Jamás la emplearán contra un marqués. No cortarán la cabeza a ningún aristócrata que proponga semejantes ideas ridículas y democráticas. A éstos, sólo los mandan a Québec. —Frederic sonrió. No podía resistir la tentación de poner el dedo en la llaga—. A quienes verdaderamente desprecian, los mandan a Niágara.

—¿En tal caso, qué fue lo que hicisteis vos para que os enviaran a Detroit? —murmuró La Fayette.

Más humillación. ¿Alguna vez terminaría esto?

El Marie-Philippe se había acercado lo suficiente para que pudieran ver a algunos marineros y oírlos gritar mientras la nave recorría el último tramo hasta Puerto Irrakwa. El Irrakwa, el más bajo de los Grandes Lagos, era el único que podía ser surcado por naves oceánicas. Las cataratas del Niágara lo hacían posible. En los últimos tres años, desde que los irrakwa terminaron su canal, casi todos los embarques que debían ser transportados más allá de las cataratas hacia el lago Canadá llegaban a la costa americana y atravesaban el canal del Niágara. Los poblados costeros franceses estaban en decadencia; un inquietante número de franceses se había trasladado al otro lado del lago para vivir en costas americanas, donde los irrakwa estaban encantados de darles trabajo. Y el marqués de La Fayette, supuestamente gobernador supremo de todo Canadá, al sur y al oeste de Québec, no parecía poner reparos. Si el padre de Frederic volvía alguna vez a ganar el favor del rey Carlos, Frederic se ocuparía de que La Fayette fuera el primer aristócrata en sentir

el filo de la guillotina. Lo que había hecho allí en el Canadá era lisa y llanamente traición.

Como si pudiera leer los pensamientos de Frederic, La Fayette lo palmeó en el hombro y dijo:

—Muy pronto, muy pronto. Es sólo cuestión de paciencia... —Por un instante, Frederic pensó insensatamente que La Fayette profetizaba su propia ejecución por traidor.

Pero La Fayette sólo hablaba de la proximidad del Marie-Philippe, Ya podía lanzarse un cabo hasta el muelle. Los estibadores irakwa cogieron la cuerda y la amarraron al molinete. Mientras ataban la nave, canturreaban en su lenguaje indescifrable. Y en cuanto la embarcación se aproximó lo suficiente, comenzaron a descargar los bultos de un lado y los pasajeros del otro,

—¿No es ingenioso cómo aceleran el transbordo? —comentó La Fayette—. Descargan sobre los pesados carros montados sobre rieles... —¡sobre rieles, como en las minas!— y luego los caballos los arrastran hasta aquí: más fácil y mejor, imposible. ¿Sabíais que sobre rieles puede cargarse mucho más que sobre una carreta común? Stephenson me lo explicó la última vez que estuvo aquí. Es porque no hay que dirigir la marcha.

Y seguía parloteando. Sin duda, en unos momentos ya estaría hablando de la máquina de vapor de Stephenson, que en opinión de La Fayette acabaría por suplir al caballo.

Había construido algunas en Inglaterra y Escocia, o en alguna otra parte, pero ahora estaba en América. ¿Y creéis que La Fayette invitaría a Stephenson a construir sus máquinas de vapor en Canadá? Oh, no. La Fayette se contentaba con dejar que lo hiciera para los irakwa, y para ello musitaba alguna excusa idiota. Como, por ejemplo, que los irakwa ya estaban empleando máquinas de vapor para sus tornos de hilar, y que todo el carbón estaba del lado americano. Pero Frederic de Maurepas sabía la verdad. La Fayette creía que la máquina de vapor, que impulsaba vehículos sobre caminos con rieles, haría el comercio y los viajes infinitamente más rápidos y baratos, y pensaba que sería mejor para el mundo que eso se hiciera dentro de las fronteras de una democracia.

Desde luego, Frederic no pensaba que esas máquinas llegasen a ser tan veloces como un corcel, pero eso no importaba. La Fayette sí creía en ellas, y por eso el hecho de que no las trajera a Canadá era pura traición.

Debió haber formado las palabras con los labios. O bien La Fayette era capaz de leer los pensamientos. Frederic había oído rumores de que La Fayette tenía un don para eso.

O tal vez simplemente lo hubiese adivinado. O quizá se lo dijera el diablo, ¡vaya idea! De cualquier modo, La Fayette se echó a reír y dijo:

—Frederic, si hiciera que Stephenson construyera sus rieles sobre Canadá, vos me acusaríais de despilfarrar dinero en locuras. En realidad, si informarais acusándome de traición por alentar a Stephenson a permanecer en Irrakwa, os harían regresar y os encerrarían en una celda de manicomio.

—¿Traición? ¿Acusar? —se defendió Frederic—. Nada más lejos de mis pensamiento. —

Pero se santiguó, por si hubiera sido el diablo quien se lo dijera a La Fayette—. ¿No hemos perdido demasiado tiempo viendo descargar a los estibadores? Creo que hay un oficial a quien debemos saludar.

—¿A qué viene ahora tanta prisa por recibirlo? —preguntó La Fayette—. Ayer no parabais de recordarme que era un plebeyo. Creo que dijisteis incluso que había ingresado en el ejército como cabo.

—Pues ahora es general, y Su Majestad ha creído conveniente enviarlo con nosotros. —

Frederic hablaba con rígido decoro. Pero La Fayette insistía en sonreír, divertido. Algún día, Gilbert. Algún día...

Sobre el muelle se veían algunos oficiales de uniforme, pero ninguno con rango de general. El héroe de la batalla de Madrid esperaba obviamente para hacer su entrada triunfal. ¿O acaso esperaba que un marqués y el hijo de un conde fuesen a recibirlo a su camarote? Impensable.

Y, de hecho, no lo pensó. Los oficiales dieron un paso atrás y, desde su posición cercana a los rieles de la barcaza, De Maurepas y La Fayette lo vieron salir del Marie-Philippe rumbo al fondeadero.

—No es muy alto que digamos, ¿no creéis? —comentó Frederic.

—En el sur de Francia no son altos...

—¡Sur de Francia! —replicó Frederic con sorna—. Es de Córcega, mi querido Gilbert. ¿A eso le llamáis ser francés? Más bien italiano, diría yo.

—Derrotó al ejército español en tres semanas, mientras su oficial superior estaba indispuerto con disentería —le recordó La Fayette.

—Un acto de insubordinación por el cual tendrían que haberlo juzgado —dijo Frederic.

—Ah, estoy de acuerdo con vos —dijo La Fayette—. Sólo que, veréis, ganó la guerra, y mientras agregaba la corona de España a su colección de trofeos, al rey Carlos le pareció poco decoroso llevar ante la corte marcial al soldado que se la había entregado.

—Disciplina, por encima de todo. Cada uno debe conocer su lugar y permanecer en él, o si no será el caos.

—Sin duda. Aunque en realidad, lo castigaron. Lo nombraron general, pero después lo enviaron aquí. No quisieron que participara en la campaña italiana. A Su

Majestad no le molestaría ser Duce de Venecia, pero este general Bonaparte es capaz de ir demasiado lejos, tomar el Colegio de Cardenales y hacer papa al rey Carlos.

—Vuestro sentido del humor es criminal...

—Frederic, mirad a ese hombre...

—Estoy mirándolo.

—Entonces no lo miréis. Mirad a los demás. Mirad a sus oficiales. ¿Alguna vez habéis visto que un soldado mostrara tanto amor por su comandante?

Frederic apartó a regañadientes la mirada del general corso y observó a los subordinados que caminaban silenciosamente detrás de él. No parecían cortesanos tratando de escalar posiciones. Era como si... como si... Frederic no podía encontrar palabras con qué expresarlo.

—Es como si cada hombre supiera que Bonaparte lo ama y lo valora.

—Si en eso consiste su método, me parece bastante ridículo —opinó Frederic—. No puede controlarse a los subordinados a menos que uno los mantenga en un constante temor a perder su posición.

—Vayamos a su encuentro.

—¡Absurdo! ¡Qué él venga hasta nosotros!

Pero La Fayette, como era habitual, no vaciló entre la palabra y los hechos. Ya estaba en el muelle, dando los últimos pasos para detenerse delante de Bonaparte y recibir su saludo. Frederic, sin embargo, conocía bien su estirpe, y también la de Bonaparte, y sería éste quien tuviera que ir hacia él. Podrían nombrar general a Bonaparte, pero jamás hacer de él un caballero.

Desde luego, La Fayette desvariaba.

—General Bonaparte, es un honor para nosotros recibirlos aquí. Sólo lamento que no podamos ofrecerlos las diversiones de París...

—Mi señor gobernador —repuso Bonaparte, por supuesto utilizando los tratamientos de forma incorrecta—. Jamás he conocido las diversiones de París. Los mejores momentos de mi vida han transcurrido en el campo de batalla.

—Ésos también son los mejores momentos para Francia. Venid, os presentaré al general De Maurepas. Él será vuestro oficial superior en Detroit.

Frederic escuchó la mínima pausa que hizo La Fayette antes de decir «superior».

Frederic sabía cuándo se estaban burlando de él. Recordaré cada detalle, Gilbert, y ya habrás de pagar por él.

Los irrakwa eran muy eficientes en las tareas de descarga. Antes de que transcurriera una hora, la barcaza ya estaba en marcha. Naturalmente, La Fayette pasó la primera tarde hablando con Bonaparte acerca de la máquina de vapor de Stephenson. Bonaparte se mostró muy interesado, preguntó acerca de las posibilidades de transportar tropas, y a qué velocidad podían tenderse los raíles siguiendo a un ejército en marcha, y con qué facilidad podían ser destruidas las vías

por la acción enemiga. Hizo toda una representación, pero a Frederic le resultaba tan insulso y aburrido que no pudo imaginar cómo conseguía Bonaparte mantener el interés. Desde luego, un oficial tenía que simular interés por todo lo que le dijera su gobernador, pero Bonaparte lo tomaba demasiado al pie de la letra.

La conversación no tardó en excluir a Frederic, pero no se molestó por ello. Dejó que sus pensamientos vagaran rumbo a esa actriz No-sé-cuántos que había hecho tan buen papel en aquella obra. ¿O había sido una bailarina? Sea como fuere, recordaba sus piernas, qué piernas más bellas. Pero se había negado a acompañarlo al Canadá, aun cuando él le había asegurado su amor y prometido levantarle una casa más hermosa que la que hubiera hecho para su propia esposa.

Si hubiera venido con él... Desde luego, podría haber muerto de fiebre, como había sucedido con su esposa. De modo que tal vez fue lo mejor. ¿Seguiría actuando en París?

Bonaparte no lo sabría, por supuesto, pero quizás alguno de sus oficiales la hubiese visto.

Tendría que preguntarles.

Desde luego, cenaron sentados a la mesa de la gobernadora Arco Iris, ya que era la única que había a bordo de la barcaza. La gobernadora había presentado sus disculpas por no poder visitar a tan distinguidos viajeros franceses, pero confiaba en que su tripulación los hiciera sentir a su gusto. Frederic, suponiendo que eso significaría otro chefirrakwa., se había resignado a otra tediosa comida india de carne de ciervo —quién podía llamar a eso «venado»—, pero hete aquí que el chef era precisamente... ¡francés! Un hugonote, o, más bien, nieto de hugonotes. Pero no guardaba rencor a sus antiguos compatriotas, de modo que la comida estuvo sublime. ¿Quién hubiera pensado que en un sitio como ése habría buena comida francesa, y no del fuerte y recargado estilo acadiano?

Frederic trató de tomar parte más activa en la conversación, una vez despachada hasta la última migaja de su plato. Se esforzó por explicar a Bonaparte la situación militar casi imposible que existía en el sudeste. Describió los problemas uno por uno: los indisciplinados aliados indios, el flujo incesante de inmigrantes.

—Lo peor de todo son nuestros propios soldados. Son una muchedumbre de supersticiosos obstinados, como todos los de clase inferior. En cada cosa creen ver un presagio. Algún pionero holandés o alemán pone un conjuro sobre su puerta y prácticamente hay que azotar al soldado para que obedezca y entre en la casa.

Bonaparte tomó un sorbo de su café (era un mejunje propio de bárbaros, pero a él parecía gustarle como a cualquier irrakwa), se reclinó sobre la silla y contempló a Frederic con esos ojos firmes e incisivos.

—¿Queréis decir que acompañáis personalmente a la tropa en los registros casa por casa?

La actitud condescendiente de Bonaparte era insultante, pero antes de que Frederic pudiera articular la réplica fulminante que tenía en la punta de la lengua, La Fayette echó a reír.

—Napoleón —dijo—, mi querido amigo, tal es la naturaleza de nuestro supuesto enemigo en esta guerra. Cuando la ciudad más grande en setenta kilómetros a la redonda consiste en cuatro casas y un herrero, hay que hacer registros casa por casa. Cada finca es un fuerte del enemigo.

Napoleón arrugó la frente.

—¿No concentran sus fuerzas en ejércitos?

—Jamás han integrado un ejército, desde que, hace años, el general Wayne derrotara a Pontiac, y en aquella oportunidad fue un ejército inglés. Los Estados Unidos poseen un par de fuertes, pero están sobre el Hio.

—Entonces, ¿por qué siguen en pie esos fuertes?

La Fayette volvió a lanzar una risilla.

—¿No habéis leído los informes sobre la suerte que corrió el Rey inglés en su guerra contra los rebeldes de los Apalaches?

—Estaba ocupado en otra parte... —dijo Bonaparte.

—No necesitáis recordarnos que estabais luchando en España —lo interrumpió Frederic—.

Todos habríamos estado allí de buena gana.

—¿Ah, sí? —murmuró Bonaparte.

—Permitidme resumir —continuó La Fayette— lo que le ocurrió al ejército de lord Cornwallis cuando éste partió de Virginia con intención de llegar a Franklin, capital de los Apalaches, sobre el tramo superior del río Tennizy.

—Permitidme a mí—intervino Frederic—. Vuestros resúmenes son notoriamente más largos que el original, Gilbert.

La Fayette se mostró irritado ante la interrupción de Frederic, pero después de todo había sido el mismo La Fayette quien había insistido en que debían llamarse por sus nombres de pila, como generales hermanos. Si La Fayette quería ser tratado como un marqués, tendría que dar más importancia al protocolo.

—Adelante —dijo La Fayette.

—Cornwallis salió en busca del ejército de los Apalaches. Jamás lo encontró. Montones de chozas vacías, que hizo incendiar, pero en un día pudieron levantar otras nuevas. Y no transcurría una sola jornada sin que media docena de sus soldados fueran heridos o muertos por mosquetes.

—Rifles —corrigió La Fayette.

—Bueno, sí. Estos americanos prefieren los rifles.

—Pero no pueden repetir las descargas como es debido. El rifle es tan lento de cargar...

—No repiten descargas, a menos que lo superen a uno en número... —explicó La Fayette.

—Es lo que estaba tratando de decir —prosiguió Frederic—. Cornwallis llegó a Franklin y se dio cuenta de que la mitad de su ejército estaba muerto, herido, o bien protegiendo tropas.

Benedict Arnold, el general de los Apalaches, había fortificado la ciudad. Terraplenes, trincheras, túneles arriba y abajo por las colinas... Lord Cornwallis trató de sitiar la ciudad, pero los cherriky se movían con tal sigilo que los centinelas de los caballeros jamás los oían llegar con provisiones durante la noche. Es diabólica la colaboración tan estrecha que los blancos de los Apalaches mantuvieron con los indios. Los hicieron ciudadanos desde el mismo inicio, figuraos, y esta vez le supieron sacar provecho. Las tropas de los Apalaches asolaron las guarniciones de aprovisionamiento de Cornwallis con tanta frecuencia que al cabo de un mes era evidente que el sitiado era Cornwallis, y no ellos.

Terminó rindiendo todo su ejército, y el Rey inglés tuvo que otorgar la independencia a los Apalaches.

Bonaparte asintió con gravedad.

—Y esto fue lo más inteligente —intervino La Fayette—. Después de rendirse, Cornwallis fue llevado a la ciudad de Franklin y descubrió que todas las familias habían partido mucho antes de que él llegara. Así son estos americanos de la frontera: levantan sus pertenencias y se marchan a cualquier parte. No es posible acorralarlos.

—Pero sí matarlos —dijo Bonaparte.

—Para eso hay que atraparlos —dijo La Fayette.

—Tienen campos y granjas... —aventuró el otro.

—Bueno, sí, se puede intentar descubrir cada granja —repuso La Fayette—. Pero al llegar allí, si se encuentra a gente, resulta que se trata de una simple familia de campesinos.

Entre ellos no habrá un solo soldado. No tienen ejército. Pero en cuanto les das la espalda, ya hay alguien disparando desde el bosque. Puede ser ese mismo granjero humilde. Pero puede ser otra persona...

—Un problema interesante —dijo Bonaparte—. Jamás se sabe quién es el enemigo. Nunca concentran sus fuerzas.

—Y por eso tratamos con los indios —dijo Frederic—. No podemos ir nosotros a asesinar familias enteras de granjeros inocentes, ¿comprendéis?

—Así que pagáis a los pieles rojas para que los maten en vuestro lugar...

—Sí. Da bastante buen resultado —dijo Frederic—, y no tenemos planeado hacer nada distinto.

—¿Buen resultado? —repitió Bonaparte con sorna—. Hace diez años, al oeste de los montes Apalaches no había quinientas familias americanas. Ahora hay diez mil

entre los Apalaches y el My-Ammy, y cada vez son más las que avanzan hacia el oeste.

La Fayette hizo un guiño a Frederic. Éste lo odiaba cuando se comportaba así.

—Napoleón ha leído nuestros despachos —dijo alegremente La Fayette—. Ha memorizado nuestras estimaciones sobre los asentamientos americanos en la reserva india...

—El Rey desea que se detenga la intrusión americana en tierras francesas, y de inmediato —dijo Bonaparte.

—¿Ah, sí? —preguntó La Fayette—. ¡Qué forma tan extraña tiene de demostrarlo...!

—¿Extraña? Me ha enviado a mí —dijo Bonaparte—. Eso significa que espera la victoria.

—Pero vos sois general —dijo La Fayette—. Ya tenemos generales.

—Además —dijo Frederic—, soy yo quien está a cargo, no vos.

—El marqués es quien tiene la autoridad militar suprema en este lugar —replicó Bonaparte.

Frederic comprendió claramente. La Fayette también tenía autoridad para poner a Bonaparte al mando, por encima de él, si así lo deseaba. Miró con preocupación a La Fayette, quien untaba indulgentemente una rebanada de pan con paté de oca. La Fayette sonrió indulgentemente.

—El general Bonaparte está bajo vuestras órdenes, Frederic. Eso no cambiará. Nunca.

Espero que quede bien claro, mi querido Napoleón.

—Desde luego —dijo Napoleón—. No soñaría con cambiar eso. Debéis saber que el Rey está enviando algo más que generales al Canadá. En primavera llegarán otros mil soldados.

—Sí. Bien. Me impresiona saber que ha vuelto a prometer que enviará más tropas. ¿No hemos oído esas promesas una docena de veces anteriormente, Frederic? Siempre me tranquiliza oír otra promesa del Rey. —La Fayette dio un último sorbo a su copa—. Pero, mi querido Napoleón, la cuestión es que ya tenemos soldados, que no hacen otra cosa que sentarse en las guarniciones de Fuerte Chicago y Fuerte Detroit a pagar cabelleras con vino borgoña. Los pieles rojas lo beben como agua, y eso acaba con ellos.

—Si no necesitamos generales ni soldados —preguntó Bonaparte condescendentemente—, ¿qué creéis vos que nos hace falta para ganar esta guerra?

Frederic no sabía si odiaba a Bonaparte por hablar con tal desparpajo a un aristócrata, o si lo amaba por hablar con tal desparpajo al detestable marqués de La Fayette.

—¿Para ganar? Diez mil pobladores franceses —dijo La Fayette—. Igualar a los

americanos hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño. Hacer que les resulte imposible comerciar en esta región del país sin hablar francés. Apabullarlos numéricamente.

—Nadie vendrá a vivir a tierras tan inhóspitas —dijo Frederic, como tantas veces antes.

—Ofrezcámosles tierras gratis y vendrán —dijo La Fayette.

—Vendrá la chusma —adujo Frederic—. No necesitamos más gentuza...

Bonaparte estudió el rostro de La Fayette durante un momento de silencio.

—El valor comercial de estas tierras reside en el comercio de pieles —dijo Bonaparte serenamente—. El Rey fue muy claro al respecto. No quiere que haya asentamientos europeos fuera de los fuertes.

—En tal caso —comentó alegremente el marqués—, el Rey perderá la guerra, por muchos generales que envíe. Y con esto, señores, creo que hemos concluido la cena.

La Fayette se puso de pie y se marchó inmediatamente. Bonaparte volvió el rostro a Frederic, quien ya se disponía a retirarse. Extendió su mano y la posó sobre la muñeca de Frederic.

—Quedaos, por favor —dijo. O no. En realidad solo dijo «quedaos», pero Frederic sintió que decía «por favor», que realmente deseaba que él permaneciera a su lado, que amaba a Frederic y lo honraba...

Pero no. No podía. Era un plebeyo, y Frederic no tenía nada de qué hablar con él.

—Mi lord De Maurepas —murmuró el cabo corso. ¿O acaso sólo dijo «Maurepas», y Frederic simplemente imaginó el resto? Pero más allá de sus palabras, su voz desbordaba respeto, confianza, esperanza...

Y Frederic se quedó.

Bonaparte no dijo casi nada. Sólo las frases de rigor. Debemos trabajar unidos.

Podemos servir al Rey como corresponde. Os ayudaré en todo lo que pueda.

Pero para Frederic fueron mucho más que palabras. Una promesa de futuro honor, de regresar a París colmado de gloria. De victoria sobre los americanos y, sobre todo, de poner en su lugar a La Fayette, de triunfar sobre el democrático marqués traidor. El y Bonaparte podrían hacerlo. Unidos. Paciencia durante un par de años, el tiempo para construir un ejército de indios tan poderoso que obligara a los americanos a unir también sus fuerzas. Y luego, derrotar a ese ejército americano y regresar a Francia. Eso sería todo. El corazón de Frederic se colmó casi de una fiebre de esperanza y confianza hasta que...

Hasta que Bonaparte retiró su mano de la muñeca de Frederic.

Era como si la mano de Bonaparte lo hubiera conectado con una gran fuente de calor y vida. Ahora que el contacto había desaparecido, se sentía frío y cansado. Pero allí estaba la sonrisa de Bonaparte, y Frederic lo miró y sintió la sensación promisoriosa de un instante atrás. ¿Cómo podía haber pensado que trabajar junto a Bonaparte podía

no tener recompensas? El hombre conocía su lugar, sin dudas. Frederic sólo usaría el innegable talento militar de Bonaparte, y juntos triunfarían para regresar a Francia cubiertos de gloria.

La sonrisa de Bonaparte se desvaneció y nuevamente Frederic volvió a sentirse perdido.

—Buenas tardes —dijo Bonaparte—. Os veré por la mañana, señor.

El corso se marchó de la habitación.

Si Frederic hubiera visto su propia expresión, habría podido reconocerla: era la misma mirada de amor y devoción que había advertido en los rostros de los jóvenes oficiales de Bonaparte. Pero no pudo verse. Esa noche durmió en paz, con más confianza, anhelos y excitación que nunca antes desde que llegara al Canadá. Incluso llegó a sentirse... cómo era... cómo era... Ah, sí. Inteligente. Incluso llegó a sentirse inteligente.

Era noche cerrada, pero los obreros que trabajaban en el canal seguían en la tarea.

Empleaban su ruidosa máquina de vapor para bombear agua a la represa. Era un prodigio de ingeniería. El sistema de compuertas más empujado del mundo. Los demás países lo ignoraban. Europa seguía creyendo que América era una tierra de salvajes. Pero los emprendedores Estados Unidos de América, inspirados en el ejemplo de ese viejo mago llamado Ben Franklin, alentaban la industria y la innovación. Corría el rumor de que un tal Fulton tenía un barco que funcionaba a vapor por las aguas del Hudson: una embarcación que había ofrecido al rey Carlos, y que éste se había negado a costear. En Suskwhahenny y los Apalaches, la tierra se abría para dejar paso a las minas de carbón. Y aquí, en el estado de Irrakwa, los pieles rojas superaban a los blancos en su propio juego.

Construían canales, vehículos impulsados por vapor que se trasladaban sobre rieles, rucas a vapor que hilaban el algodón de las Colonias de la Corona y lo convertían en finas piezas de tela, capaces de rivalizar con cualquiera de Europa a la mitad de costo.

Era sólo el comienzo, pero ya buena parte de las embarcaciones que llegaban del río St. Lawrence no se dirigían al Canadá sino a Irrakwa.

La Fayette se detuvo junto a los rieles hasta que las compuertas se cerraron y las calderas de la máquina de vapor terminaron por apagarse. Después se oyó el clop, clop, clop de los caballos del canal y el bote se deslizó sobre las aguas. La Fayette subió las escaleras que lo llevaban hasta su habitación. Por la mañana estarían en Puerto Buffalo.

De Maurepas y Bonaparte marcharían al oeste, rumbo a Detroit. La Fayette regresaría a la residencia de la gobernadora, en Niágara. Allí se sentaría a despachar órdenes y a ver cómo las políticas parisinas echaban por tierra cualquier futuro que los franceses pudiesen tener en el Canadá. La Fayette no podía hacer nada por evitar

que los americanos, indios y blancos por igual, superaran al Canadá y lo dejaran atrás. Pero sí podía hacer un par de cosas para que Francia se convirtiera en una nación capaz de lanzarse al futuro con la misma osadía que América.

En su propio dormitorio, La Fayette se tendió sobre la cama sonriendo. Podía imaginarse qué había hecho esa noche Bonaparte, a solas en la estancia con el pobre cabeza hueca de Freddie. Sin duda, a estas alturas el joven conde de Maurepas debía estar completamente cautivado. Lo mismo podía haberle sucedido a La Fayette, pero él había sido advertido acerca de lo que Bonaparte era capaz de hacer con la gente, de su don para conseguir que los demás le confiaran la vida. Era un buen don para un general, mientras lo empleara sólo sobre sus soldados, de forma que estuvieran dispuestos a morir por él. Pero Bonaparte lo usaba con cualquiera, si pensaba que ello podía servirle de algo. De modo que el buen amigo de La Fayette, Robespierre, le había enviado cierto amuleto que actuaba como antídoto del carisma de Bonaparte. Y también un frasquito de polvos: el antídoto final contra Bonaparte, si no lograba controlarlo de otro modo.

No te preocupes, Robespierre, mi dilecto amigo, pensaba La Fayette. Bonaparte vivirá.

Cree que está manipulando al Canadá para que sirva a sus fines, pero yo lo manipularé a él para que sirva a los fines de la democracia. Bonaparte no lo sospecha, pero cuando regrese a Francia, estará preparado para asumir el mando de un ejército revolucionario, y aplicará su don para concluir con la tiranía de la clase gobernante en lugar de utilizarlo para sumar coronas vanas a la cabeza indigna del rey Carlos.

Porque el don de La Fayette no era leer los pensamientos de los demás, como sospechaba De Maurepas, pero se le parecía mucho. Cuando La Fayette conocía a una persona, sabía lo que ésta más anhelaba. Y si sabía eso, podía adivinar todo lo demás.

La Fayette conocía ya a Napoleón más que el propio Bonaparte. Sabía que Napoleón quería gobernar el mundo. Y tal vez lo lograra. Pero por ahora, aquí en Canadá, La Fayette gobernaría a Napoleón Bonaparte. Se durmió aferrando el amuleto que lo mantendría a salvo.

LOLLA-WOSSIKY

Cuando Lolla-Wossiky dejó a Ta-Kumsaw ante la empalizada de Fuerte Cartago, supo qué pensaba su hermano, Ta-Kumsaw pensaba que él se fugaría con el barril a beber, beber y beber.

Pero Ta-Kumsaw qué sabía... Qué sabía. Asesino Blanco Harrison... Nadie conocía a Lolla-Wossiky. Ese barril tal vez le durase dos meses. Un poco ahora, otro poco más tarde. Con cuidado, con cuidado, sin derramar jamás una gota, sin tomar más que eso, siempre cerrándolo bien, para que durase. A lo mejor, hasta tres meses...

Antes siempre había tenido que estar cerca del fuerte de ese Harrison, el Asesino Blanco, para conseguir los tazones de licor mezquino de su botella marrón. Pero ahora tenía lo suficiente para hacer su travesía, su gran travesía hacia el norte, hasta encontrar a su bestia de los sueños.

Nadie sabía que Lolla-Wossiky tenía una bestia de los sueños. El hombre blanco no lo sabía, porque los blancos no tienen bestias de los sueños. Los blancos estaban siempre dormidos y jamás despertaban. Los pieles rojas no lo sabían, pues veían a Lolla-Wossiky y creían que era un indio borracho, que iba a morir, que no tenía bestia de los sueños, que jamás despertaría.

Pero Lolla-Wossiky sabía.. Conocía esa luz que brilla allí en el norte: la vio por primera vez cinco años atrás. Supo que era. su bestia de los sueños, que lo llamaba, pero nunca había podido partir. Marchó hacia el norte unas cinco, seis, doce veces, pero en cada ocasión, el licor comenzó a faltarle, y entonces apareció el ruido, ese terrible ruido negro que tanto y tanto lo atormentaba. Cuando llegaba el ruido negro, era como si en su cabeza se enterraran y retorcieran cien cuchillos diminutos; entonces, ya no podía sentir la tierra, ya no podía siquiera ver la luz de su bestia de los sueños, y debía regresar para encontrar algo que beber y acallar el ruido. Para poder pensar., Esta última vez había sido la peor. Durante mucho tiempo no vino el cargamento de licor, y durante los dos últimos meses ni siquiera Asesino Blanco Harrison le daba whisky.

Con suerte, una taza a la semana, pero eso apenas le duraba unas horas, acaso un día.

Dos largos meses de ruido negro todo el tiempo

El ruido negro no deja caminar bien a Lolla-Wossiky. Todo da vueltas, el suelo sube y baja... ¿cómo se puede caminar erguido cuando la tierra parece agua? Y todos pensaban que Lolla-Wossiky iba borracho, tambaleándose como un indio ebrio, cayendo una y otra vez. ¿De dónde saca el licor?, se preguntaban todos. Nadie tiene whisky, pero Lolla Wossiky sigue embriagándose. ¿Cómo lo hace? Nadie tiene ojos para darse cuenta de que Lolla-Wossiky no está ebrio. ¿Acaso no oyen cómo habla, con toda claridad, sin balbucear como un borracho? ¿Acaso no comprenden que no

huele a alcohol? Nadie se imagina, nadie supone, nadie se lo figura, nadie adivina. Saben que Lolla-Wossiky siempre necesita licor. Nadie piensa nunca que tal vez Lolla-Wossiky sufra un dolor tan atroz que desea morir...

Y cuando cierra los ojos para que el mundo deje de agitarse como la corriente de un río, todos piensan que se ha dormido y comienzan a hablar. Ah, dicen cosas que no querrían que ningún piel roja oyese. Lolla-Wossiky se dio cuenta de ello muy pronto, y por eso, cuando el ruido negro se hacía tan tremendo que deseaba hundirse en el río y acallarlo para siempre, en cambio iba tambaleándose hasta la oficina de Asesino Blanco Harrison y se tumbaba en el suelo, junto a su puerta, para escuchar. El ruido negro era muy fuerte, pero no sonaba en las orejas, por lo que podía seguir oyendo las voces aun en medio del estruendo del ruido negro en el interior de su cabeza. Pensaba con todas sus fuerzas para poder oír cada palabra por debajo de la puerta. Sabía todo lo que Asesino Blanco Harrison le decía a la gente.

Lolla-Wossiky jamás decía a nadie lo que oía. Nunca decía la verdad, de todas formas, no le creerían. Estás borracho, Lolla-Wossiky. Qué vergüenza, Lolla-Wossiky. Aun cuando no estuviera ebrio, aun cuando su dolor fuera tal que quisiera matar todas las cosas vivientes para alejarlo, aun entonces decían: qué horrible ver a un piel roja tan borracho. Y Ta-Kumsaw, allí de pie, sin decir una palabra... Pero cuando hablaba era tan fuerte y recto que Lolla-Wossiky parecía aún más débil y equivocado.

Y allí iba Lolla-Wossiky: al norte, al norte, al norte, repetía para sus adentros como una letanía. Mil pasos al norte antes de tomar un traguito. Al norte, con ese ruido negro tan ensordecedor que ya no sabía dónde quedaba el norte, pero al norte a pesar de todo, porque no se atrevía a parar.

Noche muy oscura. El ruido negro es tan terrible que la tierra no habla a Lolla-Wossiky.

Hasta la luz blanca de la bestia de los sueños es muy lejana y parece provenir de todas partes al mismo tiempo. Un ojo ve la noche; el otro, el ruido negro. Debo detenerme.

Detenerme.

Con sumo cuidado, Lolla-Wossiky eligió un árbol, depositó el tonel en el suelo, se sentó y se reclinó contra el tronco, con el barril entre las piernas. Muy lentamente, porque no veía, posó las manos sobre el tonel hasta encontrar el tapón. Tap, tap, tap con el hacha; tap, tap, tap hasta que el tapón se aflojó. Lentamente lo quitó, haciéndolo girar entre sus dedos. Luego se inclinó, posó los labios sobre el orificio, con un beso apretado, como un niño prendido al seno de su madre; así de apretado. Y luego arriba el barril, muy despacio, muy despacio y no muy alto... hasta sentir el sabor, hasta sentir el licor. Un trago, dos tragos, tres tragos. Cuatro.

Cuatro y basta. Cuatro y se acabó. Cuatro es el número real, el número entero, el

número cuadrado. Cuatro tragos.

Hunde el tapón en el barril y lo golpea hasta que queda bien firme. El licor ya se le sube a la cabeza. Y el ruido negro ya comienza a desvanecerse. A desvanecerse.

En un silencio. En un silencio verde y maravilloso.

Pero el verde también se va, junto con el negro. El sentido de la tierra, la verde visión que tiene cualquier piel roja y que nadie ha visto tan claramente como Lolla-Wossiky, siempre se va de ese modo. Pero ahora, cada vez que se acerca, el ruido negro viene detrás. Y cuando se marcha el ruido negro, perseguido por el alcohol, tras él se marcha también el verde silencio viviente, una y otra vez.

Entonces, Lolla-Wossiky es igual que cualquier blanco. Separado de la tierra. Bajo sus pies, el suelo cruje. Las ramas se enredan. Las raíces tienden celadas. Los animales huyen.

Lolla-Wossiky ansiaba desde hacía años encontrar la medida justa de licor que quietara el ruido negro y dejara la verde visión. Cuatro tragos era lo más cerca que lograba estar.

Dejaba el ruido negro fuera de su alcance, detrás del árbol más cercano. Pero también dejaba el verde allí donde podía tocarlo.

Apenas rozarlo. Así, podía fingir ser un verdadero piel roja en lugar de un indio borracho, lo que en realidad era igual a ser un hombre blanco.

Pero esa noche cuatro tragos fueron demasiado para él: había estado mucho tiempo sin alcohol, dos meses con una mísera taza cada tanto. El verde se marchó con el negro.

Sin embargo, ese día no le importó. No le importó lo más mínimo. Tenía que dormir.

Cuando despertó por la mañana, el ruido negro comenzaba a retornar. No sabía si lo había despertado el sol o el ruido, y no le importó. Aflojó el tapón, dio cuatro tragos, hundió el tapón. Esta vez el sentido de la tierra permaneció cerca de él y logró percibirlo un poco. Lo suficiente para hallar un conejo en su madriguera.

Tomó una rama vieja y gruesa. Un corte aquí, otro allá, hasta que quedó erizada de agudas púas y espinas en todas direcciones.

Lolla-Wossiky se acuclilló frente al hoyo donde se ocultaba el conejo.

—Tengo mucha hambre —susurró—. Y no soy muy fuerte. ¿Me darás carne?

Se esforzó por escuchar la respuesta, por saber si hacía lo correcto. Pero se hallaba muy lejos, y los conejos hablaban en voz muy baja. Tiempo atrás, recordó, podría escuchar todas las voces, a millas y millas de distancia. Tal vez si el ruido negro se marchaba pudiera volver a escuchar. Pero por ahora no tenía forma de saber si el conejo había dado su consentimiento o no.

Y por ello no supo si tenía derecho o no. No supo si se estaba tomando las cosas como un piel roja, que se llevaba lo que la tierra le ofrecía, o si robaba como el

hombre blanco, que aniquilaba todo aquello que se le ocurría matar. No tenía elección. Hundió la rama en la madriguera, y la revolvió. Sintió cómo se estremecía, escuchó el chillido y la retiró del hoyo, aún retorciéndose. Era un conejo pequeño. Un conejito luchando por escapar de las púas. Pero Lolla-Wossiky era rápido, y en el momento preciso en que el animal asomaba por la boca del escondrijo, dispuesto a escapar y correr, Lolla-Wossiky extendió la mano, tomó el conejo por la cabeza, lo levantó por los aires y lo sacudió y lo abatió de un golpe.

Cayó muerto el conejito, y Lolla-Wossiky se lo llevó lejos de la madriguera, hacia donde aguardaba el tonel, porque es algo muy malo desollar a una cría donde sus padres puedan verlo u oírlo a uno, y deja un lugar vacío en la tierra.

No encendió fuego. Habría sido muy peligroso, y no tenía tiempo para ahumar la carne.

Estaba demasiado cerca del fuerte de Asesino Blanco Harrison. De todas formas, la carne no era mucha; la comió a fuerza de mascar y mascar, cruda como estaba, pero el sabor era fuerte y bueno. Los pieles rojas saben que si no se puede ahumar la carne hay que meter todo lo que uno pueda en la panza. Guardó el pellejo en la cintura de su taparrabos, se cargó el tonel al hombro, y se encaminó hacia el norte. La luz blanca se extendía ante él, la bestia de sus sueños lo llamaba, la bestia de sus sueños lo reclamaba. Yo te despertaré, le decía la bestia de los sueños. Yo terminaré con tu pesadilla. El hombre blanco había oído hablar de las bestias de los sueños. El hombre blanco pensaba que el indio iba al bosque y soñaba. Estúpido hombre blanco: nunca comprendía. La vida entera es un sueño al principio: un largo sueño. Uno cae dormido en el momento en que nace, y jamás despierta, jamás despierta hasta que, finalmente, un día, la bestia de los sueños lo llama. Entonces uno se interna en el bosque, a veces unos pasos, a veces hasta el abismo del mundo. Uno anda hasta que se encuentra a la bestia que lo llama. La bestia no está en los sueños. La bestia lo despierta a uno de sus sueños. La bestia le muestra quién es, le enseña su lugar en el mundo. Y entonces uno regresa despierto, despierto al fin, y le dice al chamán y a la madre y a las hermanas quién era la bestia de los sueños.

¿Un oso? ¿Un tejón? ¿Un ave? ¿Un pez? ¿Un águila o un buitre? ¿Una abeja o una avispa? El chamán le cuenta historias, y lo ayuda a escoger su nombre de indio que ha despertado. Y la madre y las hermanas eligen el nombre de todos los hijos de uno, hayan nacido ya o no.

Todos los hermanos de Lolla-Wossiky habían encontrado su bestia de los sueños largo tiempo atrás. Ahora su madre había fallecido, y sus dos hermanas se habían marchado a vivir con otra tribu. ¿Quién daría nombre a sus hijos?

Yo sé, dijo Lolla-Wossiky. Yo lo sé. Lolla-Wossiky nunca tendrá hijos, indio tuerto y borracho. Pero Lolla-Wossiky encontrará la bestia de los sueños. Lolla-Wossiky despertará. Lolla-Wossiky tendrá su nombre de indio que ha despertado.

Entonces Lolla-Wossiky sabrá si vivir o morir. Si el ruido negro persiste, y el despertar no le enseña más de lo que ya sabe, Lolla-Wossiky irá a dormir al río y dejará que sus aguas lo arrastren hasta el mar, lejos de la tierra y del negro sonido. Pero si despertar le enseña alguna razón para seguir viviendo, con ruido o sin ruido, Lolla-Wossiky vivirá muchos largos años de alcohol y dolor, dolor y alcohol.

Lolla-Wossiky bebía cuatro tragos cada mañana, cuatro tragos cada tarde, y luego se dormía esperando que la bestia de los sueños lo despertara para poder luego morir.

Un día se detuvo sobre las orillas de un límpido arroyo. El ruido negro lo ensordecía y nublabla su visión. Sobre el agua había un inmenso oso marrón. Descargó un zarpazo sobre el espejo de las aguas y un pez salió por los aires. El oso lo atrapó entre sus dientes, batió las mandíbulas dos veces y tragó. Pero Lolla-Wossiky no reparó en sus mandíbulas, sino en sus ojos.

Al oso le faltaba un ojo, igual que a Lolla-Wossiky. Esto lo hizo pensar que podía estar ante la bestia de los sueños. Pero no podía ser. La luz blanca que lo llamaba seguía brillando al norte y algo al oeste de ese lugar. De modo que el oso no era su bestia de los sueños, sino parte del sueño.

Pero tal vez tuviera algún mensaje para Lolla-Wossiky. Acaso el oso estuviera allí porque la tierra deseaba contar una historia a Lolla-Wossiky.

Y esto es lo primero que advirtió Lolla-Wossiky: cuando el oso atrapó el pez entre sus mandíbulas, miraba, con su único ojo, el destello del sol sobre las escamas. Lolla-Wossiky sabía de estas cosas, pues Lolla-Wossiky también inclinaba la cabeza a un lado como el oso.

Y esto fue lo segundo que advirtió Lolla-Wossiky: cuando el oso miró las aguas para ver nadar al pez y poder arrojarle el zarpazo, lo hizo con el otro ojo. Con el ojo que faltaba. Y Lolla-Wossiky no pudo comprenderlo. Era algo de lo más extraño.

Y esto fue lo último que advirtió Lolla-Wossiky: cuando miró al oso, su único ojo estaba cerrado. Y cuando abrió el ojo, el río seguía allí, la luz del sol seguía allí, los peces seguían danzando en el aire para luego desaparecer, pero el oso se había ido. Lolla-Wossiky sólo podía ver el oso si cerraba su único ojo.

Lolla-Wossiky bebió dos tragos del barril, y el oso se marchó.

Un día, Lolla-Wossiky cruzó un camino de hombre blanco, y sintió que un río se movía bajo sus pies. La corriente del sendero lo arrastró. Al principio se tambaleó, pero luego encontró el paso correcto y echó a andar con el tonel al hombro. Un piel roja nunca camina por un sendero de hombre blanco: cuando había tiempo seco, la tierra resultaba dura de tan apisonada; y cuando llovía, el fango era demasiado profundo. Y las huellas de las carretas parecían manos de hombre blanco, tendidas para hacerlo caer, para torcerle un tobillo, para tumbarlo. Pero esta vez, con todo, el suelo fue suave, como el césped tierno a la vera de un río, siempre y cuando Lolla-Wossiky caminara en la dirección correcta. No ya hacia la luz, pues el resplandor lo

rodeaba tenuemente; supo que la bestia de los sueños estaba muy, pero que muy cerca.

Tres veces el camino cruzó las aguas: dos arroyos pequeños y uno de mayor caudal. Y cada vez encontró un puente construido con grandes troncos gruesos y sólidas planchas, y con un tejado, como si fuera la casa de un hombre blanco. Lolla-Wossiky se detuvo largo tiempo en el primer puente. Jamás había oído hablar de nada semejante. Estaba inmóvil sobre el sitio en que supuestamente debía pasar la corriente, pero el puente era tan sólido y pesado, y sus paredes tan gruesas, que no podía ver ni oír el fluir de las aguas.

Y el río odiaba al puente. Lolla-Wossiky podía notar la furia de las aguas, que ansiaba poder alcanzarlo para hacerlo trizas. «Eso es propio del hombre blanco», pensó Lolla-Wossiky. «El hombre blanco necesita conquistar y separarlo todo de la tierra.»

Pero allí, de pie sobre el puente, advirtió algo más. Aun cuando ya casi no quedaba whisky en su cuerpo, el ruido negro se tornaba más tenue sobre el puente. Hacía mucho tiempo que no oía tan bien el silencio verde. Como si, en parte, el ruido negro proviniera del río. Pero ¿era eso posible? El río no guardaba rencor contra el indio. Y ninguna cosa hecha por el hombre blanco podía acercarlo a la tierra. Y sin embargo, era lo que ocurría en ese lugar. Lolla-Wossiky apresuró el paso; tal vez lograra comprenderlo cuando su bestia de los sueños lo despertara.

El camino desembocó en un llano con unas pocas construcciones hechas por el hombre blanco. Muchas carretas. Caballos con las riendas sujetas a los postes, que mordisqueaban la hierba. Se oía el repiqueteo metálico de unos martillos, el golpe seco de las hachas contra la madera, el chirrido de los ajetreados serruchos. Y todos los demás sonidos que hace el hombre blanco cuando masacra el bosque. Era un pueblo de blancos.

Pero no. No era un pueblo de hombres blancos.

Lolla-Wossiky se detuvo allí donde se abría el paisaje. ¿En qué era distinto este pueblo de blancos? ¿Qué esperaba ver y no veía?

La empalizada. No había empalizada.

¿Dónde buscaban refugio los hombres blancos? ¿Dónde encerraban a los indios borrachos y a los ladrones blancos? ¿Dónde ocultaban sus armas?

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! —Se oyó una voz de hombre blanco, nítida como el tañido de una campana en el aire denso de la tarde estival.

Sobre una colina cubierta de pastos, a medio kilómetro de distancia, se elevaba un extraño objeto de madera. Lolla-Wossiky estaba situado de tal forma que no llegaba a ver a los hombres que lo erigían; quedaban ocultos tras la ladera de la colina. Pero vio cómo se elevaba un marco de madera, con tirantes en el lado elevado para emplazarlo en su sitio correcto.

—¡Ahora la pared lateral! ¡Arriba, arriba, arriba!

Y entonces se alzó otro marco, lentamente, y al principio algo inclinado. Cuando ambos bastidores quedaron erectos, se unieron por uno de los costados. Por primera vez, Lolla-Wossiky vio personas. Eran jóvenes blancos, encaramados sobre los bastidores, que descargaban sus martillos para someter la madera, como si fueran hachas indias.

Después de golpetear un buen rato, tres de ellos se pusieron de pie sobre la cima de los marcos de madera, con los martillos en alto como si fueran lanzas que acabaran de arrancar del cuerpo de un búfalo salvaje. Desataron las sogas con que habían levantado los bastidores. Y las paredes se sostuvieron erguidas, la una contra la otra. Lolla-Wossiky oyó un grito de júbilo.

Entonces, de pronto, los hombres blancos aparecieron sobre la ladera de la colina.

¿Me habrán visto?, ¿Vendrán a echarme de aquí, o a encerrarme? No, sólo bajan por la ladera hacia el descampado donde aguardan sus caballos y carretas. Lolla-Wossiky se confundió con los árboles del bosque.

Bebió cuatro tragos del tonel, luego trepó a un árbol y posó el barril sobre una horquilla que formaban tres ramas. Simple y firme, simple y seguro. Hojas bellas y frondosas.

Nadie lo verá desde abajo. Ni siquiera un piel roja.

Lolla-Wossiky dio un largo rodeo, pero no tardó en encontrarse sobre la colina donde se erguían las nuevas paredes. Miró un buen rato, pero no pudo entender qué era el edificio. Esos bastidores eran una forma extraña de construcción, como la nueva mansión de Asesino Blanco Harrison, sólo que ésta era mucho más grande. Más grande que ninguna otra que Lolla-Wossiky hubiera visto construir al hombre blanco. Más alta que una empalizada.

Primero esos puentes extraños, sólidos como una casa. Luego este edificio singular, alto como los árboles. Lolla-Wossiky salió del abrigo del bosque hacia campo abierto, meciéndose hacia atrás y adelante, pero el suelo jamás era llano cuando había bebido licor. Al llegar al edificio, posó los pies sobre el suelo de madera. Era un suelo de hombre blanco, con paredes de hombre blanco, pero no se parecía a los demás edificios de hombre blanco que hubiera visto. En el interior, un inmenso espacio abierto. Paredes muy altas. Era la primera vez que veía una construcción de hombre blanco que no estaba cerrada y a oscuras. Un indio podía incluso sentirse a gusto en un sitio como éste.

— ¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

Lolla-Wossiky se volvió tan deprisa que casi cayó de bruces. Afuera, en el extremo del edificio, había un hombre blanco de elevada estatura. El suelo era tan alto que le llegaba a la cintura. No iba ataviado como un cazador, ni llevaba uniforme de soldado. Tal vez fuera vestido como un granjero, pero limpio. En verdad, Lolla-

Wossiky nunca había visto a nadie así en Ciudad Cartago.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar el hombre con tono imperioso.

—Un piel roja —repuso Lolla-Wossiky.

—Se acerca la puesta del sol, pero todavía no es de noche. Tendría que ser ciego para no ver que es piel roja. Pero conozco a los indios de la región, y usted no es de este lugar.

Lolla-Wossiky se echó a reír. ¿Acaso algún hombre blanco conocía tan bien a los pieles rojas como para distinguir a uno de otro y saber quién era de la región y quién no?

—¿Tiene nombre, piel roja?

—Lolla-Wossiky.

—Está borracho, ¿verdad? Lo huelo, y veo que no camina bien...

—Muy borracho. Indio borracho.

—¿Quién le dio el whisky? ¡Dígamelo! ¿Dónde consiguió el licor?

Lolla-Wossiky no comprendía. Los blancos nunca preguntaban dónde conseguía el licor. Los blancos siempre lo sabían.

—De Asesino Blanco Harrison —respondió.

—Harrison se encuentra a más de trescientos kilómetros al sureste de aquí. ¿Cómo lo ha llamado?

—Gobernador Bill Harrison.

—Lo llamó Asesino Blanco Harrison.

—Este indio está muy borracho.

—Ya lo veo. Pero sin duda no se emborrachó en Fuerte Cartago y vino hasta aquí antes de que se le pasara la borrachera. Ahora dígame, ¿de dónde ha sacado el whisky?

—¿Usted encerrarme?

—¿Encerrarlo? Dígame dónde podría encerrarlo, a ver. Ya veo que realmente es de Fuerte Cartago... Pues bien, sepa, señor Lolla-Wossiky, que aquí no tenemos dónde encerrar a indios borrachos, pues aquí los indios no se emborrachan. Y si lo hacen, encontramos al hombre blanco que le dio el licor y le damos unos buenos azotes. Ahora me dirá dónde consiguió ese licor.

—Ser mi whisky...

—Será mejor que venga conmigo.

—¿Usted encerrarme?

—Ya se lo he dicho, no... Escuche, ¿tiene hambre?

—Sí —repuso Lolla-Wossiky.

—¿Tiene dónde comer?

—Lolla-Wossiky comer donde estar.

—Bueno, esta noche vendrá a comer a mi casa...

Lolla-Wossiky no supo qué decir. ¿Era una broma de hombre blanco? Las bromas de los blancos resultaban muy difíciles de comprender.

—¿No tiene hambre?

—Sí —repitió Lolla-Wossiky.

—Pues bien, ¡vamos entonces!

Por la colina venía otro hombre blanco.

—¡Soldado de Dios! —llamó a su acompañante—. Su buena esposa se preguntaba por dónde podía andar...

—Un minuto, reverendo Thrower. Creo que tendremos compañía para la cena.

—¿Quién es? Pero, Soldado de Dios, si no me equivoco, se trata de un indio piel roja.

—Dice que su nombre es Lolla-Wossiky. Es un shaw-nee. Está borracho como una cuba.

Lolla-Wossiky se sorprendió. Este hombre blanco sabía que era shaw-nee sin habérselo preguntado. ¿Lo sabría por su cabello, rapado por completo excepto en la franja que bajaba por el medio? Pero había otros pieles rojas que también lo llevaban así.

¿Por los flecos de su taparrabos? Los blancos nunca reparaban en esas cosas.

—Un shaw-nee... —dijo el blanco recién llegado—. ¿No son una tribu especialmente salvaje?

—Pues bien, no lo sé, reverendo Thrower —repuso Soldado de Dios—. Pero sí son una tribu particularmente sobria. Con lo cual quiero decir que no se emborrachan como otros.

Hay quienes dicen que los únicos indios inofensivos son los que están borrachos, y por eso al ver a los shaw-nee, que no beben, piensan que pueden ser más peligrosos.

—Bueno, éste no parece tener ese problema...

—Lo sé. Traté de descubrir quién le dio el whisky, pero no me lo quiso decir.

El reverendo Thrower se dirigió a Lolla-Wossiky.

—¿No sabe que el whisky es el arma del diablo, y la perdición del indio piel roja?

—No creo que sepa hablar tan bien como para comprender sus palabras, reverendo.

—Licor ser muy malo para piel roja —dijo Lolla-Wossiky.

—Bueno, tal vez entienda, después de todo... —comentó Soldado de Dios con una risilla—.

Lolla-Wossiky, si sabe que el whisky es tan malo, ¿por qué apesta a whisky barato como un borrachín escocés?

—Licor muy malo para piel roja —prosiguió Lolla-Wossiky—, pero piel roja tener sed todo el tiempo.

—Eso tiene una sencilla explicación científica —dijo el reverendo Thrower—.

Los europeos han bebido alcohol durante tanto tiempo que acabaron por desarrollar cierta tolerancia.

Los europeos que beben alcohol con desesperación tienden a morir antes, a procrear menos hijos y a mantener no tan bien a los hijos que logran concebir. El resultado es que la mayoría de los europeos tienen incorporada cierta resistencia al alcohol. Pero vosotros, los pieles rojas, jamás habéis desarrollado esa tolerancia.

—Ser cierto, maldición —dijo Lolla-Wossiky—. Hombre blanco que hablar la verdad, ¿cómo es que Asesino Blanco Harrison no matarlo todavía?

—Pero fíjese en eso: es la segunda vez que llama asesino a Harrison... —comentó Soldado de Dios.

—También ha blasfemado, lo cual no es de mi agrado.

—Si viene de Cartago, ha aprendido a hablar de una clase de hombres para los cuales «maldición» es un signo de puntuación; no sé si me entiende, reverendo. Pero escuche, Lolla-Wossiky. Este hombre es el reverendo Filadelfia Thrower, y es ministro de Nuestro Señor Jesucristo. Le pediría que no empleara ese lenguaje en presencia de él.

Lolla-Wossiky no tenía la menor idea de qué podía ser un ministro. En Ciudad Cartago no había de eso. Lo más cercano que pudo pensar fue que un ministro era como un gobernador, pero mejor.

—¿Usted vivir en esta casa tan grande?

—¿Vivir aquí? —respondió Thrower—. ¡Oh, no! Ésta es la casa del Señor.

—¿De quién?

—De Nuestro Señor Jesucristo.

Lolla-Wossiky había oído hablar de Jesucristo. Los hombres blancos solían mencionarlo todo el tiempo, especialmente cuando estaban enfurecidos o cuando decían mentiras.

—Hombre muy enojado, Jesús —dijo Lolla-Wossiky—. ¿Vivir aquí?

—Jesucristo es un Señor amante y misericordioso —explicó el reverendo Thrower—. No vivirá aquí del mismo modo en que vive un hombre blanco en su casa. Pero cuando los buenos cristianos deseemos venerarlo... entonar salmos y orar, y escuchar la palabra del Señor, nos reuniremos en este lugar. Es una iglesia, o al menos lo será.

—¿Aquí hablar Jesucristo? —Lolla-Wossiky pensó que podría ser interesante estar frente a frente con un hombre blanco tan importante.

—¡Ah, no! No en persona. Yo hablo por él.

Desde el pie de la colina se oyó una voz de mujer.

—¡Soldado! ¡Soldado de Dios Weaver!

Soldado alzó la vista.

—La cena está lista, y allí está mi mujer llamándonos. No le gusta que la hagan

esperar; vamos, Lolla-Wossiky. Borracho o no, si quiere comer puede venir con nosotros.

—¡Ojalá que sí! —intervino el reverendo Thrower—. Y cuando acabe la cena, espero poder enseñarle la palabra de Nuestro Señor.

—Lo más primero —dijo Lolla-Wossiky— ser que prometer no encerrarme. No querer estar encerrado. Tener que encontrar bestia de los sueños.

—No lo encerraremos. Puede salir de mi casa cuando lo desee. —Soldado de Dios se volvió al reverendo Thrower—. Ya ve lo que William Henry Harrison enseña a los indios sobre el hombre blanco: whisky y encierros.

—A mí me conmueven más sus creencias paganas. ¡Una bestia de los sueños! ¿Será ésa su idea de Dios?

—La bestia de los sueños no es Dios: es un animal con el que sueñan, y que les enseña cosas —explicó Soldado—. Hacen una larga travesía hasta que tienen el sueño y regresan a su hogar. Eso explica por qué ha viajado más de trescientos kilómetros desde los asentamientos shaw-nee que quedan en el tramo inferior del My-Ammy.

—Bestia de los sueños ser real —corrigió Lolla-Wossiky.

—Claro —convino Soldado de Dios. Lolla-Wossiky advirtió que lo decía sólo para no ofenderlo.

—Esta pobre criatura está desesperadamente necesitada de recibir los evangelios de Jesús. Es evidente —concluyó Thrower.

—En mi opinión, en este momento está más necesitado de comer. ¿No convendrá conmigo en que los evangelios se aprenden mejor con la panza llena?

Thrower contuvo la risa.

—No creo que la Biblia diga eso, Soldado de Dios, pero me atrevo a pensar que tiene usted razón.

Soldado de Dios se puso las manos en las caderas y volvió a preguntar a Lolla-Wossiky:

—¿Viene o no?

Y el indio repuso:

—Lolla-Wossiky ir.

Lolla-Wossiky tenía la panza llena, pero de comida de hombre blanco: tierna, suave y recocida. El estómago le crujía. Y Thrower no paraba de decir cosas extrañas. Los cuentos eran buenos, pero Thrower seguía hablando del pecado original y la redención.

Llegado cierto punto, Lolla-Wossiky creyó comprender y dijo:

—¡Qué dios más tonto! Hacer que todos nazcan malos para ir a las llamas del infierno.

¿Por qué ser tan loco? ¡Todo ser culpa de él! —Pero esto trastornó mucho a

Thrower, quien se puso a hablar más y más deprisa. De modo que Lolla-Wossiky prefirió no dar a conocer ninguna otra opinión.

Cuanto más hablaba Thrower, el ruido negro se tornaba más y más ensordecedor. ¿Se estaría acabando el efecto del whisky? Pero era demasiado pronto para que el licor desapareciera. Y cuando Thrower se alejó un momento para ir al excusado, el ruido negro se acalló. Muy extraño... Lolla-Wossiky nunca había notado antes que alguien pudiera aumentar o atenuar el sonido negro con sólo ir o venir.

Pero tal vez eso se debiera a que estaba en el lugar de la bestia de los sueños. Sabía que ése era el sitio, pues la luz blanca estaba a su alrededor mirara hacia donde mirase, y no sabía adonde ir. No debía sorprenderse de esos puentes que acallaban el ruido negro y de ese ministro blanco que lo hacía rugir. No debía sorprenderse de ese Soldado de Dios, con su dibujo de la faz de la tierra, que alimentaba indios y no vendía licor ni tampoco lo regalaba.

Mientras Thrower estaba ausente, Soldado de Dios mostró el mapa a Lolla-Wossiky.

—Esto es un dibujo de las tierras que hay a nuestro alrededor. Hasta el noroeste. Aquí está el gran lago; los kicky-poo lo llaman Aguas Gordas. Allí, Fuerte Chicago. Es un asentamiento francés.

—Francés. Una jarra de whisky por un cuero cabelludo de blanco.

—Ésa es la paga actual, de acuerdo —dijo Soldado de Dios—. Pero los pieles rojas de aquí no cazan cabelleras. Comercian conmigo con reglas limpias, y yo comercio con ellos con reglas limpias. Nosotros no disparamos contra los indios, ni ellos matan hombres blancos para conseguir su botín. ¿Me comprende? Si le viene la sed, piense en esto: hace unos años vivió un piel roja borracho de la tribu wee-aw, que mató a un niño danés en el bosque. ¿Cree que fueron los blancos quienes lo capturaron? Pues sepa que no; usted sabe que ningún blanco tiene esperanzas de atrapar a un indio entre la espesura, y mucho menos granjeros y hombres como nosotros. No, lo encontraron un shaw-nee y un otty-wa, dos horas después de que los padres comenzaron a echar de menos al niño. ¿Y cree que fueron los blancos quienes lo castigaron? Pues no. Los indios arrojaron al wee-aw al suelo y le dijeron: «¿Quieres demostrar que eres valiente?»; el otro dijo que sí, y tardaron seis horas en matarlo.

—Muy amable —comentó Lolla-Wossiky.

—¿Amable? No me lo parece —dijo Soldado de Dios.

—Piel roja matar niño blanco por whisky; si no dejarlo demostrar valentía, morir... mmm...

Así, rápido como una serpiente de cascabel... No ser hombre.

—Debo decirle que los pieles rojas piensan de modo muy extraño —dijo Soldado—. ¿Quiere decir que está haciendo un favor a alguien si lo tortura hasta matarlo?

—No a cualquiera. Sí al enemigo. Tú atrapar enemigo, él mostrarse valiente antes de morir y luego su espíritu retornar al hogar. Decir a su madre y hermanas que morir valiente, y ellas llorar por él y entonar cánticos. Si no mostrarse valiente, y su espíritu caer plano sobre la tierra, y uno pisarlo, aplastarlo, nunca regresar al hogar, nadie recordar su nombre...

—Menos mal que Thrower está fuera, en el excusado, pues si no, se orinaría en los calzones sólo con escuchar semejante doctrina. —Soldado de Dios miró a Lolla-Wossiky de soslayo—. ¿Quiere decir que honraron a ese wee-aw que asesinó al pequeño?

—Muy mala cosa, matar a pequeño. Pero tal vez piel roja saber sobre indio borracho, muy sediento, tanto que volverse loco. No ser tan grave como matar a hombre para quedarse con su casa, o con su mujer, o con su tierra, como hacer hombre blanco todo el tiempo.

—Debo decir que cuanto más sé sobre los pieles rojas, más empiezo a encontrarle el sentido. Más vale que lea bien la Biblia por las noches, no sea que termine convirtiéndome en indio.

Lolla-Wossiky se echó a reír con ganas.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Muchos pieles rojas volverse blancos, y entonces morir. Pero jamás hombre blanco volverse indio. Tener que contar esta historia. Todos reírse mucho.

—Pues yo no logro entender su sentido del humor, el de los indios. —Soldado apoyó un dedo sobre el mapa—. Aquí estamos nosotros; aquí, por debajo del punto donde el Tippy-Canoe confluye con el Wobbish. Todos estos puntos son granjas de hombres blancos. Y estos círculos son aldeas indígenas. Ésta es shaw-nee, ésta es winny-baygo, ¿lo ve?

—Asesino Blanco Harrison decir a pieles rojas que usted hacer dibujo de la tierra para poder encontrar aldeas indígenas. Matar a todos. Eso decir.

—Bueno. Es la clase de mentira que puedo esperar de él. Es decir, que había oído hablar de mí antes de llegar hasta este sitio, ¿verdad? Bueno, espero que no crea en sus mentiras...

—¡Ah, no! Nadie creer en Asesino Blanco Harrison

—Menos mal.

—Nadie creer en ningún hombre blanco. Todos mentir.

—Bueno, pero yo no, ¿lo comprende? Yo no. Harrison quiere ser gobernador con tal desesperación que es capaz de la peor mentira para conseguir el poder y conservarlo.

—El decir que usted también querer ser gobernador.

Soldado de Dios se detuvo al oír eso. Observó el mapa. Miró la puerta de la cocina, tras la cual lavaba su esposa.

—Bueno, supongo que en eso no mentía. Pero mi idea de lo que es ser gobernador difiere mucho de la de él. Yo quiero ser gobernador para que los indios y los blancos puedan vivir juntos en paz, cultivando la tierra hombro con hombro, yendo a las mismas escuelas, o para que algún día no haya diferencias entre blancos y pieles rojas. Pero Harrison quiere acabar por completo con todos los indios.

Si alguien consigue que los indios sean como los blancos, entonces ya no habrá indios.

A la manera de Harrison o a la de Soldado, al final no quedarán indios. Lolla-Wossiky pensó esto, pero no dijo nada. Sabía que, si bien era malo hacer que los indios fuesen como los blancos, era todavía peor matarlos con alcohol como planeaba Harrison, o matarlos y quitarles las tierras como pensaba Jackson. Harrison era un hombre muy malo.

Soldado quería ser un hombre bueno, pero no sabía cómo. Lolla-Wossiky lo comprendió, y por eso no discutió con él.

Soldado de Dios siguió mostrándole el mapa.

—Aquí abajo está Fuerte Cartago. Tiene un cuadrado porque es un pueblo. También puse un cuadrado donde estamos nosotros, aun cuando todavía no somos un pueblo propiamente dicho. Lo llamamos Iglesia de Vigor, por esa iglesia que estamos construyendo.

—Iglesia, por la construcción. ¿Por qué Vigor?

—Ah, por los primeros que se asentaron aquí, los que abrieron el camino e hicieron los puentes: la familia Miller. Viven detrás de la iglesia, en lo alto, por ese camino. En realidad, mi esposa es su hija mayor. Llamaron Vigor a este lugar en honor a su hijo mayor, que se llamaba Vigor. Se hundió en el río Hatrack, más arriba, cerca de Suskwahenny, mientras venían hacia aquí. Por eso le pusieron su nombre al lugar.

—Su esposa, muy hermosa —dijo Lolla-Wossiky.

Soldado se quedó tan azorado que tardó unos segundos en responder. Y atrás, en la trastienda donde comían, su esposa Eleanor debía de haber estado escuchando, pues de pronto apareció en la puerta.

—Nunca nadie me había dicho que soy hermosa —comentó con suavidad.

Lolla-Wossiky se sintió desconcertado. Casi todas las mujeres blancas tenían rostros estrechos, sin pómulos, con cutis de enfermas. Eleanor era de tez más oscura, de rostro amplio, de pómulos altos.

—Yo creo que eres hermosa —se defendió Soldado—. De veras.

Lolla-Wossiky no le creyó, y Eleanor tampoco, si bien ella sonrió y se alejó de la puerta.

Él jamás había pensado que su esposa fuera hermosa; era evidente. Y al cabo de un rato, Lolla-Wossiky comprendió por qué. Era hermosa como lo eran las mujeres

pieles rojas.

Por eso, naturalmente, los hombres blancos que nunca sabían ver bien consideraban que ella era muy fea.

Esto también significaba que Soldado se había casado con una mujer que consideraba fea. Pero no le gritaba ni la golpeaba, como hacía un indio cuando su mujer era fea. Lolla-Wossiky decidió que era algo bueno.

—Usted ser muy feliz —dijo Lolla-Wossiky.

—Eso se debe a que somos cristianos —dijo Soldado de Dios—. Usted también sería feliz, si fuese cristiano.

—Yo nunca ser feliz —respondió Lolla-Wossiky. Quiso decir «hasta que escuche nuevamente el silencio verde, hasta que el ruido negro se vaya». Pero no tenía sentido decírselo a un hombre blanco: ellos no sabían que la mitad de las cosas que suceden en el mundo son invisibles a sus ojos.

—Sí, lo será —dijo Thrower. Entró en la sala haciendo un derroche de energía, dispuesto a vérselas con ese salvaje nuevamente—. Acepte a Jesucristo como salvador, y obtendrá la verdadera felicidad.

Bueno. Ésa era una promesa digna de consideración. Era una buena razón para hablar sobre ese tal Jesucristo. Tal vez Jesucristo fuera la bestia de los sueños de Lolla-Wossiky. Tal vez él hiciera desaparecer el ruido negro y pudiera darle nuevamente la felicidad que sentía antes de que Asesino Blanco Harrison hiciera estallar el mundo con el ruido negro de su escopeta.

—¿Jesucristo hacerme despertar? —quiso saber Lolla-Wossiky.

—Venid y seguidme, dijo él, y yo os haré pescadores de hombres —respondió Thrower.

—¿Él despertarme? ¿Él hacerme feliz?

—Dicha eterna, en el seno del Padre Celestial —repuso Thrower.

Nada de eso tenía sentido, pero Lolla-Wossiky decidió seguir adelante, tal vez pudiera despertar y luego comprender de qué hablaba Thrower. A pesar de que éste hacía que el ruido negro fuese más fuerte que nunca. Pero quizá también tuviera el remedio para su mal.

Así pues, esa noche Lolla-Wossiky durmió en el bosque, tomó cuatro tragos de whisky por la mañana y marchó rumbo a la iglesia con paso tambaleante. Thrower se enfadó al ver borracho a Lolla-Wossiky, y Soldado volvió a insistir en que le dijera quién le había dado de beber. Como a su alrededor se habían congregado todos los demás hombres que participaban en la construcción de la iglesia, Soldado pronunció un discurso lleno de amenazas.

—Si descubro quién está emborrachando a estos indios, juro que incendiaré su casa y lo mandaré a vivir allá abajo, al Hio, junto con Harrison. Aquí arriba somos gente cristiana.

No puedo impedir que pongáis esos conjuros en vuestras casas, ni que hagáis todos vuestros sortilegios y hechizos, aun cuando ellos demuestren falta de fe en el Señor. Pero seguramente podré impedir que emborrachéis al pueblo que el Señor eligió poner en estas tierras. ¿Me habéis comprendido?

Y todos los blancos asintieron, y dijeron que sí, que estaban de acuerdo, y que por supuesto.

—Nadie de los que están aquí haberme dado whisky —dijo Lolla-Wossiky.

—Tal vez lo trajo consigo en una jarra —aventuró uno de los hombres.

—Quizá tenga una destilería propia en el bosque —intervino otro.

Todos se echaron a reír.

—Más respeto, por favor —dijo Thrower—. Este salvaje ha aceptado a Nuestro Señor Jesucristo. Será ungido con el agua del bautismo, como el mismo Jesús. Que esto señale el inicio de una gran labor misionera entre los indios de los bosques de América.

«Amén», murmuraron los hombres.

Bueno, el agua estaba fría. Eso fue lo único que sintió Lolla-Wossiky, salvo que cuando Thrower la vertió sobre su cabeza, el ruido negro se hizo más fuerte. Jesucristo no apareció, de modo que no era la bestia de los sueños, después de todo. Lolla-Wossiky sufrió una decepción.

Pero al reverendo Thrower no le ocurrió lo mismo. Eso era lo extraño de los hombres blancos. No: parecían darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Thrower había celebrado un bautismo que no había hecho el más mínimo bien, y eso le bastaba para pasarse el resto del día pavoneándose, como si hubiera traído un búfalo a una aldea muerta de hambre en lo peor del invierno.

Soldado de Dios estaba tan ciego como él. Al mediodía, cuando Eleanor trajo el almuerzo hasta la colina para que los hombres comieran, dejaron que Lolla-Wossiky los acompañara.

—No se puede rechazar a un cristiano, ¿verdad? —dijo uno. Pero ninguno de ellos se sentía muy feliz de sentarse cerca de Lolla-Wossiky, probablemente porque hedía a alcohol y a sudor, y se tambaleaba al caminar. Finalmente, Soldado de Dios se sentó junto a Lolla-Wossiky, a cierta distancia del resto, y se pusieron a conversar sobre esto y aquello.

Hasta que Lolla-Wossiky le preguntó:

—¿A Jesucristo no le gustan los conjuros?

—En efecto. Él es el camino y todas esas brujerías son blasfemias.

Lolla-Wossiky asintió con gravedad.

—Conjuros pintados no ser buenos. Pintura nunca haber vivido.

—Pintado o tallado, es lo mismo.

—Conjuro de madera, un poco más fuerte. Árbol haber vivido.

—Para mí es igual. Da igual que sea pintado o tallado. En mi casa no habrá nunca conjuros. Ni sortilegios, ni hechizos, ni brujerías, ni ensalmos, ni encantamientos, ni demás monsergas. Un buen cristiano cree en la oración, y eso es todo. El Señor es mi pastor, y no he de querer más.

Lolla-Wossiky supo entonces que el hombre era tan ciego como Thrower. Porque la casa de Soldado de Dios era la mejor protegida con conjuros que Lolla-Wossiky hubiese visto en toda su vida. En parte, ésa era la razón por la cual Soldado lo había impresionado tanto: sabía lo suficiente para hacer conjuros de cosas vivientes. Arreglos de plantas vivas pendiendo del patio, semillas con el germen de la vida dispuestas en recipientes cuidadosamente ubicados, ajos, manchas de zumos de fresas, todo en puntos tan fuertes que aun a pesar de haber bebido tanto licor Lolla-Wossiky podía sentir la presión y el influjo de los conjuros, los hechizos y los encantamientos.

Y sin embargo, Soldado de Dios no tenía la menor idea de que su casa estuviera hechizada.

—Mi esposa Eleanor y su familia siempre estaban con hechizos. Su hermanito Al Júnior, ese de seis años que está allí enzarzado con el rubito, ¿lo ve...? Dicen que es un verdadero escultor de conjuros.

Lolla-Wossiky miró al niño, pero no logró verlo. Vio al rubito con quien estaba forcejeando, pero el otro niño escapaba a su visión. No supo por qué. Soldado seguía hablando.

—¿No es terrible? Tan pequeño y ya se ha alejado de Jesús. De todas formas, a Eleanor le costó mucho abandonar esos conjuros y brujerías. Pero lo hizo. Me hizo un juramento solemne, pues si no, jamás nos habríamos casado.

En ese momento, se acercó Eleanor, la bella esposa que para los blancos era fea, a retirar la cesta de la comida. Alcanzó a oír las últimas palabras de su marido, pero no dio muestras de que significaran nada especial para ella. Salvo que al retirar la escudilla de Lolla-Wossiky lo miró a los ojos, y él sintió como si la mujer le preguntase: «¿Ve usted mis conjuros?»

Lolla-Wossiky le sonrió, tanto como le fue posible, para que ella supiera que no pensaba contárselo al esposo.

Ella le devolvió la sonrisa, con vacilación, con desconfianza.

—¿Le ha gustado la comida? —le preguntó.

—Todo muy cocido —repuso Lolla-Wossiky. No quedar nada del sabor a sangre.

La mujer abrió los ojos con estupor. Soldado de, Dios rió y palmeó a Lolla-Wossiky en el hombro.

—Bueno, eso es lo que significa ser civilizado. Dejar de beber sangre ya es un paso.

Espero que el bautismo lo lleve por la senda correcta. Se ve que ha vivido mucho

tiempo en el camino equivocado.

—Me preguntaba... —comenzó Eleanor y se detuvo. Miró el taparrabos de Lolla-Wossiky y dirigió la mirada a su esposo.

—Ah, sí. Hablamos de eso la noche pasada. Tengo un par de pantalones viejos y una camisa que ya no uso. De todas formas, Eleanor me está haciendo ropa nueva, conque pensé que debería empezar a vestirse como un cristiano, ahora que se ha bautizado.

—Día ser muy caluroso —repuso Lolla-Wossiky.

—Bueno, sí, pero los cristianos creemos en el recato al vestirse, Lolla-Wossiky. —Soldado rió y lo palmeó en la espalda.

—Esta tarde podría traer las ropas —propuso Eleanor.

Lolla-Wossiky pensó que se trataba de una idea muy tonta. Los indios siempre se veían ridículos vestidos con ropas de hombre blanco. Pero no deseaba reñir con ellos porque trataban de mostrarse amistosos. Y, después de todo, tal vez el bautismo surtiera efecto si usaba ropas de hombre blanco. Quizás entonces se marchara el ruido negro.

De modo que no dijo nada. Se quedó contemplando el sitio donde el rubito corría dando vueltas y gritando.

—¡Alvin! ¡Ally!

Lolla-Wossiky se esforzó por ver al niño que perseguía al otro. Distinguió un pie tocando el suelo y levantando polvo, una mano agitándose en el aire, pero nunca llegó a ver al niño completo. Qué cosa extraña.

Eleanor aguardaba su respuesta. Lolla-Wossiky permanecía en silencio, puesto que se hallaba observando al niño que no podía ver. Finalmente, Soldado de Dios se echó a reír y dijo:

—Trae las ropas, Eleanor. Lo vestiremos como un cristiano, y acaso mañana pueda ayudarnos a construir la iglesia, y empiece a seguir la senda de Cristo. Que su mano tome un serrucho...

En realidad, Lolla-Wossiky no llegó a oír esto último, pues de lo contrario habría salido disparado, rumbo al bosque. Había visto lo que les ocurría a los pieles rojas que comenzaban a usar las herramientas del hombre blanco. Cada vez que empleaban el metal se apartaban de la tierra, siempre un poco más. Incluso con las armas. Cuando un indio empieza a utilizar armas para cazar, ya es casi un hombre blanco, sólo con apretar el gatillo. El piel roja solamente puede usar las armas para matar hombres blancos. Eso decía siempre Ta-Kumsaw, y tenía razón. Pero Lolla-Wossiky no oyó lo que había dicho Soldado con respecto a los serruchos porque acababa de hacer un descubrimiento sorprendente. Al cerrar el ojo sano pudo ver al pequeño. Igual que con el oso tuerto del río. Abrió el ojo, y otra vez estaba el rubito corriendo y gritando, pero ya no Alvin Miller Júnior. Cerró el ojo, y lo único que sintió fue el

ruido negro y restos de verde... y luego, en el medio, el niño. Brillante y reluciente como si tuviera el sol en el bolsillo. Riendo y jugando como si su voz fuese música.

Y luego dejó de verlo.

Lolla-Wossiky abrió el ojo. Allí estaba el reverendo Thrower. Soldado y Eleanor se habían marchado: todos los hombres estaban trabajando nuevamente en la iglesia. No cabía duda de que Thrower había hecho desaparecer al niño. O tal vez no, porque ahora, con Thrower a su lado, Lolla-Wossiky podía ver al niño con su ojo sano, como a cualquier otra criatura.

—Lolla-Wossiky, se me ha ocurrido que debería usted tener un nombre cristiano. Jamás he bautizado a ningún otro indio, y por eso utilicé irreflexivamente su nombre incivilizado.

Se supone que debe escoger un nuevo nombre, un nombre cristiano. No necesariamente el de un santo, nosotros no somos papistas... pero sí alguno que sugiera su devoción por Cristo.

Lolla-Wossiky asintió. Supo que necesitaría un nuevo nombre, si finalmente el bautismo daba resultado. Cuando encontrara su bestia de los sueños y regresara a su hogar adoptaría un nuevo nombre. Trató de explicárselo a Thrower, pero el ministro blanco no lo comprendió. Finalmente, con todo reconoció que Lolla-Wossiky quería cambiar de nombre y que pensaba hacerlo pronto. Y eso lo tranquilizó.

—A propósito, ahora que estamos aquí —dijo Thrower—, quisiera pedirle que me permitiera examinar su cabeza. Estoy desarrollando ciertas categorizaciones para esa ciencia en pañales llamada frenología. Sostiene la idea de que ciertas propensiones y talentos peculiares del alma humana están reflejados o incluso causados por las protuberancias y depresiones del contorno craneal.

Lolla-Wossiky no tenía ni idea de lo que Thrower estaba diciendo, y por eso asintió en silencio. Esto solía dar resultado con hombres blancos que decían tonterías, y Thrower no fue la excepción. Conclusión: el reverendo se abalanzó sobre la cabeza de Lolla-Wossiky, y sólo se detuvo de tanto en tanto para trazar bosquejos y hacer anotaciones sobre un papel. Murmuraba «qué interesante», «aja», «nada que ver con aquella teoría», y cosas por el estilo. Cuando concluyó, Thrower le dio las gracias.

—Señor Lolla-Wossiky, usted ha contribuido notablemente a la causa de la ciencia. Es una prueba viviente de que un piel roja no tiene por qué llevar necesariamente los bultos propios del canibalismo y el salvajismo. Por el contrario, usted tiene las mismas protuberancias y depresiones que cualquier otro ser humano. Los indios no son intrínsecamente distintos de los blancos, al menos según una categorización sencilla y simple. De hecho, usted tiene todos los signos de ser un orador notable, con un sentido profundamente desarrollado de la religión. No es casualidad que sea el primer piel roja en aceptar los evangelios durante mi ministerio en América. Debo decir que su patrón frenológico posee muchas semejanzas con el

mío. En síntesis, mi querido cristiano recién bautizado, no me sorprendería que usted terminara siendo un misionero del evangelio. Ya lo veo predicando ante grandes multitudes de hombres y mujeres pieles rojas, acercándoles la comprensión de los cielos. Contemple esa visión, señor Lolla-Wossiky. Si no me equivoco, ése será su futuro.

Lolla-Wossiky apenas pudo seguir lo que Thrower le decía. Algo acerca de ser predicador. Algo acerca del futuro. Lolla-Wossiky trató de encontrarle sentido, pero sin éxito.

A la puesta del sol, Lolla-Wossiky estaba vestido como un hombre blanco, con su mejor aspecto de tonto. Se le había pasado el efecto del whisky y no había tenido ocasión de ir al bosque a tomar sus cuatro tragos. El ruido negro cada vez era peor. Para colmo de males, parecía que iba a ser una noche lluviosa, de modo que no podría ver bien con su único ojo, y con semejante ruido negro, su sentido de la tierra tampoco podría llevarlo hasta el tonel.

El resultado fue que se tambaleaba más que cuando estaba ebrio. La tierra se retorció y aflojaba bajo sus pies. Al tratar de abandonar la silla, en la casa de Soldado, cayó al suelo, y Eleanor se negó a dejarlo ir durante la noche.

—No podemos dejarlo dormir en el bosque. No durante la lluvia —adujo, y como para corroborar sus palabras se oyó el retumbar de un trueno y la lluvia comenzó a abatirse sobre el tejado y las paredes. Eleanor improvisó una cama sobre el piso de la cocina mientras Thrower y Soldado de Dios recorrían la casa para cerrar las celosías. Lolla-Wossiky se tendió sobre el lecho con alivio, sin quitarse siquiera las incómodas ropas que le habían hecho vestir. Se recostó, con el ojo cerrado, tratando de soportar las punzadas que le partían la cabeza, el dolor del ruido negro que le rebanaba el cráneo como un puñal afilado.

Como de costumbre, creyeron que dormía.

—Parece más borracho que esta mañana —comentó Thrower.

—Sé que en ningún momento se alejó de la colina —dijo Soldado—. No es posible que haya conseguido algo de beber en ningún sitio...

—He oído decir que cuando un borracho está sobrio —explicó Thrower—, al principio se comporta como si estuviera más ebrio que cuando ha bebido.

—Espero que se trate de eso —dijo Soldado.

—Me atrevo a pensar que después del bautismo se quedó un poco decepcionado —aventuró Thrower—. Desde luego, es imposible comprender lo que siente un salvaje, pero...

—Yo no lo llamaría salvaje, reverendo Thrower —dijo Eleanor—. Creo que, a su modo, es civilizado.

—Para el caso, también un tejón es civilizado —arguyó Thrower—. A su modo, claro.

Y Eleanor repuso, con voz aún más suave y humilde, pero con toda su energía:

—Lo que quiero decir es que lo vi leyendo.

—Pasando las páginas, querrá decir —prosiguió Thrower—. No podría estar leyendo...

—Leía, y sus labios formaban las palabras —insistió ella—. Leyó los letreros que hay en la pared del frente, en la sala donde atendemos a los clientes.

—Es posible, ¿sabe? —terció Soldado—. ¡He sabido que los irrakwa pueden leer tan bien como cualquier blanco! He ido allí por asuntos de negocios más de una vez, y tiene que ver con qué bella letra escriben sus contratos. Es un hecho: los indios pueden aprender a leer.

—Pero éste... Este borracho...

—¿Quién sabe qué puede llegar a ser cuando no está ebrio? —intervino Eleanor.

Entonces se marcharon de la habitación, y salieron un momento de la casa.

Acompañaron a Thrower al cobertizo donde se hospedaba, antes de que la lluvia, de tan copiosa, lo obligara a quedarse a pasar la noche.

Solo en la casa, Lolla-Wossiky trató de ordenar sus ideas. El bautizo no lo había despertado de su sueño. Ni tampoco las ropas de hombre blanco. Tal vez pasar una noche sin beber pudiera conseguirlo, como sugirió Eleanor, aunque le causaba tanto dolor que no podía dormirse.

Pero, de una u otra forma, sabía que la bestia de los sueños estaba esperándolo en algún lugar cercano. La luz blanca se extendía a su alrededor. Este era el sitio donde Lolla-Wossiky habría de despertar. Tal vez si ese día se mantenía alejado de la iglesia, tal vez si deambulaba por los bosques cercanos al pueblo, la bestia de los sueños consiguiera encontrarlo.

Pero de algo estaba seguro. No pasaría otra noche sin beber. No si tenía un barril oculto en la horquilla de un árbol y ese tonel podía acallar el ruido negro y hacerlo dormir.

Lolla-Wossiky recorrió todo el bosque. Vio muchos animales, pero todos huyeron de él.

Estaba tan ebrio o tan inmerso en el ruido negro que nunca lograba ser parte de la tierra, y todos se alejaban de él como si fuera un hombre blanco.

Desalentado, comenzó a beber más de cuatro tragos, aún cuando ello le supusiera quedarse sin whisky más pronto. Anduvo cada vez menos por la espesura, y cada vez más por los caminos del hombre blanco, y comenzó a mostrarse a plena luz del día en las granjas del lugar. Las mujeres a veces gritaban y huían, llevando crios y niños lejos de él.

Otras mujeres lo apuntaban con escopetas y lo obligaban a marcharse. Algunas le daban de comer y le hablaban de Jesucristo. Finalmente, Soldado de Dios le pidió que dejara de visitar las granjas cuando los hombres estaban trabajando en la iglesia.

Así, Lolla-Wossiky ya no tuvo nada que hacer. Sabía que estaba cerca de la bestia de los sueños, pero no lograba dar con ella. No podía caminar por el bosque porque los animales huían de él y se pasaba el rato cayendo y tropezando. Llegó a temer que pudiera partirse una pierna o morir de hambre, puesto que ni siquiera podía llamar a las bestias para que le ofrecieran sustento. No podía ir a las granjas, pues los hombres se enfadaban. Así que optó por tenderse en el suelo, a dormir la borrachera o a tratar de soportar el dolor del ruido negro.

A veces conseguía reunir las fuerzas para subir la colina y ver trabajar a los hombres en la iglesia. Cada vez que lo veían, algún hombre gritaba: «¡Aquí llega el piel roja cristiano!», y Lolla-Wossiky sabía que había malicia y sorna en las voces que lo decían, y también en las que se les unían con sus risas.

El día en que cayó la viga, él no se encontraba en la iglesia. Estaba durmiendo sobre la hierba del ejido, cerca del patio de la casa de Soldado, cuando oyó el estruendo. Se despabiló, y el ruido negro fue más ensordecedor que nunca, a pesar de que esa mañana había bebido ocho tragos y había dormido hasta el mediodía. Permaneció tendido en el suelo, aferrándose la cabeza, hasta que comenzaron a llegar los hombres desde la colina, maldiciendo y musitando sobre el extraño suceso que acababa de producirse.

—¿Qué pasar? —preguntó Lolla-Wossiky. Tenía que saberlo, puesto que aquello había agravado el ruido negro más que en años y años—. ¿Alguien morir? —Sabía que el ruido negro había sido creado por un disparo de escopeta—. ¿Asesino Blanco Harrison matar a alguien?

Al principio nadie le prestó atención, puesto que lo creyeron borracho, como de costumbre. Pero, finalmente, alguien se avino a contarle lo sucedido.

Habían estado colocando en su sitio la primera viga maestra, en lo alto del edificio, cuando la cumbrera central resbaló y lanzó la viga por los aires.

—Cayó bien plana, como si el mismo Dios se abatiera sobre la tierra con sus pies, y no lo vas a creer, pero allí estaba el pequeño Al Júnior, el niño de Al Miller, justo debajo de la viga. Bueno, creímos que había muerto. El niño estaba allí, de pie, la viga cayó a plomo — tiene que haber oído el ruido, fue eso que le pareció un disparo —, pero lo que pasó... No vas a creerlo. La viga se partió en dos, en el mismo lugar en que se encontraba Alvin. Se partió en dos y cayó a ambos lados del niño. No le tocó ni un pelo de la cabeza.

—Ese niño tiene algo extraño —dijo un hombre.

—Tiene un ángel de la guarda, eso es lo que tiene... —aseguró otro.

Alvin Júnior. El niño al que no podía ver con el ojo abierto.

Cuando Lolla-Wossiky llegó, en la iglesia no había nadie. La viga tampoco estaba allí.

No quedaban rastros del accidente. Pero Lolla-Wossiky no miró con su único ojo.

Lo sintió casi tan pronto como se acercó a la iglesia. Era un remolino, no muy veloz, pero más y más poderoso a medida que se acercaba. Un remolino de luz, y cuanto más se aproximaba, más débil se hacía el ruido negro. Hasta que se detuvo sobre el piso de la iglesia, en el punto exacto que supo que el niño había estado de pie. ¿Cómo lo sabía? El ruido negro se había vuelto más tenue. El dolor no estaba curado, el ruido no había desaparecido por completo, pero Lolla-Wossiky pudo sentir nuevamente la tierra verde, un poco, no tanto como antes, pero al menos la vida diminuta que yacía bajo el suelo, una ardilla en el prado cercano, cosas que no había podido sentir, ebrio o no, en todos los años transcurridos desde que un arma hiciera explotar el ruido negro en su cabeza.

Lolla-Wossiky dio vueltas y vueltas, sin ver más que las paredes de la iglesia. Hasta que cerró el ojo. Entonces, vio el remolino, sí, la luz blanca que giraba y giraba a su alrededor, y el ruido negro que se retiraba. Había llegado al final de su sueño y veía claramente con el ojo cerrado. Por delante de él se extendía un camino brillante, radiante como el cielo al mediodía, diáfano como un manto de nieve en un día despejado. Y sin tener que abrir el ojo, supo adonde lo conduciría ese camino: por la colina, hasta el otro lado, y por otra colina más alta, hasta una casa no lejos de un arroyo. Una casa donde vivía un niño blanco que Lolla-Wossiky sólo podía ver con el ojo cerrado.

Ahora que el ruido negro se había retirado un poco, nuevamente volvía a caminar con paso silencioso. Rodeó la casa, una y otra vez. Nadie lo oyó. Adentro, risas, gritos, aullidos. Niños felices, niños peleándose. Y las severas voces de los padres. Salvo por el idioma, podría haber sido su aldea. Sus propios hermanos y hermanas, en los días felices, antes de que Asesino Blanco Harrison arrebatara la vida a su padre.

El padre blanco, Alvin Miller, salió al excusado. El niño no tardó en seguirlo corriendo, como si tuviese miedo. Gritó ante la puerta del excusado. Con el ojo abierto, Lolla-Wossiky supo que allí había alguien que gritaba. Con el ojo cerrado, vio al niño claramente, radiante, y oyó su voz como el canto de las aves sobre el río, todo música, aun cuando lo que decía eran las tonterías propias de un niño.

—¡Si no sales, me lo haré frente a la puerta y tendrás que pisar encima cuando salgas!

Luego se hizo un silencio, y el niño comenzó a preocuparse y a descargar puñetazos sobre su cabeza, como si dijera «estúpido, estúpido de mí». Algo cambió en la expresión de Al Júnior; Lolla-Wossiky abrió el ojo y vio que el padre había salido y hablaba al pequeño.

El niño le respondía, avergonzado. El padre lo estaba riñendo. Lolla-Wossiky cerró el ojo.

—Sí, señor —dijo el niño.

Nuevamente debía estar hablando el padre, pero con el ojo cerrado, Lolla-

Wossiky no lograba oír la respuesta.

—Perdón, papá.

El padre debió haberse alejado, pues el pequeño Alvin entró en el excusado.

Musitando, para que nadie pudiera oírlo. Pero Lolla-Wossiky sí lo oyó: «Bueno, si hicieras otro retrete, yo no tendría estos problemas.»

Lolla-Wossiky se echó a reír. Niño tonto, padre tonto, como todos los niños y todos los padres.

El niño terminó y entró en la casa.

Aquí estoy, dijo Lolla-Wossiky en silencio. Seguí el sendero de luz, llegué a este lugar, vi las tonterías de una familia blanca. ¿Dónde está ahora mi bestia de los sueños?

Y nuevamente vio que la luz se concentraba dentro de la casa y que seguía al niño por las escaleras. Para Lolla-Wossiky no había paredes. Vio que el niño se movía con cautela, como si temiera a algún enemigo, algún ataque. Cuando llegó a su dormitorio se introdujo rápidamente en él y cerró la puerta sin detenerse. Lolla-Wossiky lo vio con tanta claridad que casi creyó leer sus pensamientos; y entonces, por haberlo pensado, por estar cerca del final del sueño, y por estar próximo su despertar, oyó los pensamientos del niño, o al menos supo sus sentimientos. Temía a sus hermanas. Una riña tonta, surgida a partir de una broma, pero que se había tornado malsana. Temía su venganza.

Y la venganza llegó, cuando se quitó las ropas y se echó el camisón sobre la cabeza.

¡Algo picaba! Insectos, pensó el niño. ¡Arañas, escorpiones, alacranes! Se quitó el camisón, se golpeó con las palmas de las manos, gritó de temor, de sorpresa, de dolor.

Pero Lolla-Wossiky podía sentir la tierra lo suficiente para saber que no se trataba de insectos. No había insectos en su cuerpo, ni en la camisa. Aunque allí había muchas criaturas vivientes. Vida diminuta. Pequeños animales. Cucarachas, cientos de ellas en las paredes y el suelo.

Pero no en todas las paredes. Sólo en las del dormitorio de Alvin; se reunían en su habitación. ¿Era por aversión? Las cucarachas eran demasiado pequeñas para odiar.

Estas criaturas sólo conocen tres sentimientos: el miedo, el hambre y, por último, el sentido de la tierra. La confianza en cómo deben ser las cosas. ¿Acaso el niño las alimentaba? No. Venían hacia él por otra razón. Lolla-Wossiky apenas podía creerlo, pero era imposible dudar de lo que percibía en las cucarachas: el niño las había llamado. El niño podía sentir la tierra, al menos para llamar a estas criaturas diminutas.

¿Pero por qué llamarlas? ¿Quién podía querer cucarachas? No era más que un niño: no debía buscarle sentido. Quizá fuera sólo el descubrimiento de que las pequeñas criaturas vienen cuando uno las llama. Los niños pieles rojas lo aprendían,

pero siempre con su padre o un hermano y durante la primera jornada de una cacería. Arrodiarse, hablar sin palabras con la vida que uno necesita tomar y preguntarle si es una buena ocasión, y si está dispuesta a morir para que la vida de uno sea más fuerte. «¿Es tu hora de morir?», pregunta el niño piel roja. Y si la vida consiente, acude hacia él.

Es lo que hacía este niño. Aunque no era tan sencillo. No llamaba a las cucarachas para que murieran y saciaran su necesidad, pues no tenía hambre. No. Las había llamado y las mantenía a salvo. Las protegía. Era como un pacto: había ciertos sitios que las cucarachas no invadían: la cama de Alvin, la cuna de su hermanito Calvin, las ropas de Alvin, dobladas sobre un banco. Y a cambio de eso, Alvin jamás las mataba. Estaban a salvo en su habitación, que era una especie de santuario, de reserva. Qué tontería que un niño jugara con cosas que no comprendía...

Pero lo increíble del caso era que se trataba de un niño blanco que hacía algo que era imposible incluso para un adulto indio. ¿Acaso alguna vez un indio decía al oso «ven a vivir conmigo, que yo te protegeré»? ¿Acaso algún oso creería semejante cosa? Ya veía por qué la luz se concentraba en este pequeño. No era el don pueril de Matute, ese blanco, ni los poderosos conjuros vivientes de Eleanor. Ni era el poder del piel roja para acomodarse a la forma de la tierra. No, Alvin no se acomodaba a nada; la tierra se acomodaba a él. Si quería que las cucarachas vivieran de cierto modo, que hicieran tratos con él, así era como lo disponía la propia tierra. En este lugar insignificante, en este momento y con estas pequeñas criaturas, Alvin Júnior había ordenado, y la tierra había prestado obediencia.

¿Sabría el niño lo milagroso de sus actos?

No. No tenía ni idea. ¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso algún hombre blanco podría comprenderlo siquiera?

Y ahora, por no comprenderlo, Alvin Júnior destruía la sutil labor que acababa de hacer. Los insectos que lo habían picado eran alfileres de metal que sus hermanas habían clavado en el camión del niño. Las oía reír al otro lado de la pared. Y si antes había tenido miedo, ahora era presa de la ira. Vengarse, vengarse de ellas a toda costa; Lolla-Wossiky sentía su furia infantil. Él sólo había hecho una broma inocente, y ellas se la devolvían asustándolo, pinchándolo cien veces hasta hacerlo sangrar. Debía vengarse, darles tal susto que...

Alvin Júnior se sentó a los pies de su cama a quitar uno por uno todos los alfileres sin perder ninguno. Los hombres blancos eran tan puntillosos con sus inútiles herramientas de metal, aun con cosas pequeñas como ésas... Y mientras estaba allí sentado vio que las cucarachas corrían por las paredes, entraban y salían de las rendijas del suelo, y supo cuál sería su venganza.

Lolla-Wossiky sintió cómo forjaba el plan en su mente. Alvin se agachó y se lo explicó en voz baja a las cucarachas. Como era un niño blanco y nadie le había

enseñado, Alvin creía que debía hablarles con palabras, y que las cucarachas entenderían su lenguaje.

Pero no... era el orden de las cosas, la forma en que disponía el mundo en su mente...

Y, en su mente, les mintió. «Hambre», les dijo. «En la otra habitación hay comida», les dijo. Les prometió comida si se deslizaban por debajo de la pared hasta el dormitorio de sus hermanas y trepaban a las camas y a los cuerpos de las niñas. Comida, si se apresuraban. Comida para todas ellas. Era mentira, y Lolla-Wossiky quiso advertirle a gritos que no lo hiciera.

Si un indio se arrodillaba y llamaba a una presa que no necesitaba, la presa advertía que estaba mintiendo y no acudía. La misma mentira separaba al piel roja de la tierra y lo hacía andar solo durante un tiempo. Pero este niño blanco podía mentir con tal fuerza y poder que las mentes diminutas de las cucarachas le creían. Y allí fueron, cientos y miles de ellas, rumbo a la habitación vecina.

Alvin Júnior oyó algo que lo llenó de júbilo. Pero Lolla-Wossiky estaba furioso. Abrió el ojo para no tener que ver el placer de Alvin ante su venganza. Ahora, en cambio, oía los gritos de sus hermanas mientras las cucarachas trepaban por sus cuerpos. Luego, la irrupción de padres y hermanos en el dormitorio. Y los pisotones, los golpes, la matanza de cucarachas. Lolla-Wossiky cerró el ojo y sintió las muertes, una por cada pinchazo de alfiler. Había vivido demasiado tiempo con ese ruido negro que enmascaraba todas las muertes detrás del recuerdo infinito de un asesinato: Lolla-Wossiky ya no recordaba cómo eran los dolores pequeños.

Como la muerte de las abejas... Las cucarachas eran animales inservibles; comían basura, se movían en sus cubiles con un siseo repugnante, trepaban a la piel y daban asco. Pero eran parte de la tierra, parte de la vida, parte del silencio verde, y su muerte era un sonido maligno. Habían muerto inútilmente por haber creído una mentira.

«Por esto he venido», comprendió Lolla-Wossiky. «La tierra me trajo hasta aquí, sabiendo que este niño tenía tanto poder, sabiendo que aquí no habría quien pudiera enseñarle a usarlo, a esperar la necesidad de la tierra antes de modificarla. Quien le enseñara a ser piel roja en lugar de blanco.»

«No he venido a buscar mi bestia de los sueños, sino a ser la bestia de los sueños de este niño.»

El silencio retornó. Hermanas, hermanos y padres se volvieron a la cama. Lolla-Wossiky introdujo los dedos en las rendijas que dejaban los troncos entre sí y trepó con cautela; cerró el ojo para que la tierra lo guiara en lugar de confiar en sí mismo. Las celosías de la habitación del niño estaban abiertas, y Lolla-Wossiky pasó los brazos sobre el alféizar. Se quedó colgando y escudriñó el interior.

Primero con el ojo abierto. Vio una cama, un banco con ropas pulcramente

dobladas y, a los pies de la cama, una cuna. La ventana se abría en el espacio que separaba la cama de la cuna. Y en la cama, una forma de niño, imposible de identificar.

Lolla-Wossiky cerró el ojo. Alvin yacía en la cama. Lolla-Wossiky sintió como una fiebre el calor de la excitación del pequeño. Había tenido tanto miedo de que lo atraparan, había sentido tanta alegría tras la victoria, que temblaba y trataba de respirar con serenidad, de sofocar la risa.

Volvió a abrir el ojo. Lolla-Wossiky se encaramó al alféizar y saltó al suelo. Esperó que Alvin lo viera, que gritara, pero el niño siguió tendido en la cama, sin proferir sonido alguno.

El niño no podía verlo cuando tenía el ojo abierto, como él tampoco podía ver al pequeño. Era el final del sueño, y Lolla-Wossiky debía ser la bestia de los sueños para el niño. La tarea de Lolla-Wossiky era ofrecerle visiones, no darse a conocer con su verdadero aspecto de indio tuerto y borracho. «¿Qué visión le mostraré?» Lolla-Wossiky introdujo la mano en su pantalón de hombre blanco, debajo del cual seguía llevando su taparrabos, y extrajo su cuchillo. Alzó ambas manos, y entre ellas, el puñal. Entonces cerró su único ojo.

El niño tenía los ojos cerrados y seguía sin reparar en él. Lolla-Wossiky concentró en su propio cuerpo la luz blanca que sentía a su alrededor. Notó que brillaba más y más. La luz partía de su piel, de modo que abrió en dos la camisa de hombre blanco que llevaba puesta y volvió a levantar las manos. Ahora, el niño podía ver el resplandor aun a través de los párpados cerrados, y entonces abrió los ojos.

Lolla-Wossiky sintió el terror del pequeño al ver la aparición en que se había convertido: un piel roja luminoso y refulgente, tuerto, con una afilado cuchillo en la mano.

Pero Lolla-Wossiky no quería que sintiera temor. Nadie debía temer a su propia bestia de los sueños. Así pues, proyectó la luz hacia el niño para que lo inundara, y con el fulgor le envió serenidad. «Ten calma, no te asustes.»

El niño se relajó un poco, pero se revolvió en el lecho para reclinarsse contra la pared.

Era hora de comenzar a despertarlo de su vida de sueño. ¿Cómo podía saber Lolla-Wossiky lo que correspondía hacer? Ningún hombre, blanco o indio, había sido nunca la bestia de los sueños de otro hombre. Pero no tuvo que pensar para saber lo que el niño necesitaba ver y sentir. Lolla-Wossiky hizo lo que le vino a la mente y lo que le pareció correcto.

Tomó el cuchillo reluciente y posó el filo sobre la palma de su otra mano. Y lo hundió.

Hizo un tajo profundo, intenso, poderoso: la sangre brotó de la herida, resbaló por el brazo y se acumuló en la manga. Y no tardó en gotear hasta el suelo.

El dolor vino de pronto, un instante después. Lolla-Wossiky supo de inmediato cómo convertir su dolor en una imagen y cómo proyectarla en la mente del niño: la imagen del dormitorio de sus hermanas tal como podía verlo una criatura diminuta y débil. Una criatura que asomaba corriendo, hambrienta, hambrienta, buscando la comida, segura de que debía estar allí. La promesa estaba sobre ese cuerpo tierno. Debía trepar al cuerpo y encontrar el alimento. Pero un par de manos inmensas cayeron repentinamente sobre la piel y barrieron a la pequeña criatura, que se vio arrojada al suelo. Y allí, el temblor de unas pisadas gigantescas, una sombra repentina... y la agonía de la muerte.

Una y otra vez, la imagen de cada vida diminuta, hambrienta, esperanzada, y luego traicionada, aplastada, aniquilada.

Muchas vivían, pero salían despavoridas. Huían de la habitación de las hermanas, de la sala de la muerte, sí. Pero era mejor permanecer allí y morir antes que ir a la otra habitación, a la de las mentiras. En la vida de las criaturas pequeñas no había palabras, no había pensamientos que pudieran llamarse así. Pero el temor a morir en ese lugar no era tan fuerte como el otro miedo, el miedo a que el mundo perdiera la cordura, a que pudiera suceder cualquier cosa, a que no se pudiera confiar en nada, a que no hubiese nada seguro. A que el mundo fuese un lugar tan terrible.

Lolla-Wossiky concluyó su visión. El niño se cubría los ojos con las manos y sollozaba desesperadamente. Lolla-Wossiky jamás había visto a nadie tan torturado por el remordimiento; la visión que Lolla-Wossiky le había dado era más poderosa que cualquier sueño que un hombre pudiese imaginar. «Soy una bestia de los sueños terrible», pensó Lolla-Wossiky. «Preferiré que no lo haya despertado.» Temeroso de su propio poder, Lolla-Wossiky abrió el ojo.

El niño desapareció de inmediato, y Lolla-Wossiky supo que para el niño también él había desaparecido.

«¿Y ahora qué?», pensó. «¿He venido hasta aquí para enloquecer a este niño? ¿Para cargarlo con algo tan terrible y perverso como lo fue el ruido negro para mí?»

Por el temblor de las sábanas, por el estremecimiento del lecho, supo que el niño seguía llorando amargamente. Lolla-Wossiky cerró el ojo, y nuevamente lo inundó de luz.

«Ten calma. Ten calma.»

El llanto del niño se convirtió en sollozos, y volvió a mirar a Lolla-Wossiky, quien brillaba otra vez con una luz intensa.

El indio no sabía qué hacer. Mientras seguía indeciso y mudo, Alvin habló, suplicó:

—Lo siento, jamás volveré a hacerlo; yo...

Y siguió hablando entrecortadamente. Lolla-Wossiky proyectó más luz para que pudiera ver mejor.

Y el resplandor fue una pregunta para el niño. «¿Qué no volverás a hacer jamás?» Alvin no pudo responder. No supo qué responder. ¿Qué había hecho en realidad? ¿Enviar las cucarachas a la muerte?

Miró al Hombre Refulgente y vio la imagen de un indio de rodillas ante una cierva. La llamaba y le pedía que muriera; la cierva se acercó temblorosa, temerosa. El indio arrojó su flecha y ésta se hundió estremecida en el flanco del animal. Las patas de la cierva se aflojaron, y cayó. Su pecado no había sido la muerte ni la matanza, pues matar y morir eran parte de la vida.

Entonces, ¿era su poder? El poder que le permitía hacer que las cosas fueran como él deseaba, que se rompieran por el lugar preciso, o que se unieran con tal firmeza que quedaran pegadas sin cola ni martillo... El don que le permitía hacer que las cosas se comportaran a su voluntad, que se dispusieran del modo correcto. ¿Era eso, entonces?

Volvió a mirar al Hombre Refulgente y vio la imagen de sí mismo, oprimiendo las manos contra una roca. La roca se derritió como manteca fundida bajo sus manos y se desprendió de la pared de la montaña con la forma que él deseaba, entera y suave. Echó a rodar: una esfera perfecta, una bola perfecta, que creció y creció hasta ser un mundo entero, conformado tal como sus manos lo habían hecho, con árboles y hierba sobre su superficie, con animales que corrían, saltaban, volaban, nadaban, trepaban y se escondían sobre la esfera de piedra que él había creado. No, no era un poder terrible. Era un don prodigioso, si sabía cómo emplearlo.

«Pero si no es la matanza ni el poder, ¿qué mal he hecho, entonces?»

Esta vez, el Hombre Refulgente no le mostró nada. Esta vez, Alvin no recibió la respuesta en forma de visión. Esta vez, reflexionó por su cuenta. Sintió que no podía comprender, que era demasiado tonto para comprender, hasta que de pronto lo supo.

Su mal había consistido en hacerlo en su propio provecho. Las cucarachas habían creído que él lo hacía por ellas, cuando en verdad lo hacía para sí mismo. Hizo daño a las cucarachas, a sus hermanas, a todos... Hizo sufrir a todo el mundo, y ¿por qué? Porque Alvin Miller Júnior estaba enfadado y quería vengarse.

Miró al Hombre Refulgente y vio que de su único ojo partía una llamarada que le llegaba al corazón.

—Jamás volveré a usarlo en mi propio provecho —musitó Alvin Júnior, y al decir estas palabras su corazón ardió tanto que creyó ser presa de las llamas. Y entonces, el Hombre Refulgente desapareció una vez más.

Lolla-Wossikey estaba jadeando. La cabeza le daba vueltas. Se sentía débil, cansado.

No tenía idea de lo que el niño había estado pensando. Sólo supo enviarle esas visiones y luego, al fin, decidió no enviar ninguna otra imagen. Permaneció allí de pie, de pie y de pie, hasta que, de pronto, lanzó un poderoso latido de fuego al

pequeño y lo hundió en su corazón.

¿Y ahora qué? Dos veces había cerrado el ojo para presentarse ante el niño. ¿Había terminado? Supo que no.

Lolla-Wossiky cerró el ojo por tercera vez. Ahora vio que el niño era mucho más brillante que él. La luz había pasado de él al pequeño. Y entonces comprendió: él era la bestia de los sueños del niño, sí. Pero el niño también lo era para él. Le había llegado el momento de despertar de su vida de sueños.

Dio tres pasos y se arrodilló ante la cama, con el rostro apenas separado de la carita asustada del pequeño. El niño brillaba tanto que Lolla-Wossiky casi creyó estar delante de un hombre, no de una criatura. «¿Qué quiero de él? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué puede darme este niño poderoso?»

—Haz que todas las cosas sean íntegras —susurró Lolla-Wossiky, pero no en el idioma del niño, sino en shaw-nee.

¿Habría comprendido el pequeño? Alvin alzó su manita, la extendió suavemente y la posó sobre la mejilla de Lolla-Wossiky, debajo del ojo vacío. Luego levantó el dedo hasta tocar el párpado caído.

Un estallido tronó en el aire, y se encendió una chispa de luz. El niño contuvo el aliento y retiró la mano. Lolla-Wossiky dejó de verlo: de pronto, Alvin se había hecho invisible.

Pero a Lolla-Wossiky ya no le importaba ver, pues lo que sintió fue algo imposible, lo más imposible.

Silencio. Silencio verde. El ruido negro se había ido por completo, absolutamente. Su sentido de la tierra había regresado, y la vieja herida estaba curada.

Lolla-Wossiky permaneció de rodillas, tomando aire a bocanadas, mientras la tierra retornaba a él tal como había sido antes. Habían pasado tantos años que ya no recordaba la poderosa sensación de ver en todas direcciones, oír el aliento de cada animal, percibir el aroma de cada planta. Era como un hombre que ha estado seco y sediento, hasta el borde mismo de la muerte, y que de pronto siente correr agua fresca por su garganta con tal velocidad que le es imposible tragar, que le es imposible respirar. Era lo que ansiaba, pero no podía contenerlo ni soportarlo, de tan intenso, de tan repentino...

—No dio resultado —susurró el niño—. Lo siento.

Lolla-Wossiky abrió el ojo, y por primera vez vio al niño como podría hacerlo cualquier otro hombre. Alvin observaba su ojo vacío. Lolla-Wossiky se preguntó por qué, se llevó la mano a la cuenca muerta. El párpado seguía cubriéndola. Entonces comprendió: el niño pensaba que debía curarle el ojo hueco. «No, no, niño. No te dejes vencer por el desaliento, me curaste una herida mucho más profunda. ¿Qué puede importarme esta insignificante herida? La vista es algo que jamás perdí, en cambio, sí había perdido mi sentido de la tierra, y tú me lo has devuelto.»

Quiso gritarle todo esto al niño, gritar y cantar a viva voz, tal era su alegría; pero suponía demasiado para él. Las palabras no acudían a sus labios, y tampoco podía enviarle visiones, pues ahora ambos estaban despiertos. El sueño había terminado. Cada uno de ellos había sido la bestia de los sueños para el otro.

Lolla-Wossiky tomó al niño con sus manos, lo acercó y lo besó en la frente, con fuerza e intensidad, como un padre besa a su hijo, como se besan los hermanos, como lo hacen los verdaderos amigos el día antes de morir. Luego fue hasta la ventana, la abrió y saltó al suelo. La tierra cedió bajo sus pies, como con cualquier otro indio, como no había hecho con él durante tantos años. La hierba se irguió tupida allí donde él posó sus plantas; los setos se hicieron a un lado para él, las hojas se apartaron y se volvieron tiernas para que él corriera entre los árboles, y entonces gritó, cantó, aulló, sin pensar en quien pudiera escucharlo. Los animales no huían de él como antes, ahora se acercaban a oírlo cantar, las aves cantoras despertaban para acompañarlo con sus trinos, una cierva saltó de entre el follaje y corrió a su lado a través del prado, y le dejó pasar la mano sobre su lomo.

Avanzó a toda carrera hasta que ya no le quedó aliento, y durante todo ese tiempo no halló enemigo alguno, ni sintió dolor; estaba nuevamente íntegro, en el sentido más fundamental. Se detuvo a la vera del Wobbish, frente a la desembocadura del Tippy-Canoe, jadeando, riendo, tomando el aire a bocanadas.

Sólo entonces notó que seguía manando sangre de la herida que se había abierto en la mano para transmitirle el dolor al niño blanco. La sangre le empapaba la camisa y el pantalón. ¡Ay, ropas de hombre blanco! Nunca las he necesitado. Se desnudó y arrojó las prendas al río.

Sucedió algo curioso: las ropas no se movieron. Permanecían sobre la superficie de las aguas, sin hundirse ni deslizarse arrastradas por la corriente.

¿Cómo era posible? ¿Acaso el sueño no había terminado? ¿No estaba totalmente despierto?

Lolla-Wossiky cerró el ojo.

De inmediato contempló algo terrible que lo hizo gritar de terror. Apenas cerró el ojo, volvió a ver el ruido negro: una inmensa sábana de ruido negro, duro y congelado. Era el río. Eran las aguas. El río estaba hecho de muerte.

Abrió el ojo, y nuevamente vio agua, pero sus ropas seguían sin moverse.

Cerró el ojo y vio que, allí donde yacía la ropa, una luz brillaba sobre la negra superficie. Se agitaba, brillaba, resplandecía. Era su propia sangre esplendente.

Entonces comprendió que el ruido negro no era una cosa: era la nada. El vacío. El lugar donde la tierra terminaba y comenzaba la ausencia. Era el fin del mundo. Pero allí donde brillaba su propia sangre se formaba una especie de puente sobre la nada. Lolla-Wossiky se arrodilló con el ojo aún cerrado, y tocó las aguas con su mano todavía herida y sangrante.

El agua era firme y tibia. Dejó caer la sangre sobre la superficie e hizo una plataforma, sobre la cual echó a andar sobre pies y manos. Era tersa y dura como el hielo, pero tibia, acogedora.

Abrió el ojo. Allí estaba nuevamente el río, sólo que bajo su cuerpo se volvía sólido.

Duro y suave por donde la sangre se había esparcido.

Avanzó gateando hasta donde se encontraban sus ropas. Y siguió adelante. Llegó hasta el centro del río y fue más allá, trazando un brillante y delgado puente de sangre hasta la orilla opuesta.

Estaba haciendo lo imposible. El niño había hecho mucho más que curarlo. Había cambiado el orden de las cosas. Era algo magnífico y a la vez pavoroso. Lolla-Wossiky contempló el agua entre sus manos. Y se encontró con el reflejo de su propio rostro tuerto. Entonces cerró el ojo, y una nueva imagen cobró vida ante él.

Se vio de pie en un descampado, hablando con cientos y miles de indios de todas las tribus. Los vio construir una ciudad de chozas: mil, cinco mil, diez mil pieles rojas, todos ellos íntegros y fuertes, libres del alcohol del hombre blanco y del odio del hombre blanco.

En su visión le llamaban el Profeta, pero él insistía en que no lo era. Sólo era la puerta, la puerta abierta. Pasad, decía, y sed fuertes; un pueblo, una tierra...

La puerta. Tenskwa-Tawa.

En su visión, apareció el rostro de su madre, que le decía esas palabras. «Tenskwa-Tawa. Éste es tu nombre ahora, pues el que soñaba ha despertado.»

Y más, vio mucho más esa noche, mientras contemplaba las aguas sólidas del río Wobbish. Vio tanto que nunca podría llegar a contarlo todo; en esa hora sobre las aguas vio la historia entera de la tierra, la vida de todos los hombres y mujeres, blancos, indios y negros, que alguna vez posaron sus pies sobre ella. Vio el comienzo y también el final.

Grandes guerras y crueldades insignificantes, y todas las muertes del hombre, y todos sus pecados. Pero también vio la bondad y la belleza.

Y por encima de todo, la visión de una Ciudad de Cristal. Una ciudad hecha de agua sólida y transparente como el vidrio, de agua que jamás se fundiría y que formaba torres de cristal tan elevadas que sus sombras caerían sobre la tierra a lo largo de diez kilómetros. Pero eran torres tan limpias y claras que no arrojaban sombras y se dejaban atravesar por la luz del sol sin oponer resistencia en cada pulgada de su extensión.

Dondequiera que un hombre o mujer se posaba, podía fijar la mirada en el cristal y contemplar todas las visiones que Lolla-Wossiky tenía ante sus ojos. Lo que conseguían era una perfecta comprensión: la que surge de ver con ojos puros como la luz del sol, y de hablar con voz de relámpago.

Lolla-Wossiky, quien desde ese día sería conocido como Tenskwa-Tawa, no supo si él habría de construir la Ciudad de Cristal, o si viviría en ella, o incluso si llegaría a verla antes de morir. Era suficiente tarea hacer lo primero que vio sobre las aguas sólidas del río Wobbish. Miró y miró, hasta que su mente ya no pudo ver más. Entonces caminó a gatas hasta la orilla opuesta, trepó a la ribera y echó a andar hasta llegar al páramo que había contemplado en su visión. Allí convocaría a todos los pieles rojas, les enseñaría lo que aprendió en su visión, y los ayudaría a ser fuertes, no los más fuertes; muchos, no los más numerosos; libres, no los más libres.

Había una vez un barril sobre la horquilla de cierto árbol. Durante todo el verano estuvo oculto a los ojos de los demás. Pero así y todo, la lluvia lo encontró, y lo encontró el calor del sol bravío, y los insectos, y los dientes de las ardillas ávidas de salitre. Mojarse, secarse, calentarse, enfriarse: ningún barril puede durar eternamente en esas condiciones. Se rajó; fue una mínima hendidura, pero bastó con ella. El líquido manó, gota a gota, y en unas horas, el barril quedó vacío.

Pero qué importaba. Nadie vino jamás por él. Nadie lo echó de menos. Nadie se lamentó cuando el hielo lo hizo pedazos en lo peor del invierno y sus fragmentos rodaron por el tronco para hundirse en la nieve.

EL BARRIL DE POLVORA

Matute estaba atónito.

—¿Quiere decirme que no desean todo el cargamento?

—Mire, Matute, no hemos agotado lo que nos vendió la última vez —dijo el oficial de intendencia—. Queremos cuatro barriles, no más. A decir verdá, es más de lo que necesitamos...

—He recorrido todo el río desde Dekane, atiborrado de licor, sin detenerme a vender en ninguno de los pueblos que he cruzado en el camino. Hice semejante sacrificio, y ahora usted me dice que...

—Oiga, Matute, todos sabemos bien qué clase de sacrificio ha hecho. —El intendente sonrió, burlón—. Me figuro que recuperará los costos, ya lo creo que sí, y si no, pues significa que no ha tenido cuidado con las ganancias que le hemos hecho ganar hasta ora.

—¿Quién más les está vendiendo?

—Nadie —respondió el oficial.

—Hace casi siete años que vengo a Ciudad Cartago, y durante los últimos cuatro he tenido el monopolio...

—Y si hace memoria, recordará que, en los viejos tiempos, eran los indios quienes compraban casi todo su whisky.

Matute miró a su alrededor, se alejó del intendente y se detuvo sobre la hierba húmeda de la ribera. Su barcaza se mecía perezosamente sobre las aguas. No había un solo indio, ni uno; era algo innegable. Pero no se trataba de ninguna conspiración, y Matute lo sabía. En los últimos viajes había notado que eran cada vez menos. Pero sin embargo, nunca faltaba algún que otro borracho.

Se volvió y le espetó al militar:

—¿Está intentando decirme que ya no quedan indios borrachos?

—Seguro que hay indios borrachos. Pero todavía no se nos ha terminado el whisky.

Deben andar por ahí, durmiendo la curda...

Matute lanzó una maldición.

—Voy a hablar de esto con el gobernador...

—Ah, pero hoy no va a poder ser —repuso el intendente—. Está muy ocupado.

Matute sonrió de un modo muy desagradable.

—Aja. Pero nunca está demasiado ocupado para mí.

—Esta vez sí, Matute. Lo dejó muy claro...

—Supongo que creará estar muy ocupado, hijo, pero estoy seguro de que no es así.

—Como guste —dijo el oficial—. ¿Quiere que descargue los cuatro barriles que

nos quedamos?

—No, no quiero —respondió Matute. Y luego gritó a los mozos que lo acompañaban, especialmente a Mike Fink, que parecía ser el más dispuesto a matar si hacía falta—: Si alguien intenta poner la mano sobre ese whisky, quiero ver cuatro agujeros de bala en su cuerpo antes de que lo arrojemos al agua.

Los mozos rieron y le hicieron señas, excepto Mike Fink, quien arrugó el entrecejo.

Aquél sí que era un tipo duro. Se decía que era posible saber si alguien había intentado meterse con Mike Fink en que al imprudente le faltaban las orejas. Se decía que si alguien quería escapar de Mike Fink conservando una oreja tenía que esperar a que éste se pusiera a masticar la primera y luego dispararle dos balazos para distraerlo y escapar.

Una verdadera rata de río. Pero Matute se ponía algo nervioso sólo de pensar en lo que podría hacer Fink si no le pagaba el jornal convenido. Bill Harrison tendría que comprar todo el cargamento, o habría problemas de verdad.

Al trasponer la empalizada, Matute observó un par de detalles. El cartel era el que Harrison había colgado cuatro años atrás; su aspecto dejaba bastante que desear y estaba francamente deslucido, pero nadie lo había tocado. El pueblo tampoco había crecido. Todo había perdido el aire innovador de antaño, y en su lugar se veía cierto deterioro.

Lo contrario de lo que sucedía en el territorio del Hio. Lo que allí antes eran empalizadas y poblados, hoy comenzaban a ser verdaderos pueblos, con casas pintadas y hasta algunas calles adoquinadas. Hio florecía a marchas forzadas, al menos la región oriental cercana a Suskwhenny, y la gente especulaba con que no tardaría en convertirse en estado.

Pero en Ciudad Cartago no había el menor florecimiento.

Matute recorrió la calle principal, una vez en el interior del fuerte. Seguía llena de soldados, y la disciplina parecía ser la misma de siempre. Eso había que reconocerle a Harrison. Pero donde antes había que andar esquivando indios borrachos, hoy había tipos de la peor especie, ratas de río de mala catadura, con aspecto más péfido que el del propio Mike Fink, sin afeitado y con un olor a whisky que podría tumbar de espaldas al indio más borracho. Cuatro edificios habían sido convertidos en tabernas, que a media tarde se veían bastante concurridas.

«Conque era eso», pensó Matute. «Ahí está el problema. Ciudad Cartago ha desaparecido y hoy es un poblado de paso, un reducto de tabernas. Nadie quiere vivir en un sitio así, rodeado de semejantes ratas de río. Es un pueblo de borrachos.»

Pero si era un pueblo de borrachos, el gobernador Bill tendría que estar comprándole todo el whisky, en lugar de montar aquella parodia de los cuatro toneles.

—Si quiere puede esperar, señor Palmer, pero el gobernador dice que hoy no

podrá atenderlo.

Matute se sentó en el banco que había junto a la puerta del despacho de Harrison.

Advirtió que el gobernador había cambiado su oficina por la de su ayudante. ¿Por qué otro sitio habría cambiado esa sala tan grande y bonita? Por un espacio más reducido pero... con paredes interiores. Sin ventanas. Vaya, eso significaba algo: que Harrison no deseaba ser observado. Tal vez hasta temiera que lo mataran.

Matute estuvo sentado dos horas, observando el ir y venir de la soldadesca. Trató de no perder la compostura. Harrison era aficionado a ese tipo de cosas; acostumbraba hacer que alguien se sentara y esperara horas y horas, para que cuando finalmente fuese recibido ya no pudiera pensar con calma. Y a veces lo hacía para que alguien se cansara de esperar y se largara. O empezara a sentirse insignificante y menospreciado, lo cual permitía que Harrison saliera con alguna bravuconada. Matute sabía todo esto, de modo que intentó mantener la calma. Pero cuando se hizo de noche y los soldados cambiaron el turno para marcharse a sus hogares, le fue imposible soportarlo por más tiempo.

—¿Qué cree que está haciendo? —exigió al cabo que ocupaba el escritorio de enfrente.

—Mi turno de servicio ha terminado —dijo al cabo.

—Pero yo sigo aquí—insistió Matute.

—Si lo desea, también usted puede dar por terminado su turno de servicio... —comentó el cabo.

El comentario jocoso fue como una bofetada en pleno rostro. Al parecer, estaba de moda que estos mocosos se metieran con Matute Palmer. Las modas cambiaban muy deprisa. Y a Matute eso no le agradaba en absoluto.

—Podría comprar a tu madre y venderla por más de lo que vale —dijo Matute.

Eso dio resultado. El cabo perdió el aire de aburrimiento. Pero no los estribos. Se mantuvo de pie, más o menos alerta, y repuso:

—Señor Palmer, si quiere puede esperar aquí toda la noche y todo el día de mañana, pero no va a conseguir pasar para ver a Su Excelencia el Gobernador. Y el hecho de que haya estado aquí sentado todo el día demuestra que es incapaz de comprender cuál es la verdadera situación...

De modo que fue Matute quien perdió los estribos y le soltó un puñetazo. Bueno, no fue un puñetazo en realidad, sino un puntapié, porque Matute nunca había aprendido a pelear como un caballero. Su idea acerca de un duelo era aguardar detrás de una roca a que el enemigo pasara, dispararle por la espalda y echar a correr como un demonio. Así pues, el cabo en cuestión recibió la puntera de la bota en la rodilla, lo cual le dobló la pierna hacia atrás de un modo para el cual no estaba diseñada. El cabo aulló las peores imprecaciones, con toda la razón, y no sólo de dolor: después de semejante patada, la pierna nunca más volvería a quedar como antes. Probablemente

Matute no habría tenido que golpearle en ese lugar: lo sabía, pero el tipo había sido tan insolente... Prácticamente había pedido el puntapié.

Aunque hubo un pequeño problema: el cabo no estaba exactamente solo. Al primer alarido, comenzaron a salir de todas partes un sargento y cuatro soldados, bayonetas en mano, con una pinta de lo más fiero. El sargento ordenó a dos de sus hombres que llevaran al cabo a la enfermería. Los otros pusieron a Matute bajo arresto. Pero no fue gentilmente, como en aquella otra ocasión, hacía cuatro años. Esta vez le encajaron la punta de los mosquetes en uno o dos sitios de su anatomía, como quien no quiere la cosa, y Matute se llevó las huellas de un par de borceguíes en varias partes de la ropa sin poder decir cómo llegaron hasta allí. Terminó encerrado en un calabozo, y no en un almacén como la otra vez. Lo dejaron solo, con sus ropas y con mucho dolor.

Nadie podía dudarle: las cosas habían cambiado por esos lares.

Esa noche encerraron a seis hombres más. Tres por embriaguez, los otros por armar camorra. Ninguno de ellos era indio. Matute los oyó conversar. No es que se tratara de gente particularmente avispada, pero Matute no podía creer que ninguno hablara de golpear a los pieles rojas, o burlarse de ellos, o algo por el estilo. Era como si los pieles rojas hubieran desaparecido de la comarca.

Bueno, tal vez fuese verdad. Quizá los indios se hubieran marchado, pero ¿no era eso lo que quería el gobernador Harrison? Ahora que se habían largado los indios, ¿cómo era que Ciudad Cartago no prosperaba ni estaba llena de pobladores blancos?

La única pista que tuvo Matute fue algo que dijo uno de los camorristas:

—Bueno, yo estoy sin un centavo hasta la temporada de impuestos.

Los otros se pasaron un rato vociferando.

—No es que me importe prestar un servicio al gobernador, pero reconozco que no es un trabajo estable.

Matute era lo suficientemente listo como para no preguntarles a qué se referían. Mejor que no llamara la atención. No quería que corriera la voz de que lo habían visto apaleado en una celda. Esas ideas empiezan a propagarse, y a la primera de cambio cualquiera cree que puede ponerle a uno las manos encima. Matute no tenía ganas de empezar desde cero como un camorrista común y corriente. No a su edad.

Los soldados vinieron a buscarlo por la mañana. Eran otros distintos, y esta vez no fueron tan descuidados con sus borceguíes ni con las culatas de los mosquetes. Se limitaron a sacarlo de la prisión, y así, finalmente, Matute pudo encontrarse con Bill Harrison.

Pero no en su despacho, sino en la mansión del gobernador, en la bodega. Y llegó hasta allí de un modo sumamente extraño. Los soldados —una docena— iban marchando por la parte trasera del edificio cuando, de pronto, uno de ellos salió de la formación repentinamente, abrió la puerta de la bodega, y otros dos casi lo arrastraron

escaleras abajo. La puerta se cerró en cuanto pasaron, y durante todo ese tiempo los soldados siguieron marchando como si nada sucediera. A Matute, la cosa no le agradó: Harrison no debía querer que nadie supiera que Matute estaba con él. Lo cual a su vez significaba que la reunión podía terminar muy mal, y que así Harrison podía negar haber estado con él.

Claro, los soldados lo sabían, pero se acordaban de cierto cabo que la noche anterior se había fracturado la rodilla de un modo muy feo, de modo que no pensarían testificar en favor de Matute Palmer.

Pero Harrison era el de siempre; sonrió, le dio la mano y lo palmeó calurosamente.

—¿Cómo estás, Matute?

—He estado mejor, gobernador. ¿Cómo está tu esposa? ¿Y el pequeño?

—Ella está tan bien como cabe esperarse en una dama delicada de su clase aquí en la frontera. Y mi niño es todo un soldado. Hasta mandé que le hicieran un uniforme a medida. Tendrías que verlo desfilando...

—Toda esta charla me hace pensar en casarme algún día...

—Te lo recomiendo de todo corazón. Pero Matute, ¿en qué estoy pensando? Siéntate por aquí, toma asiento.

Matute se sentó.

—Gracias, Bill.

Harrison asintió, satisfecho.

—Me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo...

—Ojalá te hubiera visto ayer —comentó Matute.

Harrison rió melosamente.

—Pues, verás, estuve muy ocupado. ¿No te dijeron mis hombres que tenía un día imposible de trabajo?

—Nunca solías estar demasiado ocupado para mí, Bill.

—Ya sabes cómo se ponen las cosas a veces. El trabajo me desbordaba, y ¿qué podía hacer yo al respecto?

Matute meneó la cabeza.

—Oye, Bill, creo que nos hemos mentido lo suficiente durante todo este tiempo. Lo que sucedió fue parte de un plan, pero no precisamente el mío.

—¿De qué hablas, Matute?

—Digo que tal vez ese cabo no quería quedarse cojo de una pierna, pero tengo la sensación de que su misión consistía en hacer que lo zurrara.

—Su misión consistía en impedir que alguien me molestara si no estaba previsto en mis compromisos, Matute. Ese es el único plan que conozco. —Harrison puso cara de compungido—. Matute, debo decirte que te has metido en un lío de verdad. Atacar a un oficial del ejército de los Estados Unidos.

—Un cabo no es ningún oficial, Bill.

—Ojalá pudiera embarcarte rumbo a Suskwahenny para que te juzgaran allí, Matute.

Tienen abogados y jurado, y demás monsergas. Pero debo juzgarte aquí, y los jurados de la zona no tienen mucha simpatía por los que se dedican a partirlas las rodillas a los cabos...

—¿Qué tal si dejas las amenazas por un rato y me dices qué quieres de verdad?

—¿Qué quiero? No estoy pidiendo favores, Matute. Me preocupo por un amigo que se ha metido en problemas con la ley.

—Debe de ser algo repugnante, de lo contrario me sobornarías en lugar de intentar presionarme. Debe de ser algo que, en tu opinión, yo jamás aceptaría hacer a menos que estuviera muerto de miedo. Sólo trato de imaginarme qué puede ser tan malo para ti que creas que rehusaré hacerlo. No encuentro qué poner en la lista, Bill...

Harrison sacudió la cabeza.

—Matute, me malinterpretas. De principio a fin.

—Este pueblo está condenado a muerte, Bill —dijo Matute—. Nada ha salido como pensabas. Y creo que es porque has hecho mal las cosas. Creo que los indios se largaron —o tal vez murieron todos— y cometiste el estúpido error de querer salvar las ganancias que te dejaba el alcohol trayendo aquí a la peor gentuza de la tierra, la escoria de la raza blanca, las ratas de río como los que pasaron la noche conmigo en el calabozo. Los has usado para cobrar los impuestos, ¿verdad? A los granjeros no les gustan los impuestos.

Los detestan, especialmente cuando son recaudados por truhanes como éstos.

Harrison se sirvió tres dedos de whisky en un vaso y bebió la mitad de un sorbo.

—De modo que perdiste a tus indios borrachos, perdiste a tus granjeros blancos y lo único que te queda son tus soldados, las ratas de río y el dinero que puedas robar de la asignación que te da el ejército de los Estados Unidos por mantener la paz en el oeste.

Harrison bebió el resto del vaso y eructó sonoramente.

—Lo cual significa que has tenido mala suerte y que te has comportado como un necio.

Y no sé cómo crees que yo puedo sacarte de ésta.

Harrison se sirvió otros tres dedos. Pero en lugar de beber el whisky, arrojó el vaso al rostro de Matute. El whisky le entró en los ojos, el vaso le golpeó en la frente y Matute se encontró rodando por el suelo tratando de sacarse el alcohol de los ojos.

Al cabo de un rato, Matute estaba sentado nuevamente en la silla, con un paño húmedo contra la frente y comportándose de modo mucho más humilde y razonable. Pero eso se debía a que Harrison tenía un full y él, sólo doble pareja. Si conseguía salir vivo de allí, ya se preocuparía por lo que sucediera a continuación, ¿de acuerdo?

—No fui ningún necio —dijo Harrison.

«No, eres el gobernador más listo que ha tenido Cartago; me sorprende que no seas rey.» Es lo que Matute habría respondido. Pero esta vez prefirió mantener la boca cerrada.

—Fue ese Profeta. Ese piel roja del norte. Construyó su Ciudad del Profeta al otro lado del Wobbish, frente a Iglesia de Vigor. No me dirás que se trata de una coincidencia: es Soldado de Dios, ni más ni menos, quien intenta arrebatarme el estado de Wobbish. Y se vale de un indio para ello, justamente. Sabía que muchos pieles rojas se dirigían al norte, cualquiera lo sabía, pero aun así tenía a mis pieles rojas borrachos, al menos los que todavía no habían muerto. Y como había menos indios —especialmente de la tribu shawnee, una vez que se largaron—, pensé que vendrían más colonos blancos. Y te equivocas con respecto a mis recaudadores de impuestos. No fueron ellos quienes ahuyentaron a los colonos. Fue Ta-Kumsaw.

—Creía que había sido el Profeta...

—No te pases de listo conmigo, Matute. Últimamente no tengo mucha paciencia.

«¿Por qué no me avisaste antes de arrojarme el vaso? No, no, más vale que no le diga nada que pueda enfurecerlo.»

—Lo siento, Bill.

—Ta-Kumsaw sí que ha sido astuto. No mata hombres blancos. Se limita a presentarse en las granjas acompañado de cincuenta shaw-nee. No dispara contra nadie, pero cuando uno tiene la casa rodeada por cincuenta guerreros pintarrajeados, tampoco cree que sea lo mejor ponerse a disparar, precisamente. Así pues, los granjeros blancos han tenido que presenciar cómo los shaw-nee abrían cada cerca, cada establo, cada gallinero. Dejaron escapar los animales. Caballos, cerdos, vacas lecheras, pollos. Así como Noé llevó las bestias al arca, los shaw-nee marcharon rumbo a la espesura y los animales los siguieron, uno tras otro. Tal como te lo cuento. No los volvieron a ver.

—No me dirás que jamás encontraron al menos algún animal de cría...

—Se fueron todos. Jamás pudieron dar siquiera con las huellas. No encontraron ni una pluma de pollo. Eso hizo huir a los granjeros blancos: saber que sus animales podían desaparecer en cualquier momento.

—¿Acaso los shaw-nee se los comieron? No hay pollo suficientemente listo para sobrevivir en el bosque. Serán un festín para los zorros...

—Qué sé yo... Los blancos vienen y me dicen «devuélvanos los animales, o mate a los indios que se los han llevado». Pero nadie puede descubrir dónde está la gente de Ta-Kumsaw; ni mis soldados, ni mis exploradores. ¡No hay aldeas! Traté de requisar un caserío caska-skeeaw en el tramo superior del My-Ammy Chico, pero lo único que conseguí fue ahuyentar más a los pieles rojas, y ello ni siquiera disminuyó las tropelías de Ta-Kumsaw.

Matute se imaginó lo que debió haber sido esa incursión en la aldea caska-skeeaw: ancianos, mujeres y niños con los cuerpos acribillados y chamuscados. Matute conocía la forma en que Harrison trataba a los indios.

—Y el mes pasado se aparece el Profeta ese. Sabía que vendría; hasta los indios borrachos se pasaban el día hablando de él. Que viene el Profeta. Que hay que ver al Profeta. Bueno, traté de descubrir dónde estaría, dónde pronunciaría sus discursos.

Incluso hice que algunos de mis indios amaestrados lo averiguasen, pero nada, Matute. Ni la menor pista. Nadie lo sabía. Un día corrió la voz por todo el pueblo. El Profeta está aquí. ¿Dónde? Pero sólo decían «el Profeta está aquí». Nadie reveló jamás dónde. Juro que, cuando quieren, estos pieles rojas saben hablar sin decir nada, no sé si me entiendes...

—Bill, dime que enviaste algún espía allí, o comenzaré a creer que has perdido el estilo...

—¿Espías? Fui en persona, ¿qué piensas? ¿Y sabes cómo? Ta-Kumsaw me mandó una invitación, dime si no es el colmo. Sin soldados ni armas. Debía ir solo.

—¿Y fuiste? Podría haberte capturado y...

—Me dio su palabra. Ta-Kumsaw será un piel roja, pero tiene palabra.

A Matute le hizo gracia. Harrison, el hombre que se jactaba de no cumplir jamás una promesa hecha a un indio, confiaba en que Ta-Kumsaw cumpliera su palabra. Bueno, pero había regresado con vida, ¿o no? De modo que Ta-Kumsaw era tan bueno como su palabra.

—Y allí fui. Debía de estar presente hasta el último piel roja de la región del My-Ammy.

Debían de ser unos diez mil. Estaban congregados en un campo de maíz abandonado.

Puedes apostar a que abundan, gracias a Ta-Kumsaw. Si hubiera tenido mis dos cañones y cien soldados allí, habría terminado para siempre con el problema de los pieles rojas.

—Qué lástima que no los tuvieras...

—Ta-Kumsaw quiso que me sentara delante de todo, pero no acepté. Me quedé al fondo a escuchar.

El Profeta se puso en pie, erguido sobre un tocón de árbol en medio de un descampado, y habló sin parar.

—¿Entendiste lo que dijo? Tú no hablas shawnee.

—Habló en inglés, Matute. Había demasiadas tribus distintas, y el único idioma que todos conocían era el inglés. A veces se ponía a farfullar en esa jerga que tienen, pero en general lo hizo en nuestro idioma. Habló del destino del indio piel roja. De mantenerse puros de la contaminación blanca. De vivir juntos y ocupar una parte de la tierra para que los blancos tuvieran su lugar y los pieles rojas, el suyo. Construir

una ciudad, una ciudad de cristal, dijo. Sonaba muy hermoso, salvo que estos indios no saben construir siquiera un cobertizo como Dios manda. No quiero imaginar cómo se las arreglarían para construir una ciudad de vidrio. Pero principalmente dijo: «No bebáis licor. Ni una gota. Dejad el whisky, manteneos alejados de él. El licor es la cadena del hombre blanco, la cadena y el látigo, la cadena, el látigo y el cuchillo. Primero os atraparé, luego os azotaré, y posteriormente os mataré con alcohol. Y una vez que el hombre blanco os mate con su whisky, vendrá a robaros las tierras, a destruirlas, a convertirlas en algo inservible, muerto, yermo.»

—Veo que te ha causado una gran impresión, Bill —dijo Matute—. Parece como si te hubieras aprendido el discurso de memoria.

—¿De memoria? Habló durante tres horas seguidas. Habló de visiones del pasado, visiones del presente. Habló de... mira, Matute, era un discurso irracional, pero los indios se lo tragaban como si fuera...

—Whisky...

—Sí, como whisky, sólo que lo bebían en lugar de whisky. Todos se fueron con él. O casi todos. Quedaron unos pocos indios borrachos que no tardarán en morir. Y desde luego, mis indios amaestrados, pero eso es otra cosa. Y unos pocos pieles rojas salvajes al otro lado del Hio.

—¿Adonde fueron?

—A la Ciudad del Profeta. Eso es lo que me mata, hombre. Se fueron todos a la Ciudad del Profeta, o por allí, justo frente a Iglesia de Vigor. Y allí precisamente se dirigen todos los blancos. Bueno, no todos a la Iglesia de Vigor, pero sí a las tierras que Soldado de Dios Weaver tiene controladas con sus mapas. Han hecho una alianza, Matute, te lo aseguro: Ta-Kumsaw, Soldado de Dios Weaver y el Profeta.

—Así parece.

—Lo peor de todo es que tuve a ese Profeta aquí en mi oficina miles de veces. Podría haberlo matado y ahorrarme todos estos problemas. Pero uno nunca sabe, ¿verdad?

—¿Conoces a ese Profeta?

—No me digas que no sabes quién es...

—No conozco a tantos pieles rojas por su nombre, Bill.

—¿Y si te digo que tiene un solo ojo?

—No me estarás diciendo que se trata de Lolla-Wossiky...

—Dalo por seguro.

—¿Ese tuerto borracho?

—Te lo juro por Dios, Matute. Se hace llamar Tenskwa-Tawa. Significa «la puerta abierta», o algo por el estilo. Cómo me gustaría cerrar esa puerta. Tendría que haberlo matado cuando tuve la oportunidad. Pero cuando escapó... sabes, escapó con un barril de whisky que nos robó y se marchó por la espesura...

—Estaba aquí esa noche. Te ayudé a buscarlo...

—Bueno, como no volvió, pensé que probablemente había muerto después de atiborrarse de licor. Pero allí está, diciendo a los indios cuánto y cuánto bebía, y que Dios le envió visiones, y que jamás ha vuelto a tomar una gota.

—Si Dios me enviara visiones, también yo dejaría de beber...

Harrison tomó otro trago de whisky, pero esta vez de la botella, pues el vaso se hallaba en el suelo, en un rincón de la habitación.

—Ya ves mi problema, Matute.

—Veo que tienes problemas a montones, Bill, y no alcanzo a entender qué tengo yo que ver con ello, salvo que no bromeabas cuando me mandaste decir por el oficial de intendencia que sólo querías cuatro toneles...

—Ah, tiene que ver contigo, y más que eso, puedes tenerlo por cierto, Matute. Más que eso. Porque aun no estoy acabado. El Profeta se llevó de aquí a todos mis indios borrachos, y Ta-Kumsaw ahuyentó a todos mis ciudadanos blancos, pero no me doy por vencido.

—No. No eres de los que se dan por vencidos. «Eres el hombre más rastrero y escurridizo del mundo, pero no te das por vencido.» Por supuesto, no lo dijo, porque Harrison podía tomarlo a mal. Aunque para Matute era una alabanza. Era todo un hombre de su clase.

—Se trata de Ta-Kumsaw y el Profeta, tan simple como eso. Tengo que matarlos. No, no, retiro lo dicho. Debo derrotarlos, y luego matarlos. Debo hacerlos caer en una trampa, hacerlos quedar como un par de idiotas, y luego matarlos.

—Buena idea. Y yo me encargo de las apuestas. —Te creo capaz. Quedarte allí a cobrar las apuestas. Pues bien, no puedo aparecer con mis soldados en Iglesia de Vigor y barrer Ciudad del Profeta, porque Soldado de Dios ofrecería resistencia, y probablemente conseguiría el apoyo del destacamento que el ejército tiene en Fuerte Wayne.

Probablemente lograrse que me retiraran del cargo, o algo por el estilo. De modo que debo arreglármelas para que la gente de Iglesia de Vigor y de todo el Wobbish me suplique que vaya a librarlos de los indios.

Y entonces, por fin, Matute comprendió de qué se trataba.

—Quieres una provocación.

—Ése es mi Matute. Ése es mi hombre. Quiero que algunos pieles rojas vayan al norte y causen problemas de verdad, y que le digan a todo el mundo que los enviaron Ta-Kumsaw y el Profeta, Que les echen la culpa de todo. Matute asintió.

—Ya veo. No bastaría con soltar el ganado, ni nada por el estilo. No: lo único que conseguiría que los del norte pidieran a gritos la cabeza de los pieles rojas es algo sucio de verdad. Como por ejemplo, capturar niños y torturarlos hasta la muerte, y dejar grabado sobre ellos el nombre de Ta-Kumsaw y abandonar los cuerpos donde

podieran encontrarlos. Algo así...

—Bueno, yo no iría tan lejos como para pedir a nadie que hiciera algo tan horrendo, Matute. En realidad, creo que no les daría instrucciones específicas. Me limitaría a decirles que hicieran algo capaz de enloquecer a los blancos del norte, y que luego hicieran correr la voz de que fueron órdenes de Ta-Kumsaw.

—Pero no te sorprendas si cometen violaciones y torturan...

—No quisiera que tocaran a ninguna mujer blanca, Matute. Eso está fuera de toda consideración.

—Ah, desde luego, es la pura verdad —convino Matute—. Entonces, decididamente, quedan los niños. Habrá que torturar niños. Varones, claro...

—Como dije, jamás pediría a nadie que hiciera algo semejante...

Matute asintió ligeramente y cerró los ojos. Harrison tal vez no pediría que lo hicieran, pero tampoco ordenaría no hacerlo.

—Y, por supuesto, no podría tratarse de indios de esta región, ¿no, Bill?, ya que todos se han largado, y tus pieles rojas domesticados son la escoria más inservible de la faz de la tierra.

—Ah, ya lo creo que sí...

—Conque necesitas pieles rojas del tramo inferior del río. Indios que aún no hayan oído hablar al Profeta y que todavía deseen whisky. Indios que aún tengan sesos para hacer bien el trabajo. Indios que tengan sed de sangre para poder matar niños con suma lentitud. Y tú necesitas mi cargamento como botín...

—Pues así es, Matute.

—Lo has pensado bien, Bill. Retiras los cargos en mi contra y consigues mi whisky gratis. Sólo dame dinero suficiente para pagar a los mozos que me acompañan en la barcaza, para que no me acuchillen durante el camino de regreso. Creo que no es mucho pedir...

—Vamos, Matute... Sabes que eso no es todo lo que necesito...

—Pero, Bill, es todo lo que yo haré.

—No puedo ir yo a pedírselo, Matute. No puedo ser yo quien vaya a dar las órdenes a los cree-ek o choc-taw. Tiene que ser alguien más, otra persona, para que yo pueda negar toda participación si los descubren. Para que pueda decir «lo hizo él con su propio whisky, yo no tenía la menor idea».

—Bill, te comprendo, pero lo adivinaste desde el principio: has pensado en algo tan ruin que yo no tomaré parte en ello.

Harrison frunció el ceño.

—Atacar a un oficial es un delito que se paga con la horca en este fuerte, Matute. ¿No lo he dicho con la suficiente claridad?

—Bill, he mentado, estafado y a veces matado con tal de abrirme paso en este mundo.

Pero hay algo que nunca hice: sobornar a alguien para que rapte niños y los torture hasta morir. Es cierto, jamás lo hice y jamás lo haré.

Harrison examinó el rostro de Matute y supo que no mentía.

—Bueno, mira si no es el colmo. Efectivamente, hay un pecado tan terrible que Matute Palmer no es capaz de cometer, aunque eso le suponga la muerte...

—No me matarás, Bill.

—Pues sí lo haré, Matute. Hay dos razones para que lo haga. En primer lugar, has dado la respuesta equivocada a mi petición. Y en segundo lugar, has oído mi solicitud. Eres hombre muerto, Matute.

—Por mí, está bien —repuso Matute—. Consigue una soga bien gruesa. Un patíbulo alto y sólido, con trampa y foso de veinte pies. Quiero una ejecución que sea recordada por mucho tiempo.

—Morirás colgado de la rama de un árbol, y tiraremos de la soga bien despacio, para que mueras estrangulado antes de que se te parta el cuello.

—Será igualmente memorable —comentó Matute.

Harrison llamó a sus soldados y les ordenó que llevaran a Matute nuevamente a la prisión. Esta vez volvieron a golpearlo y coserlo a patadas, de modo que Matute se quedó con otra ración de magulladuras y tal vez una costilla rota.

No tenía mucho tiempo.

Por tanto, se tendió tranquilamente sobre el suelo de la celda. Los borrachos ya no estaban, pero los tres camorristas seguían allí, ocupando todos los jergones. Sólo quedaba el suelo pelado. Pero a Matute no le importó mucho. Sabía que Harrison le daría una hora o dos para que se lo pensara, y que luego lo sacaría de la prisión, le echaría la soga al cuello y lo mataría. Simularía darle una última oportunidad, desde luego, pero no lo haría de verdad, pues ya no podría confiar en Matute. Había dicho que no, y por eso nunca confiaría en que llevara a cabo la misión si lo dejaba en libertad.

Pero, bueno, Matute pensaba emplear bien el tiempo. Empezó por algo de lo más simple. Cerró los ojos y dejó que subiera la temperatura dentro de él. Encendió una chispa y la proyectó fuera de sí. Era como hacían los hidrománticos, que enviaban su don bajo la tierra para que encontrara agua subterránea. Él envió su chispa para que buscara algo en especial, que no tardó en encontrar: la casa del gobernador Bill. Pero para entonces su chispa estaba demasiado lejos para localizar cierto punto en particular. Y su puntería no sería muy certera. En cambio, cargó en la chispa todo su odio, su furia y su dolor, y la hizo arder más y más. Se dejó llevar como nunca antes en su vida. Y siguió cargándola y concentrando su energía hasta que comenzó a oír el sonido más anhelado:

—¡Fuego! ¡Fuego! —Los gritos provenían de afuera, de lejos, pero cada vez eran más los que vociferaban. Se oyeron disparos y señales de alarma.

Los tres camorristas también lo oyeron. Uno de ellos, tal fue su inquietud, pasó por encima de Matute, que estaba tendido en el suelo, y estampó sus botas sobre el cuerpo dolorido. Se agolparon contra la puerta, aporreándola y gritando al centinela:

—¡Déjanos salir! ¡No os vayáis a apagar el incendio sin antes liberarnos! ¡No nos dejéis morir aquí!

El dolor de Matute era tan intenso que apenas reparó en los pisotones del hombre. En cambio, allí tendido, empleó nuevamente su chispa para calentar el metal de la cerradura de la celda. Ahora apuntó con precisión y la chispa alcanzó una temperatura mucho mayor.

El centinela se acercó e introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta.

—Vosotros, tíos, podéis salir —ordenó—. El sargento ha dicho que ayudéis a la brigada de incendios.

Matute se incorporó, pero el centinela le cerró el paso y lo devolvió a la celda de un empujón. Matute no se sorprendió. Pero hizo que la chispa ardiera más aún. Tanto, que el hierro de la cerradura empezó a fundirse. Hasta que se puso al rojo. El guardia cerró la puerta de un golpe y se dispuso a dar vuelta a la llave. Pero estaba tan caliente que le quemó la mano. Maldijo y asió el faldón de la camisa, para poder sujetarla sin lastimarse, pero Matute abrió la puerta de un puntapié y derribó al centinela. Lo durmió de un puñetazo y le pisoteó la cabeza, probablemente rompiéndole el cuello. Pero para Matute eso no fue un asesinato, sino un acto de justicia, pues el hombre había estado dispuesto a dejarlo morir abrasado en una celda.

Matute salió de la prisión. Nadie reparó en él. Desde allí no veía la mansión, pero sí la columna de humo que se elevaba. El cielo estaba encapotado y gris. Probablemente llovería antes de que la empalizada ardiera por completo. Pero Matute deseó que no fuera así. Deseó que el sitio quedara reducido a cenizas. Una cosa era querer matar a los pieles rojas; Matute no ponía reparos a eso, y él y Harrison se ocupaban de hacerlo. Si se podía, matarlos con whisky. Y si no, con balas. Pero uno no va por ahí matando gente blanca; no se dedica a comprar indios para que torturen niños blancos. Tal vez para Harrison no hubiera ninguna diferencia. Tal vez para él fuese como una guerra donde debían morir soldados blancos, sólo que mucho más jóvenes. Todo por una buena causa, ¿verdad? Quizás Harrison pudiese pensar así, pero Matute, no. A decir verdad, su propia actitud lo sorprendió. Era más parecido a Andrew Jackson de lo que suponía: había una línea que no estaba dispuesto a cruzar. Él la trazaba en un sitio distinto del de Hickory, pero aun así tenía su límite, y no iría más allá.

Por supuesto, no pensaba morir si podía evitarlo. No podría salir por el portón del fuerte, pues por allí pasaba la hilera de bomberos que traían baldes desde el río. Pero era fácil trepar al parapeto. Los soldados no estaban precisamente muy atentos en sus

puestos. Se encaramó al muro y saltó al otro lado de la empalizada. Nadie lo vio. Avanzó unos metros hasta el bosque y luego, lentamente porque la cadera le dolía y estaba un poco débil de tanto chispear, se abrió camino entre la espesura hasta la orilla del río.

Salió del bosque por el lado opuesto, en el área abierta que rodeaba el fondeadero. Allí estaba su barcaza, con la carga de toneles. Y allí estaba su tripulación, desperdigada, observando cómo la brigada de bomberos cargaba cubos de agua en el río a unos cuantos metros corriente arriba. Matute no se sorprendió de ver que sus hombres no ayudaban a cargar baldes. No eran lo que se dice serviciales.

Matute fue hasta el fondeadero, haciendo señas a sus tripulantes para que se acercaran. Saltó a la barcaza con paso tambaleante: estaba débil y herido. Se volvió para contar a sus hombres lo que había sucedido, y por qué debían partir a toda prisa, pero ninguno lo siguió. Se quedaron allí sobre la ribera, mirándolo. Volvió a hacerles señas, pero ninguno dio señales de moverse.

Bueno, en ese caso se marcharía sin ellos. Ya estaba tomando la cuerda para soltar amarras y empujar la nave por sí solo, cuando advirtió que no todos sus acompañantes estaban en la orilla. No; faltaba uno. Y supo dónde estaría el que faltaba... Allí mismo, en la barcaza, de pie a sus espaldas, extendiendo las manos para...

Mike Fink no era de los que usan cuchillo. Bueno, si era necesario te acuchillaría, pero a él le gustaba matar con las manos limpias. Solía decir algo acerca de apuñalar a alguien: cierta comparación con las prostitutas y un palo de escoba. De todas formas, por eso Matute supo que no sería con un cuchillo. Que no sería rápido. Harrison debía haber supuesto que Matute podría escapar, y por eso compró a Mike Fink, y ahora Mike Fink acabaría con él, sin dudar.

Lento, pero seguro. Y como sería lento, Matute tuvo tiempo. Tiempo de asegurarse que no moriría solo.

Así pues, mientras los dedos se cerraban alrededor de su cuello y comenzaban a oprimir con fuerza, con mucha más fuerza de lo que Matute había imaginado siquiera, a acogotarlo de tal forma que creyó que su cabeza saldría despedida, se esforzó por soltar una chispa, por encontrar ese tonel, ese lugar de su barcaza que tanto conocía, por encender ese barril tanto como pudiera. Más y más.

Y aguardó la explosión, aguardó y aguardó, pero nunca llegó a oírla. Parecía como si los dedos de Fink hubieran juntado su espina dorsal con su garganta de tanto apretar.

Sintió que perdía el control de todos sus músculos, que sus piernas se agitaban convulsivamente; sintió el esfuerzo de sus pulmones por tomar el aire que se negaba a entrar, pero hasta el último segundo siguió proyectando la chispa y esperando que la pólvora explotara.

Y entonces murió.

Mike Fink siguió sosteniéndolo entre sus manos un minuto más después de muerto, tal vez porque le gustaba sentir el peso de un cadáver colgando. Con Mike Fink nunca se sabía. Algunos decían que era un hombre de lo más agradable cuando estaba de buen humor. Seguramente eso es lo que Mike pensaba de sí mismo. Le gustaba ser agradable y tener amigos, y beber en compañía de otros hombres. Pero cuando se trataba de matar, también sabía disfrutarlo.

Pero, claro, uno no puede quedarse aferrando un cadáver eternamente. Para empezar, puede que alguien no lo vea con buenos ojos, o hasta puede que incluso vomite. Conque arrojó el cadáver de Matute a las aguas.

—Humo... —dijo uno de los mozos, apuntando con el dedo.

Y sí, salía humo de entre la pila de toneles.

—¡Es el barril de pólvora! —gritó uno de ellos.

Y todos salieron para huir de la explosión, pero Mike Fink echó a reír con ganas. Se dirigió al cargamento y comenzó a soltar toneles y a descargarlos en la orilla hasta dar con el del centro, el que tenía una mecha. Pero no lo cogió con las manos. Lo empujó con el tacón y lo hizo rodar hasta detenerlo en la zona abierta que rodeaba el extremo de la embarcación.

Para entonces, los tripulantes habían regresado a ver el transcurso de los acontecimientos, ya que al parecer era poco probable que Mike Fink volara, a pesar de todo.

—Un hacha —pidió Mike, y uno de los mozos le alcanzó un hacha pequeña que llevaba atada al cinturón. Descargó unos cuantos golpes hasta que, por fin, la tapa del barril se aflojó y salió una inmensa nube de vapor. El agua que había dentro estaba tan caliente que bullía.

—Entonces, ¿no era pólvora, después de todo? —preguntó uno de ellos. No era lo que se dice sagaz, pero los hombres de río no se destacan por sus luces. —Je, era pólvora cuando él la puso allí —dijo Mike—. Allá en Suskwhenny. Pero no creeréis que Mike Fink va a recorrer todo el Hio en una barcaza donde también viajaba un tonel de pólvora con una mecha. ¿O qué pensabais?

Luego Mike saltó de la barcaza y se plantó sobre la ribera. Y gritó con todas sus fuerzas, gritó tan fuerte que lo oyeron dentro del destacamento. Tan fuerte, que la brigada de incendios se detuvo para escucharlo.

—Mi nombre es Mike Fink, amigos, y soy el cerdo más despreciable y ruin que alguna vez haya decapitado a un búfalo a mordiscos. Desayuno con orejas de hombres y ceno con orejas de oso, y cuando tengo sed, soy capaz de beber tanto que el Niágara deja de caer. Cuando meo, la gente se sube en balsas y sale arrastrada a cien kilómetros, y cuando me tiro un pedo, los franceses embotellan el aire y lo venden como perfume. Yo soy Mike Fink, y ésta es mi barcaza, y si vosotros,

mierdecillas miserables, llegáis a apagar ese incendio, aquí hay una pinta de whisky gratis para cada uno.

Y entonces Mike Fink hizo señas a los mozos de la barcaza y todos se unieron a la brigada de incendios y fueron apagando el fuego, hasta que llegó la lluvia y el incendio se extinguió por completo.

Esa noche, mientras los soldados bebían y cantaban, Mike Fink estaba de lo más sobrio, contento de estar por fin en el negocio del licor por cuenta propia. Ahora sólo uno de los tripulantes seguía a su lado: el más joven, que miraba a Fink con algo parecido a la devoción. El mozo jugueteaba con la mecha del tonel de pólvora.

—Esta mecha no fue encendida —comentó el joven.

—No... Veo que no —repuso Mike Fink.

—¿Y entonces? ¿Cómo llegó a hervir el agua?

—Verás... Matute tenía un par de trucos en la manga. Seguro que tuvo algo que ver con el incendio del fuerte.

—¿Lo sabías, verdad?

Fink sacudió la cabeza.

—No, fue pura suerte. Soy un tipo de lo más suertudo. Tengo ciertas impresiones sobre las cosas: así fue como intuí lo del barril de pólvora; y luego actúo de acuerdo con lo que siento.

—¿Quieres decir que tienes un don?

Como respuesta, Fink se puso de pie y se quitó los pantalones. Allí, sobre su nalga izquierda, había un garabato tatuado, una figura de seis lados y aspecto amenazador.

—Mi madre me lo hizo grabar cuando todavía no tenía un mes. Decía que eso me mantendría siempre a salvo para que muriese de muerte natural. —Se volvió y mostró al joven la otra nalga—. Y éste, decía que me traería buena suerte. Nunca supe cómo funcionaba, ella murió sin decírmelo, pero hasta ahora puedo asegurar que me ha hecho afortunado. Cómo podría decirlo... Sé lo que debo hacer. —Sonrió—. Me ha conseguido una barcaza y un cargamento de whisky, ¿no te parece?

—¿Es cierto que el gobernador te dará una medalla por haber acabado con Matute?

—Bueno, al menos por atraparlo. Eso parece.

—No creo que el gobernador se moleste mucho por la muerte de Matute, ¿verdad?

—No —aseguró Fink—. Creo que no. Ahora el gobernador y yo somos buenos amigos.

Dice que tiene un encargo para mí. Algo que sólo puede hacer un hombre como yo.

El mozo lo miró con la adoración reflejada en sus ojos de adolescente.

—¿Puedo ayudarte? ¿Me dejarás ir contigo?

—¿Alguna vez has estado en una pelea?

—¡En montones!

—¿Alguna vez le has arrancado una oreja a alguien de un bocado?

—No, pero una vez le saqué un ojo a un tipo.

—Los ojos son fáciles. Son blandos...

—Y, de un golpe, le salté cinco dientes a otro...

Fink lo pensó un instante. Luego sonrió y asintió:

—Seguro, vendrás conmigo, chico. Para cuando acabe, no habrá un solo hombre, mujer o niño en cien millas a la redonda que no conozca mi nombre. ¿Lo dudas, chico?

El chico no lo dudó.

Por la mañana, Mike Fink y su tripulación partieron hacia el tramo sur del Hio provistos de una carreta, algunas muías y ocho toneles de whisky. Con la misión de hacer un pequeño trato con los indios.

Por la tarde, el gobernador William Harrison enterró los cuerpos chamuscados de su segunda esposa y su pequeño hijo, quienes por desgracia se encontraban juntos en la sala del niño para vestirlo con su pequeño uniforme en el instante en que el lugar fue devorado por las llamas.

Un incendio en su propia casa, que no prendió ninguna mano humana, que acabó con aquello que más amaba, y ningún poder sobre la tierra sería capaz de restituirlo jamás.

CAUTIVOS

Alvin Júnior jamás se sentía pequeño, salvo cuando montaba algún caballo viejo y corpulento. No es que cabalgara mal: él y los caballos se llevaban bastante bien; ellos nunca lo arrojaban de la silla y él nunca los azotaba. Pero las piernas le quedaban muy abiertas a ambos costados antes de llegar a los estribos, y por eso, para que pudiera montar, tenían que hacer nuevos orificios en las tiras de cuero y ajustarlos más arriba. Al esperaba con ansia el día en que sería del tamaño de un adulto. Otros podrían decirle que para su edad era grandote, pero en opinión de Alvin, eso no servía de nada. Cuando uno tiene diez años, ser corpulento para su edad no tiene nada que ver con ser mayor.

—No me gusta —decía Fe Miller—. No me gusta eso de enviar a mis niños por ahí en medio del revuelo que están armando los indios...

Mamá siempre se preocupaba, pero tenía buenas razones. Durante toda su vida, Alvin había sido algo torpe y propenso a los accidentes. Al final, las cosas salían bien, pero ella se pasaba la vida con el ay en la boca. Lo peor había sucedido unos meses atrás, cuando la nueva piedra de molino cayó sobre su pierna y le produjo una fractura de lo más horrible. Parecía que el niño habría de morir, y él mismo llegó a desearlo. Habría muerto, vaya si no. Aun cuando sabía que tenía el poder de curarse.

Desde aquella vez que el Hombre Refulgente se había presentado en su cuarto cuando tenía seis años, Al jamás había utilizado su don para su propio provecho. Sí podía cortar roca para su padre, pues eso beneficiaba a todos. Deslizaba los dedos por encima de la piedra, la sentía, encontraba los sitios ocultos por donde la roca se cortaría y luego ordenaba las cosas; hacía que fueran como él indicaba, y la piedra se desprendía fácilmente, como él quería. Pero nunca por su propio bien.

Entonces, cuando se rompió la pierna y la piel se desgarró, todos supieron que estaba condenado a morir. Y Al jamás habría empleado su don de arreglar las cosas para curarse, jamás lo habría intentado siquiera, si el viejo Truecacuentos no hubiese estado allí. Truecacuentos le dijo: «¿Por qué no te curas la pierna?» Y así fue que Al le contó lo que jamás había dicho a otra persona. Le contó lo del Hombre Refulgente, y Truecacuentos le creyó; no pensó que estaba loco ni que soñaba. E hizo recordar a Al. Le hizo recordar todo lo que el Hombre Refulgente había dicho. Y Al recordó, y se dio cuenta de que había sido él quien habló de no usarlo nunca en provecho propio. El Hombre Refulgente sólo había dicho «haz que todas las cosas sean íntegras.»

Haz que todas las cosas sean enteras. Bueno, ¿acaso su pierna no era parte de todas las cosas? Y por eso la arregló, lo mejor que pudo. No fue tan simple pero, mal que bien, con ayuda de su familia usó su propio poder para curarse. Y por eso estaba vivo.

Pero durante esos días había mirado a la muerte de frente, y no había tenido tanto

miedo como creía que iba a sentir. Al estar tendido allí, mientras la muerte se filtraba por entre el hueso, empezó a notar como si su cuerpo fuese una especie de cobertizo, de refugio en el cual vivir durante el mal tiempo, hasta que su casa estuviera terminada.

Como esas casuchas endebles que erigían los nuevos colonos en tanto construían una buena cabaña de troncos. Si moría, no sería tan trágico. A lo sumo, sería un estado diferente, y acaso mejor.

Por eso, cuando su madre se puso a sermonear sobre los pieles rojas y sobre lo peligroso que era el viaje, y que los podían matar, no prestó atención. No es que creyera que Mamá se equivocaba; pero no le importaba demasiado morir.

Bueno, en realidad no era exactamente así. Tenía mucho por hacer, aunque en realidad no sabía bien en qué consistía su tarea, y por eso la idea de morir lo perturbaba.

Sin duda la muerte no estaba entre sus planes. Pero no lo paralizaba de terror como al resto de la gente.

Mesura, el hermano mayor de Al, trataba de serenar a Mamá para que no se saliera de sus casillas.

—No nos pasará nada, Ma —dijo Mesura—. El lío es al sur, y siempre viajaremos por buenos caminos, Mamá...

—Aun en los buenos caminos desaparece la gente —repuso ella—. Esos franceses de Detroit están comprando cabelleras; no terminan nunca con eso, no les importa un comino lo que hace ese Ta-Kumsaw y sus salvajes, qué va, para mataros sólo hace falta una flecha...

—Ma —la interrumpió Mesura—, si realmente tienes miedo de que nos cojan los indios, tendrías que alegrarte de que nos vayamos. Digo que por lo menos hay diez mil pieles rojas viviendo en Ciudad del Profeta, al otro lado del río. Es la ciudad más grande al oeste de Filadelfia en este momento, y no hay uno sólo que no sea indio. Si vamos al este, estaremos alejándonos de los pieles rojas...

—Ese Profeta tuerto no me quita el sueño —prosiguió Mamá—. Nunca habla de matar.

Creo que no deberíais...

—Lo que tú creas no tiene importancia —interrumpió Papá.

Mamá se volvió para mirarlo de frente. Había estado arrojando desperdicios a los cerdos, pero ya estaba de regreso para despedirse.

—No digas que no importa lo que yo...

—Tampoco tiene importancia lo que yo piense, mujer —dijo Pa—. No importa lo que piense nadie, y tú lo sabes.

—Entonces no veo para qué nos ha dado cerebro el Señor, si eso es lo que crees, Alvin Miller.

—Al se marcha al este, rumbo al río Hatrack, para ser aprendiz de herrero —dijo Pa—. Lo echaré de menos, tú lo echarás de menos, todos lo echarán de menos, salvo quizás el reverendo Thrower, pero los papeles están firmados y Al Júnior se va. En lugar de darle a la lengua para lamentarte de que se marchen, dales un beso, despídete, y a otra cosa.

Si Papá hubiera sido leche, ella lo habría agriado en un segundo, de la mirada que le lanzó.

—Sé besar a mis hijos, y sé cómo despedirlos —lo cortó—. No necesito que me lo digas.

No necesito que me digas nada.

—Supongo que no —prosiguió Papá—, pero te lo diré igual, y supongo que me devolverás el favor, como siempre. —Extendió la mano y estrechó la de Mesura, como se saludan los hombres—. Déjalo allí a buen recaudo y no tardes en regresar —le dijo a Mesura.

—Sabes que lo haré —respondió Mesura.

—Tu madre tiene razón; el camino es peligroso en cada tramo. Mantén los ojos abiertos.

Te hemos puesto bien el nombre, hijo. Tienes muy buenos ojos, conque úsalos.

—Lo haré, Pa.

Mamá se despidió de Mesura mientras Pa se acercaba a Al. Le dio un buen manotazo en la pierna y también le estrechó la mano. Qué bien lo hacía sentir eso de que Papá lo tratara como a un hombre, como a Mesura. Tal vez si Al no hubiera estado montado a caballo, Pa le habría revuelto el cabello como a un chiquillo, pero tal vez no, y en ese caso se habría sentido mayor igual.

—No tengo miedo a los indios —dijo Al. Habló en voz realmente baja para que Ma no lo oyera—. Pero ojalá no tuviese que marcharme.

—Lo sé, Al —repuso Papá—, debes ir. Es por tu bien.

Entonces Papá puso esa cara triste, la mirada perdida, que Al Júnior había visto más de una vez y que jamás había podido comprender. Pa era un hombre extraño. Tardó mucho tiempo en comprenderlo, porque la mayor parte del tiempo Al había sido pequeño, Pa era Pa, y él no había intentado entenderlo.

Ahora Al estaba creciendo, y empezaba a comparar a su padre con los demás adultos que conocía. Con Soldado de Dios, por ejemplo: el hombre más —importante de la ciudad, que siempre hablaba de hacer las paces con los pieles rojas, de compartir la tierra con ellos, de hacer mapas de las tierras blancas y de las tierras rojas... Todos lo escuchaban con respeto. Nadie escuchaba a Papá de ese modo, dando crédito a sus palabras, acaso discrepando, pero sabiendo que lo que decía era importante. Y el reverendo Thrower, con su afectada manera de hablar, que desde el pulpito vociferaba sobre la muerte y la resurrección, y las llamas del infierno y la

recompensa de los cielos—Todos le prestaban atención; también a él. Era distinto del modo en que escuchaban a Soldado, porque el reverendo se pasaba el rato hablando de religión, y eso no tenía nada que ver con cosas cotidianas, como la labranza, los quehaceres domésticos y la forma de vivir de la gente.

Pero lo respetaban.

Cuando Pa hablaba, los demás lo escuchaban, por supuesto, pero a veces se burlaban de él.

—¡Ay, Alvin Miller, no empieces con eso...! —Al lo notaba, y al principio lo sacaba de quicio. Pero luego advirtió que cuando los demás estaban en apuros y necesitaban ayuda, no recurrían al reverendo Thrower, no señor, ni iban a ver a Soldado de Dios, pues ninguno de ellos sabía lo suficiente para resolver la clase de problemas en que solía encontrarse la gente de vez en cuando. Thrower acaso les dijese cómo mantenerse lejos del infierno, pero eso no se comprobaba hasta que uno moría. Soldado podía decirles cómo mantener la paz con los indios, pero eso era política, cuando no guerra. Si tenían un litigio sobre límites, o no sabían qué hacer con un niño que no paraba de contestarle a su madre por mucho que lo zurraran, o si los gorgojos acababan con la siembra de maíz y no tenían qué plantar, acudían a Al Miller. Y él decía lo que sabía, por lo general con pocas palabras, y se marchaban sacudiendo la cabeza y diciendo: «Ay, Alvin Miller, no empieces con eso...» Pero luego iban y trazaban la línea limítrofe y levantaban una cerca de piedra, o hacían que el niño insolente se marchara de la casa como peón a la granja del vecino, o, en la temporada de la siembra, media docena de tipos aparecían con sacos de grano «que les sobran» porque Al Miller había mencionado que estaban algo escasos.

Cuando Al Júnior comparaba a su padre con otros hombres, sabía que Pa era extraño, que hacía las cosas por razones que sólo él conocía. Pero también sabía que Pa era de fiar. La gente tal vez respetara a soldado de Dios y al reverendo Filadelfia Thrower, pero a la hora de confiar, lo hacían en Al Miller.

Y lo mismo hacía Al Júnior. Confiaba en su padre. Aun cuando no quería marcharse de su hogar, aun cuando había estado tan cerca de la muerte que eso de ser aprendiz le parecía una pérdida de tiempo —¿qué importaba su oficio?, ¿acaso había herreros en el cielo?—, así y todo, si Pa decía que era por su bien, Al iría. Del mismo modo que los demás sabían que había que hacer lo que Al Miller decía, porque así daría resultado.

Había dicho a su padre que no deseaba partir. Su padre había respondido: «Ve de todas formas, es por tu bien.» Alvin Júnior no necesitaba oír nada más. Asintió, e hizo lo que su padre le decía, no porque le faltaran agallas, no porque tuviera miedo de su progenitor, como otros niños. Conocía bien a su padre y confiaba en su juicio. Era así de simple.

—Te echaré de menos, Pa. —Y entonces hizo una locura; algo que jamás habría

hecho si se hubiera detenido a pensarlo. Tendió la mano y revolvió el cabello de su padre. Mientras lo hacía, pensó «me zurrará de lo lindo por tratarlo como a un niño». Pa enarcó las cejas y aferró la mano de Alvin por la muñeca. Pero luego le guiñó el ojo y se echó a reír estruendosamente.

—Calculo que puedes hacer eso una sola vez, hijo, y seguir con vida.

Papá seguía riendo cuando Ma se acercó a despedirlo. Las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no le recitó su lista de debes y no debes de último momento, como a Mesura; se limitó a besarle la manita y estrechársela. Lo miró a los ojos y dijo:

—Si hoy te dejo partir, jamás volveré a verte con mis ojos normales mientras viva...

—No, Ma, no digas eso —le pidió—. Nada malo va a sucederme.

—Recuérdame —dijo ella— y no pierdas ese amuleto que te di. Llévalo siempre.

—¿Para qué es? —preguntó Al, tomándolo de su bolsillo—. De esta clase, nunca había visto ninguno.

—No te importe eso; simplemente mantenlo siempre cerca de ti.

—Sí, Mamá.

Mesura acercó su caballo al de Al Júnior.

—Más vale que nos larguemos ahora —aconsejó—. Queremos llegar a tierras que no vemos todos los días antes que caiga la noche.

—No hagáis eso —advirtió Pa severamente—. Hemos convenido en que pasaríais la noche con la familia Peachee. No tenéis por qué ir más lejos en una jornada. No quiero que paséis la noche a la intemperie si podéis evitarlo.

—Muy bien, muy bien —lo tranquilizó Mesura—. Pero al menos debemos llegar antes de la cena.

—Bueno, hijos —dijo Mamá—. Marchaos de una buena vez.

Apenas habían empezado a alejarse cuando Papá vino corriendo y tomó de las riendas ambos caballos.

—Hijos, recordad: cruzad los ríos por los puentes. ¿Me habéis oído? ¡Sólo por los puentes! A lo largo de este camino, entre nuestra casa y el Hatrack, no hay río que no tenga su puente...

—Lo sé, Pa —respondió Mesura—. Yo te ayudé a construirlos...

—¡Úsalos, pues! Es todo lo que digo. Y si llueve, os detenéis, buscáis una casa y aguardáis, ¿de acuerdo? Nada de andar bajo el agua.

Ambos juraron con toda solemnidad no acercarse a nada mojado.

—Ni siquiera nos pondremos a tiro de los caballos cuando se pongan a mear —aseguró Mesura.

Pa agitó un dedo ante sus narices.

—Y no lo tomes a la ligera —advirtió.

Finalmente se pusieron en marcha, sin mirar atrás, pues eso trae mala suerte.

Sabían que Ma y Pa estarían en la casa mucho antes de que se perdieran de vista, porque si uno mira mucho rato a los que se van, invita a una separación prolongada, y si uno mira hasta que los otros se pierden de vista, hay muchas posibilidades de que alguno muera antes de que se vuelvan a ver. Mamá se tomaba muy en serio esas cosas. Irse adentro bien rápido era lo último que podía hacer para proteger a sus hijos durante el camino.

Al y Mesura se detuvieron en una arboleda entre las granjas de Hatch y Bjornson, donde la última tormenta había derribado medio árbol sobre el camino. Podían haber pasado de largo sin problemas, sobre todo teniendo en cuenta que iban a caballo, pero uno no deja ese tipo de cosas para el que venga detrás. Tal vez alguien llegase hasta allí en carreta y con prisas, luchando por llegar a casa antes de que lo sorprenda la tormenta después del ocaso... quizás el próximo estuviera en apuros y se topase con un tronco en el camino. Por tanto, se detuvieron y se comieron las provisiones que Mamá les había preparado. Pusieron manos a la obra con las hachas, para cortar los restos de madera que colgaban del tocón caído. Desearon disponer de un serrucho mucho antes de haber terminado, pero uno no va con un serrucho auestas cuando debe viajar montado a caballo unos quinientos kilómetros. Sólo lleva una muda de ropa, un hacha, un cuchillo, un mosquete para cazar, pólvora y balas, un rollo de sogas, una manta y algunos amuletos y conjuros para protegerse de los peligros. Algo más y habría que llevar una carreta o un caballo adicional para la carga.

Cuando el tronco quedó libre, ataron ambos caballos al madero y lo apartaron del camino. Fue una labor difícil y penosa, porque los animales no estaban acostumbrados a tirar en yunta y se entorpecían mutuamente. El tronco también era un estorbo; tuvieron que hacerlo rodar y podar las ramas que se enganchaban. Al podría haberse valido de su don para que el tronco se partiera por los lugares precisos, pero supo que aquello no habría estado bien por su parte. El Hombre Refulgente no se lo habría permitido, pues era puro egoísmo, pura pereza, y no hacía bien a nadie. De modo que hachó, tironeó y sudó al lado de Mesura. Y no le fue tan mal. Fue un buen trabajo, y cuando terminaron, advirtieron que no había transcurrido más de una hora. Fue un tiempo bien empleado.

Desde luego, durante el trajín conversaron un poco. Parte de la charla giró alrededor de las historias que se contaban sobre las masacres de los indios en el sur. Mesura era más bien escéptico.

—Ah, sí, oí esos cuentos, pero los más sangrientos siempre son cosas que alguien ha oído contar a otro acerca de un tercero. Los que vivían allá de verdad y se largaron sólo dicen que Ta-Kumsaw vino y ahuyentó los cerdos y pollos. Eso es todo. Nadie dijo ni mu sobre flechazos o matanzas.

Con sus diez años, Al era más proclive a creer en las historias, y cuanto más cruentas, mejor.

—Tal vez cuando matan a alguien liquidan a toda la familia para que nadie pueda contarlos.

—Pero piénsalo, Al. No tiene sentido. Ta-Kumsaw quiere que todos los blancos nos marchemos de aquí, ¿no? Por eso quiere darnos un susto de muerte, para que hagamos el equipaje y nos larguemos con viento fresco, ¿no crees? Si hiciera las masacres que dices, ¿crees que no dejaría alguno vivo para que lo contara? Al menos tendrían que encontrar los cadáveres...

—Bueno, pero entonces, ¿de dónde vienen esas historias?

—Según dice Soldado de Dios, es Harrison, que miente para que la gente se enfurezca contra los indios...

—Ja, pero no creo que mienta con eso del incendio que le quemó la casa y el destacamento... Con sólo ver, se sabe si hubo fuego o no. Y no creo que mienta tampoco con lo de su esposa y el hijito muertos, ¿qué piensas?

—Claro que hubo un incendio, Al. Pero tal vez no lo provocaron las flechas encendidas de Ta-Kumsaw. ¿Has pensado en eso?

—El gobernador Harrison no va a incendiar su propia casa y matar a su familia para que la gente se enfade con los indios —repuso Al—. Es una solemne tontería.

Y así siguieron especulando sobre el alboroto que los pieles rojas causaban en el sur de la región del Wobbish, puesto que era el tema de conversación más importante en el lugar. Como de todas formas nadie sabía nada a ciencia cierta, la opinión de cualquiera era tan válida como la del mejor.

Estaban a menos de un kilómetro de dos diferentes granjas, en una región que habrían recorrido cuatro o cinco veces al año durante los últimos diez años; así pues, no se les ocurrió pensar que pudiesen tener problemas, y por ello no estaban prevenidos. Uno no anda ojo avizor cuando está tan cerca de casa, ni siquiera cuando va hablando de las masacres de los indios y de historias sobre torturas y crímenes. Pero el hecho es que no habrían podido hacer mucho aun en caso de haber tomado precauciones. Al estaba enrollando la cuerda y Mesura se encontraba ajustando las sillas de montar cuando de pronto se vieron rodeados por unos doce pieles rojas. Un minuto antes sólo había grillos, ratones y algún que otro pájaro. Y de pronto, todos esos indios pintarrajeados.

Pasaron unos segundos antes de que se asustaran. En Ciudad del Profeta había muchos pieles rojas, y solían ir a la tienda de Soldado de Dios para comerciar. Alvin habló antes de mirarlos siquiera.

—¡Qué tal!

Pero no le devolvieron el saludo. Tenían el rostro cubierto de pintura.

—No son de los que dicen qué tal —dijo Mesura en voz baja—. Tienen mosquetes...

Aquello les indicó con certeza que no eran indios de Ciudad del Profeta. El

Profeta enseñaba a sus seguidores a no usar jamás las armas del hombre blanco. Un verdadero piel roja no necesitaba armas para cazar, pues la tierra conocía su necesidad y los ciervos se acercaban tanto que podían matarlos con arco y flecha. El Profeta decía que un indio sólo lleva un arma cuando piensa asesinar. Y eso era cosa de blancos. Así hablaba. Era obvio que estos pieles rojas no le hacían mucho caso al Profeta.

Alvin miró a uno de ellos a los ojos. Debió haber traslucido su temor, pues el indio sonrió apenas con ojos brillantes y extendió un brazo.

—Dales la cuerda —dijo Mesura.

—Es nuestra cuerda —argumentó Al. Pero en cuanto lo hubo dicho, supo que no tenía el menor sentido. Le dio ambas cuerdas.

El piel roja tomó las sogas con toda tranquilidad. Luego arrojó una a otro indio que estaba detrás de los jóvenes, y un grupo de ellos se puso a trabajar de inmediato. Los desnudaron y les ataron las manos a la espalda con tal fuerza que les dolieron las articulaciones de los hombros.

—¿Para qué quieren nuestra ropa? —preguntó Al.

Como respuesta, uno de los indios le soltó un revés en pleno rostro. Debió gustarle el ruido que hizo, pues volvió a golpearlo. El dolor hizo asomar lágrimas a los ojos de Al, pero el pequeño no abrió la boca, en parte por su sorpresa, y en parte porque estaba furioso y no quería darles el gusto de que le oyeran quejarse. La idea de los bofetones pareció encantar a los demás indios, que no tardaron en emprenderla a golpes con Mesura. Al cabo de un rato, los dos estaban algo atontados, y las mejillas les sangraban por dentro y por fuera.

Un indio balbuceó algo que no comprendieron, y le alcanzaron la camisa de Al. La desgarró con el cuchillo y la frotó sobre el rostro ensangrentado de Alvin. No debía haber la sangre que esperaba, pues tomó el puñal y abrió un tajo en la frente del niño. La sangre empezó a manar a borbotones, y un segundo después el dolor traspasó a Alvin, quien gritó por primera vez. Sentía como si le hubieran dejado el hueso al descubierto; la sangre le cubría los ojos y le impedía ver. Mesura aulló desesperadamente que dejaran al niño en paz, pero ni caso. Todos sabían que cuando un piel roja comenzaba a cortar, uno estaba condenado a morir.

Apenas se oyó el grito de Alvin y empezó a brotar la sangre, los indios se echaron a reír y a proferir aullidos. Se disponían a causar problemas de verdad; Al recordó las historias que le habían contado. La más famosa, probablemente, fuese la de Dan Boone, un hombre de Pensilvania que trató de afincarse durante un tiempo en las colinas de la Corona. Había sucedido en la época en que los cherriky estaban en pie de guerra contra el hombre blanco. Un día, raptaron al hijo de Dan Boone. El padre iba media hora por detrás de los indios. Era como si los pieles rojas estuvieran jugando con él. Se detenían y cortaban pedazos de piel al niño, o le arrancaban un

ojo, algo que lo hiciera sufrir de verdad, y lanzar alaridos. Boone oía los gritos del pequeño y lo seguía. Él y sus vecinos, armados de mosquetes y locos de furia. Llegaban al sitio en que habían torturado al niño, y nada. Ni un indio, ni una huella en el bosque. Y entonces se oía otro grito. Ese día anduvieron casi cuarenta kilómetros, y finalmente, al caer el sol, hallaron al niño colgando de tres árboles distintos. Dicen que Boone jamás lo olvidó; que nunca más pudo mirar a un indio a los ojos sin pensar en aquella marcha de cuarenta kilómetros.

Y Al también pensaba en esos cuarenta kilómetros, al oír las risas de esos indios, al sentir el dolor. Solo el comienzo del dolor, pues sea lo que fuere aquello que perseguían, iba a terminar con la muerte de dos jóvenes blancos, y si era con ruido, mejor. «Conserva la calma», se dijo. «Calma.»

Restregaron la camisa hecha jirones por su rostro, y también las ropas raídas de Mesura. Mientras lo hacían, Al trataba de pensar en otra cosa. La única vez que había tratado de curarse fue cuando se rompió la pierna, pero entonces había estado acostado, con todo el tiempo del mundo para concentrarse bien, para abrirse paso entre los recovecos de las venas seccionadas que había que unir, la piel y los huesos destrozados que había que reconstruir. Esta vez estaba blanco de terror, y lo empujaban de un lado para otro. No tenía tranquilidad ni reposo. Pero se las ingenió para hallar las venas y arterias más grandes y obstruirlas. La última vez que le restregaron la camisa contra el rostro, la sangre ya no caía a borbotones por su frente ni le cubría los ojos. Apenas manaba un hilo delgado; Al levantó la cabeza y la sangre se desvió hacia sus sienes y pudo ver sin problemas.

Todavía no le habían pegado ningún tajo a Mesura, quien miraba a Al con expresión desencajada. Alvin conocía lo suficiente a su hermano para adivinar en qué estaba pensando: Ma y Pa habían confiado el pequeño a la custodia de Mesura, y mirad cómo los había defraudado. Se culpaba de lo sucedido, lo cual era una insensatez. Podían haber hecho lo mismo en cualquier choza o casa de toda la región sin que nadie hubiese podido impedirlo. Si Al y Mesura no hubieran partido hacia su destino, bien podrían haber estado transitando por el mismo bosque de todas formas. Pero Al no podía decir nada a Mesura. No podía hacer mucho, salvo sonreír.

Sonreír y, con todo esmero, tratar de sanar su propia herida. Hacer que su frente volviera a ser como debía. Y se empeñó en ello, viendo que cada vez le resultaba más fácil, mientras observaba a los indios. No hablaban mucho, qué va... Sabían bien qué hacer. Ataron a las monturas la ropa empapada de sangre. Luego, con la punta de un cuchillo, uno de ellos grabó la palabra «Ta-Kumsaw» en una de las sillas de montar, y en la otra, «Profeta». Durante un instante, Al se sorprendió de que supieran escribir en su idioma, pero luego advirtió que habían copiado las letras de un papel que llevaban plegado en el taparrabos. De un papel.

Acto seguido, mientras dos de ellos tomaban los caballos por las riendas, otro piel

roja acuchilló las ancas de los animales, con cortes poco profundos pero que bastaron para hacerlos encabritar y enloquecer de dolor. Los caballos derribaron a los indios que los sujetaban y echaron a correr como una exhalación por el camino —como bien sabían los pieles rojas— en dirección a casa.

Estaba claro: era un mensaje. Los indios querían que los siguieran. Querían que una multitud de blancos echara mano a sus mosquetes y saliera en su búsqueda. Como en la historia de Daniel Boone. Que siguieran los gritos, que perdieran la razón al oír cómo morían sus hijos.

Pues bien, murieran o no, Alvin decidió en ese instante que él y Mesura no permitirían que tal cosa ocurriera: los pieles rojas no harían oír a sus padres lo que tuvo que oír Daniel Boone. No tenían la menor posibilidad de escapar. Aun cuando Al hiciera que la cuerda se partiese —lo cual le resultaría sumamente simple—, no había forma de que dos jóvenes blancos pudieran superar a los indios en una carrera a través del bosque. No; estos pieles rojas los tendrían allí el tiempo que quisieran. Pero Al sabía cómo evitar que les hicieran ciertas cosas. Y sería correcto emplear su don, además, porque no se trataba sólo de su provecho. También estaba en juego el de su hermano y el de su familia. Y, curiosamente, también se trataba del bien de los indios, pues si ocurría algo en serio, si realmente torturaban a dos jóvenes blancos hasta la muerte, habría una guerra sangrienta y despiadada entre blancos y pieles rojas, y moriría mucha gente de ambos bandos. Así pues, mientras no matara a nadie, Al podía utilizar tranquilamente el don que poseía.

Cuando los caballos desaparecieron de la vista, los indios enlazaron por el cuello a Al y a Mesura. Luego tiraron de las cuerdas para arrastrarlos. Mesura era un hombre corpulento, más alto que cualquiera de los indios, y por ello, al tironear de él, lo obligaban a agachar la cabeza. Así, le era difícil correr, y el lazo estaba muy apretado. Al venía a la zaga, y veía cómo trataban a Mesura; hasta podía oír cómo se estaba asfixiando. Pero le fue fácil introducirse en la correhuela y aflojarla poco a poco. Aflojarla, para que Mesura pudiera correr erguido. Lo hizo lentamente, para que los indios no se dieran cuenta; pero Alvin supo que no tardarían en advertir lo ocurrido.

Todos sabían que los indios no dejan huellas. Y cuando los pieles rojas capturaban a hombres blancos, solían llevarlos colgados de brazos y piernas como ciervos desollados, para que los torpes blancos no dejaran rastros de su paso. Esos indios, entonces, querían que los siguieran, ya que hacían que Al y Mesura dejaran sus huellas en cada pisada.

Pero no deseaban que fuera tan fácil dar con ellos. Después de andar una eternidad —al menos un par de horas—, llegaron a un arroyo y caminaron un trecho contra corriente.

Luego corrieron un kilómetro más antes de detenerse en un claro para encender

una fogata.

No había ninguna granja cerca, pero eso no significaba gran cosa. Los caballos ya debían estar en casa con las ropas ensangrentadas y las ancas lastimadas, y con los nombres grabados en las monturas. Todos los hombres blancos de la región debían de estar llevando a sus familias a Iglesia de Vigor, para que un grupo las protegiera mientras el resto salía a buscar a los jóvenes capturados.

Ma ya debía de estar pálida de terror, Pa estaría como loco apremiando a los demás para que no perdieran un solo minuto. «¡A buscar a los niños, si no os dais prisa, iré solo!» Y los demás, diciendo «tranquilo, tranquilo, no podrás hacer nada tú solo, los cogemos, ya verás». Nadie admitiría lo que todos sabían: que Al y Mesura podían darse por muertos.

Pero morir no estaba en los planes de Al. No señor. Planeaba seguir vivo y coleando.

El y también Mesura.

Los pieles rojas encendieron un fuego como Dios manda, pero no para cocinar. El sol picaba de lo lindo, y Al y Mesura sudaban a mares, aun en paños menores. Y sudaron más aún cuando los indios les arrancaron los botones de los calzoncillos y los hicieron jirones por detrás. Quedaron desnudos por la parte donde sus cuerpos entraban en contacto con el suelo, sentados junto a la hoguera.

Entonces, uno de los indios reparó en la frente de Al. Tomó un jirón de sus paños menores y lo restregó con fuerza por la cara de Al para eliminar los restos de sangre seca. Y luego se puso a llamar a los demás, que formaron un círculo a su alrededor.

Miraron su frente, y luego la compararon con la de Mesura. Y bien, Al sabía lo que estaban buscando, y supo que no lo encontrarían. Porque se había curado de tal forma que no le quedaba una sola cicatriz, ni una marca. Y por supuesto, tampoco había marcas en la frente de Mesura, pues a él no lo habían cortado. Eso los haría pensar un buen rato.

Pero Al no podía depender de sus curaciones para que se salvaran, pues era un proceso lento y complejo. Sin duda, podrían cortar más deprisa de lo que él tardaba en sanar, y eso nadie podía negarlo. Le sería mucho más rápido emplear su don sobre cosas como la piedra y el metal, que tenían la misma textura en toda la superficie, no como la carne viva, que se complicaba con infinidad de minucias que había que recordar antes de poder hacer que sanase.

Así, cuando uno de los indios se sentó frente a Mesura blandiendo un cuchillo, Al no aguardó a que comenzara a cortar. Su mente se concentró en el acero de la hoja: era un cuchillo de hombre blanco, como los mosquetes que llevaban. Halló el filo, la punta, y los hizo ablandarse, volverse romos y planos.

El indio posó la hoja sobre el pecho desnudo de Mesura y trató de abrir un tajo. Mesura se preparó para aguantar el dolor, pero el cuchillo lo hirió tanto como lo

hubiera hecho una cuchara común y corriente.

Al casi echó a reír cuando el indio retiró el puñal y lo examinó para ver qué sucedía.

Deslizó el dedo por el filo para probarlo. Al pensó entonces en volverlo cortante otra vez, pero no lo hizo, pues la regla era emplear su don para hacer que las cosas fueran íntegras, y no para causar daño. Los demás se acercaron a examinar el arma. Algunos se mofaron de su dueño, creyendo que había dejado que el cuchillo se mellase. Pero Alvin no perdió el tiempo: halló todos los objetos cortantes que tenían los indios y los volvió todos romos y blandos. Cuando Al se dio por satisfecho, no habrían podido cortar ni una legumbre con ninguna de sus armas.

Y, como suponía, los demás buscaron sus cuchillos para probarlos. Primero pasaron la hoja sobre el pecho de Al y de Mesura, y luego volvieron a gritar y a acusarse mutuamente, acaso para echarse las culpas.

Pero tenían una misión que cumplir, ¿o no? Se suponía que debían torturar a esos blancos hasta la muerte, hacerlos gritar, o al menos desfigurarlos hasta el punto que, cuando los suyos dieran con los cuerpos, sólo ansiaran la venganza.

Así pues, uno de los pieles rojas tomó su típica hacha de piedra y la esgrimo frente al rostro de Al, agitándola con movimientos amenazadores para que el niño se llevara un susto de aquí te espero. Al empleó ese tiempo en ablandar la piedra, aflojar la madera y las correas que sujetaban la hoja al mango. Cuando el indio la blandió con intención de hacer lo que estaban pensando, es decir, descargarla sobre el rostro de Al, el hacha se deshizo en sus manos. La madera estaba podrida, la piedra cayó al suelo convertida en grava, y hasta la correa se desplomó hecha jirones. El indio gritó y dio un salto hacia atrás como si una serpiente de cascabel le hubiera hincado los colmillos.

Otro tenía un hacha de hoja de acero, pero no se entretuvo agitándola para sembrar el pánico: tomó la mano de Mesura, la colocó sobre una roca y descargó el hacha en un intento de cortarles los dedos. Pero para Al esto fue asunto sencillo. ¿Acaso no había cortado piedras de molino, cuando fue necesario? La hoja se clavó contra la piedra y Mesura contuvo la respiración: iba a perder los dedos. Pero cuando el indio retiró el hacha, allí seguía la mano de Mesura, intacta, sin una sola marca. La hoja, en cambio, mostraba unas depresiones que seguían la forma de los dedos de Mesura, como si hubiera estado hecha de mantequilla o jabón blando.

Los pieles rojas aullaron, y se miraron despavoridos. Despavoridos y furiosos por los extraños sucesos que estaban presenciando.

Alvin no lo sabía (por ser blanco), pero lo peor para ellos era que no percibían los conjuros o poderes de un hombre blanco. Cuando un blanco preparaba un conjuro, ellos detectaban una perturbación en su sentido de la tierra; un encantamiento era como un hedor desagradable, un sortilegio de defensa era como un zumbido, cuando

pasaban cerca de él. Pero lo que Alvin hacía no interfería con la tierra; su sentido de cómo debían ser las cosas no les indicaba nada diferente. Era como si las leyes naturales hubieran cambiado para ellos, y de pronto el acero fuese blando, y la carne, dura. Como si la roca fuera quebradiza y el cuero débil como la hierba. No pensaron que Al o Mesura pudieran ser la causa de lo que ocurría: para ellos era alguna fuerza natural.

Y lo que Alvin vio fue terror, ira y confusión, y eso le causó gran alegría. Pero no se engañaba: sabía que había cosas que escapaban a sus facultades. La principal de todas ellas era el agua, si se les metía en la cabeza ahogarlos, Al no sabía cómo detenerlos, ni qué hacer para salvarse. Sólo tenía diez años y estaba sometido a leyes que no comprendía; así, no había llegado a descubrir para qué servían sus dones, o cómo funcionaban. Tal vez entre sus facultades hubiera algunas realmente extraordinarias, pero la cuestión era que no las conocía, y sólo se atrevía a hacer cosas que estaban a su alcance.

Al menos en eso tuvo suerte: no pensaron en ahogarlos. Pero sí en quemarlos. Muy probablemente ya lo habían tenido pensado desde el comienzo: la gente contaba historias de torturas durante la guerra contra los indios en Nueva Inglaterra, donde aparecían pies ennegrecidos sobre los rescoldos del fuego, donde las víctimas habían tenido que presenciar cómo les chamuscaban los dedos hasta morir desangradas, con dolor y espanto. Alvin vio cómo atizaban el fuego y echaban leños para que ardiera. No sabía cómo eliminar el calor del fuego, jamás lo había intentado. Así, pensó tan deprisa como pudo, y mientras tomaban a Mesura de los sobacos y lo arrastraban hasta el fuego, Al se introdujo entre la leña y la redujo a polvo, para que se consumiera rápidamente y de una vez. El fuego fue tan veloz que emitió un rugido estruendoso y creció en una llamarada cálida y brillante. El aire se calentó y ascendió con tal rapidez que el viento sopló hacia la fogata desde todas las direcciones. Durante un segundo o dos se formó un torbellino que envolvió las cenizas, las devoró y las dejó caer extinguidas como polvo.

Así fue: de las llamas no quedó más que una fina neblina de polvillo que se depositó lentamente sobre el descampado.

Ah, cómo aullaron y gritaron. Se pusieron a danzar, a saltar y a golpearse el pecho y los hombros. Y mientras se comportaban como si estuvieran en un funeral irlandés, Al aflojó las cuerdas de Mesura y las de él mismo, con la vana esperanza de que pudieran darse a la fuga antes de que su familia y el resto los encontrase y comenzaran los disparos, la matanza y la agonía.

Mesura sintió que se soltaban sus ligaduras, por supuesto, y miró a Alvin a los ojos, hasta entonces había estado contemplando al borde de la locura el espectáculo de lo que les sucedía a los indios. Desde luego, se había dado cuenta de que Alvin estaba detrás de todo el asunto, pero, al no estar prevenido, Mesura se vio tan

sorprendido como cualquiera de los indios. Miró a Alvin y asintió, y entonces comenzó a girar las muñecas para zafarse de las correas. Hasta ese momento, ninguno de los indios había reparado en ellos, quizá pudiesen echar a correr, o tal vez —sólo tal vez— estuvieran tan desconcertados que ni siquiera intentaran perseguirlos.

Pero en ese momento todo cambió. Se oyó un aullido proveniente del bosque, que luego pareció convertirse en el ulular de trescientos búhos juntos. Por la forma en que Mesura miró a Alvin, debió de haber pensado que aquello era también producto de su intervención. Pero los pieles rojas sabían de qué se trataba, y en ese mismo instante dejaron lo que estaban haciendo. Por el terror que asomó en sus rostros, sin embargo, Al supuso que debía ser algo bueno para ellos dos. Acaso un rescate.

Del bosque que rodeaba el claro surgieron un centenar de indios. Éstos llevaban arcos —no había una sola escopeta—, y por la forma en que iban vestidos y rasurados, Al supo que eran shaw-nee y seguidores del Profeta. Para ser sinceros, aquello era lo último que Al esperaba. Lo que quería ver eran rostros blancos, y no rojos.

Un indio avanzó destacándose del grupo de recién llegados. Era un hombre alto y fuerte, de rostro duro y anguloso como la piedra. Soltó un par de palabras contundentes y de inmediato los raptos comenzaron a balbucir, a tartamudear, a suplicar. Parecían una pandilla de crios pillados en falta, sorprendidos por su padre, pensó Al. Como la situación no le era desconocida, llegó a sentir cierta solidaridad, hasta que recordó la muerte cruel que tenían reservada para ellos. El hecho de que estuvieran sin un solo rasguño no significaba que los indios fueran inocentes del perverso atentado.

Entonces una palabra resonó entre los balbuceos. Un nombre: Ta-Kumsaw. Al miró a Mesura para ver si lo había oído, y se encontró de su hermano que le preguntaban lo mismo. Ambos musitaron el nombre a la vez: Ta-Kumsaw.

¿Qué significaba esto? ¿Que Ta-Kumsaw estaba al mando de todo? ¿Que estaba furioso porque la tortura había fracasado, o porque habían capturado a los jóvenes blancos? Pero no hallarían la explicación entre los indios, eso seguro. Lo único que Al podía dar por cierto era lo que hacían. Los indios recién llegados arrebataron los mosquetes a los captosres y luego los hicieron marchar por el bosque. Sólo un grupo de pieles rojas permaneció junto a Al y Mesura. Entre ellos estaba Ta-Kumsaw.

—Decir que tú tener dedos de acero —dijo Ta-Kumsaw.

Mesura miró a Al para que respondiera, pero al pequeño no se le ocurrió nada que decir. Era más que reacio a contarles lo que había hecho. Así que finalmente respondió Mesura. Levantó las manos y movió los dedos.

—Son dedos comunes y corrientes, que yo sepa...

Ta-Kumsaw tendió una mano y la agarró con fuerza, con dureza, porque Mesura intentó soltarse en vano.

—Piel de hierro —le dijo Ta-Kumsaw—. No poder cortar con cuchillo. No quemar. Niños ser de piedra...

Hizo poner de pie a Mesura y, con la mano libre, le dio una poderosa palmada en el brazo.

—Joven de piedra, arrojarme al suelo.

—No puedo luchar con usted —se disculpó Mesura—. No quiero pelear con nadie...

—¡Arrojarme! —ordenó Ta-Kumsaw. Y lo aferró con más fuerza, asentó los pies firmemente y aguardó a que Mesura hiciera lo mismo. Hombre contra hombre, los rostros vueltos, como solían hacer los pieles rojas en sus juegos. Sólo que esto no era un juego: habían estado frente a frente con la muerte, y todavía no estaban seguros de que la hubieran dejado atrás.

Al no sabía qué hacer, pero tenía ganas de hacer algo, estaba hasta la coronilla de todos aquellos cambios repentinos. Por eso, casi sin pensar en las consecuencias, cuando Ta-Kumsaw y Mesura comenzaron a forcejear y empujarse, hizo que el suelo cediera bajo los pies de Ta-Kumsaw, que cayó con el trasero y el codo sobre la tierra.

Hasta ese momento, los demás indios habían estado riendo y bromeando sobre la contienda, pero cuando vieron caer al jefe más grande de todas las tribus, al indio cuyo nombre era famoso desde Boston hasta Nueva Orleáns, la risa se les escurrió del rostro.

A decir verdad, en todo el descampado no se oyó el zumbido de una mosca. Ta-Kumsaw se incorporó y examinó el suelo que tenía bajo sus pies, escarbando con uno de ellos.

Desde luego, era tierra firme. Pero se apartó unos pasos, hacia la hierba, y volvió a extender el brazo.

Algo más confiado, Mesura también acercó el suyo, pero en el último momento, Ta-Kumsaw desistió. Y se quedó inmóvil, sin mirar a Al ni a Mesura, con los ojos fijos en la distancia y el rostro pétreo y sin expresión. Después se volvió al resto de los indios y lanzó una salva de palabras salpicadas de eses, kas y equis, como es propio del dialecto shaw-nee. Al y todos los demás niños de Iglesia de Vigor solían imitar la jerga de los pieles rojas diciendo cosas como «boxy toksy skock woxity», y luego echaban a reír hasta que les dolían los costados. Pero la forma en que habló Ta-Kumsaw no tuvo nada de gracioso; en cuanto finalizó el discurso, los ataron nuevamente con correas y los arrastraron hacia el bosque. Y como los jirones que aún quedaban de sus calzoncillos se les enredaban en los matorrales, Ta-Kumsaw se acercó y los arrancó de un manotazo; sin más ayuda que sus dedos redujo la tela a hilachas, con el rostro descompuesto de furia.

Ni Al ni Mesura consideraron oportuno mencionar que estaban totalmente desnudos y que por todo atuendo llevaban una correa al cuello; no parecía buen

momento para quejarse.

No tenían ni idea de adonde pensaba conducirlos Ta-Kumsaw, y como no tenían la posibilidad de elegir, tampoco creyeron conveniente preguntarlo.

En toda su vida, Al y Mesura jamás habían corrido tanto ni tan deprisa. Hora tras hora, milla tras milla, sin llegar nunca a una velocidad desmesurada, pero sin detenerse tampoco. De ese modo, un piel roja podía ir más rápido que un blanco montado a caballo, a menos que éste hiciera galopar al animal sin darle ningún respiro, lo cual no era nada bueno para el caballo. Y, por otra parte, la bestia debía ir siempre por camino llano, mientras que los indios... los indios ni siquiera necesitaban camino.

Al no tardó en notar que la carrera por entre la espesura resultaba mucho más penosa para ellos que para los captores. El único sonido que oía eran sus propias pisadas y las de su hermano. Al corría a la cola, y podía ver lo que sucedía con Mesura. El indio que arrastraba a su hermano apartaba una rama con el cuerpo, y la rama cedía, pero en cuanto Mesura intentaba pasar, la rama le arañaba la piel y luego se partía. Los pieles rojas se posaban sobre raíces y zarcillos sin hacer ruido y sin que nada les desgarrara los pies; Al pisaba sobre el mismo lugar y tropezaba, pisaba en falso, la correa le tiraba del cuello, o el zarcillo se retorció bajo su pie desnudo. O alguna protuberancia de la raíz le lastimaba la piel. Al estaba bastante acostumbrado a andar descalzo, por ser niño; así, tenía las plantas de los pies encallecidas, hasta cierto punto. Pero Mesura ya llevaba unos cuantos años usando botas de adulto, y el pequeño pronto advirtió que su hermano sangraba.

Podía hacer algo: ayudar a que se le curasen los pies. Trató de abrirse camino por entre el cuerpo de Mesura tal como lo hacía con la piedra, el acero y la madera. Pero era difícil concentrarse entre los jadeos de la marcha. Y la carne viva era bastante complicada.

Pero Al no era de los que se daban por vencidos. No; buscó otra forma. Como correr lo distraía, dejó de pensar en la marcha. No miró el suelo, no trató de pisar donde lo hacía el indio que tenía delante, no trató de pensar. Así como se despabila una lámpara de aceite, como quien no quiere la cosa, dejó que sus ojos no se posaran en nada en particular, no pensó en nada en especial y se abandonó a su propio cuerpo, como un animal doméstico que hubiera sido puesto en libertad y pudiera elegir su propio rumbo.

No sabía que hacía exactamente lo mismo que los hidrománticos, que dejan salir su don a la deriva en busca de agua. Pero en realidad no era lo mismo, pues no había hidromántico en el mundo que hubiera intentado descubrir agua mientras corría con un lazo al cuello.

Ahora no tuvo la menor dificultad en introducirse en el cuerpo de Mesura, hallar los sitios llagados, os tajos sangrantes de sus pies, el dolor de los músculos, la

punzada en el costado. Le fue fácil curarle los pies, endurecérselos, encallecerlos. Al sintió que el cuerpo de su hermano se afanaba por respirar más hondo y más deprisa. Fue hasta sus pulmones y los despejó, los abrió en los sitios más profundos. Y así, cada vez que Mesura respiraba, aprovechaba cada bocanada de aire hasta el fin. Al ni siquiera comprendía lo que estaba haciendo, pero veía que daba resultado, pues el dolor y la extenuación desaparecieron y Mesura dejó de boquear en busca de aire.

Al regresar a su propio cuerpo, Alvin notó que durante todo el tiempo que había estado ayudando a Mesura no había pisado en falso sobre ninguna raíz, ni había sido lastimado por las ramas que apartaba el indio que corría delante de él. Pero ahora volvía a sufrir arañazos y pinchazos igual que antes. Pensó que así había sido todo aquel tiempo, sólo que no lo había notado porque no estaba prestando atención a su propia piel. Pero aun cuando decidió y casi creyó que de eso se trataba, vio también que el sonido del mundo había cambiado. En ese momento percibía únicamente el ruido del aliento y de pies blancos que pisoteaban la tierra o rozaban las hojas muertas. De vez en cuando, el trino de un ave, el zumbido de un insecto... Nada fuera de lo corriente.

Pero Al recordó, sin ninguna duda, que mientras estaba en el cuerpo de Mesura para sanarlo había podido oír algo más. Una especie de música..., de música verde. Vaya, si eso no tenía sentido... Cómo podía ser que la música tuviera color, qué locura. Al dejó de lado la idea y no pensó más en ello. Pero, aun así, le asaltaron deseos de volver a escucharla. De oírla, verla u olería. Sea como fuere, quiso volver a sentirla.

Y algo más: hasta el momento en que se abandonó para ir a socorrer a Mesura, su propio cuerpo no estaba respondiendo bien. En realidad, se encontraba casi exhausto.

Pero ahora ya estaba bien; el cuerpo le respondía, respiraba hondo, los brazos y las piernas eran capaces de seguir andando eternamente, y su marcha era firme como los árboles en su quietud. Tal vez al curar a Mesura también se hubiera sanado a sí mismo.

Pero no lo creyó, pues siempre sabía qué había hecho y qué no. En opinión de Al, su cuerpo se había repuesto debido a alguna otra cosa que formaba parte de la música, o bien causaba la música, o bien ambas eran causadas por lo mismo. Al menos eso imaginaba Alvin.

Como habían corrido tanto, Al y Mesura no tuvieron ocasión de conversar hasta la puesta del sol, cuando llegaron a una aldea india en el recodo de un río oscuro y profundo. Ta-Kumsaw los llevó al centro de la aldea y allí los dejó. El río corría al pie de la ladera que descendía ante ellos cubierta de hierba, a unos cien metros.

—No —repuso Al—. Y de todas formas, no sé nadar. Papá nunca me dejó acercarme al agua.

Entonces, los niños y las mujeres pieles rojas salieron de sus chozas de barro y

paja.

Señalaron a los dos blancos, se echaron a reír y comenzaron a arrojarles puñados de tierra. Al principio, Al y Mesura trataron de esquivarlos, pero eso los hizo reír más y se pusieron a correr hasta otros puntos para lanzar la tierra húmeda desde distintos ángulos, para que les diera en el rostro o en la entrepierna. Por fin, Mesura se sentó en el suelo, escondió el rostro entre las rodillas y dejó que le tiraran cuanto barro les viniera en gana.

Al hizo lo mismo. Finalmente, alguien profirió secamente unas palabras y el suplicio terminó. Alvin levantó la vista: Ta-Kumsaw se marchaba, y dos de sus guerreros salían a comprobar que nada volviera a ocurrir.

—En toda mi vida, jamás corrí tanto —aseguró Mesura.

—Lo mismo digo —comentó Al.

—Al principio creí que iba a morir, de tan cansado que estaba —dijo Mesura—. Pero después me vino el segundo aliento, no pensé que pudiera tener esa cualidad.

Al no abrió la boca.

—¿No tendrás que ver también con eso?

—Tal vez —dijo el niño.

—Ay, Alvin, nunca sé de lo que eres capaz...

—Yo tampoco —respondió, y era verdad.

—Cuando esa hacha cayó sobre mis dedos, pensé que era el fin de mis días de trabajo...

—Menos mal que no nos quisieron ahogar...

—Otra vez con el agua... —dijo Mesura—. Bueno, me alegro de que hayas empleado tu don, Alvin. Aunque podría haber dado mejor resultado si no hubieras hecho caer al jefe cuando nos pusimos a forcejear.

—¿Por qué no? No quería que te lastimara.

—No lo sabías, Al, de modo que no se te puede echar la culpa. Pero esa clase de pulso no se hace para lastimar a nadie. Es una especie de prueba de hombría y reflejos. Si me derrota pero yo he luchado limpio, gano su respeto. Y si lo derroto limpiamente, también gano su respeto. Soldado me lo contó. Se pasan la vida haciéndolo.

Alvin se quedó pensativo.

—¿Metí mucho la pata cuando lo hice caer?

—No lo sé. Depende de lo que crea que sucedió. Tal vez piense que Dios estaba de mi lado, o algo así...

—¿Creen en Dios?

—Tienen un Profeta, ¿o no? Como en la Biblia. De todas formas, espero que no crea que soy un cobarde, o un tramposo. En tal caso, triste fin he de tener...

—Bueno, les diré que fui yo —propuso Alvin.

—Ni lo sueñes —lo detuvo Mesura—. Lo único que nos salvó fue que no sabían que tú eras el culpable de que los cuchillos y las hachas se ablandaran, y de todo lo demás. Si supieran que has sido tú, Al, te abrirían la cabeza de un hachazo, te machacarían hasta acabar contigo y luego podrían hacer conmigo lo que quisieran. Lo único que nos salvó fue que no sabían que era obra tuya.

Luego hablaron de lo preocupados que debían de estar Ma y Pa. Ma estaría como loca, o tal vez su preocupación fuera tal que ni siquiera se hubiese enfadado con Pa. Y aun cuando los caballos no hubiesen llegado a casa, igualmente los estarían buscando, ya que no habían ido a cenar a la granja de los Peachees, y éstos en seguida habrían dado la voz de alarma.

—Deben de estar hablando de hacer la guerra contra los indios —dijo Mesura—. Eso tenlo por seguro. Viniendo de Cartago, hay muchos que ya odian a Ta-Kumsaw por haberlos despojado de su ganado a comienzos del año...

—Pero si Ta-Kumsaw nos salvó...

—O al menos eso parece. Pero fíjate que no nos ha llevado a casa, y ni siquiera nos preguntó dónde vivíamos. ¿Y cómo es que se apareció en ese mismo momento, si no tenía nada que ver con el asunto? No, Al. No sé qué está ocurriendo, pero Ta-Kumsaw no nos salvó, o si lo hizo fue por sus propias razones, y no creo que podamos confiar en que nos sirva de algo. Para empezar, no me gusta esto de estar desnudo en medio de una aldea de indios...

—A mí tampoco. Y tengo hambre...

Pero, al cabo de un rato, el mismo Ta-Kumsaw apareció con una escudilla de maíz triturado. Era casi curioso ver a ese indio alto, que se comportaba como un rey, trayendo un cuenco como una mujer piel roja. Pero, tras la primera sorpresa, Al notó que, hecho por Ta-Kumsaw, aun ese acto trivial parecía un gesto de nobleza.

Depositó la escudilla frente a Al y Mesura y luego tomó unas prendas de tela tejida por su tribu que llevaba alrededor del cuello.

—Vestirse —ordenó, y le dio una banda a cada uno. Ninguno de los dos sabía cómo ponerse un taparrabos, comenzando por el hecho de que Ta-Kumsaw tenía los cintos de ciervo con que se suponía debían sujetarlos. El jefe se echó a reír ante su embarazo e hizo poner de pie a Al. Él mismo vistió al niño, para que Mesura viera cómo se hacía. No eran ropas de cristiano, pero al menos era mejor que andar con el trasero al aire.

Luego, Ta-Kumsaw se sentó sobre la hierba, puso la escudilla entre él y los jóvenes y les enseñó a comer el amasijo: había que hundir la mano, extraer un poco de pulpa espesa y pegajosa y metérsela en la boca. Era tan insípida que Alvin estuvo a punto de vomitar. Mesura se dio cuenta, y le dijo:

—Come. —Y Alvin comió, y después de ingerir unos bocados, el estómago comenzó a pedirle más, aunque tuvo que persuadir a su garganta para que no

obstruyera el paso.

Cuando vaciaron el cuenco hasta el fondo, Ta-Kumsaw lo hizo a un lado. Se quedó contemplando a Mesura un buen rato.

—¿Cómo hacerme caer, cobarde blanco?

Al se disponía a responder, cuando Mesura intervino apresuradamente en voz alta.

—No soy ningún cobarde, jefe Ta-Kumsaw, y si peleamos ahora, será juego limpio y justo.

Ta-Kumsaw esbozó una sonrisa sombría.

—¿Para que tú hacerme caer delante de mujeres y niños mirando?

—Fui yo —dijo Alvin.

Ta-Kumsaw volvió la cabeza lentamente, sin que la sonrisa abandonara su rostro, aunque esta vez no fue tan sombría.

—Niño muy pequeño —dijo—. Niño muy inútil. ¿Poder aflojar la tierra bajo mis pies?

—Tengo un don —dijo Alvin—. Creí que pensaba hacerle daño a mi hermano.

—Yo ver hacha —insistió Ta-Kumsaw—. Huellas de dedos como éstos. —Agitó los dedos para dibujar el tipo de marca que habían dejado los dedos de Mesura sobre la hoja del hacha—. ¿Tú hacer esto?

—No es justo cortarle los dedos a un hombre...

Ta-Kumsaw se echó a reír.

—¡Muy bien! —Luego se acercó a él—. Los dones de hombres blancos hacer ruido, mucho ruido. Pero tú, lo que tú hacer ser tan silencioso que nadie oírlo.

Al no sabía de qué hablaba.

En el silencio, Mesura preguntó con toda sinceridad:

—¿Qué piensa hacer con nosotros, jefe Ta-Kumsaw?

—Mañana correr nuevamente.

—Bueno, ¿por qué no nos deja correr hacia casa? Ya debe de haber cientos de vecinos buscándonos, enloquecidos como avispas. Si no nos deja regresar a casa, habrá muchos problemas.

Ta-Kumsaw meneó la cabeza.

—Mi hermano querer a vosotros.

Mesura miró a Alvin, y luego nuevamente a Ta-Kumsaw.

—¿Se refiere usted al Profeta?

—Tenskwa-Tawa.

Mesura se sintió desfallecer.

—Quiere decir que después de haber estado construyendo su Ciudad del Profeta durante cuatro años sin que nadie le causara el menor problema, cuando blancos e indios nos llevábamos estupendamente, de pronto se pone a raptar blancos y a

torturarlos, ya...

Ta-Kumsaw dio una sola palmada, con todas sus fuerzas. Mesura se calló.

—¡Chok-taw raptar! ¡Chok-taw tratar de matar a vosotros! Mi pueblo no matar salvo para defender nuestras tierras y familias de los asesinos y ladrones blancos. Y el pueblo de Tenskwa-Tawa no matar nunca.

Esa fue la primera vez que Al oyó hablar de una separación entre el pueblo de Ta-Kumsaw y el del Profeta.

—Entonces, ¿cómo sabía dónde estábamos? —quiso saber Mesura—. ¿Cómo sabía dónde encontrarnos?

—Tenskwa-Tawa ver a vosotros —dijo Ta-Kumsaw—. Decirme que fuera de prisa a salvar a jóvenes blancos. A salvar de los chok-taw. Llevar a Mizogan.

Mesura conocía más los mapas de Soldado de Dios que el pequeño Alvin, y reconoció el nombre.

—Ése es el gran lago donde queda Fuerte Chicago...

—No ir a Fuerte Chicago —corrigió Ta-Kumsaw—. Ir a sitio sagrado.

—¿A la iglesia? —preguntó Alvin.

Ta-Kumsaw se echó a reír.

—Vosotros, hombres blancos, hacer lugar sagrado y levantar paredes para que la tierra no poder entrar. Vuestro Dios no ser nada, no ser ningún lugar. Por eso construir iglesia sin nada vivo dentro, iglesia que poder estar en cualquier parte, no tener importancia.

Nada, en ningún lugar..

—Bueno, pero entonces, ¿qué hace que un sitio sea sagrado? —se interesó Alvin.

—Allí, el hombre piel roja hablar con la tierra, y allí la tierra responder. —Ta-Kumsaw sonrió—. Ahora dormir. Partir aún oscuro.

—Hoy hará un frío impresionante... —dijo Mesura.

—Mujeres traer mantas. Guerreros no necesitarlas. Ser verano. —Ta-Kumsaw se alejó unos pasos y luego se volvió hacia Alvin—. Weaw-Moxiky correr detrás de tú, niño blanco, y él haber visto lo que tú hacer. No intentar ocultar secreto a Tenskwa-Tawa. Él saber cuando tú mentir. —Y entonces el jefe se marchó.

—¿De qué habla? —preguntó Mesura.

—Ojalá lo supiera —repuso Al—. Me será difícil decir la verdad, si no sé qué es la verdad.

Las mantas no tardaron en llegar. Al se apretujó contra su hermano, más por miedo que por el frío. Y se pusieron a conversar en susurros, tratando de adivinar lo que estaba sucediendo. Si Ta-Kumsaw no tenía nada que ver con esto, ¿por qué razón habían grabado su nombre y el del Profeta sobre las monturas? Y aunque se tratase de una encerrona, sería un verdadero problema que Ta-Kumsaw finalmente apareciera con los cautivos, y que luego se los llevara al lago Mizogan en vez de devolverlos a

su hogar.

Habría que dar explicaciones, hablar largo y tendido para que el asunto no terminara en una guerra sangrienta.

Por fin, se quedaron callados, rotos de cansancio, doloridos hasta los huesos de tanto correr, por no hablar del trabajo que les había costado mover el árbol caído y del indecible terror que habían sentido cuando los chok-taw empezaron a torturarlos. Mesura se puso a roncar suavemente. Y Alvin se encontró otra vez a la deriva, dejándose llevar. Justo al borde del sueño, oyó nuevamente la música verde, o la vio, o lo que fuera, supo que estaba allí. Pero antes de que pudiera oírla bien, se quedó dormido. Se hundió en el sueño y durmió plácidamente, bajo la brisa nocturna que traía el frescor del río, con la manta y el calor del cuerpo de Mesura que lo abrigaba, con los ruidos de los animales, los llantos de algún crío hambriento que salían de alguna choza cercana... Todo formaba parte de la música verde que fluía por los caminos de su mente.

AMIGOS DE LOS INDIOS

Habría unos treinta hombres blancos reunidos en el claro; sus rostros, sombríos y furiosos, cansados de tanto andar por el bosque. La pista era fácil de seguir, pero parecía como si las ramas los retuvieran, como si las raíces los hicieran tropezar; el bosque nunca había sido amable con el hombre blanco. Habían perdido una hora entera cuando la pista los condujo hasta un arroyo, tuvieron que subir y bajar la corriente para ver por dónde habían sacado a los jóvenes del agua para seguir nuevamente por tierra. El viejo Alvin Miller casi enloqueció al ver que los habían hecho atravesar las aguas. Calma tuvo que emplear diez minutos para serenarlo. El hombre estaba enfermo de terror.

—No debí dejarlos marchar. Nunca debí dejarlos ir —se repetía una y otra vez.

Y Calma respondía:

—Podía haber pasado de todos modos, ¿verdad? No te culpes, los encontraremos igual, todavía están con vida, andando, ¿sí o no? —Y lo mismo decían todos, pero era la voz de Calma la que serenaba a su padre. En opinión de algunos, era su don: su madre lo había bautizado con el nombre de lo que mejor sabía hacer.

Ahora se encontraban en el descampado y las huellas se alejaban en cinco direcciones distintas, y todas ellas se desvanecían al cabo de unos pocos pasos. Hallaron los calzoncillos hechos jirones en una de las sendas que apuntaba al nordeste. Nadie creyó conveniente mostrárselos a Alvin Miller, de modo que cuando llegó hasta allí —puesto que en aquel momento cubría la retaguardia, al lado de Calma— la ropa había desaparecido de la vista.

—Nunca podremos rastrearlos a partir de aquí —dijo Soldado de Dios—. Los chicos ya no dejan huella, si os fijáis, aunque eso no significa nada, señor Miller, de modo que no se inquiete. —Soldado de Dios llamaba «señor Miller» a su suegro desde que éste lo había echado de su casa de un puntapié. Eso había ocurrido el día en que Soldado fue a decirles que Al Júnior estaba a punto de morir porque la familia cometía el pecado de emplear conjuros y hechizos. No parecía bien llamar «Pa» a un hombre que lo había puesto a uno de patitas en la calle—. Tal vez los lleven a cuestras, o vayan detrás de ellos para borrar sus huellas. Todos sabemos que si un piel roja se propone no dejar rastro, no lo deja...

—Todos conocemos a los pieles rojas —dijo Al Miller—. Y sabemos bien qué hacen con los niños blancos cuando los...

—Hasta ahora lo único que sabemos es que están tratando de asustarnos —lo interrumpió Soldado.

—Hasta ahora han hecho un buen trabajo —dijo uno de los suecos—. Nos asustó tanto que casi nos mata, a mí y a mi familia.

—Además, todos sabemos que Soldado de Dios es amigo de los indios —Soldado

se volvió, tratando de ver quién había dicho aquello.

—Si por amigo de los indios queréis decir que los considero seres humanos igual que nosotros, tenéis razón. Pero si pensáis que los aprecio más que a los blancos, será mejor que os arméis de coraje y os atreváis a decírmelo a la cara, para que pueda estampároslo contra el tronco más cercano.

—No es necesario que empecéis a discutir —terció el reverendo Thrower, jadeando. No; este Thrower no era aficionado al ejercicio físico, y apenas conseguía seguir el paso de los demás—. El Señor ama a todos sus hijos, aun a los salvajes. Soldado de Dios es un buen cristiano. Pero todos sabemos que si se trata de una lucha entre cristianos y salvajes, él estará del lado de la rectitud.

La muchedumbre murmuró su aprobación. Después de todo, Soldado les agradaba; a casi todos les había prestado dinero o concedido créditos en su tienda, y jamás había presionado para cobrar lo que le debían. Muchos de ellos no habrían podido subsistir durante sus primeros años en la región del Wobbish de no haber sido por él. Pero agradecidos o no, todos sabían también que trataba a los indios casi como blancos, lo cual en esa época alimentaba no pocas sospechas.

—Ya se trata de una lucha —dijo uno de ellos—. No tenemos por qué ir detrás de estos indios. Tenemos sus nombres grabados en las monturas.

—¡Aguardad un momento! ¡Un momento! —exclamó Soldado de Dios—. Pensad un poco.

Durante todo este tiempo, Ciudad del Profeta ha estado creciendo al otro lado del Wobbish, frente a nuestro pueblo, sin que nunca ningún indio nos robara nada. ¿Acaso alguno de ellos azotó a vuestros hijos? ¿Se llevó un cerdo? ¿Hizo algo malo a alguien?

—Creo que raptar a los hijos de Miller ya es suficiente —adujo otro.

—¡Hablo de los indios de Ciudad del Profeta! Sabéis que jamás han hecho nada malo.

¡Lo sabéis bien! Y también sabéis por qué. Porque el Profeta les dice que vivan en paz, que permanezcan en su propia tierra y que no hagan daño al hombre blanco.

—No es lo que dice Ta-Kumsaw.

—Bueno. En caso de que hayan cometido algún crimen terrible contra los blancos —cosa que dudo—, ¿alguno de vosotros piensa que Ta-Kumsaw o Tenskwa-Tawa serían tan imbéciles como para firmar con sus nombres?

—¡Se jactan de matar gente blanca!

—Si fueran tan listos, serían blancos, no indios...

—¿Veis a qué me refiero con eso de amigo de los indios?

Soldado de Dios conocía a esa gente y sabía que la mayoría estaba de su lado. Incluso quienes rezongaban no se marcharían por su cuenta en un acto de osadía; se sentarían hasta que todo el grupo decidiera qué camino tomar. Así pues, dejó que lo

llamaran amigo de los indios. De acuerdo, cuando uno tiene miedo y está fuera de sus casillas dice cosas de las que luego se arrepiente. Cualquier cosa, con tal de que aguardaran. Que no se apresuraran a declarar la guerra a los pieles rojas...

Pues Soldado de Dios tenía sus sospechas acerca de todo esto. Era demasiado fácil la forma en que habían enviado los caballos de regreso con los nombres grabados en las sillas de montar. No era el modo en que los indios hacían las cosas, ni siquiera los más terribles, esos que te matan con la mirada. Soldado sabía lo suficiente sobre pieles rojas para saber que sólo torturaban a un hombre cuando querían darle la oportunidad de que demostrara su valor, pero no para aterrorizar a la gente. (O al menos, la mayoría de los pieles rojas... Se oían ciertas historias acerca de los irakwa antes de que se civilizaran...) Quienquiera que fuera el responsable de todo esto, no se comportaba como un auténtico indio. Soldado estaba casi convencido de que era un trabajo por encargo. Los franceses de Detroit habían estado tratando de provocar una guerra entre pieles rojas y colonos americanos durante años. Podría tratarse de ellos... O bien de Bill Harrison. Ah, sí, bien podría haber sido él, agazapado como una araña allí en su fuerte a orillas del Hio.

Soldado se inclinaba por esta posibilidad. Desde luego, no pensaba decirlo en voz alta, pues los demás pensarían que estaba celoso de Harrison, lo cual era verdad: estaba celoso. Pero también sabía que Harrison era un hombre perverso, que haría cualquier cosa con tal de alcanzar sus fines. Incluso encargar a los indios que mataran niños blancos cerca de Ciudad del Profeta. Después de todo, había sido Tenskwa-Tawa quien alejó a la mayoría de los pieles rojas del fortín de Harrison para que dejaran el whisky y se asentaran en Ciudad del Profeta. Y Ta-Kumsaw era responsable de que casi todos los colonos blancos hubieran huido de las tierras de Harrison. Soldado pensaba que Harrison debía estar detrás de todo esto. Era mucho más probable que pensar en los franceses.

Pero no podía decir una sola palabra porque no tenía pruebas. Debía esforzarse por hacer que se mantuviera la calma hasta que apareciera alguna evidencia.

Y tal vez eso sucediera. Con ellos estaba Tack Sweeper, que había hecho todo el trayecto sudando como el que más, sin decir ni una palabra. Había que ver lo resistente que demostraba ser, para ser un hombre cuyos pulmones sonaban como arpa vieja cada vez que tomaba aire. Tack Sweeper tenía un don que, como él mismo decía, no era del todo fiable. Pero a veces daba un resultado sorprendente. Se detenía un momento en cualquier sitio con los ojos cerrados y veía lo que había sucedido en el pasado. Visiones fugaces, algún que otro rostro... Como aquella vez que temían que Jan de Vries se hubiera suicidado o que lo hubieran matado. Tack vio que había sido un accidente, que la escopeta se le había disparado en pleno rostro, y pudieron enterrarlo tranquilos en el cementerio de la iglesia sin tener que preocuparse de buscar al asesino.

Por eso esperaban que Tack pudiera decirles qué había ocurrido en el descampado.

Los hizo apartarse hasta el límite de la formación boscosa para que no lo perturbaran.

Luego caminó por el medio, con los ojos cerrados, lentamente.

—Oíd, amigos, no debisteis haberos enfurecido tanto aquí —dijo al cabo de un rato—. Lo único que puedo ver es vuestros rostros riñendo... —Los demás rieron incómodos.

Tendrían que haberse dado cuenta de que no se pueden mezclar los recuerdos de un lugar antes de que actúe Tack. Nada bueno. Veo rostros de indios. Cuchillos, toda clase de cuchillos contra la piel. Un hacha que cae. Al Miller gimió.

—Pasaron tantas cosas que está todo mezclado —dijo Tack—. No veo muy claro. No, no...

Veo un hombre. Un indio. Conozco su rostro, lo he visto... Está allí de pie, más quieto que un muerto. Conozco ese rostro...

—¿Quién es? —preguntó Soldado de Dios. Pero lo sabía. Sintió que el miedo le corría por la espina dorsal. Lo sabía.

—Ta-Kumsaw —respondió Tack. Abrió los ojos y miró a Soldado casi como pidiendo disculpas —Tampoco yo lo habría creído, Soldado. Siempre pensé que Ta-Kumsaw era el hombre más valiente que he conocido. Pero estuvo aquí, y estuvo al frente de todo. Lo veo plantado aquí, diciendo a los demás lo que tienen que hacer. Estuvo aquí mismo. Lo veo bien claro porque ninguna otra persona estuvo en el mismo lugar tanto tiempo. Y estaba furioso. No hay posibilidad de error...

Soldado le creyó. Todos le creyeron. Sabían que Tack era un hombre honrado, y que si se declaraba seguro de algo era porque lo estaba. Pero tenía que haber alguna razón.

—Acaso él vino y los salvó. ¿No se os había ocurrido? Tal vez vino e impidió que alguna pandilla de indios los...

—¡Amigo de los indios! —gritó alguien.

—¡Conocéis a Ta-Kumsaw! No es ningún cobarde, y raptar muchachos es una cobardía.

¡Conocéis a ese hombre!

—Nadie conoce nunca a ningún indio...

—¡Ta-Kumsaw no los secuestró! —insistió Soldado—. ¡Lo sé!

Entonces todos guardaron silencio, porque Alvin Miller se acercaba abriéndose paso hasta donde se encontraba Soldado de Dios. Se detuvo frente a su yerno, con una expresión terrorífica que bordeaba la locura.

—Tú no sabes nada, Soldado de Dios Weaver. Eres la bazofia más inútil que flota en los orinales. Primero te casaste con mi hija y no le permitiste hacer más conjuros

porque creías como un palurdo que eran obra del diablo. Luego dejaste que todos esos indios se pasearan por aquí cada vez que les venía en gana. Y cuando pensamos en levantar una empalizada dijiste que no, que si levantábamos una empalizada, los franceses tendrán algo que atacar e incendiar. Seamos amigos de los indios y nos dejarán en paz, comerciemos con los indios. ¡Y mirad adonde hemos llegado! ¡Mira lo que has hecho por nosotros! ¡Estamos tan contentos de haberte escuchado que no puedes ni imaginarlo! No creo que seas ningún amigo de los indios, Soldado de Dios. Creo que eres el imbécil más grande que haya pisado estas tierras del oeste, y los únicos que podrían superar tu estupidez seríamos nosotros si te escucháramos un solo minuto más...

Entonces se volvió hacia los demás, que lo miraban con respeto, como si estuvieran ante su majestad por primera vez en la vida.

—Hace diez años que estamos haciendo las cosas como dice Soldado. Pero ya estoy harto. Perdí un hijo en el río Hatrack cuando venía hacia aquí, y este lugar lleva su nombre. Ahora he perdido otros dos hijos. Sólo me quedan cinco varones, pero juro que les pondré armas en las manos y los plantaré en medio de Ciudad del Profeta y nos pondremos a enviar indios al infierno a tiros, aunque eso signifique la muerte para nosotros. ¿Me habéis oído?

Y lo oyeron, vaya si lo oyeron. Y le respondieron. Eran las palabras que ansiaban escuchar: palabras de odio, furia y venganza, y nadie mejor para pronunciarlas que Alvin Miller, quien solía ser un hombre pacífico que jamás discutía con nadie. Y sus palabras tuvieron más fuerza porque era el padre de los dos jóvenes desaparecidos.

—En mi opinión —continuó Al Miller—, Bill Harrison tenía razón desde el principio. No hay forma de que los indios puedan compartir esta tierra con los blancos. Y os diré algo más: no seré yo quien se largue. Ya he derramado mucha sangre aquí para hacer ahora las maletas y marcharme. Me quedaré en esta tierra, o debajo de ella.

—También yo —gritaron los demás—. Es cierto, Alvin Miller. Nos quedaremos.

—Gracias a Soldado de Dios, aquí presente, no tenemos destacamento del ejército ni empalizada más cerca que Ciudad Cartago. Si luchamos ahora lo perderemos todo y a todos. Resistamos a los indios lo mejor que podamos y pidamos ayuda. Que un grupo de hombres vaya a Ciudad Cartago y suplique a Bill Harrison que nos mande un ejército, y si puede, su cañón. He perdido a mis dos hijos, y me daré por vengado aunque caigan mil de ellos por cada uno de los míos.

Y una docena de hombres partió hacia el sur a primera hora de la mañana. Se marcharon del ejido, que estaba atestado de carretas a medida que más y más familias llegaban de las granjas lejanas para alojarse en casa de parientes y conocidos. Pero Al Miller no los vio partir. Sus palabras del día anterior habían puesto en marcha a los demás, pero no conseguirían de él más órdenes que ésa. No deseaba estar al frente.

Lo único que quería era que sus hijos regresaran.

En la iglesia, Soldado de Dios ocupaba el primer banco de la fila, abatido.

—Estamos cometiendo un gravísimo error —dijo al reverendo Thrower.

—Eso es lo que hacen los hombres —repuso el ministro— cuando toman decisiones sin la ayuda del Señor.

—No fue Ta-Kumsaw, lo sé. Ni tampoco el Profeta.

—No es ningún Profeta —dijo Thrower—. Al menos, no lo es de Dios.

—Tampoco es ningún asesino. Puede ser que Tack esté en lo cierto, y que Ta-Kumsaw tenga alguna relación con este suceso. Pero si hay algo que sé es que Ta-Kumsaw no es de los que asesinan. Cuando era pequeño, durante la guerra del general Wayne, hubo una pandilla de indios, creo que chippy-wa, que se dispusieron a quemar vivos a un grupo de cautivos, como solían hacer por aquel entonces. Y en eso se presentó Ta-Kumsaw, él solo, y consiguió detenerlos. Y era joven. Queremos que el hombre blanco nos respete, que nos trate como a una nación, les dijo. El hombre blanco no nos respetará si nos comportamos así. Tenemos que ser civilizados. Nada de cabelleras, ni torturas, ni quemas ni cautivos muertos. Eso les dijo. Y desde entonces se ha mantenido en esa posición. Mata en la lucha, sí, pero en las rebeliones que desató por el sur no mató una sola alma, ¿lo comprende? Si Ta-Kumsaw los tiene consigo, están tan a salvo como si su madre los estuviera acunando en su propio hogar.

Thrower suspiró.

—Supongo que usted conoce a estos indios mejor que yo...

—Los conozco mejor que nadie. —Soldado rió amargamente—. Y por eso me llaman amigo de los indios y no escuchan una sola palabra de lo que digo. Y ahora van a buscar a ese tirano traficante de licor de Ciudad Cartago para que venga a tomar las riendas de la situación. Será un héroe, haga lo que haga. Y luego, lo harán gobernador, sin duda alguna. Caray, probablemente hasta lo elijan presidente, si el Wobbish llega a unirse a los Estados Unidos...

—No conozco a ese Harrison. No puede ser tan diabólico como usted lo pinta...

Soldado se echó a reír.

—A veces, reverendo, pienso que usted es tan cándido como un niño.

—Es lo que el Señor nos ha pedido que fuésemos. Tenga paciencia, Soldado. Las cosas se harán como disponga el Señor.

Soldado hundió el rostro entre las manos.

—Eso espero, reverendo. Eso espero. Pero no puedo dejar de pensar en Mesura, un hombre de los mejores que pueda encontrarse, y en ese niño, Alvin, de rostro tan dulce y tan querido por su padre...

La expresión de Thrower se oscureció.

—Alvin Júnior —musitó—. ¿Quién habría imaginado que el Señor haría su labor

valiéndose de las manos de los salvajes?

—¿De qué habla? —preguntó Soldado.

—De nada, Soldado. De nada. Sólo que tal vez esto sea exactamente lo que ha planeado el Señor.

En casa de los Miller, en la cima de la colina, Alvin seguía sentado a la mesa del desayuno. La noche anterior no había podido comer, y esa mañana el desayuno le había dado arcadas. Fe retiró los platos; se colocó a sus espaldas para masajearle los hombros.

Ni una sola vez le reprochó «te dije que no los dejaras partir». Pero ambos lo sabían. Se interponía entre ellos como una espada suspendida en el aire, y ninguno de los dos se atrevía a acercarse al otro por temor a que cayera.

El silencio se quebró cuando entró Previsión con un rifle al hombro. Lo dejó junto a la puerta, se sentó a horcajadas sobre una silla y miró a sus padres.

—Se han ido a buscar el ejército.

Para su sorpresa, Pa bajó la cabeza y la hundió entre los brazos cruzados, sobre la mesa.

Mamá lo miró con el rostro desfigurado por la aflicción y el dolor.

—¿Desde cuándo sabes usar esa cosa?

—Moderación y yo hemos estado practicando...

—¿Y piensas matar indios con él?

Previsión no esperaba el desprecio que había en su voz.

—Espero que sí —repuso.

—Y cuando todos los indios hayan muerto, y apiléis todos los cuerpos, ¿acaso Alvin y Mesura saldrán de en medio de la pila y volverán a casa?

Previsión sacudió la cabeza.

—Ayer por la noche un indio llegó a su casa orgulloso porque había matado unos niños blancos. —Se le quebró la voz al hablar pero siguió a pesar de todo, pues Fe Miller jamás dejaba de decir algo cuando debía—. Y tal vez su esposa o su madre lo felicitaron y lo besaron, y le dieron de comer. Pero nunca cruces esa puerta para decirme que has matado a un piel roja. Porque, niño, no conseguirás un beso ni una frase de elogio ni nada que comer. Ni una sola palabra, ni un hogar al cual regresar, ni una madre que te reciba.

¿Me has oído?

Había oído, claro que sí, y no le gustó nada. Se puso en pie, fue hasta la puerta y cogió el arma.

—Piensa lo que quieras, Mamá —dijo—, pero esto es una guerra, y yo voy a matar indios, y volveré a casa y estaré todo lo orgulloso que pueda estar. Y si eso significa que ya no querrás ser mi madre, pues puedes dejar de serlo desde este mismo instante, no hace falta que esperes a que regrese. —Abrió la puerta, pero se

detuvo antes de dar un portazo—. Alégrate, Mamá. Tal vez ni siquiera regrese.

Jamás en su vida había hablado de ese modo a su madre, y no estaba muy seguro de que le hubiese gustado. Pero tenía que estar loca para no darse cuenta de que estaban en guerra; de que los indios habían levantado la veda de hombres blancos y ellos no tenían posibilidades de elegir.

Pero lo que más le molestó, mientras se subía a caballo y marchaba hacia la granja de David, fue sospechar —pues no estaba del todo seguro— que su padre lloraba. Era el colmo.

Ayer Papá estaba de lo mas furioso contra los pieles rojas, y hoy Mamá hablaba de no luchar, y Papá se limitaba a permanecer sentado y llorar. Quizá Papá estuviera así porque se iba haciendo viejo. Tal vez Papá y Mamá no quisieran matar a los que se habían llevado a sus hijos... pero Previsión sabía lo que él haría con los que se habían llevado a sus hermanos. Su sangre era su sangre, y quienquiera que la hubiese derramado tendría que pagara con la suya: un galón por cada gota.

LAGO MIZOGAN

En toda su vida, Alvin jamás había visto tanta agua reunida. Se detuvo en lo alto de una duna, contemplando el lago. Mesura estaba a su lado, una mano posada sobre el hombro del pequeño.

—Papá me dijo que te mantuviera apartado de las aguas —comentó—, y mira dónde te he traído.

El viento tibio soplaba con dureza, a veces en ráfagas, a veces disparando arenilla como diminutos látigos.

—También te han traído a ti —dijo Al,

—Mira, se acerca una tormenta de aupa.

Al sureste se agolpaban torvas y negras nubes. No parecían anunciar lluvias de verano. Un relámpago iluminó el rostro de los cúmulos, y mucho después llegó el sonido del trueno, amortiguado por la distancia. Mientras Alvin observaba, sintió de pronto que podía ver mucho más que antes, mucho más lejos: alcanzó a vislumbrar cómo se retorcían y agitaban las nubes, sintió el aire helado que bajaba y el aire caliente que se abría paso velozmente hacia arriba, revolviéndose en un vasto círculo sobre el cielo.

—Un tornado —dijo Al—. Esa tormenta trae un tornado...

—No lo veo —replicó Mesura.

—Pero viene. Mira cómo se arremolina el aire por allí. Mira eso.

—Te creo, Al. Pero no parece haber ningún sitio donde guarnecerse por estos lares.

—Observa a esa gente —prosiguió Alvin—. Si nos sorprende aquí...

—¿Desde cuándo eres capaz de predecir el tiempo? —preguntó Mesura—. Nunca lo habías hecho antes.

Al no sabía qué responder. Nunca había sentido una tormenta dentro de sí. Era como la música verde que había escuchado la otra noche. Desde que estaba cautivo de los pieles rojas, le sucedía toda clase de cosas extrañas. Pero no podía perder un minuto más tratando de pensar cómo lo sabía. Saberlo ya era suficiente.

—Debo alertar a los demás.

Alvin se alejó de la duna deslizándose; cada paso era como despegar de la ladera, aterrizar sobre un pie y volver a despegar. Nunca había bajado una pendiente a tal velocidad. Mesura lo persiguió, gritando:

—Nos han dicho que nos quedemos aquí hasta que... —Una ráfaga de viento ahogó sus palabras. Ahora que ya no estaban sobre la loma, la arena resultaba todavía más insoportable. El viento levantaba grandes nubes de partículas de las dunas, y las hacía girar por los aires antes de dejarlas caer. Al debía cerrar los ojos, protegérselos con una mano, volver la espalda al viento, lo que fuera con tal de impedir que la

arena lo cegara mientras corría hacia el grupo de pieles rojas que conversaban junto a la orilla del lago.

Ta-Kumsaw era fácil de divisar, y no sólo por su altura. Los demás indios se mantenían a cierta distancia, como si fuera un rey. Al fue derecho hacia él.

—Viene un tornado —gritó—. Esa nube trae tornados...

Ta-Kumsaw inclinó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas; el viento rugía con tanta fuerza que Alvin apenas oyó su risa. Entonces Ta-Kumsaw tendió la mano por encima de la cabeza de Alvin para tocar el hombro de otro indio que estaba con él.

—¡Este es el niño! —gritó Ta-Kumsaw.

Al miró al hombre que había tocado Ta-Kumsaw. No tenía el porte de un rey, a diferencia del otro. Era algo encorvado y le faltaba un ojo; el párpado pendía flácido sobre un hueco. Su aspecto era enjuto, sus brazos eran delgados, más que musculosos, y las piernas, escuálidas. Pero al mirarlo a los ojos, Al supo quién era. No podía haber error.

El viento amainó por un instante.

—Hombre Refulgente —dijo Al.

—Niño de las cucarachas —dijo Tenskwa-Tawa, Lolla-Wossiky, el Profeta.

—Eres real —musitó Alvin.

Ni un sueño, ni una visión. Era un hombre real quien había estado a los pies de su cama, desapareciendo y volviendo a aparecer, con el rostro resplandeciente como la luz del sol. Tanto, que mirarlo hería la vista. Pero era el mismo hombre.

—¡No te curé! —dijo Al—. Lo siento...

—Sí curarme —repuso el Profeta.

Entonces Al recordó por qué había echado a correr por la duna e interrumpido una conversación entre los dos indios más importantes del mundo entero, entre esos hermanos cuyos nombres conocían todos los hombres, mujeres y niños blancos al oeste de los montes Apalaches.

—¡Tornados! —gritó.

Como corroborando sus palabras, el viento volvió a arremolinarse, esta vez aullando. Al giró, y lo que había visto y sentido se hacía realidad.

Se estaban formando cuatro remolinos que colgaban de las nubes como serpientes de los árboles y se deslizaban hacia la tierra, con las cabezas dispuestas a atacar. Los cuatro se dirigían a ellos, pero aún no tocaban el suelo.

—¡Ahora! —exclamó el Profeta. Ta-Kumsaw tendió a su hermano una flecha con punta de pedernal. El Profeta se sentó en la arena y hundió la punta de la flecha en la planta de su pie izquierdo, y luego en la del derecho. La sangre empezó a manar copiosamente de las heridas. Después hizo lo mismo con sus manos; la punta de flecha se hundió tan profundamente en sus palmas que salió por el dorso.

Casi sin pensarlo, Al gritó y comenzó a proyectar su mente hacia el cuerpo del profeta, para sanar las heridas.

—¡No! —El Profeta lo detuvo de un grito—. ¡Éste es el poder del piel roja... la sangre de su cuerpo... el fuego de la tierra!

Entonces se volvió y echó a andar hacia el lago Mizogan.

No. No hacia el lago, sino sobre el lago. Alvin casi no podía creerlo, pero, bajo los pies sangrientos del Profeta, el agua se tornaba lisa y plana como el cristal para que Tenskwa-Tawa se posara sobre ella. La sangre ardiente y púrpura formaba sobre la superficie una densa mancha carmesí. Unos metros más allá, las aguas se agitaban impetuosamente por la acción del viento, lanzaban olas hacia la zona en calma donde se erguía el indio, y al llegar allí se serenaban, se aquietaban y se volvían planas.

El Profeta siguió andando, internándose en el lago. Sus pisadas sangrientas abrían un sendero llano entre la tormenta.

Al observó los tornados. Estaban cerca; casi sobre sus cabezas. Alvin los sentía retorcerse dentro de sí, como si él mismo fuera parte de las nubes, y ellos, las emociones poderosas y salvajes de su propia alma.

Sobre las aguas, el Profeta levantó las manos y señaló uno de los remolinos. Casi al instante, los otros tres ascendieron, fueron succionados por las nubes y desaparecieron.

Pero el restante se aproximó hasta situarse directamente sobre el Profeta, tal vez a unos treinta metros por encima de su cabeza. Estaba lo suficientemente cerca para que las olas comenzaran a levantarse alrededor del cristalino sendero del Profeta, como si quisieran elevarse hacia las nubes; el agua empezó también a trazar círculos, y a dar vueltas y vueltas con el viento bajo el remolino.

—Ven —gritó el Profeta.

Alvin no pudo oírlo, pero vio sus ojos —incluso desde tan lejos—, vio el movimiento de sus labios y supo lo que quería el Profeta. Alvin no vaciló. Dio un paso hacia las aguas.

Pero, por supuesto, su hermano fue tras él; en cuanto el pequeño posó los pies sobre el sendero tibio y pulido de cristal, Mesura profirió un grito y se precipitó hacia Alvin. Pero antes de que llegara a ponerle la mano encima, los indios lo agarraron y lo hicieron retroceder. Gritó a Alvin que regresara, que no se marchara, que no se metiera en el agua...

Alvin lo oyó; su terror no podía ser mayor. Pero el Hombre Refulgente lo estaba esperando bajo la boca del tornado, de pie sobre las aguas. En su interior, Al sintió un anhelo inusitado, como Moisés cuando vio la zarza ardiente. «Debo detenerme y ver qué es esto», dijo Moisés, y eso mismo dijo Alvin: «Debo ir a ver qué es esto.» Pues no era la clase de cosas que sucedían en el mundo natural, ésa era la verdad. Jamás había oído hablar de ningún conjuro, brujería o sortilegio que convocara a un tornado

y convirtiera un lago tormentoso en cristal. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo aquel indio, era lo más importante que Al había visto en toda su vida y probablemente que viese jamás. Y el Profeta lo amaba. De eso, a Al no le cabía la menor duda. El Hombre Refulgente había estado una vez a los pies de su cama y le había enseñado. Al recordó que entonces también se había hecho un corte. Para hacer lo que fuese, debía emplear su sangre y su dolor. En eso había una verdadera grandeza. En tales circunstancias, no podía culparse a Al por dejar que semejante veneración lo llevara a internarse en las aguas.

Detrás de él, el sendero se disolvía, se aflojaba, desaparecía. Notó que las olas le lamían los talones. Sintió miedo, pero supo que nada malo le sucedería mientras siguiera avanzando hacia adelante. Por fin, llegó hasta donde se encontraba el Profeta, quien lo tomó en sus manos.

—¡Ven conmigo! —gritó el Profeta—. ¡Asómate al ojo de la tierra y mira!

Entonces, el tornado se hundió velozmente; el agua creció como una muralla a su alrededor. Se hallaban en el centro mismo del torbellino, que los succionaba hacia arriba.

Hasta que el Profeta extendió su mano sangrienta y tocó la pared. El agua se volvió lisa y sólida como el cristal. No, no como el cristal: era pura y límpida como una gota de rocío sobre una tela de araña. Ya no se oía la tempestad. Sólo existían Al y el Hombre Refulgente, en medio de una torre de cristal brillante y transparente.

Pero no era como una ventana, que deja ver el exterior, ya que Al no podía contemplar el lago ni la tormenta a través de sus paredes. En cambio, vio otras cosas.

Vio una carretera atrapada en un río desbordante, un árbol arrastrado por las aguas como si fuera un ariete, un joven que se abalanzaba contra el tronco y lo hacía rodar para desviarlo de la carretera. Y luego, el hombre que se enredaba entre las raíces, se estrellaba contra un peñasco y quedaba a merced de la corriente, luchando por seguir viviendo, por respirar un poco más, por seguir respirando...

Vio una mujer que daba a luz una criatura, y cerca de ella, una pequeña que le tocaba el vientre. La niña gritaba algo, la comadrona extendía los brazos y tiraba de la cabeza del bebé para extraerlo. La madre se desgarraba y sangraba. La niña se metía por debajo y retiraba algo del rostro del recién nacido, y éste echaba a llorar. El hombre que se debatía entre las aguas oía el grito, sabía que había vivido lo suficiente, y entonces moría.

Al no sabía cómo interpretar aquella visión. Hasta que el Profeta susurró en su oído:

—Lo primero que uno ve aquí es el día de su nacimiento.

El recién nacido era Al Júnior; el hombre que había muerto era su hermano Vigor.

¿Quién era aquella niña que le había retirado la membrana fetal del rostro? Era la primera vez que la veía.

—Te lo mostraré —dijo el Profeta—. Esto sólo dura un rato y yo tengo que ver cosas mías, pero te mostraré. —Tomó a Alvin de la mano y juntos ascendieron por la columna de cristal.

No era la sensación del vuelo; no había arriba ni abajo. El Profeta lo hacía ascender, pero Al no lograba comprender cómo conseguía subir el indio. Qué importaba. Había tanto por ver... Allí, suspendido en el aire, podía contemplar cosas nuevas en todas direcciones a través de la pared. Entonces advirtió que desde allí podía vislumbrarse cada momento de la existencia, y cada vida humana. ¿Cómo orientarse en un sitio semejante?

¿Cómo buscar una historia determinada entre cientos, miles, millones de momentos del pasado?

El Profeta se detuvo y alzó al niño para que ambos pudieran ver lo mismo, mientras sus mejillas se acercaban, su aliento se confundía y el latido del Profeta resonaba atronador en los oídos de Alvin.

—Mira —dijo el Profeta.

Y Alvin vio una ciudad resplandeciente bajo la luz del sol. Parecían torres de hielo, o de vidrio translúcido, pues cuando el sol se ocultaba tras la ciudad, su luz apenas se amortiguaba, y los edificios no arrojaban sombras sobre la llanura que los rodeaba.

Dentro de la ciudad había personas que subían y bajaban por las torres, sin alas ni escaleras, como sombras esplendorosas que aparecían por doquier. Pero lo que Al sintió fue más poderoso aún que lo que vio. No era paz, pues en su corazón no había nada que se asemejara a la calma. Era excitación: el redoble de su pecho remedaba el galope furioso de un corcel. No estaba ante personas perfectas: las había tristes, y a veces disgustadas. Pero nadie tenía hambre, nadie era ignorante y nadie hacía las cosas sólo porque algún otro se lo había ordenado.

—¿Dónde está esta ciudad? —preguntó Alvin a media voz.

—No lo sé —repuso el Profeta—. Cada vez que vengo la veo de un modo distinto. A veces son torres altas y enjutas; a veces enormes construcciones de cristal, a veces sólo personas que habitan sobre un mar de fuego cristalino. Creo que esta ciudad ha sido construida muchas veces en el pasado. Y creo que será erigida nuevamente...

—¿Tú vas a levantarla? ¿Para eso existe Ciudad del Profeta?

Las lágrimas asomaron a los ojos del Profeta. Brotaron de su único ojo sano y del párpado que cubría la cuenca vacía.

—El piel roja no puede construir esta ciudad él sólo —dijo—. Somos parte de la tierra, y esta ciudad es más que tierra. La tierra es buena y mala, es vida y muerte a la vez, es silencio verde...

Alvin recordó su música verde pero no habló, pues el Profeta decía cosas que

deseaba escuchar, y Al sabía que a veces es mejor abrir los oídos que la boca.

—Pero esta ciudad... —continuó el Profeta—, esta ciudad de cristal es luz sin sombras, es pureza sin mancha, es salud sin enfermedad, es poder sin flaqueza, es abundancia sin hambre, es bebida sin sed, es vida sin muerte...

—Pero los que viven allí no son todos felices —intervino Alvin—. No viven eternamente...

—Ah —comentó el Profeta—, tú no ves lo mismo que yo...

Al frunció el ceño.

—Yo veo que la están construyendo. En un extremo la erigen, y en el otro se derrumba.

—Ah... —repuso el Profeta—, la ciudad que yo veo jamás caerá.

—¿Y por qué esa diferencia? ¿Cómo es que no vemos lo mismo?

—No lo sé, Niño de las Cucarachas. Jamás he enseñado esto a nadie. Ahora descende, y espérame abajo. Debo ver cosas antes de que el tiempo vuelva a correr.

Sólo con pensar que tenía que descender, Al se encontró hundiéndose hasta llegar al fondo, sobre el suelo cristalino. ¿Suelo? Bien podía haber sido el techo. La luz reverberaba desde allí, como había brillado antes a través de las paredes. Y otra vez vio imágenes.

Una colosal nube de polvo que giraba cada vez más deprisa, pero en lugar de dispersar el polvo, lo atraía hacia su interior, lo devoraba, hasta que de pronto comenzaba a resplandecer, luego estallaba en llamas y finalmente era el sol, sin la menor posibilidad de error. Alvin sabía algo sobre los planetas, pues Thrower les hablaba de ellos. No se sorprendió de ver puntos de luz refulgente que pronto perdían la luz. Y al cabo de un rato, en lugar de polvo entremezclado con penumbras, vio mundos y un gran espacio vacío.

Reconoció la Tierra, muy pequeña, pero luego se acercó y pudo ver cuan inmensa era y qué rápido rotaba. Una cara iluminada por el sol; la otra, a oscuras. Al parecer estaba situado en el firmamento, mirando el lado iluminado, pero a la vez podía observar todo lo que sucedía. Primero roca desnuda, volcanes en erupción; luego plantas que surgían del océano y crecían hasta convertirse en helechos y árboles. Vio peces que saltaban sobre las aguas y, allí donde el mar lamía las costas, seres que avanzaban reptando. Y luego insectos, y otras criaturas diminutas que se desplazaban dando saltos y se posaban sobre las hojas, y se comían unas a otras. Y entonces los animales comenzaron a crecer a tal velocidad que Alvin apenas podía seguir las transformaciones. Era sólo la Tierra que giraba, y él, que observaba unos seres gigantescos y monstruosos como jamás había imaginado. Algunos tenían cuello de serpiente y fauces que podrían arrancar un árbol de cuajo. Después estas criaturas desaparecieron, y en su lugar vio elefantes, antílopes, tigres y caballos. Y la vida que crecía sobre la Tierra, más parecida a la imagen que Alvin tenía de lo que debía ser.

Pero durante todo ese tiempo, nunca vio un solo hombre. Había simios, y seres hirsutos que se arrojaban guijarros, seres que andaban sobre sus patas traseras, pero que no parecían más despiertos que un sapo.

Entonces sí vio hombres, aunque al principio no estuvo seguro de ello, pues eran negros, y en toda su vida él sólo había conocido a un negro, un esclavo propiedad de un cazador de las Colonias que pasó circunstancialmente por Iglesia de Vigor dos años atrás. Bueno, pero parecían seres humanos. Negros o no, recogían frutos de los árboles y fresas de los setos y se alimentaban unos a otros. Eran un puñado de negritos que marchaban en fila. Dos de los más jóvenes se pusieron a pelear, y el más corpulento mató al menor. Entonces se acercó el padre, golpeó al autor del crimen y lo obligó a marcharse. Tomó al muerto entre sus brazos y lo llevó con su madre. Ambos lloraban; depositaron el cuerpo del negrito sobre la tierra y lo cubrieron de rocas. Luego la familia se reunió, reemprendió la marcha y, al cabo de unos pasos, ya estaban nuevamente comiendo, sin lágrimas. Y de este modo vivían, siempre igual. Son seres humanos, pensó Alvin. Los seres humanos somos así.

La Tierra siguió girando, y cuando completó otra vuelta, ya había toda clase de personas: de tez oscura en los países cálidos, de tez clara en las regiones frías y, entre ambos, todos los matices. Salvo cuando América quedó bajo la luz del sol. Allí todos eran de la misma raza: pieles rojas, ya fuese que vivieran en el norte o en el sur, en zonas frías o templadas, húmedas o secas. Y, comparada con el resto del mundo, era una tierra pacífica. Le resultaba algo extraño de ver, pues cuando se acercaba el continente grande, con todas sus razas y naciones, éste cambiaba en cada rotación de la Tierra. Países enteros se trasladaban de un lugar a otro, y todo variaba, y a cada minuto estallaba una guerra distinta. El continente más pequeño, América, también tenía sus conflictos, pero eran más lentos y menos crueles. La gente vivía siguiendo otro ritmo. La tierra tenía su propio palpitar, su propia vida.

De tanto en tanto, llegaban más habitantes del viejo mundo. Casi todos, pescadores.

Claro que arrastrados por las tempestades, o huyendo del enemigo. Llegaban, y durante un tiempo seguían viviendo en América como antes, tratando de construir deprisa, de reproducirse rápido y de matar cuanto les fuera posible. Como si fuese una enfermedad.

Pero o bien se unían a los pieles rojas o bien desaparecían, o bien iban muriendo hasta extinguirse. Ninguno seguía conservando sus viejas costumbres.

Hasta ahora, pensó Alvin. Cuando vinimos nosotros lo hicimos de forma contundente.

Es como coger un par de resfriados: uno empieza a creer que jamás enfermará de verdad, hasta que pesca la viruela y entonces sabe que lo de antes ni siquiera podría llamarse enfermedad.

Alvin sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

—Conque mirabas allí... —dijo el Profeta—. ¿Qué veías?

—Creo haber visto la creación del mundo —dijo Al—. Como en la Biblia. Creo que vi...

—Sé lo que viste. Todos los que llegamos a este lugar vemos lo mismo.

—¿No me dijiste que yo era el primero a quien traías? —Este sitio... aquí dentro hay muchas puertas. Algunos entran a través del fuego. Otros por el agua. Algunos entran cuando los entierran. Otros caen desde el aire. Llegan a este lugar y ven. Luego regresan y cuentan lo que recuerdan, lo que han comprendido, al menos aquello para lo que encuentran palabras para describir; y los demás escuchan y recuerdan, al menos lo que alcanzan a entender. Éste es el sitio por donde se ve.

—No quiero irme —dijo Alvin.

—Aja. El otro, tampoco.

—¿Quién? ¿Hay alguien más aquí?

El Profeta meneó la cabeza.

—No físicamente. Pero lo siento dentro de mí, contemplando a través de mi ojo. —Se tocó el pómulo, debajo del ojo sano—. Pero no por éste, sino por el que falta.

—¿Puedes decirme quién es?

—Blanco —respondió—. No interesa. Sea quien fuere, no ha hecho ningún daño. Creo que tal vez... hará algo bueno. Ahora nos marcharemos.

—¡Pero quiero conocer todas las historias que hay aquí!

El Profeta se echó a reír.

—Podrías vivir eternamente sin llegar a conocerlas todas. Cambian tan deprisa que el hombre no alcanza a verlas.

—¿Cómo podré regresar? Quiero verlo todo, todo.

—Nunca volveré a traerte —sentenció el indio.

—¿Por qué? ¿Acaso he hecho algo mal?

—Calla, Niño de las Cucarachas. Jamás volveré a traerte, pues seré yo quien nunca más regrese. Esta es la última vez. He visto el final de todos mis sueños.

Por primera vez, Alvin advirtió la mirada de tristeza del Profeta. Tenía el rostro desencajado de pesar.

—Te vi en este lugar. Vi que debía traerte hasta aquí. Te vi en manos de los chok-taw.

Envié a mi hermano a que te rescatara.

—¿Ya no podrás regresar porque me trajiste a mí?

—No. La tierra ha elegido. Pronto será el fin. —Intentó sonreír, pero su sonrisa era espectral—. Tu predicador, el reverendo Thrower, me dijo una vez «Si tu pie enferma, córtatelo». ¿Verdad?

—No lo recuerdo...

—Yo, sí —prosiguió el Profeta—. Esta parte de la tierra está enferma. Córtala, para que el resto de la tierra pueda vivir.

—¿A qué te refieres? —Alvin recreó en su mente imágenes de la Tierra, que se desmembraba para caer al mar.

—El piel roja irá al oeste del Mizzipy. El hombre blanco permanecerá al este. La región de los pieles rojas sobrevivirá. La parte del hombre blanco quedará separada, muerta.

Llena de humo y metal, de escopetas y muerte. Los indios que se queden al este del Mizzipy se convertirán en blancos. Y los blancos no pasarán al otro lado del río.

—Pero si ya hay blancos al otro lado del Mizzipy... Cazadores y traficantes, casi todos, pero no faltan algunos pocos granjeros con sus familias.

—Lo sé —dijo el Profeta—. Pero lo que hoy he visto... Sé cómo hacer que los blancos no vayan hacia el oeste nunca más, y qué hacer para que los indios no vayan al este.

—¿Cómo lo harás?

—Si lo digo —confesó el Profeta—, no sucederá. En este sitio hay cosas que si uno las cuenta ya no ocurren, cambian, o desaparecen.

—¿Es la ciudad de cristal? —preguntó Alvin.

—No —repuso el Profeta—. Es un río de sangre. Un bosque de hierro.

—¡Muéstramelos! —exigió el niño—. ¡Déjame ver lo que viste!

—No. No serías capaz de mantener el secreto.

—¿Por qué no? Si te doy mi palabra, no dejaré de cumplirla.

—Ah, Niño de las Cucarachas, puedes jurar todo el día si quieres, pero si contemplaras esa visión gritarías de miedo y dolor. Y se la contarías a tu hermano. Y a tu gente.

—¿Algo malo va a sucederles?

—No morirá nadie de tu familia —lo tranquilizó el Profeta—. Todos estarán sanos y salvos cuando esto termine.

—¡Muéstrame!

—No —repitió el Profeta—. Ahora romperé la torre, y tú recordarás cuanto hicimos y dijimos aquí. Pero sólo podrás regresar y ver todas estas cosas si hallas la ciudad de cristal por ti mismo.

El Profeta se puso de rodillas allí donde la pared se unía al suelo. Hundió los dedos sangrantes en el muro y tiró hacia arriba. La pared se levantó, se disolvió, se convirtió en un ventarrón. Ahora los rodeaba la escena que al parecer habían dejado atrás hacía tantas horas... El agua, la tempestad, el tornado que se elevaba hasta las nubes. A su alrededor restallaban los relámpagos, y la lluvia caía con tal frenesí que la orilla desaparecía de la vista. Y al tocar el sendero de cristal sobre el que se encontraban, la lluvia también se convirtió en cristal y pasó a formar parte del suelo

que los sostenía.

El Profeta fue hasta el extremo cercano a la orilla y pisó el agua embravecida. Bajo sus pies adquirió solidez, pero ya no era tan resistente como la plataforma: seguía ondulando lentamente. El Profeta tomó la mano de Alvin y lo atrajo hacia el nuevo sendero que iba construyendo sobre la superficie del lago. No era tan sereno como antes, y cuanto más avanzaban, más accidentado se volvía, más se movía, más resbaladizo se tornaba. Se les hacía difícil pisar sobre las olas.

—¡Hemos permanecido aquí demasiado tiempo! —gritó el Profeta.

Bajo la delgada cáscara de cristal, Alvin sintió el agua negra, que se revolvía de odio.

Era como si la nada saliera de una antigua pesadilla para quebrar el cristal, para atrapar a Al, para seccionarlo, hundirlo, desgarrarlo en pedazos, en los fragmentos más diminutos, y arrojarlo a las sombras.

—¡No puedo más! —exclamó Alvin.

El Profeta se volvió, lo alzó en el aire y lo posó sobre sus hombros. La lluvia se abatía sobre él, el viento trataba de arrancarlo de los brazos del Profeta. Alvin se asió con fuerza a los cabellos de Tenskwa-Tawa. Y sintió que, a cada paso, los pies del Profeta se iban hundiendo más y más en las aguas. Detrás de ellos no se veía ni rastro del sendero de cristal: había desaparecido y, en su lugar, las olas crecían bravías y amenazadoras.

El Profeta trastabilló y cayó. Y Alvin se precipitó hacia adelante, sabiendo que se ahogaría.

Se encontró de bruces sobre la arena húmeda de la playa. El agua arrastraba la arena bajo su cuerpo, tratando de devolverlo a las olas. En ese momento sintió un par de manos fuertes que lo asían por debajo de los brazos y lo arrastraban hacia las dunas.

—¡El Profeta está allí! —gritó Alvin. O quiso gritar: su voz fue apenas un murmullo inaudible. Pero el viento era tan atronador que habría dado igual.

Abrió los ojos y los encontró cubiertos de arena y llovizna.

Entonces sintió los labios de Mesura contra su oído:

—¡El Profeta está bien! Ta-Kumsaw lo sacó de las aguas. Cuando el tornado os tragó, pensé que tendríamos que daros por muertos. ¿Te encuentras bien?

—¡Lo vi todo! —exclamó Alvin. Pero estaba tan débil que no pudo exhalar un solo sonido más. Renunció al intento, dejó que su cuerpo se relajara, y se hundió en su sueño de extenuación.

LA GALOPEADA

Mesura veía poco a su hermano. Muy poco. Tras el episodio del tornado en el lago, creyó que Alvin sería consciente del peligro que corría allí, y que estaría dispuesto a escapar. Pero al pequeño sólo parecía importarle estar junto al Profeta y escuchar los relatos y la sabiduría perversamente poética que transmitía.

En una ocasión, Alvin permaneció a su lado el tiempo suficiente para poder sentarse a conversar. Mesura le preguntó el porqué de su actitud.

—Aunque se pongan a hablar en inglés, yo no les entiendo ni jota. Hablan de la tierra como si fuera una persona. Dicen que hay que tomar sólo la vida que se ofrece, que la tierra se muere al este del Mizzipy... Como puede ver hasta el más tonto, aquí no se muere nada. Y aunque cogiera la peste negra, la viruela y le salieran diez mil padrastos, Al, no habría doctor que pudiera curarla.

—Tenskwa-Tawa sabe cómo hacerlo —dijo Alvin.

—Bueno. Pues que lo haga y marchémonos a casa.

—Otro día, Mesura.

—Ma y Pa estarán locos de preocupación. ¡Creerán que hemos muerto!

—Tenskwa-Tawa dice que la tierra está siguiendo su propio curso.

—Y dale con eso. La tierra es la tierra y no tiene nada que ver con que Papá esté reuniendo a los vecinos para salir a buscarnos por el bosque.

—Lárgate sin mí, entonces.

Pero Mesura no estaba dispuesto a hacer nada semejante, por el momento. No pensaba hacer frente a Mamá sin Alvin, si es que regresaba a casa. «Oh, estaba perfectamente cuando lo dejé. Se entretenía jugando con tornados y caminando sobre el agua con un indio tuerto. No quería volver a casa todavía. Ya sabes cómo son los niños a los diez años...» No. Mesura no estaba preparado para regresar, a menos que Al fuera con él. Pero no podía llevárselo contra su voluntad. El niño no quería ni oír hablar de escaparse.

Lo peor era que todos parecían querer mucho a Alvin, y se pasaban el día hablándole, mitad en inglés, mitad en shaw-nee. Pero a él, no se acercaba un alma, salvo Ta-Kumsaw en persona, o el Profeta, que no paraba de sermonear, lo escucharan o no. Se sentía muy solo y no hacía más que deambular por cualquier parte, siempre y cuando no se alejara mucho. Nadie le dirigía la palabra, pero si veían que se encaminaba a las dunas que daban al bosque, alguien arrojaba una flecha que se hundía en la tierra, a sus pies, con un ruido sordo. Ellos tendrían sobrada confianza en su puntería, pero Mesura no hacía más que pensar en lo que podía sucederle si alguna flecha se desviaba.

Se daba cuenta de que intentar escapar era ridículo. Lo encontrarían en un santiamén.

Pero no acertaba a comprender por qué no querían que se marchara. No querían hacer nada con él. Les era totalmente inútil. Y juraban que no tenían intención de matarlo. Ni siquiera de herirlo. Pero al cuarto día de estar en las dunas ya no aguantó más. Se acercó a Ta-Kumsaw y le exigió que lo dejara ir. Ta-Kumsaw se mostró contrariado, pero en él era algo normal. Sin embargo, esta vez Mesura no cedió.

—¿No comprende que es una estupidez retenernos aquí? Sabe bien que no hemos desaparecido sin dejar rastros. Ya deben haber encontrado los caballos, y en ellos, sus nombres...

Y entonces, Mesura comprendió por vez primera que Ta-Kumsaw no tenía la menor idea acerca de los caballos.

—Mi nombre no estar en los caballos...

—Sobre las monturas, jefe. ¿No lo sabe? Los chok-taw que nos capturaron, y que habría que ver si no eran de los suyos, cosa que todavía dudo, si le interesa saberlo; los indios esos, decía, grabaron su nombre en la montura de mi caballo y luego lo azotaron para que echara a correr. Y en la montura de Alvin pusieron el nombre del Profeta. Deben haber ido derecho para casa...

El rostro de Ta-Kumsaw se oscureció; los ojos centellearon como relámpagos. Mesura pensó «éste debe ser el aspecto de un dios del cielo»;

—Todos los blancos creer que yo raptar niños... —meditó Ta-Kumsaw.

—¿No lo sabía? —preguntó Mesura—. Esto si que es el colmo... Pensé que vosotros los pieles rojas lo sabíais todo, por la forma como os comportáis. Traté de decírselo a algunos de vuestros hombres, pero ni siquiera me escucharon. Y ninguno de vosotros lo sabía...

—Yo no saberlo —dijo Ta-Kumsaw—. Pero alguien sí saberlo. —Se alejó a grandes zancadas, tan deprisa como se lo permitía la arena seca. Y entonces se volvió —: Tú venir conmigo.

De modo que Mesura lo acompañó hasta la tienda donde el Profeta daba clases sobre la Biblia, o lo que fuera aquello en que empleaba su tiempo. Ta-Kum-saw no se preocupó por disimular su enfado. No dijo una palabra; se limitó a andar en círculo alrededor de la tienda, apartando a puntapiés las rocas que fijaban el toldo a la arena. Finalmente tomó un extremo de la lona y comenzó a levantarla.

—Necesitar dos hombres para esto —calculó.

Mesura se acuclilló a su lado, tomó el toldo y contó hasta tres. Y luego tiró hacia arriba.

Pero Ta-Kumsaw no lo hizo, la tienda se levantó unos quince centímetros y volvió a caer.

Mesura gruñó y miró a Ta-Kumsaw con el ceño fruncido.

—¿Por qué no ha tirado?

—Porque tú sólo contar hasta tres.

—Así se cuenta, jefe. Uno, dos, tres.

—Los blancos ser tan torpes... Cualquiera saber que el número fuerte ser el cuatro...

Ta-Kumsaw contó hasta cuatro. Esta vez jalaron juntos, alzaron la tienda y la abrieron.

Desde luego, a estas alturas, quienquiera que estuviese dentro sabía qué sucedía. Pero nadie gritó ni dijo nada. Cuando el toldo quedó volcado como una tortuga despanzurrada, vieron que allí estaban el Profeta, Alvin y unos cuantos pieles rojas, sentados con las piernas cruzadas sobre unas mantas tendidas en la arena. El indio tuerto seguía hablando como si nada hubiera sucedido.

Ta-Kumsaw comenzó a vociferar en shaw-nee, y el Profeta le respondió. Al principio, en voz suave, pero luego con más intensidad y volumen. Era una discusión con la clase de gritos que, según la experiencia de Mesura, siempre desemboca en una pelea a golpes. Pero esta vez no fue así. Se estuvieron aullando una media hora y luego permanecieron en silencio, frente a frente, mirándose y respirando con dificultad, sin decir una sola palabra. El silencio duró sólo unos minutos, pero pareció prolongarse más que los alaridos.

—¿Entiendes algo de todo esto? —preguntó Mesura.

—Sólo sé que el Profeta dijo que hoy Ta-Kumsaw vendría muy enfadado.

—Pues bien, si lo sabía, ¿por qué no hizo algo para evitarlo?

—Hum, es muy cuidadoso con respecto a eso. Dice que todo está sucediendo como debe ser para que la tierra se divida bien entre blancos e indios. Si cambia algo que sabe va a ocurrir, podría deshacerlo todo, armar un lío. Por eso, aunque sepa lo que va a ocurrir, no se lo dice a nadie que pudiera cambiar las cosas.

—Pero ¿de qué sirve conocer el futuro si uno no puede hacer nada al respecto?

—Bueno, él hace cosas... —dijo Alvin—. Pero no se lo cuenta a la gente necesariamente.

Por eso hizo la torre de cristal cuando vino esa tormenta. Para asegurarse de que la visión fuera como debía, para asegurarse de que las cosas no habían salido del cauce correcto.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué se pelean?

—Eso me lo tendrías que decir tú, Mesura. Tú le ayudaste a darle la vuelta al toldo...

—Es el colmo... Sólo le conté que su nombre y el del Profeta estaban grabados sobre las sillas de montar...

—Eso ya lo sabía...

—Pues se comportó como si nunca lo hubiese oído.

—Yo mismo se lo conté al Profeta, la noche después de lo de la torre...

—¿No se te pasó por la cabeza que a lo mejor el Profeta no se lo contó a Ta-

Kumsaw?

—¿Por qué no? —preguntó Alvin—. ¿Por qué no habría de decírselo?

Mesura asintió gravemente.

—Tengo la sensación de que esa misma pregunta debe estar haciéndosela Ta-Kumsaw a su hermano en este mismo momento...

—Sería una locura no decirlo —comentó Alvin—. Me imaginaba que Ta-Kumsaw ya habría enviado a alguien para avisar de que estábamos bien.

—¿Sabes lo que pienso, Al? Que tu Profeta ha estado tomándonos por idiotas a todos.

Ni siquiera sospecho por qué, pero creo que está tramando algún plan, y parte de él es impedir que volvamos a casa. Y como eso significa que los nuestros y los vecinos tomarán las armas, ya puedes sacar tu conclusión: el Profeta quiere que aquí se arme un tiroteo de los que quitan el aliento.

—¡No! —exclamó Alvin—. El Profeta dice que ningún hombre puede matar a otro que no desea morir. Que está tan mal matar a un blanco como acabar con un zorro o un oso que uno no necesita para alimentarse.

—Tal vez nos quiera a nosotros para alimentarse... Pero si no volvemos a casa y avisamos de que estamos bien, se armará un jaleo de mil demonios...

En ese instante, Ta-Kumsaw y el Profeta dejaron de hablar. Mesura rompió la tensión:

—¿Sus amigos piensan dejarnos regresar a casa? —preguntó.

El Profeta se sentó de inmediato, con las piernas cruzadas sobre una manta dispuesta frente a los jóvenes.

—Tú volver a casa, Mesura —dijo el Profeta.

—No sin Alvin.

—Sí, sin Alvin —replicó el Profeta—. Si Alvin quedarse en esa parte de la región, él morir.

—¿De qué habla?

—¡De lo que ver con mis propios ojos! —respondió—. De lo que pronto suceder. Si Alvin volver a casa ahora, él morir dentro de tres días. Pero tú sí ir, Mesura. Hoy por la tarde ser momento perfecto para que tú partir.

—¿Qué piensa hacer con Alvin? ¿Cree que estará a salvo junto a usted?

—No junto a mí —reveló el Profeta—. Con mi hermano.

—¡Eso ser idea estúpida! —interrumpió Ta-Kumsaw.

—Mi hermano hacer pronto muchas visitas. A los franceses de Detroit, a los irakwa, a la nación de los Apalaches, a los chok-taw y cree-ek, a todos los pieles rojas, de cualquier tribu, a todos los hombres blancos, a todos aquellos que poder impedir una guerra atroz.

—Si hablo a los indios, Tenskwa-Tawa, les diré que se unan a mí y luchan para

expulsar a los blancos hasta el otro lado de las montañas, hasta que suban a sus barcos y se hagan a la mar, ¡hasta que abandonen esta tierra!

—Háblales de lo que quieras —repuso Tenskwa-Tawa—, pero marcha hoy mismo y llévate al niño blanco que camina como un indio.

—No —replicó Ta-Kumsaw.

El rostro de Tenskwa-Tawa se ensombreció.

—Entonces, toda la tierra morirá, y no sólo una parte —dijo con voz pesarosa—. Si no haces lo que digo hoy mismo, los blancos matarán toda la tierra, de uno a otro océano, de norte a sur, ¡toda la tierra morirá! Y también los pieles rojas morirán, excepto unos pocos, que vivirán en minúsculos retazos de terreno desértico, horribles como prisiones. ¡Vivirán allí para siempre, por no hacer caso de la visión que he tenido!

—¡Ta-Kumsaw no hace caso de visiones delirantes! ¡Ta-Kumsaw es el rostro de la tierra!

¡El cardenal me lo dijo, y tú lo sabes, Lolla-Wossiky!

El Profeta suspiró.

—Lolla-Wossiky está muerto.

—La voz de la tierra no obedece a un piel roja tuerto y borracho.

Aquellas palabras le dolieron al Profeta hasta el alma, pero mantuvo una expresión impassible.

—Eres la voz de la cólera de la tierra. Te enfrentarás en combate con un poderoso ejército de hombres blancos. Te vaticino que eso ocurrirá antes de que caiga la primera nevada. Si el niño blanco no está a tu lado, morirás con la derrota.

—¿Y si está a mi lado?

—Entonces vivirás —sentenció el Profeta.

—Me gustaría ir —intervino Alvin. Cuando Mesura empezó a protestar, el pequeño lo retuvo por el brazo—. Puedes decirles a Papá y a Mamá que estoy bien, pero que quiero ir con él. Me lo dijo el Profeta, con Ta-Kumsaw puedo aprender más que con ninguna otra persona del mundo.

—Entonces yo también iré contigo —convino Mesura—. Se lo prometí a Pa, y también a Ma.

El Profeta miró a Mesura fríamente.

—Tú volver con tu gente.

—Entonces, Alvin viene conmigo.

—Tú no ser quien decidir —replicó el Profeta.

—¿Ah, sí? ¿Decide usted porque sus hombres son los que tienen flechas?

Ta-Kumsaw extendió el brazo y posó la mano sobre el hombro de Mesura.

—Tú no ser tonto, Mesura. Alguien tener que volver a decir a la familia que tú y Alvin no estar muertos.

—Si me marchó, ¿cómo sabré que él no ha muerto? ¿Qué responde a eso?

—Tú saberlo —repuso Ta-Kumsaw —porque yo decirte que, mientras yo vivir, ningún piel roja hacer daño al pequeño.

—Y mientras él esté con usted, nadie podrá herirlo a usted tampoco, ¿eh? Lo quiere de rehén, eso es todo...

Mesura advirtió que tanto Tenskwa-Tawa como Ta-Kumsaw estaban llegando al límite de su furia. Intentaban controlarse para no matarlo, pero lo mismo le ocurría a él. Estaba tan furioso que en cualquier momento descargaría un puñetazo en el primer rostro que se le cruzara por delante. Y eso habría sucedido, de no ser porque Alvin se puso de pie, con sus diez años y su metro treinta, y se hizo cargo de la situación.

—Mesura: tú sabes mejor que nadie que sé cuidar muy bien de mí mismo. Te vas y les cuentas a Pa y Ma lo que hice con los chok-taw, y sabrán de lo que soy capaz. De todas formas, iban a enviarme lejos de casa, ¿verdad? A ser aprendiz de herrero. Bueno, durante un tiempo voy a ser aprendiz de Ta-Kumsaw, eso es todo. Y todos saben que, aparte de Tom Jefferson, quizá Ta-Kumsaw es el hombre más grande de América. Si puedo hacer que Ta-Kumsaw conserve la vida, de la manera que sea, ésa es mi misión. Y si tú puedes impedir que estalle una guerra sólo con volver a casa, pues ésa es la tuya.

¿No te das cuenta?

Mesura se dio cuenta, y hasta le dio la razón. Pero también sabía que tendría que hacer frente a sus padres.

—En la Biblia hay un cuento sobre José, el hijo de Jacob. Era el hijo favorito de su padre, pero sus hermanos lo odiaban y lo vendieron como esclavo. Tomaron sus ropas y las empaparon con sangre de cabra, las hicieron jirones y fueron y le dijeron al padre: «Mira, se lo comieron los leones.» Y el padre se desgarró las vestiduras y nunca más dejó de lamentarse.

—Pero tú les dirás que no he muerto...

—Les diré que vi cómo convertías el filo de un hacha en manteca, que caminaste sobre las aguas, que volaste en medio de un tornado... Eso les dará una tranquilidad enorme.

Eso, y saber que estás aquí, hecho un piel roja de lo más corriente...

Ta-Kumsaw lo interrumpió.

—Tú ser un cobarde —le dijo—. Tener miedo de decir la verdad a tus padres.

—Se lo prometí —dijo Mesura.

—Tú ser un cobarde. Tú no correr riesgos. Ni peligros. Tú querer a Alvin contigo para que él protegerte.

Eso fue demasiado para Mesura. Descargó un golpe con el brazo derecho, directo a la sonrisa de Ta-Kumsaw. No le sorprendió que el indio detuviera el puñetazo. Pero sí le desconcertó que lo hiciera con tal facilidad y que le retorciera la muñeca. Mesura

se enfureció más aún y lanzó el próximo golpe al estómago del indio. Y esta vez dio en el blanco. Pero el vientre de Ta-Kumsaw era tan blando como un tronco de roble. El indio tomó la otra mano de Mesura y lo inmovilizó.

Entonces, Mesura hizo lo que cabe esperar de todo buen luchador: le dio un rodillazo entre las piernas.

Ahora bien, Mesura había hecho una cosa así dos veces en su vida, y en ambas ocasiones, el tipo había caído al suelo, retorciéndose como una lombriz a medio aplastar.

Ta-Kumsaw se mantuvo de pie, rígido, como si estuviera tragándose el dolor. Su furia era cada vez mayor. Como seguía aferrando los brazos de Mesura, éste se figuró que había llegado su hora de morir, partido en dos a lo largo, tal era el temible aspecto de Ta-Kumsaw.

Pero Ta-Kumsaw le soltó las manos.

Mesura se frotó las muñecas doloridas: los dedos del indio le habían dejado marcas blancas en los brazos. El jefe estaba furioso, cómo no, pero su ira iba dirigida a Alvin. Se volvió y miró al pequeño como si fuera a desollarlo vivo y comérselo crudo.

—Tú usar tus sucios trucos de hombre blanco conmigo —lo acusó.

—No quería que ninguno de los dos se hiciera daño —repuso Alvin.

—¿Tú creer que yo ser tan cobarde como tu hermano? ¿Creer que Ta-Kumsaw tener miedo al dolor?

—¡Mesura no es ningún cobarde!

—Arrojarme al suelo con trucos de hombre blanco.

Mesura no quería oír dos veces semejante acusación.

—Usted sabe que yo no le pedí que interviniera. ¡Si así lo quiere, volveremos a pelear, limpiamente!

—¿Golpeando a un hombre entre las piernas? —dijo Ta-Kumsaw—. ¡Tú no saber pelear como un hombre!

—Te haré frente del modo que prefieras —lo desafió Mesura.

Ta-Kumsaw sonrió.

—Bueno; galopeada, entonces.

A estas alturas se había congregado un puñado de indios a su alrededor. Cuando escucharon la palabra «galopeada» comenzaron a abuchear y reír.

No había un solo blanco en América que no hubiese oído la historia de cuando Daniel Boone corrió la galopeada y pudo llegar al final, la primera vez que escapó de los indios.

Pero había otras historias, de blancos que fueron azotados hasta morir. Truecacuentos les había contado algo de eso el año pasado, cuando estuvo con ellos. Es como una especie de jurado, decía, donde los pieles rojas te golpean mucho o

poco, según lo que piensen que mereces. Si creen que eres valiente, te azotan mucho para ponerte a prueba por medio del dolor. Pero si creen que eres cobarde, te rompen los huesos de modo que no sales con vida de la galopeada. El jefe no puede ordenar a los indios dónde golpear, o cómo hacerlo. Es el sistema de justicia más democrático y perverso que se haya visto jamás.

—Veo que tú tener miedo... —dijo Ta-Kumsaw.

—Claro que sí —confesó Mesura—. Sería un tonto si no estuviera asustado. Especialmente cuando sus indios ya están pensando que soy un cobarde...

—Yo correr la galopeada antes que tú —anunció Ta-Kumsaw—. Decirles que pegar a Ta-Kumsaw tan fuerte como a ti.

—No lo harán —dijo Mesura.

—Hacerlo, si yo lo ordeno —respondió Ta-Kumsaw. Debió haber visto recelo en el rostro de Mesura, pues agregó—: Si no hacerlo, volver a correr la galopeada.

—¿Y si me matan, usted morirá también?

Ta-Kumsaw lo miró de arriba abajo. Mesura sabía que era fuerte y ágil, de tanto partir leña, cargar heno, acarrear baldes y arrojar sacos de grano en el molino. Pero no era resistente. Tenía la piel quemada de tanto andar desnudo bajo el sol en las dunas, aun cuando había intentado cubrirse con una manta. Era fuerte, pero vulnerable. Eso fue lo que vio Ta-Kumsaw cuando lo examinó de pies a cabeza.

—El golpe que a ti poder matarte —sentenció—, a mí sólo hacerme una magulladura.

—Así que reconoce que no es justo...

—Justo que dos hombres enfrentar igual dolor. Valor que dos hombres enfrentar igual dolor. Tú no ser justo, tú querer que esto ser fácil. Tú querer que ser seguro. Tú ser un cobarde. Yo saber que tú no aceptar...

—Lo haré —dijo Mesura.

—¡Y tú! —exclamó Ta-Kumsaw, señalando a Alvin—, tú no tocar nada, no sanar nada, no curar nada. No evitar dolor...

Alvin lo miró sin decir palabra. Mesura conocía esa mirada. Era la expresión que Alvin adquiriría cuando no tenía intenciones de hacer lo que se le mandaba.

—Alvin —pidió Mesura—. Más vale que prometas no intervenir...

Al no respondió.

—Más vale que prometas no intervenir, Alvin Júnior, pues si no, no regresaré a casa.

Alvin lo prometió. Ta-Kumsaw asintió, y se alejó hablando en shaw-nee con sus hombres. Mesura estaba descompuesto de espanto.

—¿Por qué tú temer, hombre blanco? —preguntó el Profeta.

—Porque no soy idiota —repuso Mesura—. Hay que ser idiota para no tener miedo de correr la galopeada.

El Profeta se limitó a reír, tras lo cual se alejó.

Alvin estaba nuevamente sentado sobre la arena, dibujando o escribiendo algo con el dedo.

—¿Estás enfadado conmigo, Alvin? Pues me escucharás: por mucho que puedas enojarte conmigo, yo estoy el doble de furioso contigo. No tienes ninguna obligación hacia estos indios, pero sí la tienes hacia Pa y Ma. Tal como están las cosas, no puedo forzarte a hacer nada, pero me da vergüenza que te pongas de su parte y no de la de tu gente.

Al levantó la vista, con lágrimas en los ojos.

—Tal vez sí esté poniéndome de parte de mi gente. ¿No lo has pensado?

—Ah, has descubierto una hermosa forma de hacerlo. Seguro que Pa y Ma estarán locos de desesperación durante meses...

—¿No sabes pensar en nada más grande que nuestra familia? ¿No crees que quizás el Profeta esté tramando un plan para salvar las vidas de miles de blancos y pieles rojas?

—Pues verás —dijo Mesura—, ésa es la diferencia entre tú y yo: yo no creo que haya nada más grande que nuestra familia.

Alvin seguía escribiendo cuando Mesura se marchó. Ni siquiera había reparado en las palabras que Alvin dibujaba sobre la arena. Las vio sin mirarlas, sin leerlas. Pero entonces acudieron a su mente. HUYE AHORA. Eso era lo que Alvin estaba escribiendo. ¿Un mensaje para él? ¿Por qué no lo dijo en voz alta, entonces? No tenía sentido.

Probablemente no fueran destinadas a él. Y, sin duda, no pensaba escapar ahora y dejar que Ta-Kumsaw y los demás indios pensaran eternamente que era un cobarde. ¿Qué diferencia podía haber si huía en ese momento? Los indios lo atraparían en un minuto, allí en el bosque, y tendría que correr la galopeada igualmente, sólo que en peores condiciones.

Los guerreros formaron dos hileras en la arena. Cargaban pesadas ramas, caídas o arrancadas de los árboles. Mesura vio que un anciano tomaba el collar de cuentas de Ta-Kumsaw y le quitaba el taparrabos. Ta-Kumsaw se volvió hacia Mesura y sonrió.

—El hombre blanco estar desnudo cuando no llevar ropas. El piel roja nunca estar desnudo en su propia tierra. El viento ser mi vestido. El fuego del sol, el polvo de la tierra, el agua de la lluvia. Es lo que llevar puesto. Yo ser la voz y el rostro de la tierra.

—Termine de una vez —espetó Mesura.

—Conozco a alguien que decir que los hombres como tú no tener poesía en el alma —replicó Ta-Kumsaw.

—Y yo conozco a muchos que dicen que los hombres como usted ni siquiera tienen alma.

Ta-Kumsaw lo miró con furia, ladró un par de palabras a sus hombres y echó a correr por entre las hileras.

Pero lo hizo sin darse prisa, con el mentón alto y con arrogancia. El primer indio lo azotó con un golpe en los muslos, con la punta de una vara. Ta-Kumsaw le arrancó la vara de las manos, le dio la vuelta e hizo que el hombre se la partiera en el pecho, con un golpe tan feroz que el jefe quedó sin aliento. Mesura escuchó el gemido desde donde se encontraba.

Las hileras ascendían por la ladera de una duna, y así el trayecto se hacía lento. Ta-Kumsaw jamás se detuvo ante los golpes. Sus hombres era aplicados y obedecían con expresión pétrea. Lo ayudaban a demostrar coraje, y por ello le infligían dolor. Pero no descargaban golpes que pudieran hacerle mucho daño. La peor parte se la llevaban los muslos, el vientre y los hombros. Nada en las pantorrillas, ni en el rostro. Pero eso no quería decir que el paseo fuera agradable. Mesura le veía los hombros ensangrentados, lacerados por la corteza de las ramas. Se imaginó recibiendo cada uno de aquellos golpes, y supo que él lo pasaría aún peor. «Soy un imbécil rematado», dijo para sus adentros. «Aquí estoy, tratando de medir mi valentía contra el hombre más noble de América, como cualquiera sabe.»

Ta-Kumsaw llegó al final, se volvió y miró a Mesura desde lo alto de la duna. La sangre le chorreaba por el cuerpo, pero sonreía.

—Venir hasta mí, valiente hombre blanco —le gritó.

Mesura no vaciló. Fue hacia la galopeada. Lo detuvo una voz a sus espaldas: el Profeta vociferaba en shaw-nee. Los indios lo miraron. Cuando terminó de hablar, Ta-Kumsaw arrojó un escupitajo. Mesura, sin saber qué había dicho, siguió avanzando. Al llegar al primer piel roja esperó un golpe tan duro como el que había sufrido el jefe. Pero no sintió nada. Dio otro paso. Nada. Tal vez para mostrar su desprecio, pensaran azotarlo por la espalda. Pero siguió ascendiendo por la duna sin recibir un solo golpe, ni atisbar el menor movimiento.

Supo que debía sentir alivio, pero en cambio lo invadió la ira. Habían ayudado a Ta-Kumsaw a demostrar su valor, pero ahora convertían el avance de Mesura por la galopeada en una ocasión de vergüenza, y no de honor. Giró impetuosamente y miró al Profeta, quien se encontraba al pie de la hilera, con las manos posadas sobre los hombros de Alvin.

—¿Qué les ha dicho? —exigió Mesura.

—Decirles que si ellos matarte, todos decir que Ta-Kumsaw y el Profeta raptar a estos jóvenes para matarlos. Decirles que si ellos dejar marcas sobre tu cuerpo, cuando tu ir a tu casa, todos decir que nosotros torturarte.

—Y yo reclamo una oportunidad justa de demostrar que no soy ningún cobarde.

—La galopeada ser una idea estúpida para hombres que olvidar su deber.

Mesura se inclinó y tomó una vara de la mano de un piel roja.

Se golpeó los muslos una y otra vez, tratando de que brotara la sangre. Le dolió, pero no mucho, porque, lo quisiera o no, sus brazos no sabían infligir dolor a su propio cuerpo.

Conque volvió a poner la rama en las manos del indio y le ordenó:

—¡Azótame!

—Cuanto más grande ser un hombre —dijo el Profeta—, a más personas servir. El hombre pequeño sólo servirse a sí mismo. Otro más grande, servir a su familia. El más grande de todos, servir a todos los hombres y a todas las tierras. Para ti solo, tú demostrar coraje.

Para tu familia, para tu tribu, para tu gente y mi gente, para la tierra y todos los pueblos que vivir en ella, tú caminar por esta galopeada sin recibir marcas.

Lentamente, Mesura dio la vuelta y subió por la duna hasta donde se encontraba Ta-Kumsaw, sin ser tocado. Nuevamente, el jefe escupió, y esta vez a sus pies.

—No soy ningún cobarde —dijo Mesura.

El jefe se alejó. Caminó, se deslizó, y bajó la duna resbalando. Los guerreros que formaban la galopeada también se alejaron. Mesura se quedó plantado en lo alto de la colina, sintiéndose avergonzado, ofendido, utilizado.

—¡Marchar! —ordenó el Profeta—. ¡Ir hacia el sur!

Entregó una bolsa a Alvin, quien trepó por la duna y se la dio a Mesura. Éste la abrió: contenía maíz seco y tasajo para que mordisqueara algo durante la travesía.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Mesura.

—Me voy con Ta-Kumsaw —repuso Alvin.

—Podía haber corrido la galopeada —afirmó su hermano.

—Lo sé.

—Si no pensaba permitir que lo hiciera —dijo Mesura—, ¿por qué no lo impidió desde el principio?

—No me lo ha dicho —confesó Alvin—. Pero va a suceder algo terrible. Y quiere que así sea. Si te hubieras marchado antes cuando te dije que escaparás...

—Me habrían atrapado, Al.

—Valía la pena. Ahora, cuando te marches, harás precisamente lo que él quería.

—¿Quiere que me maten, o algo así?

—Me prometió que sobrevivirías a esto, Mesura. Y toda la familia. Y él y también Ta-Kumsaw.

—Entonces, ¿qué puede ser tan terrible?

—No lo sé. Tengo miedo de lo que va a ocurrir. Creo que me envía con Ta-Kumsaw para que me salve.

Valía la pena intentarlo de nuevo.

—Alvin, si me quieres, ven conmigo.

Alvin empezó a llorar.

—Medura, te quiero, pero no puedo ir.

Llorando aún, echó a correr por la arena. Medura comenzó a andar antes de que su hermano se perdiera de vista. Directo hacia el sur, casi algo al este. No le habría costado hallar el camino, pero estaba descompuesto de terror y vergüenza, por haber tenido que partir sin su hermano. «He fracasado en todo aquí. Soy un inútil.»

Anduvo el resto del día y pasó la noche sobre un lecho de hojas. La jornada siguiente caminó hasta avanzada la tarde, cuando dio con un arroyo que fluía rumbo al sur. Debía desembocar en el Tippy-Canoe o el Wobbish, uno u otro. Era demasiado profundo para cruzarlo por el centro y había demasiada vegetación en las orillas para que pudiera seguir por la vera. Conque avanzó a cierta distancia del arroyo, abriendo su propia senda por entre la espesura. No era ningún piel roja, qué duda cabía. Se encontró arañado por los arbustos y ramas, y picado por los insectos. Ninguna de las dos cosas fue muy grata, considerando que tenía la piel escaldada por el sol, y una y otra vez se metió en matorrales de los cuales le costaba salir. Como si la tierra fuera su enemiga y le impidiera avanzar. No dejaba de soñar con un caballo y un buen camino.

Pero por duro que fuese andar entre los árboles, no lo hacía mal. En parte porque Alvin le había encallecido las plantas de los pies. En parte porque parecía respirar mejor que antes. Pero había algo más. Por sus músculos corría un vigor desconocido hasta entonces. Nunca se había sentido tan vivo. Y pensó «si tuviera un caballo en este mismo momento, tal vez quisiera seguir a pie».

Caía la tarde del segundo día cuando oyó ruidos en el río. No podía haber error: por la corriente venían caballos. Eso equivalía a hombres blancos, tal vez gente de Iglesia de Vigor, que estarían buscándolo a él y a Alvin.

Avanzó torpemente hasta el arroyo, y en el trayecto recibió no pocos arañazos. Aguas abajo, en dirección opuesta a la de él iban cuatro hombres montados a caballo. Sólo cuando llegó al agua, dando alaridos, advirtió que llevaban los uniformes verdes del ejército de los Estados Unidos. Nunca había oído decir que anduvieran por esa zona. Por esa región, los blancos no se internaban, acaso por temor a toparse con los franceses de Fuerte Chicago.

Lo oyeron de inmediato e hicieron girar los caballos para verlo. Y entonces tomaron los mosquetes y le apuntaron.

—¡No disparéis! —gritó Medura.

Los soldados avanzaron lentamente hacia él muy despacio, puesto que a los caballos les costaba ir contra la corriente.

—No disparéis, por amor de Dios —suplicó Medura—. Ya veis que no voy armado. Ni siquiera tengo cuchillo.

—Habla bastante bien, ¿no? —dijo un soldado a otro.

—¡Claro que sí! Soy blanco...

—Pero mira qué bonito... —se mofó otro—. Es la primera vez que oigo a alguno que diga que es blanco.

Mesura se examinó. Tenía la piel enrojecida por el sol, aunque mucho más clara que cualquier auténtico piel roja. Llevaba un taparrabos, y su aspecto era salvaje y sucio. Pero tenía la barba bastante crecida, ¿o no? Por primera vez, Mesura se encontró deseando ser un hombre hirsuto, de pelo en pecho. Así no habría confusión, pues los pieles rojas son lampiños. Pero tal como estaban las cosas, no verían los pocos pelos claros de su mentón hasta que estuvieran muy cerca.

Y no pensaban correr riesgos. Se aproximó sólo uno. Los demás permanecieron a distancia, dispuestos a abrir fuego en caso de que Mesura tuviera hombres ocultos para tender una emboscada. El hombre que venía a caballo hacia él estaba blanco de miedo; miraba con recelo a uno y otro lado, temiendo ver aparecer algún indio con el arco tensado. «Qué idiota», pensó Mesura. «Como si hubiera ocasión de ver a un piel roja en el bosque antes de tener la flecha clavada en el cuerpo.»

El soldado no llegó hasta él. Dio vueltas en círculo a su alrededor y se detuvo a sus espaldas. Entonces soltó un rollo de cuerda y lo arrojó a Mesura.

—Átate esto alrededor del pecho, por debajo de los brazos —le ordenó.

—¿Para qué?

—Para que podamos tirar de ti y llevarte.

—Ni lo sueñen —exclamó Mesura—. Si hubiera pensado que me arrastraríais con una cuerda por el medio del arroyo me habría quedado en tierra firme e ido a casa caminando...

—Si no te atas la cuerda en cinco segundos, estos amigos te volarán la cabeza.

—¿De qué demonios habla? —preguntó Mesura en tono imperativo—, Soy Mesura Miller.

Fui capturado junto con mi hermanito Alvin hace casi una semana, y vuelvo con mi familia, a Iglesia de Vigor.

—Pero, vaya... ¿No es una historia encantadora? —dijo el soldado. Tiró de la cuerda, que chorreaba agua, y volvió a lanzarla. Esta vez golpeó a Mesura en el rostro. Mesura la cogió de un manotazo, pero el soldado desenvainó la espada—. Listos para disparar, amigos —gritó—. Es un renegado, en efecto...

—¡Renegado! Pero... —Y entonces Mesura comenzó a pensar que algo no marchaba bien en todo aquel asunto. Sabían quién era y aun así querían llevarlo prisionero. Con tres mosquetes y una espada tan cerca, había muchas posibilidades de que lo mataran si intentaba escapar. Era el ejército de los Estados Unidos, ¿verdad? Cuando lo llevaran ante algún oficial, daría sus explicaciones y se aclararía todo. De modo que se echó la cuerda por la cabeza y se ajustó el lazo a la altura del pecho.

Mientras fueron por el arroyo, la cosa no anduvo tan mal, pues por momentos se limitaba a flotar. Pero no tardaron en salir, y entonces lo hicieron andar casi a rastras

mientras se abrían camino entre la espesura. Estaban dando un rodeo hacia el este, por detrás de Iglesia de Vigor.

Mesura intentó hablar, pero le ordenaron que se callara.

—Mira, se nos ha dicho que a los renegados como tú podemos llevarlos vivos o muertos.

Un blanco vestido como un piel roja... Sabemos quién eres.

La conversación le permitió reunir algunos indicios. Era un grupo de exploración a las órdenes del general Harrison. Mesura creyó desfallecer: las cosas habían llegado a tal punto que habían tenido que acudir a ese villano traficante de licor. Y vaya si se había apresurado a prestar su ayuda.

Pasaron la noche en un claro. Hicieron tanto ruido que Mesura no entendió por qué razón a la mañana siguiente no tenían a su alrededor a todos los indios de la región.

Pero al iniciar la jornada, Mesura se negó a ser arrastrado con una cuerda.

—Estoy casi desnudo, no llevo armas. O me matan, o me dejan morir. —Le decían que les daba lo mismo llevarlo vivo o muerto, pero Mesura sabía que era pura cháchara. Eran unos tipos recios, pero no de los que disfrutaban matando hombres blancos a sangre fría.

Por eso terminó a lomos de un caballo, agarrado a la cintura de uno de ellos. Al poco tiempo, llegaron a una zona de caminos y sendas, y pudieron apresurar el paso.

Después del mediodía llegaron a un campamento del ejército. No era gran cosa: tal vez cien hombres de uniforme y otros doscientos formando y desfilando en un campo de instrucción que antes había servido de pastos para el ganado. Mesura no conseguía recordar el nombre de la familia que había vivido allí. Eran gente nueva, que había llegado de la zona aledaña a Ciudad Cartago. Pero no importaba mucho quiénes eran. El general Harrison había instalado su cuartel general en la finca, y los exploradores lo llevaron directamente ante él.

—Ah —dijo Harrison—. Uno de los renegados...

—No soy ningún renegado —dijo Mesura—. Me han venido humillando como a un prisionero durante todo el camino. Juro que los pieles rojas me trataron mejor que sus soldados blancos.

—No me sorprende mucho —comentó Harrison—. Te han tratado muy bien, estoy seguro.

¿Dónde está el otro renegado?

—¿El otro renegado? ¿Se refiere a mi hermano Alvin? ¿Usted sabe quién soy, y así y todo no me dejará volver a casa?

—Más vale que seas tú quien responda a mis preguntas. Luego veré si decido responder a las tuyas.

—Mi hermano Alvin no está aquí, y no vendrá tampoco. Y por lo que ven mis

ojos, me alegro de que no haya venido.

—¿Alvin? Ah, sí, me han dicho que dices ser Mesura Miller. Hum, sabemos que Mesura Miller fue asesinado por Ta-Kumsaw y el Profeta...

Mesura lanzó un escupitajo.

—¿Así que lo sabe? ¿Por unas ropas rotas y ensangrentadas? Pero no me tome el pelo.

¿Cree que no sé lo que trama?

—Llevadlo a la bodega —ordenó Harrison—. Y tratadlo con toda delicadeza...

—Usted no quiere que la gente sepa que estoy vivo, porque entonces ya no lo necesitarían aquí —gritó Mesura—. No me sorprendería saber que usted pagó a los chok-taw para que nos atraparan.

—Si eso fuera verdad —dijo Harrison—, y si yo estuviera en tu lugar, tendría mucho cuidado con lo que decía. Me preocuparía poder llegar vivo a casa algún día. Mírate, jovenzuelo. La piel enrojecida como un cardenal, con un taparrabos y con una cara de loco que parece salido de una pesadilla. No; calculo que si aparecieras muerto de un disparo por error, nadie podría culparnos. Nadie...

—Mi padre se daría cuenta —aseguró Mesura—. No podría engañarlo con semejante embuste, Harrison. Y Soldado de Dios...

—¿Soldado de Dios? ¿Ese alfeñique patético? ¿Ese que no para de decir que Ta-Kumsaw y el Profeta son inocentes y que no tendríamos que disponernos a aniquilarlos?

Ah, Mesura, a ése ya nadie lo escucha...

—Lo harán. Alvin está vivo, y nunca podrá atraparlo.

—¿Y por qué no?

—Porque está con Ta-Kumsaw.

—Ah...¿Y dónde?

—No por estos lares, seguro.

—¿Lo has visto? ¿Y al Profeta?

La mirada de voracidad de Harrison hizo que Mesura contuviera la lengua.

—Vi lo que vi. Y diré lo que me dé la gana.

—Dirás lo que te pregunte, o morirás.

—Pues máteme, porque no pienso hablar. Pero le diré algo: vi al Profeta crear un tornado de una tempestad. Lo vi caminar sobre las aguas. Lo vi profetizar, y sus profecías se cumplen. Sabe todo lo que usted piensa hacer. Usted cree que está haciendo lo que quiere, pero terminará sirviendo a sus propósitos. Espere y verá.

—Pero qué idea tan ridícula —comentó Harrison con una risilla—. Según lo que dices, niño, ¿sirve a sus propósitos que tú estés en mis manos? —Sacudió la mano y los soldados arrastraron a Mesura para llevarlo hasta una bodega subterránea. Lo trataron con toda delicadeza: no quedó sitio de su cuerpo en que no recibiera

puntapiés o puñetazos antes de arrojarlo por las escaleras y trancar la puerta.

Como los tipos venían de Ciudad Cartago, la puerta de la bodega tenía cerrojo, además de la tranca. Mesura fue a hacer compañía a las patatas, zanahorias y arañas; pero desde allí examinó la puerta lo mejor que pudo. Su cuerpo era un gigantesco dolor.

Los arañazos y quemaduras del sol no eran nada comparados con la piel en carne viva de los muslos de tanto montar desnudo. Y eso no hacía sombra siquiera al dolor de los golpes que acababan de propinarle.

Mesura no perdió más tiempo. Comprendía muy bien lo que estaba sucediendo: Harrison nunca lo dejaría con vida. Había enviado la patrulla a buscarlo a él y a Alvin. Si aparecían con vida, echarían a perder todos sus planes, y eso sí que sería una verdadera lástima, pues las cosas marchaban de perilla para Harrison. Después de tantos años, aquí estaba, en Iglesia de Vigor, entrenando a los labriegos para que hicieran de soldados, mientras nadie prestaba oídos a Soldado de Dios. A Mesura no le agradaba mucho el Profeta, pero comparado con Harrison, era un santo de pies a cabeza.

¿Pero lo sería en realidad? El Profeta lo hizo esperar la galopeada. ¿Por qué? Para que partiera por la tarde en lugar de por la mañana. Para que llegara al Tippy-Canoe en el preciso instante en que la patrulla recorría sus aguas. De otro modo, habría ido a Ciudad del Profeta y de allí a Iglesia de Vigor sin toparse con un solo soldado. Nunca lo habrían encontrado, si él no los hubiera oído y llamado su atención. ¿No sería aquello parte del plan del Profeta?

Bueno, ¿y si lo era, qué? Quizás el plan del Profeta fuera bueno, pero quizá, no. Hasta el momento, Mesura no tenía el mejor de los conceptos de él. Pero no pensaba quedarse en una bodega subterránea a esperar el resultado del plan.

Se abrió paso entre las patatas hasta la parte posterior de la estancia. En el cabello y el rostro llevaba más telas de araña de las que deseaba, pero no era hora de andarse con remilgos. No tardó en despejar un sitio al fondo, tras amontonar los tubérculos hacia el frente. Cuando abrieran la puerta, sólo verían una pila de patatas. Ni un solo rastro del hoyo que estaba haciendo.

La bodega era común y corriente. Había sido excavada, entibada, techada y luego, con la tierra del hoyo, se había cubierto la techumbre. Podía excavar ante la pared trasera y aparecer al otro lado del muro sin que nadie lo viera desde la casa. Tenía que cavar con las manos desnudas, pero por suerte la tierra del Wobbish era blanda y fértil. Saldría más parecido a un negro que a un piel roja, pero ya no le importaba mucho.

El problema radicaba que la pared trasera no era de tierra sino de madera. La habían cubierto hasta abajo. Qué gente más cuidadosa... El suelo era de tierra, claro. Pero eso significaba que tendría que excavar por debajo de la pared para luego hacer

un túnel. Y eso le llevaría días, ya no una sola noche. Y en cualquier momento podían sorprenderlo cavando. O sacarlo de allí para matarlo de un tiro. O llamar a los chok-taw para que terminasen lo que habían empezado, para que pareciera que Ta-Kumsaw y el Profeta lo habían torturado. Todo era posible.

Estaba a unos cinco kilómetros de su casa. Eso lo hacía enloquecer. Tan cerca de casa y los suyos ni siquiera lo sospechaban. No tenían ni idea de que él necesitaba su ayuda. Recordó a aquella niña del río Hatrack, la tea, la que años atrás los viera atascados en el río y enviara ayuda. Eso es lo que necesitaba en este momento: alguien que le encontrara en la distancia y le socorriera.

Pero no era muy probable. No, tratándose de Mesura. Si fuera Alvin, ya habrían sucedido ocho milagros, o los que hicieran falta con tal de liberarlo. Pero él era sólo Mesura; tendría que arreglárselas solo.

En los primeros diez minutos de cavar se partió una uña. El dolor fue atroz, y vio que el dedo le sangraba. Si lo vinieran a buscar en ese momento, se darían cuenta de que había estado cavando un túnel. Pero era su única oportunidad. Así pues, siguió cavando, con dolor y todo. Sólo se detenía para apartar alguna patata que rodaba al interior del hoyo.

No tardó en quitarse el taparrabos; lo necesitaba para el trabajo. Aflojaba la tierra con las manos, luego la apilaba sobre el taparrabos y con él la arrojaba fuera del hoyo. No era como tener una pala, pero sí mejor que tener que retirar la tierra puñado a puñado.

¿Cuánto le quedaría? ¿Días? ¿Horas?

EL MONTÍCULO DE LAS OCHO LADERAS

Cerca del río Lamida, la tierra comenzó a transmitir otra sensación. Alvin no lo advirtió de inmediato, en parte porque corría medio dormido, por así decirlo. No lo notó. Al correr era como si todo fuera un largo sueño. Pero cuando Ta-Kumsaw lo condujo a la Tierra del Pedernal, algo cambió en el sueño. Á su alrededor, por muchas imágenes que viera, había diminutos destellos de fuego negro y profundo. No como la nada que acechaba en los confines de su visión; no como esa profunda negrura que devoraba la luz y nunca la soltaba. No, este negro resplandecía y emitía chispas.

Cuando dejaron de correr y Alvin volvió en sí, los fuegos negros se desvanecieron, pero sin desaparecer del todo. Sin detenerse a pensarlo, Alvin fue hacia uno de ellos, que parecía una hoja negra sobre un mar verde, y lo tomó en su mano. Un pedernal de gran tamaño.

—Pedernal para veinte flechas —dijo Ta-Kumsaw.

—Es negro y brilla; quema, pero es frío —repuso Alvin.

Ta-Kumsaw asintió.

—¿Querer ser niño indio? Pues hacer puntas de flecha conmigo...

Alvin no tardó en aprender. Ya había trabajado con piedra antes. Cuando cortaba la roca para la piedra del molino, lo que importaba era que fuera plana y pulida. Cuando se trataba de pedernal, lo que contaba era el filo, no la cara. Sus dos primeras puntas de flechas no fueron muy lucidas, pero luego pudo abrirse camino por entre la piedra y hallar las fisuras y pliegues naturales donde poder partir el pedernal. Su cuarta punta la hizo sin tallar. Sólo empleó sus dedos, y suavemente retiró la punta de la piedra.

El rostro de Ta-Kumsaw no delató la menor expresión. Eso era lo que casi todos los hombres blancos veían en él. Creían que los pieles rojas, y en especial Ta-Kumsaw, nunca sentían nada porque jamás dejaban que nadie viera sus sentimientos. Alvin lo había visto reír, y también llorar, y adquirir todas las expresiones de un hombre. Así pues, sabía que cuando Ta-Kumsaw no dejaba traslucir nada era porque estaba sintiendo un montón de cosas.

—He trabajado mucho con piedra antes de ahora —se disculpó Alvin.

—El pedernal no ser piedra —lo corrigió Ta-Kumsaw—. Piedra ser los guijarros del río, los peñascos. Esto ser roca viva, roca con fuego, ser la tierra dura que se nos ofrece libremente. No torturada y arrancada como hacer el hombre blanco con el hierro.

Levantó la cuarta punta de flecha de Alvin; la que había extraído del pedernal con los dedos.

—El acero nunca poder tener este filo.

—Jamás he visto un filo tan perfecto —reconoció Al.

No haber señales de la talla —dijo Ta-Kumsaw—. No haber huellas. Si un piel roja ver esta punta de flecha, decir «la tierra hacer crecer el pedernal de esta forma».

—Pero tú sabes que no es así. Sabes que es un don que poseo.

—Un don doblegar la tierra —corrigió nuevamente Ta-Kumsaw—. Igual que una rama hundida en el río quebrar la superficie de las aguas. Eso ocurrir con la tierra cuando el hombre blanco usar su don. No ser así contigo.

Alvin se quedó pensando en ello un instante.

—¿Quiere decir que usted puede ver cuando alguien hace un conjuro, prepara un sortilegio o emplea la magia?

—Ser como el olor pestilente que dejar un hombre cuando vaciar la vejiga —dijo Ta-Kumsaw—. Pero tú... lo que tú hacer ser limpio. Ser parte de la tierra. Yo pensar que poder enseñarte a ser piel roja. Pero en cambio, la tierra ofrecerte puntas de flechas como un don.

Nuevamente, Alvin sintió el impulso de disculparse. Ta-Kumsaw parecía enfadado de que el niño pudiese hacer esas cosas.

—Mire... yo no le pedí a nadie este don... Es que salí séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, y soy el decimotercer hijo...

—Ah, vosotros los blancos preocupar por números como siete y trece, que no ser nada para la tierra. La tierra tener números verdaderos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Ser números que cualquiera poder encontrar a su alrededor en el bosque. ¿Pero dónde haber siete? ¿Dónde haber trece?

—Tal vez por eso son tan poderosos... —aventuró Alvin—. Porque no son naturales...

—¿Entonces por qué la tierra amar esto que tú hacer, que no ser natural?

—No lo sé, Ta-Kumsaw. Sólo tengo diez años, y voy para los once.

El jefe se echó a reír.

—¿Diez? ¿Once? Números muy débiles.

Pasaron la noche allí, en los límites de la Tierra de Pedernal. Ta-Kumsaw contó a Alvin la historia del lugar: era la mejor región del mundo para hallar pedernales. Por muchos que se llevaran los pieles rojas, el suelo siempre procuraba más, al alcance de la mano.

En años anteriores, cada tanto, alguna tribu intentaba apoderarse del lugar. Traían a sus guerreros y mataban a todo el que intentaba venir a coger pedernal. De esa forma, creían que serían los dueños de todas las flechas, mientras que los demás no podrían hacer ninguna y quedarían indefensos. Pero nunca daba resultado. No bien la tribu en cuestión ganaba las batallas y se apropiaba de la tierra, el pedernal desaparecía. No quedaba ni uno. Los integrantes de la tribu salían a buscarlo, pero jamás encontraban con qué armar sus flechas. Se marchaban, venía otra tribu y

entonces volvía a aparecer el pedernal, en toda su abundancia.

—Este sitio pertenecer a todos. Aquí todos los pieles rojas estar en paz. Nada de matanzas, nada de guerras, nada de pependencias, o si no, la tribu quedar desprovista de pedernal.

—Ojalá que todo el mundo fuese un sitio así —deseó Alvin.

—Niño blanco, tú escuchar demasiado a mi hermano y comenzar a creerle. No, no, no darme explicaciones. No defenderlo. Él escoger su camino y yo el mío. Yo creer que su camino matar más gente que el mío, tanto indios como blancos.

Por la noche, Alvin soñó. Caminaba alrededor del Montículo de las Ocho Laderas hasta que encontraba un sitio donde parecía abrirse un sendero que ascendía a la colina. En el sueño subía por el camino y llegaba hasta la cima. Los árboles de hojas de plata se agitaban bajo la brisa, y al reflejar la luz del sol, lo cegaban. Iba hasta un árbol, y en él veía un nido de cardenales. Y en cada árbol había lo mismo, un único nido de cardenales.

Menos en uno, que era distinto de los demás. Más añoso, cubierto de nudos, y sus ramas se extendían a lo ancho en lugar de proyectarse hacia arriba. Parecía un frutal. Y las hojas no eran de plata sino de oro, y su fulgor no encandilaba tanto, pues era suave y profundo. En el árbol, veía frutos blancos y redondos, y de algún modo sabía que estaban maduros. Pero al tomar la fruta en sus manos para comerla, escuchaba risas y burlas.

Miraba a su alrededor y descubría a todas las personas que había conocido en su vida, que se reían de él. Salvo una: Truecacuentos. Truecacuentos estaba allí y le decía:

«Come.» Alvin arrancaba un único fruto del árbol, se lo llevaba a los labios y le daba un mordisco. Era jugoso y firme, y de sabor dulce y agrio, salado y amargo al mismo tiempo, tan intenso que lo hacía estremecer. Pero era un sabor delicioso, que deseaba retener para siempre dentro de sí.

Iba a dar un segundo bocado, pero la fruta ya no estaba en su mano, y en el árbol no quedaba ninguna otra.

—Por ahora, todo lo que necesitas es un solo bocado —le decía Truecacuentos—. Recuerda su sabor.

—Jamás lo olvidaré —respondió Alvin.

Todos seguían riendo, más fuerte que nunca; pero Alvin no les prestaba atención.

Había probado la fruta, y lo único que quería era llevar a su familia hasta el árbol para que pudieran comer de él; llevar a todos los que conocía, aun a los extraños, y dejar que lo probaran. Si lo hicieran, sabrían... Alvin tenía la certeza de que sabrían.

—¿Qué sabrían? —preguntaba Truecacuentos.

Al no podía responderle.

—Sólo sabrían. Lo sabrían todo. Todo lo bueno.

—Es cierto —convenía Truecacuentos—. Con el primer bocado, uno sabe.

—¿Y con el segundo?

—Con el segundo, uno vive eternamente. Y más vale que eso no entre en tus planes, niño. No imagines siquiera que podrás vivir para siempre.

Alvin despertó esa mañana con el sabor de la fruta en la boca. Tuvo que obligarse a creer que había sido un sueño. Ta-Kumsaw ya estaba despierto. Había encendido un fuego que comenzaba a hacerse brasas, tras llamar a dos peces del río Lamida. Los había atravesado con unas varitas, y ofrecía una de ellas a Alvin.

Pero Alvin no deseaba comer. Si lo hacía, perdería el sabor de la fruta. Comenzaría a olvidar, y deseaba recordar. Bueno, sabía que en algún momento tendría que comer. Si uno dice que no a la comida todo el tiempo, puede terminar hecho un alfeñique. Pero ese día prefería ayunar.

Aun así, aceptó la varita y miró cómo se asaba la trucha. Ta-Kumsaw le contaba cómo se hace para llamar a los peces y demás animales cuando uno necesita comer. Se les pide que acudan. Si la tierra quiere que uno coma, los animales se acercan; tal vez venga uno distinto del que se llamó, pero uno se lo come igualmente, pues hay que aceptar lo que ofrece la tierra. Alvin pensó en el pez que estaba asando. ¿Acaso la tierra no sabía que esa mañana él no pensaba comer? ¿O enviaba el pez para indicarle que debía alimentarse pese a todo?

Ni lo uno ni lo otro. Porque precisamente cuando la trucha estaba a punto, oyeron pisadas y crujidos. Supieron que se acercaba un hombre blanco.

Ta-Kumsaw se sentó rígido, pero ni siquiera extrajo su cuchillo.

—Si la tierra deja que un hombre blanco llegue hasta aquí, no es mi enemigo —explicó.

En unos segundos, el hombre blanco avanzó hasta el descampado. El poco cabello que le quedaba era cano. Llevaba sombrero. Y sobre el hombro, un morral que parecía vacío, y ningún arma a la vista. Alvin sabía qué contenía el morral: una muda de ropa, un par de cosas que comer y un libro. Un tercio del libro contenía frases de la gente que escribía lo más importante que había visto con sus propios ojos. Los dos últimos tercios del libro, sin embargo, estaban sellados con una banda de cuero. Allí escribía Truecacuentos sus propias historias, aquellas en las cuales creía y que juzgaba importantes.

Pues de él se trataba: Truecacuentos, a quien Alvin había creído no volver a ver en su vida. Y de pronto, al ver a su viejo amigo, Alvin supo por qué habían acudido dos peces al llamado de Ta-Kumsaw.

—Truecacuentos —dijo Alvin—. Espero que estés hambriento, porque aquí hay un pez que acabo de asar para ti.

Truecacuentos sonrió.

—Me alegro de verte, Alvin. Y me alegro de ver ese pez.

Le tendió la varita. Truecacuentos se sentó sobre la hierba, frente a Alvin y Ta-Kumsaw.

—Te lo agradezco sinceramente —repitió el hombre. Extrajo su cuchillo y comenzó a rebanar lonjas de carne. Le quemaron los labios, pero apenas se detuvo para lamérselos y acabó con la trucha sin muchos miramientos. Ta-Kumsaw también se comió la suya, mientras Alvin los miraba. Pero el jefe no apartó la vista del recién llegado una sola vez.

—Este es Truecacuentos —anunció Alvin—. Es el hombre que me enseñó a curar.

—Yo no te enseñé —corrigió Truecacuentos—. Sólo te di alguna idea de cómo aprender de ti mismo. Y te convencí de que lo intentarás. —Truecacuentos se dirigió a Ta-Kumsaw—. Iba a dejarse morir antes de usar su don para sanarse. ¿Puede usted creer algo semejante?

—Y éste es Ta-Kumsaw —lo presentó.

—Ah, lo supe en el mismo momento en que lo vi. ¿Sabía que es una verdadera leyenda entre los blancos? Es como Saladino durante las Cruzadas: lo admiran más que a sus propios héroes, aun cuando saben que ha jurado luchar hasta expulsar al último blanco de América.

Ta-Kumsaw no dijo palabra.

—He conocido unos veinte niños que llevaban su nombre, todos de raza blanca. Y qué historias... Me han contado que usted salvó cautivos blancos de ser quemados vivos, que llevó alimentos a la gente que echó de sus propias tierras para que no murieran de hambre. Hasta he creído algunas de ellas.

Ta-Kumsaw acabó su pez y depositó la varita sobre el fuego.

—Y mientras venía hacia aquí oí contar otra historia: que usted había capturado a dos blancos de Iglesia de Vigor y que había enviado sus ropas ensangrentadas a la familia de los jóvenes. Que los torturó hasta la muerte para mostrar sus intenciones de acabar con cada hombre, mujer y niño blanco. Que para usted ya no era momento de hacerse el civilizado, y que de ahora en adelante emplearía el terror más absoluto para echar de América a todos los hombres blancos.

Ta-Kumsaw habló por primera vez desde que llegara Truecacuentos.

—¿Tú creer eso?

—Pues no —confesó Truecacuentos—. Pero porque ya sabía la verdad. Como verá, traigo mensaje de una niña que conocí... bueno, hoy es toda una jovencita. Es una carta...

Extrajo un papel plegado de su abrigo: eran tres hojas cubiertas de escritura. Las tendió a Ta-Kumsaw.

Sin siquiera mirarlas, Ta-Kumsaw las pasó a Alvin.

—Tú leerme el mensaje.

—Pero si sabes leer en inglés...

—Aquí no.

Alvin miró la carta, en toda su extensión, y para su sorpresa también se encontró incapaz de leer. Las letras le resultaban familiares. Al examinarlas podía deletrear: E-L-L-H-A-C-E-D-O-R-T-E-N-E-C-E-S-I-T-A. Así comenzaba el texto, pero para Al no tenía sentido. Ni siquiera podía asegurar en qué idioma estaba escrito.

—Yo tampoco puedo leerla —dijo, tendiéndola a Truecacuentos.

El hombre la contempló un minuto, luego rió y la introdujo nuevamente en el bolsillo de su abrigo.

—Bueno, ésta sí que es una historia digna de figurar en mi libro. Un sitio donde los hombres no pueden leer...

Para sorpresa de Alvin, Ta-Kumsaw sonrió.

—¿Ni siquiera tu poder?

—Sé lo que dice, porque la he leído antes —explicó—. Pero hoy no logro descifrar una sola palabra. Aunque sepa lo que quiere decir por separado. ¿Dónde estamos?

—En la Tierra del Pedernal —repuso Alvin.

—A la sombra del Montículo de las Ocho Laderas —continuó Ta-Kumsaw.

—Creía que ningún hombre blanco podía entrar aquí... —dijo Truecacuentos.

—Yo creer lo mismo hasta ahora —admitió Ta-Kumsaw—. Pero aquí haber un niño blanco y un hombre blanco.

—He soñado contigo esta noche —intervino Alvin—. Soñé que me encontraba en lo alto del Montículo de las Ocho Laderas, y que tú estabas conmigo, explicándome cosas.

—Ni en sueños —rechazó Truecacuentos—. Dudo que en el Montículo de las Ocho Laderas haya algo que yo pueda explicar a nadie.

—¿Cómo poder llegar hasta aquí si no saber que venir camino de la Tierra del Pedernal?

—La niña me dijo que subiera por el Musky-In-gum, y que cuando viera un peñasco blanco a la derecha, tomara la senda que se abría hacia la izquierda. Dijo que encontraría a Alvin Miller Júnior sentado junto a Ta-Kumsaw, asando pescado.

—¿Quién te dijo todo eso? —quiso saber Alvin.

—Una mujer —repuso—. Una tea. Me dijo que la viste en una visión, Alvin, dentro de una torre de cristal, no hará todavía una semana. Fue ella quien retiró la membrana que te cubría el rostro al nacer. Desde entonces ha estado observándote, con su don de tea.

Entró a esa torre contigo y vio a través de tus ojos.

—El Profeta dijo que había alguien además de nosotros... —recordó Alvin.— También miró a través de los ojos de él, y vio todos sus futuros. El Profeta morirá.

Mañana por la mañana. De un disparo que saldrá de la escopeta de tu propio padre, Alvin.

—¡No! —gritó el niño.

—A menos... —prosiguió Truecacuentos—. A menos que Mesura llegue a tiempo para mostrar a tu padre que está vivo, y que Ta-Kumsaw y el Profeta nunca le hicieron daño, ni a él ni a ti.

—Pero si Mesura se marchó hace días...

—Así es, Alvin. Pero fue capturado por hombres del gobernador Harrison. Está en su poder, y hoy, tal vez en este mismo momento, alguno de sus soldados esté poniendo fin a su vida. Rompiéndole los huesos, partiéndole el cuello. Mañana, Harrison atacará Ciudad del Profeta con sus cañones, y los matará a todos. A todos. Correrá tanta sangre que las aguas del Tippy-Canoe se volverán rojas, y el Wobbish se teñirá de escarlata hasta su confluencia con el Hio.

Ta-Kumsaw se puso de pie de un salto.

—Tener que volver. Yo...

—Sabe bien lo lejos que está —le aconsejó Truecacuentos—. Sabe dónde se encuentran sus guerreros. Aun cuando corriera sin parar noche y día, con la velocidad de la que sois capaces los pieles rojas...

—Mañana al mediodía poder llegar...

—Ya estará muerto para entonces —dijo Truecacuentos.

Ta-Kumsaw profirió un angustioso grito de dolor. Los pájaros graznaron y echaron a volar del páramo.

—Un momento. Aguardad un momento. Si no hubiese nada que pudiésemos hacer, la niña no me habría pedido que emprendiera este viaje, ¿verdad? ¿No veis que estamos participando en un plan que nos supera? ¿Por qué razón tuvieron que ser Mesura y Alvin los blancos que raptaron esos chok-taw comprados por Harrison? ¿Cómo es que estáis aquí, igual que yo, en el día en que más se nos necesita?

—Ellos necesitarnos allá —sostuvo Ta-Kumsaw

—No lo creo —dijo Truecacuentos—. Si nos necesitaran allá, allí estaríamos. Pero se nos necesita aquí.

—Tú ser como mi hermano, tratar de encajarme en sus planes.

—Ojalá fuese como su hermano, Ta-Kumsaw. Él tiene visiones, y ve lo que sucede, mientras que yo sólo llevo la carta de una tea. Pero aquí estoy, y aquí está usted, y si no tuviéramos algo que hacer juntos, le guste o no, estaríamos en otro lado.

A Alvin no le agradaba toda esa conversación sobre lo que inevitablemente iba a suceder. ¿Quién era responsable de los designios? ¿De qué hablaba Truecacuentos?

¿Acaso eran marionetas? ¿Acaso alguien los estaba manipulando según lo que sintiera que debía ocurrir?

—Si alguien está al frente de todo esto —dijo Alvin—, pues se pasa de listo. No

me imagino cómo va a sacarnos de semejante jaleo...

Truecacuentos sonrió.

—Veo que no te inclinas precisamente por la religión, niño...

—No creo que nadie nos esté obligando a hacer todo esto.

—Yo no he dicho tal cosa —corrigió Truecacuentos—. Sólo dije que nunca hay nada tan terrible que no se pueda hacer algo para mejorarlo...

—Pues bien, me gustaría que me dieran alguna idea —continuó Alvin—. ¿Qué dijo esa tea que yo debía hacer?

—Dijo que tenías que subir a la montaña y curar a Mesura. No me preguntes nada más, porque ella no aclaró nada. En esta región no veo ninguna montaña que merezca ese nombre, y Mesura está en la bodega subterránea que hay detrás de la casa de Vinegar Riley.

—Conozco el lugar. He estado allí. Pero no puedo... Mejor dicho, nunca intenté curar a nadie que no estuviera delante de mí.

—Basta de hablar —interrumpió Ta-Kumsaw—. El Montículo de las Ocho Laderas llamarte en sueños, niño blanco. Este hombre venir a decirte que tú subir a la montaña. Todo comenzar cuando uno trepar al Montículo. Si poder...

—Ciertas cosas terminan en el Montículo de las Ocho Laderas... —aventuró Truecacuentos.

—¿Qué saber hombre blanco sobre este lugar?

—Nada —se apresuró a responder Truecacuentos—. Pero estuve ante el lecho de muerte de una mujer irrakwa, hace muchos años. Me contó lo más importante de su vida: era la última irrakwa que había posado y jamás posaría de nuevo los pies en el Montículo de las Ocho Laderas.

—Los irrakwa haberse vuelto blancos en su corazón —explicó Ta-Kumsaw—. El Montículo de las Ocho Laderas ya no dejarlos entrar.

—Pero yo soy blanco... —dijo Alvin.

—Problema muy interesante —repuso Ta-Kumsaw—. El Montículo darte la respuesta. Tal vez respuesta ser que si no subir, todos morir. En marcha.

Los condujo por el sendero que les abrió la tierra, hasta que llegaron a una colina escarpada, densamente poblada de árboles y matorrales espinosos. No había camino.

—Este ser el lado del Piel Roja —explicó Ta-Kumsaw—. Por aquí trepar pieles rojas. El sendero haber desaparecido. No poder subir por aquí.

—¿Y por dónde, entonces?

—¿Cómo saberlo? —se preguntó Ta-Kumsaw.

La historia decir que si uno trepar por lado diferente, encontrar monte diferente. La historia decir que si trepar por la Ladera de los Constructores, encontrar su antigua ciudad, que subsistir dentro del Montículo. Si uno trepar por la Ladera de las Bestias, hallar tierra donde un inmenso búfalo ser rey. Este monarca ser un animal extraño,

con cuernos que salir de la boca y nariz como serpiente terrible. Y ante él inclinarse en reverencia enormes pumas con dientes como espadas. ¿Quién saber si estas historias ser verdad? Nadie ascender por esas laderas...

—¿Existe alguna Ladera del Hombre Blanco? —preguntó Alvin.

—Piel Roja, Remedio, Constructor, Bestia. No conocer los nombres de los demás lados —dijo Ta-Kumsaw—. Tal vez alguna ser Ladera del Hombre Blanco. Adelante.

Los hizo rodear la colina. El Montículo se alzaba a la izquierda. Pero no apareció ningún sendero. Alvin reconoció todo lo que veía. Su sueño de la noche anterior era verdad al menos en que Truecacuentos estaba con él y en que rodeaba el Montículo antes de escalarlo.

Llegaron a la última de las laderas. No había sendero. Alvin se dirigió a la próxima.

—No servir de nada —dijo Ta-Kumsaw—. Ser ocho laderas, ninguna conducir hacia arriba.

La próxima ser Ladera del Piel Roja.

—Lo sé —repuso Alvin—. Pero el sendero está aquí.

Y allí estaba, recto como una flecha. Justo en el límite compartido entre la Ladera del Piel Roja y la lajera desconocida que había inmediatamente antes.

—Tú ser mitad piel roja —afirmó Ta-Kumsaw.

—Sube —dijo Truecacuentos.

—En mi sueño, tú venías conmigo —recordó Alvin—

—Tal vez —admitió el hombre—. Pero, a decir verdad, no veo el camino del cual vosotros habláis. Para mí, este lado es igual que todos los restantes. Tengo que suponer que no he sido invitado.

—Tú ir —ordenó Ta-Kumsaw—. Deprisa.

—Entonces tú vienes conmigo... —pidió Alvin—. Tú también ves el sendero, ¿no es así?

—Yo no soñar con el Montículo —dijo Ta-Kumsaw— Y lo que tú ver allí, ser mitad lo que ver un piel roja y mitad un nuevo sitio que yo nunca poder contemplar. Ir ahora, no perder más tiempo. Mi hermano y tu hermano morir si tú no cumplir lo que la tierra querer de ti.

—Tengo sed —dijo Al.

—Beber allí —repuso Ta-Kumsaw— si el Montículo ofrecerte agua. Comer, si ofrecerte alimento. Al posó los pies en el sendero y comenzó a trepar. Era una ladera abrupta, pero había raigones de los cuales se podía agarrar. Con todo, el camino no tardó en nivelarse y tornarse más llano.

Había creído que el Montículo era una única elevación, con ocho laderas. Pero ahora veía que cada lado formaba un montecillo separado, dispuesto de forma tal que en el centro de todos ellos quedaba una cuenca, redonda y profunda. El valle parecía

inconmensurable, y los montículos lejanos, remotos y distantes. ¿No había rodeado Alvin las ocho laderas esa misma mañana junto a Ta-Kumsaw y Truecacuentos? Por dentro, el Montículo de las Ocho Laderas era mucho mayor que lo que dejaba traslucir pOr fuera.

Descendió cautelosamente por la pendiente tapizada de hierba. Seguía un relieve irregular; el césped era frío, y el suelo, firme y húmedo. Al parecer, el trayecto descendente era mucho más largo que el que lo había llevado hasta arriba. Cuando por fin llegó al pie del valle, se encontró al borde de un llano poblado de árboles de hojas plateadas, al igual que en su sueño. De modo que había sido un sueño real, que le mostró un lugar que existía, como jamás podía haber imaginado...

¿Pero cómo se suponía que debía hallar a Mesura y curarlo? ¿Qué tenía que ver el Montículo con todo eso? Ya era mediodía. Les había llevado su tiempo rodear la elevación. Mesura ya debía estar a punto de morir, y él no tenía la menor idea de cómo curarlo.

Lo único que se le ocurrió fue caminar. Pensó que tendría que cruzar el valle y recorrer alguna de las otras colinas, pero sucedió un fenómeno extraño: cuanto más andaba y más árboles de hojas plateadas dejaba atrás, más se alejaba de él el monte que se erguía por delante. Eso lo alarmó: ¿y si había caído en una trampa de la cual nunca podría salir? Dio la vuelta y regresó al punto de partida. En unos minutos llegó al punto por donde sus huellas descendían hasta el pie de la ladera. Sin duda, había estado caminando mucho más rato en la dirección opuesta. Repitió la prueba y comprobó que el valle se extendía ilimitadamente en cualquier dirección, salvo en aquella por la cual había llegado. En ésa, era como si siempre estuviera en el centro mismo del Montículo, por mucho que hubiera caminado para llegar hasta allí.

Alvin buscó el árbol de las hojas de oro y el fruto puro y blanco, pero no supo dar con él. No lo sorprendió. El sabor de la fruta seguía en su boca desde el sueño de la noche anterior. No podría volver a paladearlo, despierto o dormido, pues un segundo mordisco lo haría vivir eternamente. No le importó mucho perderse ese bocado. La muerte todavía no le quitaba el sueño a un niño de su edad.

Oyó el rumor de un curso de agua. Era un arroyo de aguas frías y límpidas que corría presuroso sobre las rocas. Era imposible, desde luego: el valle del Montículo de las Ocho Laderas estaba completamente cerrado. Si el agua fluía con tal velocidad, ¿cómo era que no se formaba un lago en el valle? ¿Cómo era que ningún arroyo salía hacia el exterior desde el monte? ¿Y de dónde podía surgir semejante corriente? Se trataba de un montículo levantado por el hombre, como todas las demás elevaciones dispersas por la región, aunque ninguna otra era tan antigua. Pero en los montículos erigidos por el hombre no hay manantiales. Era algo tan imposible que lo hizo comenzar a sospechar.

Pero si se detenía a pensarlo, en su corta vida había presenciado unas cuantas

cosas imposibles, y ésta distaba de ser la más peculiar.

Ta-Kumsaw le había dicho que bebiera, si el montículo le ofrecía agua. Así pues, se puso de rodillas y sació su sed hundiendo el rostro en la superficie del arroyo y sorbiendo el líquido directamente con la boca. Pero el sabor de la fruta no desapareció. En todo caso, después de beber se hizo aún más intenso.

Se sentó en la orilla, a estudiar la ribera opuesta del arroyo. El agua fluía allí de otra forma. En realidad, lamía la orilla como si fuera el oleaje del océano. Tras pensarlo unos instantes, Alvin notó que el contorno de la ribera opuesta se parecía mucho al mapa de la costa este que Soldado de Dios le había mostrado una vez. El recuerdo se le presentó con nitidez.

Allí donde la línea se arqueaba hacia afuera, estaba Carolina, en las Colonias de la Corona. Aquella bahía profunda era Chase-a-pick, y allí estaba la boca del Potty-Mack, que formaba la frontera entre los Estados Unidos y las Colonias de la Corona.

Alvin se puso de pie y echó a andar a través del arroyo.

Era de hierba. No vio ríos ni pueblos, fronteras ni caminos. Pero desde la costa podría calcular bien dónde estaba el Hio, y dónde este mismo montículo. Avanzó dos pasos y, de buenas a primeras, aparecieron Ta-Kumsaw y Truecacuentos sentados en el suelo ante él, mirándolo con un asombro mayúsculo.

—Al final, os decidisteis a subir —dijo Alvin.

—Claro que no, hijo —repuso Truecacuentos—. Hemos estado aquí desde que tú partiste.

—¿Por qué regresar? —preguntó Ta-Kumsaw.

—Pero si no bajé... Estoy aquí, en el valle del montículo.

—¿Valle? —preguntó Ta-Kumsaw.

—Estamos aquí, al pie del monte —explicó Truecacuentos.

Entonces Alvin comprendió. No con palabras, sino con ideas, lo suficiente para ponerlas en práctica. Debía emplear lo que el montículo le había dado; podía viajar sobre la faz de la tierra de ese modo, surcando cientos de kilómetros con un solo paso, y ver a quienes necesitaba encontrar. A quienes conocía. A Mesura. Alvin se tocó la frente a modo de saludo para despedirse de los dos hombres que le estaban aguardando. Dio un pequeño paso y desaparecieron.

Encontró Iglesia de Vigor con suma facilidad. La primera persona a quien vio fue Soldado de Dios, que oraba de rodillas. Alvin no le dijo nada, por temor a que lo interpretara como una aparición de los muertos. ¿Dónde estaría Soldado? ¿En su tienda?

En tal caso, la finca de Vinegar Riley quedaría al este del pueblo. Dio la vuelta.

Vio a su propio padre, junto a Ma. Pa estaba bruñendo las balas de mosquete que dispararía. Y Ma le hablaba en voz baja, imperiosa. Estaba enfadada, igual que Pa.

—Mujeres y niños. Eso encontraréis en la ciudad. Aunque el Profeta y Ta-

Kumsaw hayan matado a tus hijos, las mujeres y los crios no tienen nada que ver. Si alzas tu mano contra ellos, no serás mejor que el peor de los indios. No quiero volver a verte en esta casa. Si matas a uno solo, jamás volveré a verte. Lo juro, Alvin Miller.

Pa seguía puliendo. Sólo se detuvo para decir:

—Mataron a mis hijos...

Alvin trató de responder, abrió la boca para decir:

—¡Pa, no estoy muerto!

Pero no dio resultado. No logró pronunciar un solo sonido. No había llegado hasta allí para presentarse ante sus padres, tampoco. Debía encontrar a Mesura, o la bala de Papá daría muerte al Hombre Refulgente.

No estaba muy lejos. Con menos de un paso bastaría. Avanzó el pie apenas, y Ma y Pa desaparecieron. Divisó a Calma y a David, que disparaban sus armas, probablemente para ejercitar su puntería. Y a Previsión y a Moderación, que limpiaban el cañón de sus escopetas. Vislumbró otras gentes, que no distinguió con claridad, pues no era a ellas a quienes buscaba. Por fin, apareció Mesura.

Debía estar muerto. Tenía el cuello partido, a juzgar por el ángulo en que colgaba la cabeza, como las piernas y los brazos. Alvin no osó moverse, pues temía viajar varios kilómetros en un instante y perder a Mesura como a los demás. Se quedó inmóvil, enviando su don al cuerpo de su hermano, que yacía sobre la tierra ante él.

Jamás había sentido tanto dolor en toda su vida. No era el dolor de Mesura, sino el de su propio ser. Alvin sentía cómo debían ser las cosas en su forma correcta; dentro del cuerpo de su hermano no había nada que estuviera en su lugar. Había partes de él que agonizaban. La sangre estaba detenida en el vientre, acabando allí con su vida. El cerebro ya no se conectaba con el resto del organismo. Era el caos más espeluznante que Alvin hubiese presenciado nunca; todo andaba mal. Tan mal, que sólo de verlo se sintió herido y dejó escapar un grito de dolor. Pero Mesura no lo oyó. Mesura ya no podía oír. Si no había muerto, estaba al filo mismo de la muerte. Eso, seguro.

Primero, Alvin fue al corazón. Seguía latiendo, pero en las venas no quedaba ya mucha sangre. Estaba toda estancada en el vientre y el pecho de Mesura. Eso era lo primero que Alvin debía reparar: sanar las arterias y venas, y devolver la sangre a su sitio para que fluyera por los cauces correctos.

Pero todo llevaba tiempo. Las costillas estaban rotas, y los órganos, perforados. Debía unir todos los huesos sin tener siquiera una mano que lo ayudara a poner las cosas en el sitio debido... Algunos estaban tan destrozados que no sabía por dónde empezar. Tendría que esperar a que Mesura recobrarla la conciencia para que él mismo lo ayudara.

Conque Alvin no tuvo más remedio que introducirse en el cerebro de Mesura y en los nervios que le recorrían la columna, para sanarlo todo y dejarlo en condiciones.

Mesura despertó con un largo y escalofriante grito de agonía. Estaba vivo, y el

dolor regresaba con más nitidez y claridad que antes. «Lo siento, Mesura. No puedo curarte sin dejar que el dolor retorne. Y debo sanarte, pues si no morirá mucha gente inocente.»

Alvin ni siquiera advirtió que ya era de noche, y que aún tenía por delante la mitad de su tarea.

TIPPY-CANOE

Esa noche, nadie durmió en Ciudad del Profeta, salvo los niños. Todos los adultos sentían el ejército de blancos que los rodeaba; los conjuros y sortilegios que emitían las tropas de blancos resonaban como trompetas y dianas en el sentido de la tierra de los indios.

No todos tuvieron el coraje de mantener su juramento, ahora que la muerte a hierro y fuego se acercaba a cada minuto. Pero al menos lo cumplieron hasta cierto punto: reunieron a sus familias y abandonaron Ciudad del Profeta, escabullándose silenciosos por entre las compañías de soldados blancos, sin que los vieran ni los oyeran. Sabiendo que no podrían morir sin defenderse, se marcharon, para que ni un solo piel roja mancillara la perfección del voto del Profeta: negarse a luchar.

Tenskwa-Tawa no se asombró al enterarse de que algunos se habían marchado; al contrario, le sorprendió que tantos se hubiesen quedado. Casi todos. Cuántos creían en él... Cuántos demostrarían su confianza en la sangre. Temía el momento del amanecer: el dolor de una sola muerte cercana lo había maldecido con interminables años de ruido negro.

De acuerdo, el dolor había sido tan terrible porque se trataba del asesinato de su padre, pero ¿acaso amaba menos a su pueblo?

Sin embargo, debía repeler el ruido negro, mantenerse alerta, pues si no, todas aquellas muertes serían en vano. Si su sacrificio no sirviera para algo, no los habría llevado hasta ese punto. Tantas veces se había acercado a la torre de cristal para hallar el modo de aproximarse a ese día, para dar con algún camino que condujera al bien... Lo mejor que pudo encontrar fue dividir la tierra: india, al oeste del Mizzipy; blanca, al este del río. Pero incluso aquello podía lograrse sólo a través del más estrecho de los senderos. Mucho dependía de los jóvenes blancos, mucho de Tenskwa-Tawa, mucho del mismo Asesino Blanco Harrison. Pues en todos aquellos senderos en los que Harrison mostraba misericordia, la masacre de Tippy-Canoe no servía para detener la destrucción de los pieles rojas y, con ellos, de toda la tierra. En todos esos caminos, el indio se consumía, confinado en reservas minúsculas de suelo desértico, mientras todo el resto de la tierra pasaba a manos del hombre blanco, que la sometía brutalmente, que la desnudaba, la martirizaba y la ultrajaba. En todos esos caminos, el hombre blanco la obligaba a dar inmensas cantidades de alimentos que sólo imitaban la verdadera cosecha, alimentos envenenados por medio de trucos de alquimista. También el hombre blanco sufría, en esas visiones del futuro, pero pasarían muchas generaciones antes de que comprendiera lo que había hecho. Con todo, allí, en Ciudad del Profeta, mañana, el futuro podía convertirse en un camino, muy poco probable, pero mejor. Un sendero a partir del cual la tierra podría vivir, pese a todo, y aun así a costa de ser abatida. Un sendero que conduciría, algún día, a

una ciudad de cristal que atrapaba la luz del sol y hacía de ella visiones de la verdad para todos aquellos que vivieran allí.

Ésa era la esperanza de Tenskwa-Tawa: poder aferrarse a su brillante visión durante todo el dolor que traería el día de mañana, y convertir ese dolor, esa sangre? ese ruido negro de muerte en un acontecimiento capaz de cambiar el mundo.

Tenskwa-Tawa sintió el alba inminente aun antes de que asomaran sobre el horizonte los primeros rayos del sol. La sintió, en parte, en el estremecimiento de vida que bullía al este. Su sentido era mucho más agudo que el de cualquier otro piel roja. Pero también la sintió en el movimiento de los blancos que se preparaban para encender la mecha de sus cañones. Cuatro fuegos, ocultos —y por eso mismo revelados— mediante conjuros y hechizos. Cuatro cañones, dispuestos a aniquilar la ciudad, hasta la última choza.

Tenskwa-Tawa caminó por el poblado, murmurando. Lo escucharon, y despertaron a los niños. Los blancos pensaban matarlos durante el sueño, para que las tiendas y chozas no tuvieran rostros. Pero en cambio, los pieles rojas emergieron en la oscuridad, andando a paso firme hacia el amplio páramo que servía de punto de reunión. No había lugar suficiente para que todos se sentaran. Y así, permanecieron de pie, los hijos rodeados por el abrazo de sus padres, aguardando a que el hombre blanco derramara su sangre.

—La tierra no beberá nuestra sangre —había prometido Tenskwa-Tawa—. Correrá hasta el río, y allí la retendré. Y emplearé el poder de tantas vidas y tantas muertes para mantener la tierra con vida y confinar al hombre blanco a las tierras que ya ha capturado y empezado a asesinar.

Así pues, Tenskwa-Tawa fue hasta la vera del Tippy-Canoe, mientras veía el llano colmarse de gente. Cuántos de ellos morirían ante él por creer en sus palabras...

—Hoy quédese conmigo, señor Miller —dijo el general Harrison—. Hoy vengaremos la sangre de su familia. Quiero que tenga el honor de descargar el primer disparo de esta guerra.

Mike Fink observaba al molinero desesperado que introducía la bala en el cañón de su mosquete. Mike conocía la sed de muerte que había en esos ojos. Era una especie de locura que se apoderaba de un hombre hasta hacerlo peligroso, capaz de cosas que excedían sus límites normales. Mike estaba feliz de que ese molinero no supiera cómo y cuándo había muerto su hijo. Ah, el gobernador Bill nunca le había dicho quién era ese joven, pero Mike Fink no se chupaba el dedo, y no necesitaba que se lo dijeran. Harrison estaba jugando sus cartas hábilmente, pero Fink se daba cuenta de algo: el gobernador haría cualquier cosa con tal de encumbrarse y tener control sobre más tierras y más gente. Y sabía que Harrison sólo lo retendría a su lado mientras siguiera siéndole útil.

Pero, hay que decirlo, lo curioso del caso era que Mike Fink no se consideraba un

asesino. Para él, la vida era una carrera donde la muerte era la recompensa para los que quedaban segundos, pero no se trataba de asesinato, pues era una lucha limpia. Como cuando acabó con Matute. Éste no debió ser tan imprudente. Podía haber notado que Mike no estaba en la orilla con los demás tripulantes. Si Matute hubiera sido astuto y precavido, vaya, tal vez habría muerto el mismo Mike Fink. Matute perdió la vida porque perdió la carrera en que ambos participaban.

Pero el joven de ayer, ése no corría. No participaba. Sólo quería ir a su casa. Mike Fink jamás había luchado contra un hombre que no deseaba pelear; jamás había matado a un hombre que no hubiese estado dispuesto a matarlo a él primero a la menor oportunidad.

Hasta ayer. Ayer, por primera vez, había matado a alguien porque se lo habían ordenado, y no fue de su agrado. En absoluto. Ahora veía que, en opinión de Harrison, Mike había asesinado a Matute del mismo modo: porque se lo habían ordenado. Pero no era así. Y ese día Mike Fink miró a los ojos al padre del joven, vio la ira grabada en su mirada y le dijo en silencio: «Estoy con usted. Estoy de acuerdo con que el asesino de su hijo debe morir.»

Pero había un problema: ese hombre era el mismo Mike Fink. Y la vergüenza lo invadía.

Con los indios de Ciudad del Profeta ocurría lo mismo. ¿Qué clase de competición era aquélla, despertarlos con el silbido de la metralla atravesando los toldos de sus tiendas, quemándolos vivos, despedazándoles el cuerpo a todos? A niños, mujeres y ancianos...

«No es mi forma de pelear», pensó Mike Fink.

La primera luz de la alborada asomó en el firmamento. Ciudad del Profeta era un cúmulo de sombras, pero la hora había llegado. Alvin Miller apuntó el mosquete al centro mismo del poblado, y disparó.

Segundos más tarde, los cañones atronaron con su réplica. Y de inmediato, la ciudad se vistió con la primera llamarada.

Los cañones volvieron a disparar. Pero de las tiendas no salió una sola alma dando gritos. Ni siquiera de las que estaban en llamas.

¿No se daban cuenta? ¿No veían que en Ciudad del Profeta no quedaba un solo indio?

Y si todos se habían marchado, era porque estaban al tanto del ataque. Y si estaban al tanto, eso quería decir que acecharían en una emboscada. O tal vez hubieran escapado O tal vez...

Mike Fink sintió que su amuleto de la suerte estaba ardiendo. Sabía lo que eso significaba: era hora de largarse. Algo realmente malo le sucedería si permanecía en aquel lugar.

Así pues, se escabulló entre las filas de soldados. Bah, apenas habían entrenado

un par de días a esos rústicos labriegos. Nadie reparó en Mike Fink. Estaban demasiado entretenidos viendo arder las tiendas. Alguno, por fin, parecía darse cuenta de que en la ciudad india no había nadie y lo comentaba con preocupación. Mike no dijo nada y continuó marchando hacia el arroyo.

Los cañones estaban en las tierras altas; sonaban muy remotos. Mike emergió de los árboles en un área despejada que corría hasta el río. Allí se detuvo un instante y observó.

El alba era sólo una franja gris en la distancia, pero lo que vio era inconfundible: miles y miles de pieles rojas, de pie, apretados unos contra otros en el páramo. Algunos lloraban en silencio. Sin duda, tenían que haber recibido algunas balas y fragmentos de metralla perdidos, pues dos de los cañones estaban emplazados del lado opuesto a la ciudad, apuntando en esa dirección. Pero no daban muestra alguna de intentar defenderse. No era una emboscada. No tenían armas. Los pieles rojas se habían congregado allí para morir.

A lo largo de la ribera había unas cuantas canoas. Mike Fink arrastró una hasta la corriente y subió a ella. Y navegó aguas abajo, rumbo a la confluencia del Wobbish con el Hio. Lo de hoy no sería una batalla, sino una masacre. Y ésa no era la forma en que peleaba Mike Fink. Casi todo el mundo tiene un límite que no está dispuesto a traspasar.

En la oscuridad de la bodega, Mesura no pudo ver si Alvin estaba realmente allí o no.

Pero sentía su voz, suave e imperiosa, que remontaba la cresta de su dolor.

—Estoy tratando de curarte, Mesura, pero necesito que me ayudes.

Mesura no podía responder. La voz era una de las tantas cosas que no podía controlar.

—Te he arreglado el cuello, algunas de las costillas y las tripas que tenías rotas —dijo Alvin—. Y los huesos del brazo izquierdo estaban bastante ordenados, de modo que pude dejarlos en condiciones. ¿Lo sientes?

Era cierto: del brazo izquierdo no le llegaba dolor. Lo movió. Le descalabró el resto del cuerpo, pero pudo gobernarlo y hasta sentir algo de fuerzas en él.

—Las costillas —dijo Alvin—. Están salidas para afuera. Tienes que volver a ponerlas en su lugar.

Mesura empujó un hueso y casi se desmayó del dolor.

—No puedo.

—Tienes que poder.

—Haz que no duela...

—Mesura, no sé cómo. Es necesario que te muevas. Debes soportarlo. Puedo arreglarte todo lo que pongas en su sitio, y entonces ya no te dolerá más. Pero primero necesito que lo endereces. Venga...

—Hazlo tú.

—No puedo.

—Extiende el brazo y hazlo, Alvin. Ya tienes diez años. Sí que puedes hacerlo...

—No puedo.

—Una vez te corté el hueso, te salvé la vida. Eso hice por ti...

—Mesura, no puedo hacerlo porque no estoy aquí.

Era una tontería. Mesura decidió que estaba soñando. Pero si estaba soñando, ¿por qué había tenido que escoger precisamente un sueño donde todo dolía tanto?

—Empuja el hueso, Mesura.

Alvin no se iba. Conque Mesura tuvo que empujar, y vaya si le dolió. Pero Alvin hacía bien su trabajo: al poco tiempo, el sitio donde había enderezado el hueso ya no le dolía.

Era interminable. Estaba tan despedazado que el dolor parecía no tener fin. Pero entre punzada y punzada, mientras Alvin sanaba lo que él acomodaba, Mesura fue explicando lo que le habían hecho, y Alvin le contó lo que él sabía. Mesura no tardó en darse cuenta de que había en juego mucho más que salvar la vida de un joven sepultado en una bodega.

Por fin, todo concluyó. Mesura casi no podía creerlo. Había experimentado tanto sufrimiento durante tantas horas que no sentir dolor le resultaba de lo más extraño.

Escuchó el ruido atronador de los cañones.

—¿Lo oyes, Alvin? —preguntó.

Alvin no oía nada.

—Ya han empezado los cañonazos...

—Corre, entonces. Ve tan deprisa como puedas.

—Alvin, estoy encerrado en una bodega subterránea. Y han atrancado la puerta por fuera.

Alvin soltó una salva de imprecaciones que dejaron pasmado a Mesura. ¿Dónde habría aprendido el niño semejantes palabras?

—Mira, Alvin. Aquí detrás tengo un hoyo a medio cavar. Tú tienes tanta mano para la piedra que se me ocurre... Digo si aflojaras la tierra, podría cavar más rápido...

Y así lo hicieron. Mesura se introdujo en el hoyo y cerró los ojos. Y fue arañando la tierra y arrojándola a manotazos por encima de su cabeza. Nada que ver con la labor del día anterior que casi le había hecho perder los dedos. Ahora, la tierra se desmoronaba al menor contacto, y allí donde caía se volvía compacta y firme, de modo que ni siquiera debía preocuparse por retirarla del hoyo. Con los pies apisonaba los terrones flojos, y todo su cuerpo trabajaba en un mismo afán.

«Estoy nadando por la tierra», pensó. Y comenzó a reír. Era tan fácil y tan extraño...

Su risa terminó cuando asomó la cabeza fuera del hoyo. Estaba detrás de la

puerta. El cielo comenzaba a resplandecer: en cualquier momento saldría el sol. Los cañonazos habían cesado. ¿Sería demasiado tarde? ¿Habría terminado ya todo? Pero quizás estuvieran dejando enfriar las armas. O trasladándose a otro sitio. O tal vez los indios se las hubiesen ingeniado para apoderarse de los cañones.

Pero ¿sería eso algo bueno? Bien o mal, sus hermanos y su padre estaban librando esa batalla, y si los indios ganaban, tal vez muriese alguno de los suyos. Una cosa era saber que los pieles rojas estaban en lo justo y que los blancos se equivocaban, y otra muy distinta querer la derrota de la propia familia. La derrota y tal vez la muerte. Tenía que detener la contienda. Echó a correr como nunca en su vida. Ya no oía la voz de Alvin, pero Mesura no necesitaba quien lo alentara. Y más que correr, voló.

En el camino se cruzó con dos personas. Una fue la señora Hatch, que conducía su carreta, cargada de provisiones. Cuando vio a Mesura profirió un grito; llevaba un taparrabos por todo atuendo, y más sucio no podía estar. Nadie podía culparla si creía estar ante un piel roja dispuesto a arrancarle la cabellera. Saltó de la carreta y echó a correr despavorida antes de que Mesura pudiera siquiera llamarla por su nombre. Bueno mejor para él. Casi arrancó un caballo de la yunta, lo montó a pelo y salió al galope rogando que el animal no tropezara y lo arrojara al suelo.

La otra persona que se cruzó en su camino fue Soldado de Dios. Estaba de rodillas en el prado comunal, frente a su tienda, dejando el alma en cada oración mientras los cañones vomitaban su fuego y los mosquetes detonaban al otro lado del río. Mesura lo saludó, y Soldado levantó la vista y lo miró como si estuviera presenciando la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Mesura! —exclamó—. ¡Detente! ¡Detente!

Mesura tenía toda la intención de seguir, de decir que no tenía tiempo, pero Soldado se interpuso en medio del sendero y al caballo no se le ocurrió esquivarlo, de modo que tuvo que detenerse al fin.

—¡Mesura! ¿Eres un ángel o estás vivo?

—Vivo, mal que le pese a Harrison. Trató de asesinarme, eso hizo. Estoy vivo, igual que Alvin. Todo esto es un plan siniestro de Harrison, y debo detenerlo de inmediato.

—Pero no puedes ir así —insistió Soldado—. Espera, te digo. No puedes presentarte cubierto de mugre y vestido con un taparrabos. Alguien podría pensar que eres un piel roja y dispararte sin darte tiempo a explicar nada.

—Pues entonces sube al caballo y dame tus ropas por el camino.

Así Soldado trepó al caballo y partieron al galope hacia el cruce del río.

La esposa de Peter el botero estaba a cargo del trasbordador. Un vistazo a Mesura le bastó para saber todo lo que necesitaba.

—Deprisa —lo urgió—. Es algo terrible: el río se está volviendo rojo.

Sobre el trasbordador, Soldado se quitó las ropas mientras Mesura se hundía en el

río, mitad agua mitad sangre, para quitarse la roña que lo cubría. No salió limpio, pero sí algo más parecido a un hombre blanco. Mojado aún, se puso la camisa y los pantalones de Soldado, y luego el chaleco. No le sentaba bien: Soldado era más pequeño que él. Aun así, Mesura se apretujó dentro de la chaqueta.

—Siento tener que dejarte en paños menores —se disculpó.

—Me pasaría el día desnudo ante todas las damas de la iglesia si eso sirviera para detener esta masacre —repuso Soldado. Si dijo más, Mesura no lo escuchó, pues ya se encontraba nuevamente en camino.

Nada era como Alvin Miller Sénior había pensado. Se había imaginado disparando su mosquete contra la misma horda de salvajes enloquecidos que había torturado y matado a sus hijos. Pero la ciudad resultó estar vacía, y hallaron a todos los indios congregados en el Páramo del Orador como si se dispusieran a escuchar un sermón del Profeta. Miller jamás había sospechado que hubiese tantos pieles rojas en Ciudad del Profeta, pues nunca los había visto a todos juntos en un mismo lugar. Pero eran indios, ¿o no? Disparó su mosquete igual, como todos los demás: tirar y cargar, sin siquiera mirar si había acertado. ¿Quién podía errar, si todos estaban tan juntos? Se sentía ávido de sangre; loco de furia y de deseos de matar. No reparó en que los demás hombres se iban serenando. Que ya no tiraban con tanta frecuencia. Él sólo cargaba y disparaba, cargaba y disparaba acercándose un metro más cada vez, retirándose del resguardo del bosque para internarse en el descampado. Sólo dejó de apuntar cuando acercaron los cañones al lugar. Les cedió el paso, mientras observaba cómo barrían franjas y franjas de los indios que componían la multitud.

Y entonces advirtió por primera vez lo que sucedía con los pieles rojas, lo que estaban haciendo, lo que no estaban haciendo. No gritaban. No se defendían. Se limitaban a permanecer allí de pie, hombres, mujeres y niños, mirando a los hombres blancos que los aniquilaban. Ni uno solo volvía la espalda a la lluvia de metralla. Ni un padre intentaba defender a su hijo de la explosión. Sólo aguardaban y morían.

Las descargas abrían huecos en la muchedumbre; lo único que detenía la lluvia de metal eran los cuerpos. Miller los vio caer. Los que podían se ponían nuevamente de pie, o al menos de rodillas, o asomaban la cabeza para que la próxima ráfaga de metralla terminara con ellos.

«¿Qué es esto? ¿Acaso quieren morir?»

Miller miró a su alrededor. Él y los hombres que lo rodeaban se erguían sobre un mar de cadáveres. Ya habían llegado a la zona que ocuparan las primeras filas de indios. A sus pies yacía el cuerpo de un niño no mayor que Alvin, acurrucado. Alguna bala de mosquete le había volado un ojo. «Tal vez una bala disparada por mí», pensó Miller. «Tal vez yo maté a este niño.»

Durante los silencios que se producían entre las salvas de los cañones, Miller escuchaba llantos y sollozos. Pero no de indios. No de los que aún quedaban

apretujados en una masa cada vez más reducida y más cerca del río. No. Quienes lloraban eran sus compañeros, los hombres blancos que tenía a su lado, sus vecinos. Algunos de ellos hablaban, imploraban. «Basta ya», decían. «Basta con esto.»

«Por favor, basta.» ¿Le hablaban al cañón? ¿O a los hombres y mujeres pieles rojas, que insistían en quedarse allí, sin escapar ni gritar de terror? ¿O a sus hijos, que se enfrentaban a las armas con igual bravura que sus padres? ¿O le hablaban al dolor atroz y desgarrador que les perforaba el corazón, de ver lo que habían hecho, lo que estaban haciendo y lo que harían aún?

Miller notó que la sangre no era absorbida por la hierba que tapizaba el prado. Manaba de las heridas de los caídos, formaba hilos, brazos y grandes mantos encarnados que fluían por la ladera del páramo y se dirigían al arroyo Tippy-Canoe. El sol de aquella clara mañana refulgía carmesí sobre la superficie ensangrentada del riachuelo.

Y mientras contemplaba la escena, vio que las aguas del arroyo se tornaban en cristal.

El sol ya no danzaba sobre el río; al contrario, se reflejaba en él como en un espejo, cegándolo casi. Pero aún podía distinguir a un indio solitario que caminaba sobre las aguas, como se decía de Jesús, plantado en mitad del arroyo.

Ya no había sollozos a su alrededor, sino un grito que hallaba eco en las voces de más y más hombres. «¡Dejad de disparar! ¡Deteneos! ¡Abajo las armas!» Y luego otros, que hablaban del hombre que caminaba sobre las aguas.

Se oyó un clarín. Los hombres guardaron silencio.

—¡Hora de acabar con ellos, hombres! —gritó Harrison. Montaba un brioso corcel y marchaba por la pradera cubierta de sangre. Ninguno de los campesinos estaba junto a él, pero sus soldados uniformados lo seguían en línea, bayoneta en mano. Donde antes había diez mil pieles rojas, sólo quedaba un campo de cadáveres y tal vez unos mil sobrevivientes reunidos cerca de las aguas al pie de la loma.

En ese momento apareció a toda carrera un joven blanco vestido con ropas demasiado estrechas, con los pies desnudos, la chaqueta y el chaleco sin abotonar, el cabello húmedo y revuelto, el rostro empapado y sombrío. Pero Miller lo reconoció, aun antes de escuchar su voz.

—¡Medida! —exclamó—. ¡Medida, hijo mío!

Arrojó el mosquete y corrió sobre el manto de indios, hacia la colina, al encuentro de su hijo.

—¡Medida, hijo mío! ¡Estás vivo! ¡Vivo!

Resbaló en la sangre, o tal vez tropezó con algún cuerpo, y cayó. Las manos chapotearon en un río rojo, salpicándole el rostro y el pecho.

Oyó la voz de Medida, a menos de diez metros de él, que gritaba para que todos lo oyeran:

—Los indios que me capturaron fueron pagados por Harrison. Ta-Kumsaw y el Profeta me salvaron. Cuando llegué aquí, hace dos días, los soldados de Harrison me apresaron para que no dijera la verdad. Incluso trató de matarme. —Mesura hablaba lentamente y con toda claridad. Nadie se perdió una sola palabra, era imposible no atender—. Todo esto ha sido un plan de él, desde el principio. Los pieles rojas son inocentes. Estáis matando a gente inocente.

Miller se puso de pie y levantó las manos por encima de su cabeza. La sangre corrió espesa por sus brazos. Y en su garganta creció un grito, fruto de la angustia y la desesperación.

—¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! —El clamor resonó y se reprodujo en cien, doscientas, trescientas voces.

Y allí estaba el general Harrison, en su brioso corcel, delante de todos. Hasta sus propios soldados habían dejado caer las armas.

—¡Es una burda mentira! —exclamó Harrison—. Jamás he visto a este joven! Alguien está tratando de perjudicarme.

—No es ninguna mentira —gritó Mesura—. Aquí está su pañuelo. Ayer me lo metieron en la boca para amordazarme mientras me partían los huesos.

Miller vio el pañuelo en la mano de su hijo. En letras grandes y elegantes, llevaba bordadas las iniciales «WHH». No había hombre en ese ejército que no hubiese visto alguna vez esos pañuelos. Y entonces habló uno de los soldados. —¡Es cierto! Llevamos a este joven al destacamento hace dos días...

—No sabíamos que era uno de los jóvenes que habían desaparecido.

Por todo el páramo flotó un grito agudo y estremecedor. Todos dirigieron la mirada al Profeta tuerto, que se erguía sobre las aguas sólidas y púrpuras del Tippy-Canoe.

—¡Ven a mí, pueblo! —exclamó. Los indios sobrevivientes marcharon lentamente y sin vacilar hacia las aguas. Atravesaron el riachuelo y se reunieron al otro lado.

—¡Toda mi gente, en marcha! Los cuerpos se revolvieron. Los blancos que estaban entre ellos gimieron de espanto. Pero no eran los muertos quienes se levantaban para echar a andar. Eran sólo los heridos que aún respiraban. Se ponían de pie con paso tambaleante. Algunos intentaban llevar consigo a los niños, pero no tenían fuerzas.

Miller vio y sintió la sangre que empapaba sus manos. Debía hacer algo, ¿o no? Fue hasta una mujer que luchaba por andar, por ofrecer sostén a su marido. Quiso tomar al pequeño que había en sus brazos y cargarlo en su lugar. Pero al aproximarse, ella lo miró de frente, y en los ojos de la mujer halló su propio reflejo: el rostro blanco, ojeroso, salpicado de sangre las manos teñidas de escarlata. Aunque diminuto, el reflejo fue tan claro como si hubiese estado frente a un espejo. No podía

posar esas manos sobre la criatura.

Algunos hombres blancos también intentaron ayudar, pero debieron haber visto algo semejante a lo que sintió Miller, pues retrocedieron como ante el fuego.

Tal vez unos mil heridos se pusieron de pie y trataron de llegar al arroyo. Muchos de ellos se desplomaron y murieron antes de llegar. Los que arribaron, cruzaron el arroyo con pasos vacilantes, y allí fueron socorridos por los más sanos.

Miller notó algo peculiar: los pieles rojas heridos y los ilesos habían surcado el páramo, habían caminado a través del río teñido de rojo, sin llevar en sus manos y pies una sola gota de sangre.

—¡Todo mi pueblo, los muertos...! La tierra dice «volved a mí».

A su alrededor, el llano estaba cubierto de cadáveres. Hacía sólo una hora habían sido hombres y mujeres con vida. Al oír las palabras del Profeta, los cuerpos se estremecieron, se desmoronaron, se desmigajaron para hundirse en la hierba del prado. En un minuto desaparecieron, y el césped volvió a brotar, verde y tupido. El último hilo de sangre se deslizó por la ladera, como gotas de agua sobre una plancha al rojo vivo, y se incorporó al arroyo escarlata.

—Ven a mí, amigo Mesura. —El Profeta habló suavemente y le tendió su mano.

Mesura dio la espalda a su padre y avanzó por la ladera verde hasta el borde de las aguas.

—Ven hasta mí —dijo el Profeta.

—No puedo caminar sobre la sangre de tu pueblo repuso el joven.

—Mi pueblo dio su sangre para sostenerte. Ven hasta mí, o comparte la maldición que caerá sobre todos los hombres blancos del páramo.

—Entonces me quedaré —dijo Mesura—. Si hubiera estado en su lugar, creo que habría hecho lo mismo que ellos. Si ellos son culpables, yo también lo soy.

El Profeta asintió.

Cada uno de los hombres que había allí sintió algo húmedo, viscoso y tibio en las manos. Algunos gritaron. Desde el codo hasta los dedos, chorreaban sangre. Otros trataban de limpiarse en los faldones de la camisa. O buscaban las heridas sin poder encontrarlas. No estaban heridos. Sólo les sangraban las manos.

—¿Queréis tener las manos limpias de la sangre de mi pueblo? —preguntó el Profeta. Ya no gritaba, pero todos entendieron perfectamente sus palabras.

Y sí, sí; querían tener las manos limpias.

—Entonces id a vuestras casas y contad esta historia a vuestras esposas e hijos, a los vecinos, a los amigos. Explicad toda la historia. Sin omitir nada. No digáis que alguien os engañó; todos sabíais que estabais disparando sobre personas indefensas, y que eso es asesinato. No importa que, para algunos de vosotros, los nuestros hayan cometido algún crimen.

Cuando vosotros disparabais contra niños en los brazos de sus madres, a

pequeños, ancianos y mujeres los matabais porque somos indios. Contad la historia tal como ha sucedido, y si decís la verdad, vuestras manos quedarán limpias.

En todo el llano no había un solo hombre que no llorara o temblara de vergüenza.

Tener que contarle todo a sus esposas e hijos, a sus padres, a sus hermanos y hermanas... parecía imposible de soportar. Pero si no lo hacían, sus manos ensangrentadas contarían la historia en su lugar. Y eso era más de lo que se atrevían a pensar siquiera.

Pero el Profeta aún no había concluido.

—Si llega algún extraño, y no se lo contáis todo antes de dormir, la sangre regresará a vuestras manos y allí se quedará hasta que lo contéis todo. Así será por el resto de vuestras vidas. Cada hombre y mujer que conozcáis tendrán que escuchar la historia completa de vuestros labios, o vuestras manos chorrearán sangre una vez más. Y si, por cualquier razón, volvéis a matar a otro ser humano, vuestras manos y rostros sangrarán para siempre, aun en la tumba.

Asintieron, aceptaron. Era justo, más que justo. No podían devolver las vidas de tantos muertos, pero sí asegurarse de que nunca se mintiera con respecto al modo en que acabaron sus vidas. Nadie podría decir jamás que Tippy-Canoe fue una victoria, ni siquiera una batalla: fue una masacre perpetrada por el hombre blanco, donde ni un solo piel roja levantó una mano para defenderse o ejercer violencia. No había excusa ni atenuante; y así se sabría.

Sólo quedaba algo pendiente: la culpa del hombre de brioso corcel.

—Asesino Blanco Harrison —llamó el Profeta —Ven a mí.

Harrison sacudió la cabeza y trató de alejar su caballo; las riendas resbalaron de sus manos manchadas de sangre y el animal echó a andar veloz por la ladera. Todos los hombres blancos lo miraron en silencio, aborreciéndole por haberles mentido, por haberlos azuzado, por haber descubierto la muerte que anidaba en sus corazones y por haber apelado a ella. El caballo le llevó hasta la orilla. Miró altanero al piel roja tuerto que una vez se sentara bajo su mesa implorando unas gotas más de whisky.

—Tu maldición será la misma —dijo el Profeta—, salvo que tu historia será mucho más larga y terrible de contar. Y no aguardarás a que lleguen extraños para hablar; cada día de tu vida tendrás que encontrar alguien que nunca haya escuchado la historia de tus propios labios, y se la contarás. ¡Cada día de tu vida! Si no lo haces así, tus manos chorrearán sangre. Y si decides esconderte y vivir con las manos teñidas de rojo antes que buscar alguien a quien contárselo, entonces sentirás el dolor de las heridas de mi pueblo, cada día una nueva herida. Hasta que vuelvas a explicar la historia, una vez por cada día que no cumplas. Tampoco intentes suicidarte, pues no podrás hacerlo. Tu destino será ir de una punta a la otra de esta tierra del hombre blanco. La gente te verá venir y se esconderá; temerá el sonido de tu voz; suplicará que alguien se detenga a escucharte. La gente llegará a olvidar tu nombre y te llamará

por el que hoy te has ganado: Tippy-Canoe. Ése será tu nuevo nombre, Asesino Blanco Harrison. Tu verdadero nombre, hasta que mueras de muerte natural, muy, pero que muy viejo.

Harrison se inclinó sobre las crines del caballo y lloró sobre sus manos ensangrentadas. Pero no con lágrimas de arrepentimiento ni de aflicción, sino de furia.

Eran lágrimas de ira, porque sus planes se habían visto frustrados. Mataría al Profeta en ese mismo instante, si pudiera. Buscaría a lo largo y a lo ancho de la tierra un brujo o hechicero que pudiera acabar con su maldición. No podía soportar que ese miserable indio tuerto lo derrotara.

Mesura habló al Profeta desde la costa.

—¿Adonde irás ahora, Tenskwa-Tawa?

—Al oeste —repuso—. Con mi pueblo, con los que aún creen en mí, al oeste del Mizzipy.

Cuando contéis vuestra historia, decid esto al hombre blanco: que las tierras al oeste del Mizzipy son del piel roja. No vayáis allí. La tierra no puede tolerar el contacto del pie blanco. Vosotros exhaláis muerte; vuestra pisada es veneno; vuestras palabras, embustes; la tierra viviente no os acepta.

Les dio la espalda, caminó hacia los indios que aguardaban en la orilla opuesta y ayudó a un niño herido a ascender por la ladera que se internaba en la espesura. Detrás de él, las aguas del Tippy-Canoe comenzaron a fluir nuevamente.

Miller descendió por la loma hasta donde estaba su hijo.

—Mesura —dijo—. Mesura, Mesura...

El joven se volvió para abrazar a su padre.

—Alvin está vivo, Padre, al este de aquí. Acompaña a Ta-Kumsaw, y él...

Pero Miller lo hizo callar. Levantó las manos de su hijo. De ellas chorreaba sangre, como de las de Miller. El hombre meneó la cabeza con pesar.

—Es por mi culpa... por mi culpa...

—No todo es culpa tuya, Padre —lo consoló Mesura—. Hay culpa suficiente para que todos llevemos nuestra parte.

—Pero tú no tienes culpa, Hijo. En tus manos está mi vergüenza.

—Bueno, entonces tal vez la sientas menos, puesto que somos dos para compartirla. —Mesura estrechó a su padre, tomándolo por los hombros—. Hemos visto lo peor de lo que es capaz el hombre, Pa, y hemos sido lo peor que un hombre puede ser. Pero eso no significa que algún día no podamos ver lo mejor, también. Y si después de esto ya no podemos ser perfectos, pues así y todo podremos ser más buenos, ¿verdad?

«Quizá», pensó Miller. Pero lo dudaba mucho. O acaso dudaba poder creerlo, aun cuando fuese cierto. Nunca más podría contemplar su corazón y sentirse bien ante lo

que viera.

Allí, en la ribera, aguardaron a los demás hijos de Miller. David, Calma, Previsión y Moderación fueron llegando, también con las manos bañadas en sangre. David lloró al verse teñido de rojo.

—Ojalá hubiera muerto en el río Hatrack, junto con Vigor.

—No digas eso —lo detuvo Calma.

—Estaría muerto, pero limpio.

Los mellizos no abrieron la boca. Se sostenían las manos frías y pegajosas.

—Debemos regresar a casa —recordó Mesura.

—No —dijo Miller.

—Estarán preocupadas —insistió Mesura—. Ma, las niñas, Cally.

Miller recordó su despedida de Fe.

—Dijo que si yo... que si esto...

—Ya sabemos cómo es Ma, pero también sabemos que tus hijos te necesitan como padre, y ella no te dejará fuera.

—Tendré que decirle lo que hemos hecho...

—Sí. Y también a las mujeres, y a Cally. Cada uno de nosotros debe decírselo. Y Calma y David harán lo mismo con sus esposas. Mejor hacerlo ahora y limpiarnos las manos, y seguir viviendo de hoy en adelante. Todos juntos, todos en este momento. Y yo también tengo una historia que contarles, sobre Alvin y yo. Cuando hayamos terminado con este horror, yo contaré mi historia, ¿qué os parece? ¿Os quedaréis a escucharla?

Soldado los recibió en el Wobbish. El trasbordador ya estaba al otro lado, todavía descargando, y los demás hombres se habían llevado los botes con que cruzaran la noche anterior. De modo que tuvieron que esperar.

Mesura se quitó la chaqueta y los pantalones cubiertos de sangre, pero Soldado no quiso ponérselos. No acusó a nadie, pero ninguno de los demás se atrevió a encarar la mirada de su cuñado. Mesura lo apartó a un lado y le contó lo de la maldición, mientras el trasbordador regresaba lentamente a través del río. Soldado lo escuchó, y luego fue hasta Miller, que se encontraba de espaldas a él, contemplando la orilla opuesta.

—Padre... —dijo Soldado de Dios.

—Tenías razón, Soldado —repuso Miller, sin mirarlo. Levantó las manos—. Aquí está la prueba de que tenías razón...

—Mesura me ha dicho que debo escuchar la historia una vez por boca de cada uno de vosotros —dijo, volviéndose para incluirlos a todos—. Pero después de eso, nunca más saldrá de mi boca otra palabra sobre este asunto. Sigo siendo vuestro hijo y hermano, si me aceptáis; mi esposa es vuestra hija y hermana, y vosotros, la única familia que tengo aquí.

—Para tu vergüenza... —musitó David.

—No me castigáis por tener las manos limpias —dijo Soldado.

Calma le tendió su mano sangrienta. Soldado la estrechó sin vacilar, con firmeza, y luego la soltó

—Mirad eso —dijo Calma—. Me has tocado y la sangre ha aparecido también en tu mano.

Como respuesta, Soldado tendió la misma mano ensangrentada a Miller. Y al cabo de un instante, Miller la aceptó. El apretón de manos se prolongó hasta que llegó la balsa. Y entonces se dirigieron a su hogar.

HOMBRE DE DOS ALMAS

Truecacuentos despertó al amanecer, con la conciencia inmediata de que algo no andaba bien. Era Ta-Kumsaw: estaba sentado sobre la hierba, con el rostro vuelto al oeste, meciéndose adelante y atrás y respirando pesadamente, como si soportara un dolor oscuro y atroz. ¿Estaría enfermo?

No. Alvin había fracasado. Era el comienzo del sacrificio. El dolor de Ta-Kumsaw no provenía de su propio cuerpo; el pueblo de Ta-Kumsaw moría, en algún lugar lejano, y lo que sentía no era pesar ni aflicción, sino el dolor de sus muertes. Aun para un piel roja excepcionalmente dotado como Ta-Kumsaw, sentir la muerte desde tan lejos sólo podía significar que se trataba de muchas, muchas almas desfallecientes.

Como tantas otras veces, Truecacuentos dirigió unas pocas palabras mudas a Dios, que siempre se reducían a una misma pregunta: «¿Por qué nos metes en todos estos problemas, si al final no sirve de nada?» Truecacuentos no podía soportar tanta futilidad.

Ta-Kumsaw y Alvin, por su lado, corriendo; Truecacuentos, por el suyo, llegando a la mayor velocidad que puede conseguir un hombre blanco, luego Alvin, subiendo al Montículo de las Ocho Laderas. Y total ¿para qué? ¿Acaso se salvará alguna vida? Son tantos los que mueren que Ta-Kumsaw lo siente a muchas millas del Wobbish.

Y, como de costumbre, una vez finalizadas sus preguntas no fue mucho lo que Dios tenía que decir.

Truecacuentos no sintió deseos de interrumpir a Ta-Kumsaw. O, mejor dicho, adivinó que Ta-Kumsaw no tenía muchos deseos de ponerse a conversar con un hombre blanco en este momento tan especial. Sin embargo, sintió que una visión crecía en su seno. No como las que se rumorea que tienen los profetas, ni una visión de imágenes íntimas. Las visiones de Truecacuentos se presentaban en palabras, y no sabía de qué trataba hasta que sus propias palabras se lo decían. Aun así no se consideraba un profeta: sus visiones nunca eran de las que cambiaban el mundo, sino de las que lo registraban, de las que lo comprenden. Con todo, en ese momento no pensó si su visión valdría la pena o no.

Venía, y debía asentarla. Pero como en ese sitio se encontraba privado de la facultad de escribir, no podía registrarla en su libro. ¿Qué otra cosa cabía, entonces, sino expresarla en voz alta?

Y así fue como Truecacuentos habló, formando versos pareados al recitar, pues ésa era la forma de expresar una visión: en poesía. Al principio fue un cuento confuso, y Truecacuentos no pudo decidir si aquello que lo cegaba mientras las palabras acudían a sus labios era la luz terrible de Dios o la de Satán. Sólo supo que, fuera quien fuese, cualquiera de los dos que hubiese traído semejante holocausto al

mundo, merecía ampliamente la ira de Truecacuentos. Por eso no puso reparos a vapulearlo con su lenguaje.

Todo se redujo a estas palabras, que brotaron en un caudal tan intenso que Truecacuentos apenas se detuvo a respirar y, en realidad, no hubo la menor interrupción en el ritmo de su elegía. Su voz se fue haciendo más y más poderosa a medida que los versos fueron saliendo de su ser y se estrellaron contra el áspero muro de aire que lo rodeaba, como si se atreviera a llegar a los oídos mismos de Dios para que Él se lamentara de sus lamentos:

Y cuando hube proclamado mi reto,
el sol vaciló en el firmamento;
la luna, que distante rutilaba,
blanca tornóse, nivea y lacerada,
y el último hombre de la faz de la tierra
supo el pesar, el dolor, la aflicción y la carencia.

Dios llameó en mi camino; el sol, ceniciento
ante los arcos de la mente y las flechas
del pensamiento.

Mi arco, tenso de ardor, anhela,
mis flechas refulgen, cual dorada mostela;
mi padre y mis hermanos marchan
en la mañana bajo el cielo
que derrama sangre humana...

—¡Basta!

Era Ta-Kumsaw. Truecacuentos aguardó con la boca abierta: todavía le faltaba verter más palabras, más angustia. Pero Ta-Kumsaw no sería desobedecido.

—Haber terminado —sentenció.

—¿Murieron todos? —murmuró Truecacuentos.

—Desde aquí no poder sentir vida —repuso Ta-Kumsaw—. Sentir muerte... el mundo estar desgarrado como un paño viejo, ya no poder ser reparado... —La desesperación se convirtió de inmediato en frío odio—. Pero sí poder limpiarse...

—Si hubiese podido evitarlo, Ta-Kumsaw.

—Sí, tú ser un buen hombre, Truecacuentos. Entre vosotros haber algunos buenos. Soldado de Dios Weaver ser uno de ellos. Y si todos los blancos venir como tú a aprender de la tierra, no haber esta guerra entre nosotros.

—No hay guerra entre usted y yo, Ta-Kumsaw...

—¿Poder tú cambiar el color de tu piel? ¿Poder yo cambiar la mía?

—No se trata de nuestra piel, sino de nuestro corazón...

—Cuando nosotros, todos los pieles rojas, ponerse a un lado del campo, y los blancos, del otro, ¿dónde ponerte tú?

—En el medio, suplicando a ambas partes que...

—Tú quedarte con tu gente, y yo, con la mía.

¿Cómo podía discutir con él? Quizá tuviera el coraje de rehusar semejante elección.

Pero quizá no.

—Ruego a Dios que nunca llegue esa hora.

—Ya haber llegado, Truecacuentos —afirmó Ta-Kumsaw—. Desde este día, ya no tener problemas para reunir por fin mi ejército de pieles rojas...

Las palabras saltaron de labios de Truecacuentos antes de que pudiera detenerlas:

—En tal caso, ha elegido usted una tarea atroz, si ella requiere que mueran tantas buenas personas.

Ta-Kumsaw respondió con un rugido y se abalanzó de inmediato sobre el anciano, derribándolo sobre la hierba. La mano derecha de Ta-Kumsaw aferró los pocos cabellos de Truecacuentos y la izquierda, su garganta.

—Morir todos los hombres blancos que no escapar al otro lado del mar.

Pero no pensaba matarlo. Aun en medio de tanta furia, Ta-Kumsaw no quería estrangular a Truecacuentos. Al cabo de un momento, el indio se apartó y rodó a un lado, hundiendo el rostro en la hierba, con los brazos y las piernas extendidos para tocar la tierra con todo su ser.

—Lo siento —se disculpó Truecacuentos—. No estuvo bien que hablase así.

—¡Lolla-Wossiky! —gritó Ta-Kumsaw—. Ta-Kumsaw no querer haber tenido la razón, hermano. —¿Está vivo? —preguntó Truecacuentos. —Yo saber —respondió Ta-Kumsaw.

Volvió el rostro para posar la mejilla sobre el césped. Pero lanzó una mirada a Truecacuentos que bien podía haberlo matado—. Truecacuentos, las palabras que tú decir... ¿Qué significar? ¿Qué ver tú?

—No vi nada —repuso. Y entonces, sólo entonces supo la verdad, mientras decía —: Estaba poniendo palabras a la visión de Alvin. Es lo que él vio. Mi padre y mis hermanos marchan en la mañana. Los cielos derraman sangre humana. Su visión, en mi poema.

—¿Y dónde estar el niño? —preguntó Ta-Kumsaw—. Toda la noche en el Montículo, ¿y ahora, dónde estar? —Ta-Kumsaw se puso de pie de un salto, orientándose hacia el Montículo de las Ocho Laderas, hacia el mismo centro—. Nadie permanecer la noche entera. El sol haber salido, y él no llegar. —Ta-Kumsaw giró abruptamente para enfrentarse a Truecacuentos—. No poder bajar.

—¿A qué se refiere?

—Necesitar a mí —dijo—. Poder sentirlo. En él haber una terrible herida. Todas sus fuerzas estar desangrándose en la tierra.

—¿Qué hay en esa colina? ¿Qué lo ha herido? —¿Quién poder decir qué hallar

dentro un niño blanco? —se preguntó Ta-Kumsaw. Luego volvió a mirar hacia el Montículo, como si hubiera sentido una nueva llamada—. Sí —dijo, y luego avanzó rápidamente hacia la elevación.

Truecacuentos lo siguió, sin comentar la incongruencia: Ta-Kumsaw juraba declarar la guerra al hombre blanco hasta que el último de ellos hubiera muerto o partido de esta tierra, y sin embargo corría al Montículo de las Ocho Laderas para salvar a un niño blanco.

Se detuvieron en el sitio por donde había trepado Alvin.

—¿Puede ver el lugar? —preguntó Truecacuentos.

—No haber camino —dijo Ta-Kumsaw.

—Pero si usted lo vio ayer...

—Ayer haber camino —repuso el jefe.

—Entonces, busque otro sendero —sugirió Truecacuentos—. Suba por otro lado...

—Otro camino no conducir al mismo lugar.

—Vamos, Ta-Kumsaw... El Montículo será grande, pero no tanto como para que no pueda encontrar a alguien al cabo de una hora.

Ta-Kumsaw miró a Truecacuentos con infinito desdén.

Desconcertado, el anciano habló con menos confianza.

—Conque hay que seguir el mismo camino para llegar a un mismo lugar...

—¿Cómo saberlo? Nunca haber oído que alguien suba por un camino y otro después seguirlo por la misma senda.

—¿Nunca ha subido con otras personas?

—Este ser el sitio donde la tierra hablar con todas las criaturas que morar en ella. La voz de la tierra ser la hierba y los árboles; su adorno, las bestias y aves.

Truecacuentos sospechó que, si quería, Ta-Kumsaw bien podía hablar en inglés como cualquier otro hombre blanco. No: como un blanco bien instruido. Morar; adorno... ¿Dónde habría oído esas palabras en el territorio del Hio?

—¿Entonces no podremos subir? El rostro de Ta-Kumsaw no reveló expresión alguna.

—Bueno, yo digo que subamos de todas formas. Sabemos qué camino tomó.

Tomémoslo, pues, aunque no lo veamos.

Ta-Kumsaw no respondió. —¿Va a quedarse aquí dejando que muera solo? Como respuesta, Ta-Kumsaw dio un único paso que los puso frente a frente; no, pecho a pecho.

Ta-Kumsaw lo tomó de la mano, rodeó con su otro brazo al anciano y lo estrechó contra su cuerpo. Sus piernas quedaron entrelazadas; Truecacuentos imaginó por un momento el aspecto que tendrían, si alguien pudiese verlos. Estaban tan juntos que no se podía decir de quién era cada pierna. Sintió el palpitar del corazón de Ta-Kumsaw.

Su ritmo era más imperioso en el cuerpo de Truecacuentos que el latido imperceptible de su propio pulso caliente.

—No ser dos hombres —murmuró Ta-Kumsaw—. Aquí no haber un hombre blanco y un piel roja, separados por la sangre. Nosotros ser un hombre de dos almas, una india y otra blanca. Un solo hombre.

—Muy bien —dijo Truecacuentos—. Que sea como usted diga.

Aún sosteniendo a Truecacuentos con firmeza, Ta-Kumsaw giró dentro del abrazo; sus cabezas se unieron mejilla contra mejilla, las orejas tan cerca que Truecacuentos no pudo escuchar otra cosa que el pulso de Ta-Kumsaw, como un batir de olas inmensas dentro de su oído. Pero ahora que sus cuerpos parecían palpitar al unísono, Truecacuentos vio claramente un sendero que recorría la ladera del Montículo.

—Tú ¿ver...? —comenzó Ta-Kumsaw.

—Lo veo.

—Mantenerte así de cerca —ordenó Ta-Kumsaw—. Ahora tú y yo ser como Alvin: un alma india y un alma blanca en un solo cuerpo.

Era incómodo y hasta ridículo tratar de trepar por el montículo de ese modo. Pero en cuanto se separaban, por poco que fuera, el sendero parecía hacerse más difícil, como si se ocultara detrás de alguna enredadera caprichosa, de un arbusto, de una rama prominente. Por ello, Truecacuentos se aferró a Ta-Kumsaw con tanto afán como ponía Ta-Kumsaw para adherirse a él. Y juntos realizaron el penoso ascenso por la colina.

En la cima, Truecacuentos se sorprendió al ver que en lugar de un único monte estaban en la cresta de ocho montículos separados, que entre todos formaban un valle octogonal. Y más importante que eso fue que Ta-Kumsaw sintió idéntico estupor. Parecía vacilar; que su abrazo ya no fuera tan firme. Perdía el control.

—¿Adonde ir un hombre blanco en este lugar? —preguntó.

—Hacia abajo, por supuesto —repuso Truecacuentos—. Cuando un hombre blanco ve un valle, desciende para averiguar qué hay en él.

—¿Tú siempre sentirte así? —le preguntó Ta-Kumsaw—. ¿Siempre sentir que no saber dónde estar, dónde estar todo?

Entonces, Truecacuentos se dio cuenta: allí Ta-Kumsaw se hallaba desprovisto de su sentido de la tierra. Era tan ciego como cualquier hombre blanco.

—Bajemos —dijo Truecacuentos—. Y, mire, ya no tenemos que ir tan apretados. Es una colina cubierta de hierba y no necesitamos buscar la senda.

Cruzaron un arroyo y hallaron al niño en un páramo cubierto por una tenue neblina.

Alvin no estaba herido, pero yacía en el suelo, temblando como si ardiera de fiebre, aun cuando su frente estaba fría. Su respiración era rápida y superficial. Era

como había dicho Ta-Kumsaw: se estaba muriendo.

Truecacuentos lo tocó, lo acarició, lo sacudió. Todo, con tal de despertarlo. Alvin no dio señales de haber advertido su presencia. Ta-Kumsaw no podía prestar ninguna ayuda. Se sentó al lado del niño, tomándole la mano, gimiendo en voz tan baja que Truecacuentos dudó que fuera consciente de que estaba llorando audiblemente.

Pero Truecacuentos no era de los que se rinden ante la desesperación, si es que era eso lo que le ocurría a Ta-Kumsaw. Miró a su alrededor. Cerca de ellos había un árbol de aspecto primaveral y hojas tan amarillas que bajo la luz del alba podrían haber sido delgadas laminillas de oro. Del árbol pendía un fruto pálido. No; un fruto blanco. Y, sin más, en cuanto lo vio, Truecacuentos aspiró su aroma, dulce y penetrante, y casi pudo notar su sabor.

Actuó sin pensar en lo que hacía. Fue hasta el árbol, arrancó el fruto y lo llevó hasta donde el niño yacía tendido, tan pequeño... Truecacuentos pasó la fruta bajo la nariz de Alvin para que ésta lo reanimara con su aroma. De pronto, el niño volvió a respirar a grandes bocanadas, profundas. Abrió los ojos, separó los labios y dejó escapar el gemido que esperaba Truecacuentos; el gemido de un perro herido.

—Muerde —ordenó Truecacuentos.

Ta-Kumsaw tendió las manos y separó las mandíbulas del niño con gran esfuerzo, hundiendo los dedos entre sus dientes. Truecacuentos introdujo la fruta en su boca y Ta-Kumsaw volvió a cerrarle las mandíbulas. El fruto se partió, vertiendo en la boca de Alvin un fluido claro que chorreó por sus mejillas hasta la hierba. Lentamente, con trabajo, comenzó a masticar. Sus ojos se llenaron de lágrimas; tragó. De pronto, tomó a Truecacuentos del cuello y a Ta-Kumsaw del cabello y se incorporó hasta sentarse.

Aferrándose a ambos, acercando tanto sus rostros que todos respiraron un mismo aliento, Alvin lloró hasta que todos los rostros quedaron húmedos. Y como Ta-Kumsaw y Truecacuentos también lloraban, nadie sabía de quién eran las lágrimas que bañaban su rostro.

Alvin fue parco, pero lo que dijo bastó. Les contó lo sucedido en Tippy-Canoe ese día: la sangre del río, los mil sobrevivientes que cruzaron las aguas duras y lisas, la sangre en las manos de los blancos, y en las de un hombre en particular.

—No ser suficiente —sentenció Ta-Kumsaw.

Truecacuentos no quiso discutir. No correspondía a un hombre blanco tener que decir a Ta-Kumsaw que los asesinos de su pueblo habían recibido un castigo exactamente proporcional a su crimen. Además, el mismo Truecacuentos no estaba muy convencido de ello.

Alvin les contó cómo había empleado la tarde y la noche del día anterior: curando a Mesura, que estaba al borde de la muerte; y cómo había empleado la mañana: aliviando la inconmensurable agonía que ensordecía la mente del Profeta, tras la muerte de nueve mil inocentes. Nueve mil veces ese grito negro que años atrás lo

enloqueciera. ¿Qué fue más difícil? ¿Curar a Mesura o a Lolla-Wossiky?

—Fue como habías dicho —murmuró a Truecacuentos—. No puedo construir el muro más rápido de lo que tarda en derrumbarse.

Entonces, extenuado pero en paz, se durmió por fin.

Truecacuentos y Ta-Kumsaw se miraron. Alvin yacía acurrucado entre ambos, respirando lentamente.

—Ahora conocer su herida —dijo Ta-Kumsaw—. Su dolor es por su pueblo de manos ensangrentadas.

—Su dolor es por los muertos y los vivos —repuso Truecacuentos—. Si conozco a Alvin, su herida más profunda es pensar que fracasó. Que si se hubiera esforzado más habría podido lograr que Mesura llegara a tiempo e impidiera el primer disparo.

—Los hombres blancos condolerse por hombres blancos —juzgó Ta-Kumsaw.

—Miéntase a sí mismo, si eso le place, pero a mí no me engañan las mentiras.

—Pero los pieles rojas no condolernos —prosiguió el jefe—. Los pieles rojas regar la tierra con la sangre blanca, por la que hoy ellos derramar.

—Pensé que usted servía a la tierra —dijo el anciano—. ¿No comprende lo que ha sucedido? ¿No recuerda quiénes somos? Ha visto una parte del Montículo de las Ocho Laderas que hasta ahora ni siquiera sabía que existía. ¿Y por qué? Porque la tierra nos hizo penetrar juntos, porque...

Ta-Kumsaw levantó una mano.

—Para salvar a este niño.

—Porque indios y blancos podemos compartir esta tierra si...

Ta-Kumsaw tendió el brazo y posó la mano sobre los labios de Truecacuentos.

—Yo no ser granjero que querer oír historias de sitios lejanos —lo detuvo Ta-Kumsaw—. Ir a contar cuentos a quienes querer escucharte.

Truecacuentos apartó la mano de Ta-Kumsaw.

Sólo quería que el indio retirara la mano, pero la sacudió con demasiada fuerza, y desequilibró a Ta-Kumsaw. El jefe se puso de pie de inmediato. Truecacuentos lo imitó.

—¡Aquí empezar todo! —gritó Ta-Kumsaw.

Entre ellos, a sus pies, Alvin se estremeció.

—Un indio enfurecerte, tú golpearlo, como cualquier hombre blanco, sin paciencia...

—Me dijo que callara, que mis cuentos...

—Palabras, eso haberte dado, palabras y el suave contacto de mi mano, y tú responderme con un golpe. —Ta-Kumsaw sonrió. Era una sonrisa terrorífica, como los dientes de un tigre que asoma en la selva oscura, los ojos, como llamas, la piel, encendida.

—Lo siento, no quise...

—El hombre blanco nunca haber querido nada, nunca poder evitarlo, siempre ser un error. Eso creer tú, verdad, Blanco Mentiroso. El pueblo de Alvin matar a mi pueblo por error, porque creer que dos niños blancos haber muerto. En nombre de dos jóvenes blancos, ellos no poderse controlar, igual que tú, y matar nueve mil pieles rojas, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, y sus cañones...

—Ya oí lo que dijo Alvin.

—¿No gustarte mi historia? ¿No querer escucharla? Tú ser blanco, Truecacuentos. Tú ser como todos los blancos, rápido para pedir perdón, lento para darlo; siempre esperar paciencia, pero encenderte como chispas cuando el viento soplar... Vosotros incendiar un bosque porque tropezar con una raíz. —Ta-Kumsaw se dio la vuelta y echó a andar rápidamente por el camino que habían seguido hasta allí.

—No podrás irte sin mí —exclamó Truecacuentos—. ¡Debemos salir juntos!

Ta-Kumsaw se detuvo, dio media vuelta, echó hacia atrás la cabeza y rió sin alegría.

—No necesitar sendero para bajar, Blanco Mentiroso. —Y luego se alejó corriendo.

Alvin, por supuesto, estaba despierto.

—Lo siento, Alvin —se disculpó Truecacuentos—. No quise...

—No —dijo Alvin—. Déjame adivinar lo que ha sucedido. Te tocó de este modo. —Y posó sus dedos sobre los labios de Truecacuentos, como había hecho Ta-Kumsaw.

—Sí.

—Esto es lo que hace una madre shaw-nee para hacer callar a un niño que fastidia demasiado. Pero apuesto a que si un piel roja se lo hiciera a otro... Te estaba provocando.

—No debí haberle golpeado.

—En ese caso, habría hecho alguna otra cosa hasta conseguirlo.

Truecacuentos no supo qué responder. Quizás el niño tenía razón. Mucha razón. Si había algo que Ta-Kumsaw no podía soportar ese día, era la compañía pacífica de un hombre blanco.

Alvin volvió a dormir. Truecacuentos se dedicó a explorar, pero no descubrió nada extraño. Sólo paz y quietud. Ni siquiera pudo decir de qué árbol había arrancado el fruto.

Ahora todos le parecían de color verde-plateado; por mucho que caminó en todas las direcciones, siempre se encontró cerca de Alvin tras unos minutos de marcha. Un lugar insólito, que ningún hombre podría conocer a la perfección. Aquí la tierra te da lo que quiere, y nada más.

Alvin despertó nuevamente a la hora del crepúsculo.

Truecacuentos lo ayudó a ponerse de pie.

—Me siento tan débil que parezco un potrillo recién nacido.

—En las últimas veinticuatro horas, sólo has realizado la mitad de las hazañas de Hércules...

—¿El qué?

—Hércules. Un griego.

—Debo encontrar a Ta-Kumsaw —recordó Alvin—. No debí dejarlo partir. Pero estaba tan cansado...

—Tú también eres blanco —dijo Truecacuentos—. ¿Crees que te aceptará a su lado?

—Tenskwa-Tawa predijo que Ta-Kumsaw no morirá mientras yo estuviera con él.

Truecacuentos ayudó a andar a Alvin mientras se dirigían al sendero que los había dejado subir; ascendieron la suave loma que se erguía entre los montículos y coronaron la cima. Se detuvieron y miraron hacia abajo. Truecacuentos no encontró la senda: sólo espinos, arbustos, zarzales, enredaderas.

—No puedo pasar a través de todo eso...

Alvin miró el camino, intrigado.

—Pero si hay un camino más claro que el día...

—Tal vez para ti —repuso Truecacuentos—, pero no para mí.

—Pudiste llegar...

—Con Ta-Kumsaw —aclaró el anciano.

—Él salió.

—Pero yo no soy piel roja.

—Iré delante.

Alvin avanzó con pasos resueltos, como si estuviera de paseo por el ejido de su pueblo. Pero Truecacuentos sentía como si la espesura se abriera para el niño y se cerrara tras sus pasos.

—¡Alvin! —lo llamó—. No te separes de mí...

Alvin regresó y lo tomó de la mano.

—Sígueme de cerca —le dijo.

Truecacuentos lo intentó pero las ramas lo azotaban y lo herían, lo lastimaban. Podía abrirse paso si Alvin iba por delante, pero sentía como si lo desollaran por detrás. Aun el pellejo de ciervo que le cubría resultaba inútil ante las espinas que se enterraban como dagas y las ramas que lo azotaban como látigos. La sangre le corría por los brazos, la espalda, las piernas.

—¡Ya no puedo seguir más, Alvin! —gritó.

—Lo veo.

—¿A quién?

—A Ta-Kumsaw. Aguarda aquí.

Soltó la mano de Truecacuentos; se marchó por un instante, y el hombre quedó a

solas con la vegetación. Trató de no moverse, pero incluso respirar parecía provocarle rasguños y pinchazos.

Alvin estaba de regreso. Tomó a Truecacuentos de la mano.

—Sígueme de cerca. Un paso más.

Truecacuentos reunió coraje y dio el paso.

—Abajo —ordenó Alvin.

Truecacuentos obedeció el tirón del niño y se acuclilló aunque temió ya no poder volver a incorporarse a través de los espinos que se cerraron sobre su cabeza.

Entonces, Alvin guió su mano hasta posarse sobre otra. Luego, sin más, las ramas se apartaron un poco. Truecacuentos vio a Ta-Kumsaw, allí tendido, sangrando por cientos de heridas que le recorrían el cuerpo desnudo.

—Él solo nada más pudo llegar hasta aquí —explicó Alvin. Ta-Kumsaw abrió los ojos, ardientes de ira.

—Dejarme aquí —murmuró.

Por toda respuesta, Truecacuentos rodeó la cabeza de Ta-Kumsaw con su brazo. Y cuanto más se tocaron sus cuerpos, más cayeron y se apartaron las ramas. Entonces pudo ver un sendero allí donde antes no había nada.

—No —dijo Ta-Kumsaw.

—No podemos salir de aquí sin la ayuda del otro —dijo Truecacuentos—. Le guste o no, si quiere vengarse del hombre blanco, necesitará la ayuda de un hombre blanco.

—Entonces dejarme aquí —susurró Ta-Kumsaw—. Salvar a tu pueblo dejando que yo muera.

—No puedo bajar sin usted —repitió Truecacuentos.

—Perfecto.

Truecacuentos vio que las heridas de Ta-Kumsaw ya no eran tantas. Y las que quedaban parecían estar cicatrizando. Advirtió entonces que sus propias llagas ya no le dolían. Miró a su alrededor. Alvin estaba sentado allí cerca, contra el tronco de un árbol.

Los ojos cerrados, el rostro tan demacrado y espectral que parecía haber sido azotado.

—Mire cuánto le cuesta curarnos... —dijo Truecacuentos.

Por un segundo fugaz, Ta-Kumsaw dejó ver su sorpresa, y luego, su furia.

—Yo no pedirte que me cures —gritó. Se liberó del abrazo de Truecacuentos y trató de llegar hasta Alvin. Pero, de pronto, su brazo se vio aprisionado por las ramas. Ta-Kumsaw gritó de ira, no de dolor—. ¡Nadie obligarme a nada!

—¿Por que habría de ser usted el único hombre que no se doblegue?

—Yo hacer lo que disponerme hacer, y nada más, diga lo que diga la tierra.

—Así habla el herrero en su forja —dijo Truecacuentos—. Y el granjero que tala

los árboles.

—No atreverte a compararme con hombre blanco.

Pero las ramas siguieron aferrándose, hasta que Truecacuentos llegó penosamente hasta él y lo abrazó. Una vez más, sintió que sus heridas sanaban, y que las de Ta-Kumsaw desaparecían tan deprisa como las enredaderas que lo aprisionaban apenas unos minutos atrás. Alvin los miraba suplicante, como diciendo: ¿cuánta fuerza más habéis de quitarme antes de hacer lo que debéis?

Con un último grito de angustia, Ta-Kumsaw se volvió y abrazó a Truecacuentos como la vez anterior. Juntos descendieron por un ancho sendero hasta el pie del Montículo.

Alvin bajó detrás de ellos.

Esa noche durmieron donde habían acampado la jornada anterior, pero fue un sueño tormentoso. Por la mañana, Truecacuentos reunió en silencio sus pocos enseres y guardó el libro de las palabras que no tenían sentido. Entonces besó a Alvin en la cabeza y se marchó. No dijo nada a Ta-Kumsaw, y el jefe tampoco se dirigió a él. Ambos sabían lo que había dicho la tierra, y ambos sabían que, por primera vez en su vida, Ta-Kumsaw estaba actuando en contra de lo que pedía la tierra para satisfacer una necesidad diferente. Truecacuentos ni siquiera intentó discutir con él. Sabía que Ta-Kumsaw seguiría su camino pese a todo, aunque ello le reportara mil heridas sangrantes. Sólo esperaba que Alvin tuviera fuerzas para permanecer a su lado todo el camino y mantenerlo con vida cuando ya no quedara otra esperanza.

Al mediodía, después de caminar toda la mañana rumbo al oeste, Truecacuentos se detuvo y extrajo el libro de su morral. Para su alivio, esta vez pudo leer las palabras que decía. Desató los dos últimos tercios del libro, donde registraba sus propias historias, y empleó el resto de la tarde escribiendo todo lo que le había sucedido, todo lo que Alvin le había contado todo lo que temía para el futuro. También escribió el poema que había acudido a sus labios la mañana anterior, cuyos versos expresaban la visión del niño. El poema seguía siendo veraz, pero al leer las palabras sobre el libro halló que su poder se había desvanecido. Nunca antes había estado tan cerca de ser un profeta; pero el don ya lo había abandonado; de todas formas, nunca había sido un don suyo. Así como él y Ta-Kumsaw habían andado por el páramo sin ver nada especial, sin adivinar que para Alvin había sido una mapa de todo el continente, igualmente Truecacuentos había escrito las palabras sobre su libro sin tener noción del poder que entrañaban.

Truecacuentos no sabía correr toda la noche como los indios, que dormían de pie. De modo que tardó unos cuantos días en llegar a Iglesia de Vigor. Allí habría muchos que tendrían una historia larga y amarga que contarle. Si había un pueblo necesitado de que alguien como Truecacuentos escuchara su relato, era ése. Y si había una historia que Truecacuentos no deseaba escuchar, era la de ellos. Aun así, no dejó de

acudir. Podría soportarlo. Habría muchísimos cuentos para contar, mucho más sombríos antes de que Ta-Kumsaw se diera por vencido. Mejor sería comenzar ahora, no fuera a quedarse rezagado.

LAFAYETTE

Gilbert de La Fayette estaba sentado a su inmenso escritorio, contemplando los nudos de la madera. Ante él había varias cartas. Una era la misiva de De Maurepas al rey Carlos. Obviamente, Freddie había quedado prendado de Napoleón. La carta desbordaba de alabanzas al pequeño general y a su brillante estrategia.

Pronto habremos de alcanzar la victoria decisiva, Vuestra Majestad, y dar mayor gloria a Vuestro nombre. El general Bonaparte se niega a limitarse a la tradición militar europea.

Está entrenando a nuestras tropas para que luchen como pieles rojas, aunque tiende celadas a los llamados americanos para que luchen en campo abierto, como europeos.

Mientras Andrew Jackson prepara su ejército de americanos, nosotros también estamos reclutando un ejército de hombres que merecen mejor dicho nombre. Los diez mil hombres de Ta-Kumsaw se pondrían de nuestra parte para destruir a los diez mil del Viejo Hickory. Así, Ta-Kumsaw vengará la sangre derramada en la matanza de Tippy-Canoe, mientras nosotros destruimos el ejército americano y sometemos las tierras que van desde el Hio hasta el lago Hurón. En todo esto, reconocemos la gloria de Vuestra Majestad, pues fue Vuestra sabiduría al enviarnos al general Bonaparte lo que ha hecho posible esta gran conquista. Y si ahora nos enviáis dos mil franceses más para reforzar nuestras filas y provocar más la temeridad americana, sus acciones serán la intervención clave en nuestra batalla.

Era un escándalo que un ínfimo conde —y en desgracia— enviara una carta así al rey.

Pero Gilbert sabía cómo sería recibida la misiva: el rey Carlos también se hallaba bajo el influjo de Napoleón y leería los elogios al pequeño corso con regocijo y conformidad.

Si Napoleón sólo fuera un vano impostor con el don de seducir la lealtad de sus superiores, La Fayette podría contemplar su inevitable destrucción sin tener que ensuciarse las manos. Napoleón y De Maurepas conducirían el ejército francés al desastre. A un desastre tan grande que podría derribar al gobierno y debilitar la autoridad real, y aun provocar la expulsión de la monarquía como tan sabiamente hicieron los ingleses un siglo y medio atrás.

Pero Napoleón era exactamente lo que había inducido a Freddie y Carlos a pensar que lo era: un brillante general. Gilbert sabía que el plan de Napoleón triunfaría. Los americanos marcharían hacia el norte, convencidos de que sólo tenían que hacer frente a los pieles rojas. En el último momento, se encontrarían en pleno combate contra el ejército francés, disciplinado, bien armado y fanáticamente leal a Napoleón. Los americanos se verían obligados a adoptar la disposición de un ejército europeo.

Bajo su ataque, los franceses se replegarían lenta y cautelosamente. Cuando la disciplina americana se derrumbara en el intento de vencer, entonces atacarían los indios en número devastador, rodeando por completo a los americanos. No escaparía uno solo con vida, y casi sin que los franceses sufrieran bajas.

Era audaz. Peligroso. Implicaba exponer las tropas francesas a un grave riesgo de destrucción, dado que serían ampliamente superadas en número por los americanos.

Requería confiar implícitamente en los pieles rojas. Pero Gilbert sabía que la confianza de Napoleón en Ta-Kumsaw estaba justificada.

Ta-Kumsaw se vengaría. De Maurepas probablemente lograra salvarse de Detroit.

Incluso La Fayette podría reclamar crédito suficiente de una victoria así para poder regresar a la patria y vivir cómoda y dignamente en las tierras de sus antepasados. Pero, sobre todo, Napoleón se convertiría en la figura más amada y venerada de los círculos militares. El rey Carlos seguramente le concedería un título y tierras, y le encomendaría la conquista de Europa. Y eso haría que el rey Carlos fuese aún más rico y poderoso, y que la gente se viera obligada a soportar más su tiranía.

Por todo ello Gilbert rompió cuidadosamente la carta de De Maurepas hasta hacerla picadillo.

La segunda era una misiva enviada por Napoleón a Gilbert. Era cándida, aun brutal, en su evaluación de la realidad. Napoleón había llegado a advertir que así como Gilbert de La Fayette era inmune a su encanto embriagador, a la vez era un sincero admirador y, sin duda, un amigo. «Soy tu amigo, Napoleón. Y soy más amigo de Francia que ningún otro hombre. Y el destino que tengo pensado para ti es mucho más grande que el de ser un simple lacayo de un estúpido rey.»

Gilbert volvió a leer el párrafo principal de la carta de Napoleón: De Maurepas se limita a repetir lo que digo lo cual es cómodo pero tedioso. Tiemblo al pensar lo que podría suceder si él estuviera al frente. Su idea de aliarse con los pieles rojas consiste en vestirlos de uniforme y formarlos en fila como soldaditos de plomo. ¡Qué estupidez! No sé cómo el rey Carlos puede no sentirse como un idiota al obligarme a actuar bajo las órdenes de un retrasado como Freddie. Pero para Carlos Freddie es sin duda la encarnación del talento: después de todo, sabe apreciar el ballet. En España gané, para Carlos, una victoria que no merecía, y sin embargo, se muestra tan poco sagaz que permite que las intrigas de sus celosos cortesanos me envíen al Canadá. Aquí tengo salvajes por aliados e imbéciles por oficiales. Carlitos no merece la victoria que le conseguiré. Pero, mi amigo Gilbert, la sangre real se ha vuelto débil y aguada en los años que han transcurrido desde Luis XIV. Os pediría que quemarais esta carta, aunque en verdad Carlitos me ama tanto que es capaz de leerla palabra por palabra sin sentirse ofendido. Y si se ofendiera, ¿acaso osaría castigarme? ¿Cuál sería su posición en Europa si yo no hubiera ayudado al viejo cabeza de chorlito a contraer la disentería en España y así poder ganar la guerra, en lugar de perderla, como habría

sucedido de no haber estado yo allí?

La vanidad de Napoleón era insufrible, pero principalmente porque estaba plenamente justificada. En su carta no había palabra alguna que faltara a la verdad, a pesar de su imprudencia. Pero Gilbert había cultivado cuidadosamente el candor de Napoleón. El general, obviamente, ansiaba que alguien lo admirara sinceramente, sin que él tuviese que manipular sus sentimientos. Y lo había encontrado —vaya si no— en la persona de Gilbert, el único amigo auténtico que Napoleón tendría en su vida. Y sin embargo... sin embargo...

Gilbert dobló cuidadosamente la carta de Napoleón y la introdujo en un sobre, donde ya había una carta escrita por él. Una sencilla esquela que decía: Vuestra Majestad, os ruego que no seáis duro con este talentoso joven. Posee la arrogancia propia de la juventud; en su corazón no hay traición, lo sé. Sin embargo, acataré Vuestra voluntad, como siempre, puesto que Vos siempre encontraréis el equilibrio adecuado entre la justicia y la benevolencia. Vuestro humilde servidor, Gilbert.

El rey Carlos se pondría lívido, desde luego. Aun cuando Napoleón tuviese razón y Carlitos fuera proclive a la indulgencia, los cortesanos nunca dejarían pasar semejante oportunidad. Habría tal clamor por la cabeza de Napoleón que ni siquiera el rey Carlos podría dejar de destituir al general.

Gilbert tenía otra carta en sus manos; ésta, la más penosa, iba dirigida a Frederic, conde de Maurepas. La había escrito tiempo atrás, casi apenas Napoleón llegara al Canadá. Se acercaba la hora de enviarla.

En vísperas de acontecimientos tan trascendentales, mi querido Freddie, creo que deberíais llevar este amuleto. Me fue entregado por un hombre santo para repeler las mentiras y engaños de Satán. Llevadlo siempre, amigo mío; entiendo que vuestra necesidad de él es mucho mayor que la mía.

Freddie no tenía por qué saber que el «hombre santo» era Robespierre. En tal caso, nunca aceptaría usarlo. Gilbert extrajo el amuleto de su camisa, de donde lo llevaba suspendido de una cadena de oro. «¿Qué hará De Maurepas cuando Napoleón ya no tenga poder sobre él? Pues volverá a ser el de siempre. Eso hará.»

Gilbert permaneció sentado una media hora, sabiendo que había llegado el momento de la decisión. De momento, no se desprendería aún del amuleto. Napoleón perdería su influencia sobre Freddie sólo en el momento cumbre de los acontecimientos. Pero la carta al rey debía enviarse inmediatamente, para que llegara a Versalles y la respuesta regresara al Canadá antes de que, en la primavera, estallara la guerra contra los americanos.

«¿Soy un traidor, al tramar la derrota de mi rey y de mi país? No, sin duda que no. Si pensara que ello serviría de algo a mi amada Francia, ayudaría a Napoleón a lograr la victoria contra los americanos, aunque el costo fuera quebrantar la causa de libertad que anida en esta nueva tierra. Soy unfeillant, un demócrata, incluso un

jacobino, en lo más profundo de mi corazón, y mi amor por América es más grande que el de ningún otro hombre, salvo quizá Franklin o Washington, que están muertos, o Jefferson, entre los vivos. Pero así y todo, a pesar de ello, primero soy francés. ¿Qué puede importarme la libertad en cualquier rincón del mundo de Dios, si en Francia no la hay? No. Hago esto porque una derrota terrible y humillante en el Canadá es exactamente lo que necesita Francia, especialmente si se ve con claridad que es producto de la intervención directa del rey Carlos, por ejemplo, haber destituido al popular y brillante Napoleón en vísperas de la batalla y haber puesto al mando a un asno como De Maurepas, y todo por la gran vanidad del rey.»

Porque había una última carta, escrita en clave. Aparentemente, era una inofensiva cháchara sobre la caza y el tedio de la vida en el Niágara. Pero, oculto en la misiva, se encontraba el texto completo de las cartas de Napoleón y Frederic, para que ambas fueran publicadas con efecto letal apenas llegaran a París las noticias de la derrota francesa. Robespierre tendría en sus manos la carta cifrada casi al mismo tiempo que la misiva original de Napoleón estuviese ante el rey.

«¿Y mi juramento al rey? ¿Qué clase de intriga es ésta? Debía ser un general, al mando de los ejércitos durante la batalla, o un gobernador, para mover la maquinaria del estado en beneficio del pueblo. En cambio, qué hago sino conspirar, engañar, delatar, atacar por la espalda. Soy como Bruto, dispuesto a traicionar en nombre de la lealtad a un pueblo. Y así y todo... ruego que la historia sea amable conmigo y que se sepa que, de no ser por mí, el rey Carlos se habría llamado Carlomagno II, tras valerse de Napoleón para subyugar a Europa bajo un nuevo Imperio francés. En cambio, con ayuda de Dios, gracias a mí, Francia será ejemplo de pacifismo y libertad ante el mundo entero.»

Calentó el lacre y lo hizo chorrear para cerrar la carta al rey y a su amigo de confianza, y luego oprimió su sello en ambos sobres. Llamó al edecán, quien las puso en la saca de la correspondencia y partió para llevarlas al barco. El último barco que llegaría seguro al mar y a Francia antes del invierno.

Sólo conservó la carta para De Maurepas y el amuleto. «Cómo lamento tenerte», le dijo al talismán. «Si yo también hubiese podido ser engañado por Napoleón, y gozar de su inevitable incursión en la historia... En cambio, estoy desbaratando sus planes, pues ¿acaso podría un brillante general como César prosperar en la democracia que Robespierre y yo crearemos en Francia? Las semillas están bajo tierra; las trampas están dispuestas.»

Gilbert permaneció temblando en su silla una hora más. Al cabo, se puso de pie, se vistió con sus mejores galas y pasó lo que restaba de la velada contemplando una pésima comedia interpretada por una compañía de quinta categoría; la mejor que el pobre Niágara pudo traer de la Madre Francia. Al final se puso de pie y aplaudió, lo cual, por ser él Gobernador, aseguraría el éxito económico de la compañía en el

Canadá. Aplaudió largamente y con entusiasmo, obligando al resto del auditorio a hacerlo con él. Aplaudió hasta que los brazos le dolieron, hasta que el amuleto quedó empapado del sudor de su pecho, hasta que sintió que el calor del movimiento le quemaba los hombros y la espalda, hasta que ya no pudo aplaudir más.

EL TELAR DE BECA

Alvin sentía como si el invierno hubiese durado la mitad de su vida. Antes, la temporada de las nevadas había sido algo grato para él; solía contemplar a través de su ventana la delgada película de la escarcha, mirar el destello del sol sobre el manto terso e ininterrumpido que formaba la nieve. Pero en aquellos días siempre podía refugiarse en algún sitio caliente, comer los guisados de Ma, dormir en un lecho tibio. No es que estuviera sufriendo mucho. Alvin no lo pasaba mal del todo ahora que estaba aprendiendo a hacer las cosas como los indios.

Pero había transcurrido demasiado tiempo. Casi un año, desde aquella mañana de primavera en que Alvin partiera junto a Mesura en su viaje hacia el río Hatrack. Entonces, a Alvin le había parecido una larga travesía; ahora, en comparación con el periplo que llevaba realizado, no era para él más que un paseo de un día. Habían llegado tan al sur que, al hablar en idioma del hombre blanco, los indios lo hacían más en español que en inglés. Habían ido hacia el oeste, hasta las tierras brumosas y bajas próximas al Mizzipty.

Hablaron con los cree-ek, con los chok-taw, con los «incivilizados» cherriky de la región de los ríos pantanosos. Y, al norte, habían llegado a los tramos superiores del Mizzipty, donde los lagos eran tantos y se unían de tal forma que uno podía ir a cualquier parte en canoa.

En cada aldea que visitaban, ocurría lo mismo.

—Te conocemos, Ta-Kumsaw. Vienes a hablarnos de guerra. No queremos guerra.

Pero... si los blancos llegan hasta aquí, peharemos.

Y entonces Ta-Kumsaw explicaba que sería demasiado tarde si esperaban a que el hombre blanco llegara hasta su aldea: «Estaréis solos, y los blancos serán como una tempestad que os hundirá en la tierra. Debemos formar un único ejército. Si lo hacemos, aún podemos ser más fuertes que ellos.»

Nunca era suficiente. Algunos jóvenes asentían, dispuestos a decir que sí, pero los ancianos no querían la guerra ni la gloria. Sólo querían paz y tranquilidad, y el hombre blanco aún era algo lejano, un rumor.

Entonces Ta-Kumsaw se volvía a Alvin, y decía:

—Contar lo que suceder en Tippy-Canoe.

A la tercera vez, Alvin ya sabía lo que ocurriría cuando relatara la historia por décima y centésima vez. Lo adivinó en cuanto los pieles rojas se sentaron alrededor del fuego para mirarlo, con disgusto porque era blanco, con interés porque era el niño que viajaba con Ta-Kumsaw. Por mucho que simplificara el relato, por mucho que destacara que los blancos del Wobbish creían que Ta-Kumsaw había raptado y torturado a Alvin y a Mesura, los pieles rojas lo escuchaban con dolor y una furia

sombría. Y al terminar, los ancianos aferraban en las manos puñados de tierra y desgarraban el suelo como para liberar alguna bestia terrible oculta en las entrañas del planeta; y los jóvenes recorrían sus propios muslos con los cuchillos de punta de pedernal, trazando delgados hilos de sangre, enseñando al filo a tener sed, enseñando al cuerpo a buscar el dolor y a amarlo.

—Cuando la nieve se haya ido de las riberas del Hio —decía Ta-Kumsaw.

—Allí estaremos —respondían los jóvenes, y los ancianos asentían en conformidad. Lo mismo sucedía en cada aldea, en cada tribu. Ah, a veces algunos hablaban del Profeta e instaban a la paz. Y los demás se mofaban de ellos, llamándoles «ancianas». Aunque, en opinión de Alvin, las ancianas eran las peores a la hora de mostrar odio salvaje.

Pero Alvin nunca se quejó de que Ta-Kumsaw lo estuviera usando para encender la ira contra su propia raza. Después de todo, lo que Alvin debía contar era cierto. No podía negarse a contarlo, a nadie, y por ninguna razón, así como su familia no podía negarse a hablar, sometida a la maldición del Profeta. Las manos de Alvin no chorrearían sangre si rehusaba hablar. Pero se sentía bajo el mismo peso que oprimía a los blancos que ejecutaron la masacre de Tippy-Canoe. La historia de Tippy-Canoe era verdad, y aun cuando cada indio que escuchara el relato se llenara de odio y clamara venganza, y quisiera matar a todos los blancos que no regresaran a Europa, aun así, Alvin no tendría razones para impedir que se enteraran. ¿No era su derecho natural saber la verdad para dejar que ella los condujera al mal o al bien, según decidieran?

Pero Alvin no podía hablar de derechos naturales en voz alta. No tenía muchas ocasiones de conversar. Cierto, siempre estaba junto a Ta-Kumsaw, sin alejarse más de un metro. Pero el jefe casi nunca hablaba con Alvin, y cuando lo hacía, era para decir «atrapar un pez», o «ahora venir conmigo». Ta-Kumsaw le hacía entender con toda claridad que por el momento no tenía ninguna amistad con Alvin, y que no deseaba verse acompañado de un blanco. El jefe andaba deprisa, como todo piel roja, y nunca volvía la vista para ver si Alvin venía detrás. Las únicas ocasiones en que parecía importarle que Alvin estuviera allí era cuando se volvía para decirle «contar lo que suceder en Tippy-Canoe».

Una vez, se marcharon de una aldea donde cundió hasta tal punto el odio contra los blancos que hasta miraron con interés la cabellera de Alvin. Alvin se sintió envalentonado y dijo:

—¿Por qué no me pides que les cuente cómo subimos tú, yo y Truecacuentos al Montículo de las Ocho Laderas? —Por toda respuesta, Ta-Kumsaw echó a correr con tal prisa que Alvin tuvo que empeñar todo su esfuerzo para poder seguirle el paso.

Viajar con Ta-Kumsaw era como hacerlo solo. Alvin no recordaba ninguna otra ocasión en que se hubiese sentido tan solitario. «¿Por qué no me marchó?», se

preguntaba.

«¿Por qué sigo con él? No tiene ninguna gracia. Estoy ayudándole a iniciar una guerra contra mi propia raza, y cada vez hace más frío. Es como si el sol hubiera dejado de brillar y el mundo fuera un manto de nieve cegadora y de árboles cenicientos y pelados, de un extremo a otro. Y él ni siquiera desea que me quede aquí.»

¿Por qué seguía Alvin? En parte, por la profecía de Tenskwa-Tawa: Ta-Kumsaw nunca moriría mientras Alvin estuviera cerca de él. A Alvin podía no gustarle la compañía del jefe, pero sabía que era un hombre bueno y magnánimo, y si podía ayudarlo de algún modo a sobrevivir, ésa era su misión, y la cumpliría lo mejor que pudiera.

Pero había algo más que el deber de cuidar al hermano del Profeta; más que la necesidad de explicar el terrible castigo de su familia contando la historia de Tippy-Canoe por toda la región de las pieles rojas. Alvin no podía encontrar palabras con que explicárselo mientras corría por los bosques, perdido en un sueño a medias, mientras el verde del follaje guiaba sus pasos y colmaba su mente con la música de la tierra. No era momento de palabras, sino de comprender, de percibir que en lo que hacía había algo de rectitud. Alvin sentía que era como el aceite del eje de una carreta que transportaba acontecimientos formidables. «Tal vez me consuma, arda por el calor de la rueda al rozarse contra el eje, pero el mundo cambia, y de algún modo soy parte de aquello que lo mantiene en movimiento. Ta-Kumsaw está construyendo algo. Está uniendo a las pieles rojas para convertirlos en algo.»

Por primera vez, Alvin comprendió que con la gente podía hacerse algo, que cuando Ta-Kumsaw lograba que los indios sintieran con un solo corazón y actuaran con un mismo pensamiento, se convertían en algo más que un grupo de hombres. Y construir algo así era combatir al Deshacedor, ¿verdad? Como cuando Alvin hacía canastillas de hierba.

Las briznas no eran más que hierba, pero cuando él las tejía se convertían en algo más.

«Ta-Kumsaw está haciendo algo nuevo donde antes no había nada, pero no lo logrará sin mí.»

Lo invadía el temor de estar haciendo algo que no comprendía; pero también la avidez de conocer el futuro. Por eso seguía adelante, abriéndose paso hasta agotarse para hablar con los indios, que al principio se mostraban suspicaces y terminaban llenos de odio, y pasaba la mayor parte del día mirando la espalda de Ta-Kumsaw, que se internaba cada vez más en el bosque. El verde de la espesura se tornó oro, y luego púrpura. Y negro, cuando las lluvias del otoño mojaron los troncos desnudos, y finalmente gris, y blanco inmóvil. Y su preocupación, su desaliento, su confusión, su dolor por la atrocidad que veía cernirse en el futuro y la atrocidad que había visto

abatirse sobre el pasado... todo se fundió en un exhausto disgusto ante el invierno, en impaciencia por que cambiara la estación, por que la nieve se derritiera, por que llegara la primavera y luego el verano.

Verano, para poder mirar atrás y recordar todo esto como parte del pasado. Verano, para saber el desenlace, bueno o malo, y no tener en la mente ese temor vertiginoso y blanco que recubría todo otro sentir, como la nieve enmascara a la tierra que hay debajo.

Hasta que, un día, Alvin advirtió que el aire era un poco más tibio, que la nieve raleaba sobre la hierba y la tierra, que ya no coronaba los árboles desnudos y que allí donde veía un destello rojo había un cardenal disponiéndose a encontrar pareja y anidar para la estación de la cría. Aquel mismo día, Ta-Kumsaw giró hacia el este sobre una cadena de colinas y se encaramó a una roca para otear un valle de granjas blancas, al norte del estado blanco de los Apalaches.

Era una vista como Alvin jamás había contemplado en toda su vida. No como la ciudad francesa de Detroit, donde la gente se apiñaba en casuchas, ni como los asentamientos dispersos de la región del Wobbish, donde cada granja era como un hoyo excavado en la verde espesura. Aquí los árboles estaban alineados en hileras para separar el campo de unos y otros. Sólo en las colinas que orlaban el valle nuevamente se veían árboles salvajes. Y ese día, cuando el suelo empezó a ablandarse al calor del sol, ya había granjeros abriendo surcos en la tierra con la reja de su arado. Surcos tan suaves y poco profundos como los tajos que los guerreros pieles rojas abrían sobre sus muslos con las hojas de pedernal, enseñando al cuchillo a anhelar la sangre. Surcos que enseñaban a la tierra a soportar, para que el maíz y el centeno brotaran de su seno —como la sangre india— y formaran un delgado manto de vida sobre la tez del suelo, una herida abierta todo el verano hasta que las hoces de la cosecha segaran con otra clase de tajo. Luego, la nieve formaría otra vez una costra para sanar la tierra, hasta la herida del año siguiente. Así era aquel valle, castigado como un caballo viejo.

«No tendría que sentirme así», pensó Alvin. «Debería alegrarme de ver nuevamente tierras blancas.» A lo largo y a lo ancho del valle, unas cien chimeneas arrojaban espirales de humo. Había gente; niños que salían a jugar tras el confinamiento de un invierno entero, hombres que sudaban bajo el aire fresco de la temprana primavera al hacer sus tareas, animales de labranza, que exhalaban vapor por los ollares y los flancos calientes. Era como estar en casa, ¿verdad? En esto deseaban convertir la región del Wobbish, Soldado, su padre y todos los demás blancos, ¿o no? Esto era la civilización: una familia pegada a otra, codo a codo. La tierra, parcelada hasta que nadie pudiera dudar de a quién pertenecía cada palmo, quién tenía derecho a usarla y quién estaba violando la propiedad y debía hacerse a un lado.

Pero después de un año de pasar con pieles rojas cada minuto del día, sin ver más blancos que a Mesura, por poco tiempo, y a Truecacuentos, un día o dos, Alvin ya no veía ese valle con ojos de hombre blanco. Lo veía como un indio: para él era como estar en el fin del mundo.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó a Ta-Kumsaw.

Por toda respuesta, Ta-Kumsaw descendió de la montaña y se internó en el valle del hombre blanco, como si tuviera todo el derecho. Alvin no podía creerlo, pero lo siguió de cerca.

Para sorpresa de Alvin, cuando pusieron los pies sobre un campo a medio arar, el agricultor no le gritó que tuviera cuidado con los surcos. Levantó la vista, los miró de soslayo y agitó el brazo a modo de saludo.

—¿Qué tal, Isa?

¿Isa?

Y Ta-Kumsaw levantó la mano, devolvió el gesto y siguió andando.

Alvin quiso reír en voz alta. Ta-Kumsaw conocido por campesinos civilizados en un sitio como ése. ¡Tan conocido que un hombre blanco podía reconocerlo a semejante distancia!

¿Era Ta-Kumsaw, el enemigo más feroz de los blancos en toda la región boscosa, y lo saludaban con un nombre de hombre blanco?

Pero Alvin sabía que no debía pedir explicaciones. Lo siguió de cerca, hasta que Ta-Kumsaw llegó al sitio que buscaba.

Parecía una casa como las demás, acaso algo más vieja, espaciosa y construida de un modo singular. Tal vez la esquina de la casa fuese el cobertizo original, con cimientos de piedra, y luego agregaran aquella otra ala, más grande que la choza de troncos, de tal forma que el cobertizo pasó entonces a ser la cocina. Luego habían añadido otra ala, sólo que ésta de dos plantas y con un ático y, en la parte de atrás del cobertizo, una construcción adyacente que cruzaba el techo de parte a parte, conservando la forma del frontón y enmarcada por listones que alguna vez fueron blanqueados a la cal, pero ahora estaban descascarillados y por debajo asomaba la madera gris. En esa casa estaba grabada toda la historia del valle. Primero, apenas un cobertizo para refugiarse apresuradamente de la lluvia entre tala y tala; luego, un poco de paz para poder levantar una o dos salas para estar más cómodos; más tarde, cierta prosperidad, y más hijos, lo cual hizo necesario dar a la casa una importante fachada de dos pisos. Y, por fin, tres generaciones bajo el mismo techo, y así construir ya no fue cuestión de orgullo sino de tener lugar donde alojar a la gente.

Era una casa que contenía, íntegra, la historia de la victoriosa lucha del hombre blanco contra la tierra virgen.

Y allí iba Ta-Kumsaw, hacia una puerta pequeña y desvencijada en la parte de atrás, y sin golpear siquiera, la abrió y entró.

Alvin lo vio tan decidido que, por primera vez, no supo qué hacer. Por costumbre quería seguir a Ta-Kumsaw a la casa, como lo había hecho en tantas tiendas pieles rojas. Pero por una costumbre aún más antigua sabía que no se puede entrar de ese modo en una casa con puerta y todo. Se da la vuelta hasta el frente, se llama a la puerta principal con toda educación y se espera a que lo inviten a uno a pasar.

Así pues, Alvin se detuvo ante la puerta trasera, que Ta-Kumsaw, por supuesto, ni siquiera se había molestado en cerrar, y vio cómo las primeras moscas de la primavera irrumpían en el corredor. Casi pudo oír a su madre despotricando contra la gente que deja abiertas las puertas para que entren las moscas y vuelvan loco a todo el mundo durante toda la noche, zumbando cuando uno más quiere dormir. Y Alvin, pensando de este modo, hizo lo que Mamá siempre le había ordenado: avanzó un paso y cerró la puerta después de entrar.

Pero no osó internarse más. Se quedó en esa sala trasera, al lado de cuya puerta se veían un par de botas embarradas y unos sacos pesados que pendían de un par de ganchos. Se sentía demasiado ajeno al lugar para atreverse a recorrerlo. Había escuchado el canto verde del bosque durante tanto tiempo que lo ensordecía ese silencio creado por su ausencia, anulado por la cacofonía de la vida tumultuosa de una granja blanca en primavera.

—Isaac... —dijo una voz de mujer.

Uno de los ruidos blancos cesó. Sólo entonces notó Alvin que había sido un ruido real, percibido por sus oídos, y no ya el rumor de la vida que advertían sus sentidos indios.

Trató de recordar de qué se trataba. Era un ritmo, un golpeteo. Un ritmo regular como el de un... telar. Había estado oyendo el sonido de un telar. Ta-Kumsaw debía de haber entrado en una habitación donde una mujer tejía. Pero no como un desconocido; la mujer lo había llamado por el mismo nombre que aquel agricultor del valle: Isaac.

—Isaac —repitió la mujer, quienquiera que fuese.

—Beca... —dijo Ta-Kumsaw.

Era un nombre común, no había razón para que el corazón de Alvin echara a galopar.

Pero la forma en que Ta-Kumsaw lo había dicho, su forma de hablar eran para hacer palpar cualquier corazón. Y más aún: Ta-Kumsaw no lo hizo con el acento gutural de los pieles rojas cuando hablan en inglés, sino con la auténtica pronunciación de un británico.

Vaya, Alvin jamás habría pensado que Ta-Kumsaw pudiese parecerse tanto al reverendo Thrower al hablar.

No, no. No podía ser Ta-Kumsaw. Era otro hombre, un hombre blanco que estaba en la misma habitación que la mujer blanca. Eso era todo. Y Alvin caminó

silenciosamente por el corredor para ver de dónde provenían las voces, para ver al hombre blanco cuya presencia lo aclararía todo.

En cambio, se detuvo ante una puerta abierta y vio una sala. En ella, Ta-Kumsaw sujetaba a una mujer blanca por los hombros, mirándola a los ojos. La mujer lo contemplaba de frente, y ninguno de los dos osaba decir una sola palabra. En la habitación no había ningún hombre blanco.

—Mi pueblo se está reuniendo en el Hio —anunció Ta-Kumsaw en su extraña voz de inglés.

—Lo sé —repuso la mujer—. Ya está en la tela. —Luego se volvió hacia donde estaba Alvin—. Y no has venido solo...

Alvin nunca había visto unos ojos como los de aquella mujer. Era demasiado joven para correr detrás de las mujeres, como recordaba que hacían Previsión y Moderación, cuando cumplieron los catorce, al galope. No, no fue el sentimiento que tiene un hombre por una mujer lo que lo invadió cuando la miró a los ojos. Lo hizo como a veces solía contemplar el fuego, observando la danza de las llamas sin tratar de encontrarle sentido, por puro placer y asombro de mirar. Así eran sus ojos, como si hubieran visto cientos de miles de cosas y aún las conservaran vivas dentro de sí. Como si nadie se hubiese molestado en rescatar esas visiones y formar con ellas historias verdaderas.

Y Alvin temió poderosamente que supiera alguna clase de hechicería y que la hubiese empleado para convertir a Ta-Kumsaw en un hombre blanco.

—Mi nombre es Beca —dijo la mujer.

—Su nombre es Alvin —dijo Ta-Kumsaw, o mejor dicho, Isaac, pues ya no se expresaba como lo haría el jefe—. Es el hijo de un molinero de la región del Wobbish.

—Es ese hilo que vi corriendo por la tela fuera de su sitio. —Le sonrió—. Ven aquí. Quiero ver al legendario Niño Renegado.

—¿Y ése quién es? —preguntó Alvin—. ¿El Niño re qué?

—Renegado. Se cuentan historias por todos los Apalaches, ¿no lo sabes? Acerca de Ta-Kumsaw, que aparece un día en la región de Osh-Kontsy y al día siguiente en una aldea a orillas del Yazoo, soliviantando a los indios para que torturen y perpetren masacres. Y siempre anda con él un niño blanco que urge a los pieles rojas a ser más brutales aún, que les enseña los métodos secretos de tortura que empleaba la Inquisición en España e Italia durante la Edad Media...

—Eso no es cierto —la interrumpió Alvin.

La mujer sonrió. Las llamaradas de sus ojos bailotearon.

—Deben odiarme —dijo Alvin—. Ni siquiera sé qué es una intisición.

—Inquisición —dijo Isaac.

Alvin sintió que el terror le oprimía el corazón. Si la gente contaba semejantes

historias sobre él, los demás lo tendrían por un criminal, prácticamente un monstruo.

—Yo sólo voy con...

—Sé lo que estás haciendo y por qué —dijo Beca—. Por aquí todos conocemos a Isaac lo suficientemente bien para no creer en las mentiras que se cuentan de él y de ti.

Pero a Alvin no le importaba lo que pudiesen creer «por aquí». Le preocupaba lo que pudiesen pensar en la región del Wobbish.

—No te aflijas —lo consoló Beca—. Nadie sabe quién es ese legendario niño blanco. Por cierto, no es ninguno de los dos inocentes que Ta-Kumsaw despedazó en el bosque. No, no es Alvin, ni Mesura. A propósito, ¿cuál de ellos eres tú?

—Alvin —dijo Isaac.

—Ah, sí. Ya me lo habías dicho. Es que me cuesta tanto recordar los nombres de la gente...

—Ta-Kumsaw no despedazó a nadie.

—Como verás, tampoco hemos creído esa historia por aquí.

—Ah. —Alvin no sabía qué decir, y como llevaba tanto tiempo viviendo entre los pieles rojas, hizo lo mismo que ellos cuando no tienen nada que decir. Hizo lo que a un blanco casi nunca se le ocurriría: no dijo ni una sola palabra.

—¿Pan y queso? —ofreció Beca.

—Eres muy amable. Gracias —dijo Isaac.

Aquello era el colmo. Ta-Kumsaw dando las gracias como un caballero. Entre los suyos era noble y correcto al hablar. Pero su manera de hablar el idioma del hombre blanco era siempre fría y desprovista de todo adorno; además, no conjugaba los verbos. Era cosa de brujas.

Beca hizo sonar una campanilla.

—Es una vida sencilla, pero en esta casa nos gusta vivir simplemente. Y yo paso casi todo el día en esta habitación. Me sienta bien. Es un sitio muy sencillo.

Alvin miró a su alrededor. Tenía razón. Sólo entonces advirtió que se trataba del cobertizo de troncos original, cuya única ventana que le quedaba dejaba pasar la luz del mediodía. Las paredes eran de madera rústica y vieja. No lo había notado en un principio porque estaban cubiertas de tela: tela que colgaba de aquí y allá, que pendía de ganchos, que se apilaba sobre los muebles, que formaba rollos. Era un paño muy especial de infinitos colores, pero sin ningún dibujo en particular. Estaba tejido así; cambiaban los tonos y los matices. Aquí una ancha franja de azul, allí unas pocas hebras verdes, en abigarrada mezcla.

Alguien entró en la habitación en respuesta a la llamada de Beca. Por el tono de su voz, un hombre mayor. Le encargó que trajera comida, pero Alvin ni siquiera supo cuál era su aspecto, pues no podía apartar los ojos del tejido. ¿Para qué tanta tela? ¿Por qué haría alguien una trama de colores tan brillantes, incongruentes y

desorganizados?

¿Y dónde terminaba?

Fue hasta un rincón, donde se alzaban unas doce piezas de tela, recostadas una contra la otra. Comprendió que cada rollo provenía del anterior. Alguien había tomado el extremo de una pieza y lo había enrollado sobre sí mismo para formar la siguiente. La tela asomaba del extremo de un rollo y se hundía en el centro del otro, uno tras otro, formando una cadena de tejido. No era un hato de telas distintas: era una sola trama, arrollada hasta que su peso era demasiado grande para moverla, y entonces comenzaba una pieza nueva, sin que jamás una tijera tocara la tela. Alvin empezó a recorrer la habitación siguiendo con los dedos el dibujo de la urdimbre, siguiendo sus caminos a lo largo de pliegues y faldones. Siguió y siguió, hasta que por fin halló el final en el preciso momento en que el hombre regresaba con el pan y el queso. Terminaba en el telar de Beca.

Durante todo ese tiempo, Ta-Kumsaw había estado hablando con Beca con su voz de Isaac, y ella con él, en su tono profundo y melodioso. En la voz de la mujer había un mínimo deje extranjero, como el de ciertos holandeses de Iglesia de Vigor que habían pasado toda la vida en América pero conservaban en su habla la tierra natal. Sólo entonces, sentado entre el telar y la mesa con la comida y las tres sillas prestó atención a lo que decían, y eso únicamente porque se moría de ganas de preguntarle a Beca para qué servía tanta tela. Debía llevar un año tejiéndola, por lo menos, sin cortarla jamás para hacer algo con ella. Es lo que Ma llamaría un despilfarro vergonzoso: tener algo y no emplearlo, como Dally Framer, que se pasaba todo el día cantando con esa hermosa voz pero nunca aparecía por la iglesia a entonar salmos.

—Comer —dijo Ta-Kumsaw. Y cuando se dirigió a Alvin tan abruptamente, su voz perdió toda gentileza; nuevamente fue el verdadero Ta-Kumsaw. Alvin se tranquilizó al ver que no había ninguna hechicería en juego, y que Ta-Kumsaw tenía dos formas distintas de hablar; pero, naturalmente, aquello despertó más preguntas en la mente de Alvin. ¿Cómo habría aprendido Ta-Kumsaw a hablar así? Alvin jamás había oído rumores de que Ta-Kumsaw tuviese amigos blancos en los Apalaches. Nadie podría ignorar algo semejante.

Pero no era difícil aventurar por qué Ta-Kumsaw no quería que se supiese. ¿Qué dirían todos esos pieles rojas embravecidos si vieran a Ta-Kumsaw allí en ese momento? ¿Qué pasaría con la guerra de Ta-Kumsaw?

Pero pensándolo bien, ¿cómo podía ser que Ta-Kumsaw propiciara ese enfrentamiento si tenía verdaderos amigos blancos como la gente de ese valle? Seguramente, la tierra debía estar muerta allí, al menos para los pieles rojas. ¿Cómo podía soportarlo Ta-Kumsaw? Estos interrogantes sembraron tal avidez en el pequeño que no pudo acallar los retortijones de su estómago por más pan con queso que se embutió garganta abajo.

Ansiaba volver a los bosques y sentir nuevamente en su ser el canto de la tierra.

Durante la comida, Beca comentó los sucesos del valle, salpicando la charla de nombres que no significaban nada para Alvin, salvo alguno que le recordaba el de un vecino de Iglesia de Vigor. También allí había gente llamada Miller, lo cual era natural, puesto que un valle de ese tamaño debía tener grano suficiente para más de un molinero.

El anciano vino a retirar los platos de la comida.

—¿Has venido a ver la tela? —preguntó Beca.

Ta-Kumsaw asintió.

—Ésa es la mitad de mis razones para venir.

Beca sonrió y lo condujo al telar. Se sentó sobre el banco que usaba para tejer y posó sobre su regazo la tela más reciente. Comenzó a mostrarles los últimos tres metros que habían salido del plegador del telar.

—Aquí —explicó— está la reunión de tu pueblo en Ciudad del Profeta.

Alvin vio que pasaba la mano sobre un manojo de hebras que parecían saltarse la trama para migrar por la tela hasta congregarse cerca del borde.

—Pielles rojas de todas las tribus —dijo—. Los más fuertes de tu pueblo.

Aun cuando las fibras tendían a ser verdosas, sin duda eran más gruesas y fuertes que las demás. Beca fue deslizando la tela por encima de su regazo. La confluencia de hilos se hacía más vigorosa y nítida, y las hebras adquirían un tinte verde más intenso. ¿Cómo podían cambiar de color de ese modo? ¿Y cómo hacía el telar para cambiar así la urdimbre?

—Y ahora, los blancos que se unieron contra ellos —anunció.

Y, claramente, apareció otro grupo de hebras, más tensas al principio, pero que también se reunían formando nudos aquí y allá. A Alvin le pareció que la tela era una ruina de hilos agolpados y enredados. ¿Quién usaría una camisa hecha de un material como aquél? Los colores no tenían sentido; se entremezclaban sin ningún esfuerzo por formar dibujos o trazados regulares.

Ta-Kumsaw tomó la tela y la atrajo hacia sí. Tiró hasta hallar un sitio donde las hebras verdes y puras comenzaban a ralear hasta desaparecer casi por completo. La urdimbre era fina y espaciada allí: tal vez quedara sólo un hilo por cada diez de los que había antes. Era como el codo raído de una camisa vieja, que al estirarse deja ver diez hilos en una dirección y ninguno en la otra.

Si las hebras verdes se referían a Ciudad del Profeta, no podía haber ningún error de interpretación.

—Tippy-Canoe —murmuró Alvin. Ahora comenzaba a entender el orden de la tela.

Beca se inclinó sobre el paño y dejó caer sus lágrimas sobre él.

Con los ojos secos, Ta-Kumsaw volvió a tirar de la tela, firmemente.

Alvin vio el resto de los hilos verdes, los pocos que quedaban de la masacre de Tippy-Canoe. Emigraban hacia el borde de la tela y allí terminaban. La tela se hacía más angosta a medida que los hilos verdes desaparecían. Sólo que ahora aparecía otro agrupamiento, aunque no de hebras verdes, sino negras, en su mayoría.

—Negras de odio —dijo Beca—. Estás reuniendo a tu gente mediante el odio.

—¿Puedes imaginar que alguien inicie una guerra por amor? —preguntó Ta-Kumsaw.

—He aquí una razón para negarse a la guerra —dijo ella con ternura.

—No hables como una mujer blanca —dijo Ta-Kumsaw.

—Pero si lo es... —la defendió Alvin, convencido de que lo que ella decía era perfectamente razonable.

Ambos miraron al pequeño. Ta-Kumsaw, impasible. Beca con... ¿lástima?, ¿diversión?

Y regresaron al paño sin pronunciar palabra.

Rápidamente llegaron al lugar donde la tela pendía de la viga y salía del telar. Durante el trayecto, los hilos negros del ejército cía Ta-Kumsaw se acercaban, se anudaban y entrelazaban. Y en otro lugar se reunían otras hebras, algunas azules, otras amarillas o blancas. El tejido formaba una aglomeración en cierto modo siniestra. Era más gruesa, pero a Alvin no le pareció que fuese más fuerte. En todo caso, más débil. Menos fiable.

—Esta tela no va a servir de mucho, si esto sigue así —dijo Alvin.

Beca sonrió lúgubrementemente.

—Nunca se han dicho palabras tan ciertas, chiquillo.

—Si este trozo es un año de historia —dijo Alvin—, debe usted tener doscientos años ahí apilados —Beca ladeó la cabeza.

—Bastantes más...

—¿Cómo sabe todo lo que ocurre para tejerlo en la tela?

—Ay, Alvin. Hay cosas que la gente hace sin saber bien cómo —repuso ella.

—¿Y si cambia las hebras? ¿Puede hacer que todo sea diferente? —Alvin estaba pensando en una disposición más cuidada, donde los hilos corriesen parejos y las hebras negras se dispersaran.

—No es así como funciona —explicó ella—. Yo no hago que sucedan las cosas al tejer en mi telar. Lo que ocurre me cambia a mí, Alvin. No le des más vueltas al asunto.

—Pero hasta hace doscientos años no había hombres blancos en esta parte de América.

¿Cómo es que la tela va más atrás?

La mujer suspiró.

—Isaac, ¿lo has traído para que me abrume de preguntas?

Ta-Kumsaw le sonrió.

—Chiquillo, ¿guardarás el secreto si te digo quién soy y qué hago?

—Lo prometo.

—Tejo, Alvin. Eso es todo. Todos los miembros de mi familia, incluso desde antes de que ninguno lo recuerde, hemos sido tejedores.

—¿Así se llama, entonces? ¿Beca Tejedora? Mi cuñado, Soldado de Dios, es de una familia de tejedores...

—Nadie nos llama tejedores... —lo interrumpió Beca—. En todo caso, tendrían que llamarnos... No.

No pensaba decírselo.

—No, Alvin. No puedo cargar semejante peso sobre ti. Porque entonces querrías venir.

Venir a ver...

—¿Ver qué? —preguntó Alvin.

—Igual que Isaac. Nunca debí habérselo dicho a él tampoco.

—Él mantuvo el secreto, sin embargo. Nunca se le escapó ni una sola palabra.

—Pero no se ocultó el secreto a sí mismo. Vino a ver.

—¿A ver qué? —insistió Alvin.

—A ver cuan largas son las hebras que llegan hasta mi telar.

Sólo entonces reparó Alvin en el extremo trasero de la máquina, donde las hebras de la urdimbre ocupaban su sitio mediante un armazón de finos alambres de acero. Las hebras no tenían color. Eran hilos sin trenzar. ¿Algodón? En todo caso, no era lana. Tal vez lino.

Con tantos colores en la tela terminada no se había dado cuenta de cuál era el material.

—¿De dónde vienen los colores? —preguntó Alvin.

Nadie respondió.

—Algunas de las hebras se aflojan —dijo Alvin.

—Algunas terminan —dijo Ta-Kumsaw.

—Muchas de ellas terminan —corrigió Beca—. Y otras, nacen. Es el diseño de la vida.

—¿Qué ves, Alvin? —quiso saber Ta-Kumsaw.

—Si esos hilos negros son tu pueblo —dijo Alvin—, veo que vendrá una batalla y que morirán bastantes. No tantos como en Tippy-Canoe. No será tan terrible.

—Es lo que veo yo también —confirmó Ta-Kumsaw.

—¿Y todos estos colores apretujados? ¿Son un ejército de hombres blancos?

—Se cuenta que un hombre llamado Andrew Jackson, que vive al oeste del Tennizy, está reuniendo un ejército. Lo llaman Viejo Hickory.

—Conozco a ese hombre —dijo Ta-Kumsaw—. No sabe cabalgar muy bien.

—Ha estado haciendo con los blancos lo mismo que tú con los indios, Isaac. Ha recorrido la región occidental, soliviantando a la gente y pronunciando discursos sobre la amenaza india. Sobre ti, Isaac. Por cada soldado indio que tú has reclutado, él ha alistado dos. Él se imagina que irás al norte, a aliarte con el ejército francés. Conoce todos tus planes.

—No sabe nada —dijo Ta-Kumsaw—. Alvin, ¿cuántos hilos del ejército blanco terminan?

—Muchos. Quizá más. No lo sé. Están casi a la par.

—Eso no me dice nada.

—Te dice que tendrás la batalla que quieres —dijo Beca—. Te dice que habrá más sangre y sufrimiento en el mundo, gracias a ti.

—Pero no dice si será una victoria —insistió Ta-Kumsaw.

—El telar jamás lo dice.

Alvin se preguntó si se podría atar un hilo al extremo roto de otro para salvar una vida.

Buscó las madejas de las que procedía la urdimbre, pero no pudo hallarlas. Los hilos colgaban de la viga posterior del telar, tensos como si de ellos pendiera algo pesado, pero no pudo ver de dónde provenían. No tocaban el suelo. Tampoco acababan allí, exactamente. Miraba hasta un punto, y ahí estaban, largos y tensos. Miraba más allá, y ya no estaban. Salían de la nada, y no había forma de que el ojo humano los viese o supiera cómo comenzaban.

Pero Alvin sabía ver con otros ojos, con ojos interiores, como cuando estudiaba la diminuta disposición del cuerpo humano y las frías corrientes internas de la piedra. Y con esa visión oculta contempló un único hilo y rastreó su forma, siguiendo las fibras que se entrelazaban con él y lo rodeaban para formar una trama resistente. Esta vez pudo seguir ese hilo, hasta que finalmente, mucho más allá del punto donde todos los demás desaparecían a los ojos mortales, la hebra concluyó. La persona de la cual hablaba esa hebra, quienquiera que fuese, tenía una vida bien larga por delante antes de morir.

Cada hebra debía terminar con la muerte de la persona. Y vaya usted a saber cómo, debía comenzar otra con cada nacimiento. Una hebra salida de la nada.

—Nunca termina —dijo Beca—. Yo conoceré la vejez y la muerte, pero la tela perdurará.

—¿Sabes qué hilo eres tú?

—No —repuso—. Ni deseo saberlo.

—A mí me gustaría poder verlo. Quiero ver cuántos años viviré.

—Muchos —dijo Ta-Kumsaw—. O pocos. Lo que importa es lo que hagas con los años que te toque vivir.

—También importa cuánto he de vivir —insistió Alvin—. No siga diciendo que

no, porque ni usted mismo se lo cree.

Beca se echó a reír.

—¿Para qué hace esto, señorita Beca —dijo Alvin—, si no puede conseguir que sucedan cosas?

La mujer se encogió de hombros.

—Es un trabajo. Todo el mundo tiene algún trabajo que hacer, y esté es el mío.

—Podría salir de aquí y dedicarse a tejer ropa para la gente...

—Para que la usen y la gasten —continuó Beca—. Y, Alvin, no puedo salir de aquí.

—¿Quiere decir que siempre se queda en casa?

—Siempre estoy aquí —dijo—. En esta habitación, junto a mi telar.

—Una vez te supliqué que vinieras conmigo —dijo Isaac.

—Y yo te imploré que te quedaras —replicó ella con una sonrisa.

—No puedo vivir para siempre donde la tierra ha muerto.

—Y yo no puedo separarme un momento de mi tela. La forma en que vive la tierra en tu mente, Isaac, es como viven en mí todas las almas de América. Pero te amo. Incluso ahora.

Alvin sintió que no debía estar allí. Era como si se hubieran olvidado de su presencia, aun cuando acabaran de hablar con él. Finalmente, adivinó que tal vez quisieran estar a solas. Se alejó rumbo a la tela, y nuevamente comenzó a rastrear sus senderos, esta vez en dirección opuesta, recorriéndola deprisa pero con cuidado, por las paredes, a través de pilas y rollos, en busca del extremo más antiguo.

Y no pudo hallarlo. En verdad, debió haber mirado en la dirección errónea o haberse confundido, pues al poco tiempo se encontró nuevamente sobre el mismo camino familiar que lo había llevado al telar por vez primera. Cambió de dirección, y nuevamente se encontró yendo rumbo a la máquina. No podía buscar el extremo más lejano de la tela, y lo mismo ocurría cuando quería ver de dónde provenían las hebras más nuevas.

Dirigió su atención a Ta-Kumsaw y Beca. Fuera cual fuese la conversación que mantenían en susurros, había concluido. Ta-Kumsaw estaba sentado sobre el suelo ante ella, con las piernas cruzadas y la cabeza, gacha. Ella le acariciaba el cabello con manos suaves.

—La tela es más vieja aún que la parte más vieja de la casa... —dijo Alvin.

Beca no respondió.

—Esta tela ha existido desde siempre...

—Desde que el hombre y la mujer aprendieron a tejer, esta tela ha ido pasando por el telar.

—Pero no este telar. Es nuevo... —comentó Alvin.

—De tanto en tanto cambiamos el telar. Construimos el nuevo a partir del

anterior. Eso hacen los hombres de nuestro pueblo.

—Esta tela es aún más vieja que los primeros poblados de América —dijo Alvin.

—Una vez formó parte de un paño más grande. Pero un día, en nuestro antiguo país, vimos que una gran porción de los hilos se alejaban del borde de la tela. Mi tataratataratarabuelo construyó un nuevo telar. Allí pasaron las hebras que migraban, y desde allí seguimos tejiendo con los hilos que fueron necesarios. Como verás, siguen conectadas...

—Pero ahora el telar está aquí...

—Está aquí y allí. No intentes comprenderlo, Alvin. Yo renuncié hace mucho tiempo.

Pero ¿no es bueno saber que todos los hilos de la vida se unen para formar una inmensa tela?

—¿Quién teje la tela de los pieles rojas que se marcharon al oeste con Tenskwa-Tawa? —preguntó Alvin—. Esos hilos se iban de la tela...

—No es asunto tuyo —repuso Beca—. Digamos simplemente que se construyó otro telar, que fue llevado hacia el oeste.

—Pero Ta-Kumsaw dijo que ningún blanco cruzaría al oeste del río. El Profeta también lo dijo.

Ta-Kumsaw giró lentamente sobre el suelo, sin ponerse de pie.

—Alvin —le dijo—. Sólo eres un niño...

—Y yo sólo era una niña —le recordó Beca— cuando me enamoré de ti. —Se dirigió a Alvin—. La que llevó el telar al oeste es mi hija. Pudo ir porque es blanca sólo a medias. —Volvió a acariciarle el cabello a Ta-Kumsaw—. Isaac es mi esposo. Wieza es nuestra hija.

—Mana-Tawa —dijo Ta-Kumsaw.

—En una época pensaba que Isaac elegiría quedarse a vivir aquí con nosotras. Pero luego vi que su hilo se alejaba, aun cuando su cuerpo seguía a nuestro lado. Supe que se marcharía con su pueblo. Supe por qué había venido hasta nosotros, solo, desde el bosque. Existe un ansia más profunda que la que siente el piel roja por el canto del verde viviente, más profunda que el deseo del herrero por el metal candente, más profunda aún que el afán del hidromántico por el corazón hueco de la tierra. Esa ansia trajo a Ta-Kumsaw a nuestra casa. En aquel entonces, mi madre se encargaba del telar. Yo enseñé a leer y escribir a Ta-Kumsaw; él devoró los libros de la biblioteca de mi padre, y todos los demás que había en el valle. Encargamos más libros a Filadelfia, y él los leyó todos. Ya entonces escogió su propio nombre, del hombre que había escrito los Principia. Cuando tuvimos la edad suficiente, nos casamos. Tuve una hija. Él se marchó. Cuando Wieza cumplió tres años, Isaac regresó, construyó un telar y la llevó al oeste, cruzando las montañas, a vivir con su pueblo.

—¿Y usted dejó marchar a su hija?

—Sí, la dejé ir, tal como una de mis antecesoras dejó partir a la suya a través del océano, hasta esta tierra, con un nuevo telar y bajo la mirada celosa de su padre. — Beca le sonrió con tristeza—. Todos tenemos una labor que hacer, pero no hay buen trabajo que no tenga su costo. Cuando Isaac se la llevó, yo ya estaba en esta habitación. Todo lo sucedido ha sido para bien.

—Ni siquiera le preguntó usted por su hija cuando lo vio entrar. Aún no se lo ha preguntado.

—No es necesario —repuso Beca—. Nada malo puede sucedernos a las que cuidamos el telar.

—Bueno, ¿y quién ocupará su lugar, señora, si su hija se ha marchado?

—Tal vez venga otro marido. Que se quede en esta casa y construya otro telar para mí, y otro para la hija que aún no ha nacido.

—¿Y qué pasará con usted entonces?

—Cuántas preguntas, Alvin... —dijo Ta-Kumsaw. Pero su voz fue suave, con acento inglés, y sonó cansada. Alvin no sentía ese respetuoso temor por el Ta-Kumsaw que leía libros de hombre blanco, y decidió no prestar atención a la leve reconvención.

—¿Qué pasará con usted cuando su hija ocupe su lugar?

—No lo sé —dijo Beca—. Pero, según la historia, vamos al lugar de donde provienen los hilos.

—¿Y allí, qué hará?

—Hilar.

Alvin trató de imaginar a la madre de Beca, y a su abuela, y las mujeres que le habrían precedido, todas en fila. Trató de imaginar cuántas serían, trabajando en sus ruecas, creando del huso hilos blancos y crudos, que irían a alguna parte, proseguirían y luego desaparecerían hasta romperse. O tal vez, cuando algún hilo se rompiera, tuvieran en sus manos una vida humana y la arrojaran al aire hasta que algún viento errante se la llevara y la dejara caer sobre otro telar. Una vida flotante al viento, atrapada y entretejida en el paño de la humanidad; nacida en alguna época arbitraria y esforzándose por encontrar su camino en la tela y formar parte de su diseño.

Y al imaginarlo también creyó entender algo sobre el tejido. Sobre el modo en que se hacía más fuerte cuanto más tensos se apretaban los hilos. Los que asomaban por el derecho de la tela y se hundían en la trama sólo de vez en cuando daban resistencia, pero mucho color. En tanto otros, cuyo color apenas se notaba, se trenzaban profundamente con los demás hilos y los mantenían unidos. En aquellas hebras ocultas había cierta bondad. Desde ese día en adelante, cada vez que Alvin viese una persona silenciosa anónima y poco destacada para los demás, pero que sin embargo entretejía las fibras de su pueblo, aldea ó ciudad sosteniendo las hebras

unidas, la saludaría sin palabras, y en su corazón le rendiría homenaje, pues sabría que ésas eran las personas que mantenían firme el hilo y resistente la tela.

También recordó las muchas hebras que terminaban en el sitio donde tendría lugar la batalla de Ta-Kumsaw. Era como si el jefe hubiera cortado la tela con tijeras.

— No hay una forma de arreglar las cosa? —preguntó Alvin—. ¿No hay esperanzas de evitar que esta guerra suceda, que esos hilos se rompan? Beca meneó la cabeza.

—Aun cuando Isaac rehusara ir, la batalla tendría lugar sin su presencia. Los hilos no se han roto por algo que haya hecho Isaac. Se rompieron cuando algún piel roja escogió el curso de la acción que sin duda terminará con su muerte durante la guerra; tú e Isaac no anduvisteis por ahí propagando muerte, si eso es lo que te aflige. El Viejo Hickory tampoco ha estado asesinando blancos. Vosotros sólo ofrecisteis posibilidades de elección. Ellos no estaban obligados creer en vosotros. No tenían por qué escoger la muerte.

—Pero no sabían lo que estaban eligiendo... —Lo sabían —dijo Beca—. Siempre lo sabemos. No lo admitimos hasta el mismo momento de la muerte, Alvin, pero entonces vemos toda nuestra existencia ante nuestros ojos y comprendemos cómo escogimos, cada día de nuestra vida, la forma de morir.

—¿Y si da la casualidad de que algo cae sobre la cabeza de alguien y lo mata?

—Esa persona eligió pasar por allí en ese momento. Y no mirar para arriba.

—No lo creo —dijo Alvin—. Creo que la gente siempre puede cambiar lo que vendrá, y creo que hay ciertas cosas que suceden sin que nadie haya querido que ocurran.

Beca le sonrió y tendió sus brazos hacia él.

—Ven aquí, Alvin. Déjame abrazarte. Amo tu fe sencilla, niño. Quiero aferrarme a esa fe, aun cuando no pueda creer en ella.

Lo abrazó un instante, y en ese gesto Alvin recordó a su madre, fuerte y dulce, y lloró un poco. En realidad, lloró más de lo que pensaba, si es que pensaba llorar. Y prefirió no mirar su propio hilo, aun cuando imaginó que sería fácil de reconocer: el único nacido en la tela del hombre blanco que migraba a otra parte y se volvía verde. Verde como el propio pueblo del Profeta.

De algo estaba seguro. Tan seguro que ni siquiera lo preguntó, aun cuando hasta el cielo sabía que no tenía el menor reparo en preguntar todo aquello que le viniera en gana.

Estaba seguro de que Beca conocía el hilo de Ta-Kumsaw, y que la hebra de Ta-Kumsaw y la de él corrían unidas, al menos por un tiempo. Mientras Alvin estuviera a su lado, Ta-Kumsaw conservaría la vida. Alvin sabía que la profecía tenía dos finales posibles: en el primero, Alvin moría antes, en cuyo caso el jefe también lo hacía. En el otro, ninguno de ellos moría y sus hilos proseguían hasta desaparecer.

Podría haber una tercera posibilidad: que Alvin abandonara a Ta-Kumsaw. Pero si hacía semejante cosa, dejaría de ser Alvin, de modo que no tenía sentido considerar una posibilidad que no era tal.

Esa noche, Alvin durmió sobre una manta, en el suelo de la biblioteca, tras leer unas pocas páginas de un libro escrito por un tal Adam Smith. Alvin no supo, ni quiso averiguar, dónde durmió Ta-Kumsaw. Lo que un hombre hace con su esposa no es asunto de los niños. Pero se preguntó si la principal razón por la cual Ta-Kumsaw había regresado era su deseo de ver el telar o el ansia que había mencionado Beca: la necesidad de engendrar otra hija que se hiciera cargo del telar de Beca. No era mala idea, a los ojos de Alvin, dejar la tela de la América blanca en manos de la hija de un piel roja.

Por la mañana, Ta-Kumsaw lo condujo nuevamente al bosque. No hablaron de Beca, ni de ninguna otra cosa; fue nuevamente como antes, y Ta-Kumsaw sólo le dirigió la palabra para encargarle tareas. Alvin nunca más volvió a oírlo hablando con su voz de Isaac, y eso lo llevó a preguntarse si no habría sido una ilusión.

Sobre la ribera del Hio, al norte, cerca de la confluencia con el Wobbish, se reunía el ejército piel roja. Alvin nunca había pensado que pudiera haber tantos indios sobre la faz de la tierra. Nunca había pensado que pudiesen haber tantas personas en un mismo lugar en el mismo momento.

Como una congregación tan numerosa tarde o temprano debía comenzar a sentir hambre, allí también se reunieron los animales, percibiendo su necesidad y cumpliendo el propósito de su existencia. ¿Acaso el bosque sabía que todas sus esperanzas de resistir las hachas del hombre blanco dependían de la victoria de Ta-Kumsaw?

No, se dijo Alvin. El bosque hacía una vez más lo que había hecho siempre: disponer sus recursos para alimentar a su pueblo.

La mañana en que abandonaron el Hio, rumbo al norte, llovía y soplaba una brisa fresca. Pero ¿qué era una lluvia para los pieles rojas? Había llegado un mensajero de los franceses de Detroit. Era hora de unir fuerzas y tender el señuelo al ejército del Viejo Hickory.

DETROIT

Frederic, conde de Maurepas, vivía su momento de gloria. Lejos de sentirse en el infierno, allí en Detroit, privado de los placeres de París, por una vez sentía la euforia de participar en algo que lo excedía. La guerra estaba ante él, el fuerte bullía de actividad los indios salvajes llegaban procedentes de los últimos rincones de la espesura, y pronto, bajo las órdenes de De Maurepas, los franceses destruirían el improvisado ejército americano que el Viejo Dickory había hecho llegar hasta el norte del Maw-Mee. ¿O era el Viejo Bickory? Como fuese que lo llamaran.

Desde luego, una parte de él estaba bastante inquieta con todo el asunto. Frederic nunca había sido un hombre de acción, y ahora estaban sucediendo tantas cosas que apenas podía aprehenderlas. A veces le molestaba que Napoleón dejara luchar a los salvajes desde la protección de los árboles. Sin duda, los europeos, aun los bárbaros americanos, debían tener la mínima cortesía de no permitir que los pieles rojas sacaran ventaja de su habilidad para ocultarse en los bosques. Pero qué importaba. Napoleón estaba seguro de que daría resultado. En realidad, ¿qué podía fallar? Todo estaba saliendo tal como Napoleón había anunciado. Hasta el gobernador La Fayette, ese perro traidor y feillant, parecía entusiasmado con la batalla que tenían por delante. Incluso había enviado otro barco con más tropas, que Frederic había visto entrar en el puerto no haría ni diez minutos.

—Mi señor —dijo No-sé-cuántos, el sirviente que lo atendía por las tardes. Anunciaba a alguien.

—¿Quién? ¿Quién nos visita en horas tan intempestivas?

—Un mensajero del Gobernador.

—Que pase —dijo Frederic. Estaba demasiado contento para hacer esperar al hombre.

Después de todo, era de noche. No había razón para simular estar trabajando hasta altas horas. ¡Ya eran más de las cuatro!

Entró un hombre con un flamante uniforme. De hecho, un mayor.

Frederic debía saber su nombre, probablemente, pero no era nadie. Ni siquiera tenía un primo con título. De modo que Frederic aguardó, sin saludarlo.

El mayor extrajo dos cartas. Posó la primera sobre el escritorio de Frederic.

—¿La otra también es para mí?

—Sí, señor. Pero tengo órdenes expresas del Gobernador de daros ésta primero, aguardar a que la leáis en mi presencia, y luego decidir si he de daros la otra.

—¡Vaya con las instrucciones del Gobernador! Hacerme esperar para recibir mi correspondencia hasta que haya leído primero su carta.

—La segunda carta no está dirigida a vos, mi señor —dijo el mayor—. De modo que no es vuestra correspondencia. Pero creo que querréis leerla.

—¿Y si me encuentro cansado de tanto trabajar, y elijo leer la carta mañana?

—En tal caso, llevo una tercera carta, que leeré yo mismo a vuestras tropas si no leáis la primera antes de cinco minutos. Esa tercera carta os releva del mando y me nombra a mí comandante de Fuerte Detroit, bajo la autoridad del Gobernador.

—¡Qué audaz! ¡Qué ofensivo! Dirigirse a mí de ese modo...

—Me limito a repetir las palabras del Gobernador, mi señor. Os ruego que leáis esta carta inmediatamente. No os causará ningún perjuicio, y dejar de leerla tendría un efecto devastador.

Insoportable. ¿Quién se creería el Gobernador? Bueno, en realidad, era un marqués.

Claro que había perdido el favor del rey mucho más que...

—Cinco minutos, mi señor.

Suspirando, Frederic abrió la carta. Era pesada; al desdoblar el papel cayó sobre el escritorio un amuleto de metal sujeto a una cadena.

—¿Qué es esto?

—La carta, mi señor.

Frederic la recorrió con la vista rápidamente.

—¡Un amuleto! ¡Un hombre santo! ¿Qué se supone que debo hacer con esto? ¿Acaso La Fayette se ha vuelto supersticioso? —Pero, a pesar de su afectada indignación, Frederic supo que se lo pondría. Una protección contra Satán. Había oído hablar de esos talismanes, cuyo valor estaba más allá de todo precio: habían sido tocados por el dedo de la mismísima Madre Santa, quien les confirió su poder. ¿Podría ser éste uno de ellos?

Tomó la cadena y se la pasó por el cuello.

—Por dentro —dijo el mayor.

Frederic lo miró un instante, desconcertado, y luego comprendió a qué se refería.

Introdujo el amuleto por debajo de su camisa. Ahora nadie podía verlo.

—Ahí está —dijo—. Ya me lo he puesto.

—Excelente, mi señor —dijo el mayor. Le tendió la otra carta.

No estaba cerrada, pero había sido sellada, y Frederic se sorprendió al ver en el lacre el sello de Su Majestad. Estaba dirigida al marqués de La Fayette. Contenía la orden de poner bajo arresto inmediato a Napoleón Bonaparte y de embarcarlo cargado de grilletes con destino a París para ser juzgado por traición, sedición, deslealtad y malversación.

—¿Creéis que vuestras súplicas me conmueven? —preguntó De Maurepas.

—Esperaba que os conmoviera la justicia de mis argumentos —dijo Napoleón—. Mañana será la batalla. Ta-Kumsaw espera recibir órdenes de mí; sólo yo comprendo plenamente la misión que debe llevar a cabo el ejército francés en esta empresa.

—¿Sólo vos? ¿A qué se debe esta repentina vanidad de creer que sólo vos sois

capaz de estar al frente y de comprender?

—Pero debéis comprender, mi señor De Maurepas. A vos os compete preocuparos de la situación general, en tanto yo...

—No desperdiciéis vuestro aliento —lo interrumpió—. Ya no podéis engañarme. Vuestras brujerías, vuestro influjo satánico flota a mi alrededor como pompas de jabón. Ya no significa nada para mí. Soy más fuerte de lo que vos pensabais. ¡Tengo poderes ocultos!

—Me alegro de que así sea, pues públicamente lo único que demostráis es vuestra imbecilidad —dijo Napoleón—. La derrota que sufriréis sin mí os señalará como el idiota más consumado de toda la historia del ejército francés. Cuando alguien sufra un desastre ignominioso y absolutamente evitable, se mofarán de él y lo llamarán «Maurepas».

—Basta —dijo De Maurepas—. Traición, sedición, malversación y, como si con ello no bastara, ahora insubordinación. Monsieur Guillotin tendrá trabajo con vos, no me cabe la menor duda, gallito presumido. Adelante, intentad vuestros trucos con Su Majestad. Ya veréis de qué os sirven cuando tengáis las piernas entre grilletes y vuestra cabeza esté en juego.

La traición no fue evidente hasta la mañana, pero se perpetró con rapidez y contundencia. Comenzó cuando el contramaestre francés se negó a entregar pólvora a la gente de Ta-Kumsaw.

—Cumpló órdenes —dijo.

Cuando Ta-Kumsaw quiso ver a Napoleón, se rieron de él.

—No lo verá ahora, ni nunca —se le informó.

¿Qué pasaba con De Maurepas, entonces?

—El es un conde. No trata con salvajes. No venera a las bestias, como el pequeño Napoleón.

Sólo entonces notó Alvin que los franceses que los atendían ese día eran precisamente aquellos que Napoleón había desplazado. Los que gozaban de su confianza y preferencia no se veían por ningún lado. Napoleón había caído.

—Arcos y flechas —dijo un oficial—. Con eso se destacan sus valientes, ¿no es así? Con balas harán más daño a sus propias tropas que a las del enemigo.

Los exploradores de Ta-Kumsaw le dijeron que el ejército americano llegaría a mediodía. Ta-Kumsaw dispuso de inmediato a sus hombres para hostigar al enemigo.

Pero ahora que carecían del alcance de los mosquetes, poco podían hacer, más que irritar al ejército del Viejo Hickory con los agujones de sus flechas débiles y lejanas, cuando habrían debido vapulearlos con una irresistible tormenta de metal. Y muchos de sus arqueros habían muerto al acercarse demasiado al ejército americano para disparar.

—No estar cerca de mí —dijo Ta-Kumsaw a Alvin—. Todos conocer la profecía.

Creer que mi coraje sólo ser porque tú protegerme de morir.

Así pues, Alvin se alejó un poco, pero nunca tanto como para perder la visión profunda del cuerpo de Ta-Kumsaw, que le permitiría curar cualquier herida de inmediato. Lo que no podía sanar era el temor, la ira y la desesperación que se agolpaban en el alma del jefe. Sin pólvora, sin Napoleón, la victoria segura se había convertido en un hecho azaroso.

La estrategia básica tuvo éxito. El Viejo Hickory detectó la trampa enseguida, pero el terreno lo obligaba a caer en ella o replegarse. Como sabía que la retirada le sería fatal, avanzó resueltamente entre las colinas pobladas de pieles rojas, para ir a parar a una estrecha franja de terreno donde los cañones y mosquetes franceses habrían de barrerlos, mientras los indios acababan con todo aquel que tratara de escapar. La victoria sería rotunda, pues, en teoría, los americanos debían estar desmoralizados, confundidos y reducidos numéricamente por la avalancha de balas prodigadas por los pieles rojas durante el trayecto.

La estrategia fue un éxito excepto en que, cuando el ejército americano se acercó a los franceses y vaciló ante las bocas de los nueve cañones cargados de metralla y los dos mil mosquetes dispuestos para asolar el campo repetidamente, los franceses, incomprensiblemente, comenzaron a retroceder. Como si no confiaran en la inexpugnabilidad de su propia posición. Ni siquiera intentaron retirar los cañones.

Retrocedieron como si temieran la destrucción inmediata.

A partir de allí, el curso de la batalla fue predecible. El Viejo Hickory supo aprovechar la oportunidad. Sus soldados ignoraron a los pieles rojas y cayeron sobre los franceses en retirada, masacrando a todo aquel que no corriese, apoderándose de los cañones y mosquetes, de la pólvora y las balas. En una hora, se habían valido de la artillería francesa para abrir brecha en los muros del fuerte por tres sitios; los americanos penetraron en Detroit convirtiendo las calles en un sangriento campo de batalla.

Ta-Kumsaw debió haberse marchado en ese momento. Debió haber dejado que los americanos destruyeran a los franceses y haber puesto a salvo a sus hombres. Tal vez sintió que su deber era ayudar a los aliados, aun después de haber sido traicionado. Tal vez tuvo la débil esperanza de que su ejército de indios pudiese obtener la victoria después de todo, ahora que los americanos estaban en plena batalla. O quizá supo que nunca más tendría el poder de congregarse a todos los guerreros de las tribus. Si se retiraba antes de concluir la batalla, ¿quién más volvería a seguirlo? Y si no lo seguían a él, no seguirían a ningún otro, y los blancos tendrían vía libre para conquistar y doblegar a todas y cada una de las tribus. Ta-Kumsaw sabía que sería la victoria ahora, aunque improbable, o bien la lucha para siempre. Y los que no murieran ese día tendrían que huir al oeste, a una tierra que les era desconocida y desprovista de bosques, o bien subsistir como un pueblo agotado, a la

usanza del blanco y no del piel roja, ante un bosque que sería mudo a sus oídos para siempre. Esperara o no la victoria, no podía rendirse ante semejante futuro. No sin luchar.

Así, armados con arcos y flechas, palos y cuchillos, los pieles rojas atacaron al ejército americano por detrás. Al principio aniquilaron cruentamente a los blancos, derribándolos y atravesándolos con pedernal. Ta-Kumsaw ordenaba a gritos que les quitaran los mosquetes, la pólvora y las municiones a los caídos, y muchos lograban obedecer. Pero, en ese momento, el Viejo Hickory puso en acción a sus cuerpos más disciplinados, y volvieron las armas. Y los indios, expuestos en campo abierto, cayeron bajo una cellisca de metralla.

Cuando se ocultó el sol, Detroit era pasto de las llamas, y el humo ahogaba los bosques cercanos. En la penumbra asfixiante, Ta-Kumsaw aguardaba junto a unos pocos cientos de shaw-nee. Aquí y allá quedaban escasos grupos de otras tribus. La mayoría desesperaba y huía a la espesura, donde ningún blanco podría seguirles. El Viejo Hickory en persona lanzó el asalto final contra el reducto boscoso de Ta-Kumsaw, llevando consigo los mil americanos que no se hallaban saqueando la ciudad francesa y aplastando los ídolos de la catedral papista.

Las balas daban la sensación de provenir de todas partes. Pero, aun así, Ta-Kumsaw se mantuvo de pie, gritando a sus hombres, instándolos a luchar con los mosquetes robados a los americanos caídos en el primer ataque. Durante quince minutos eternos, Ta-Kumsaw peleó como un loco, y los shaw-nee lucharon y cayeron a su lado. El cuerpo de Ta-Kumsaw estaba plagado de heridas escarlatas; la sangre le corría por el pecho y la espalda, y un brazo pendía inerte a un costado. Nadie sabía de dónde conseguía la fuerza para resistir, tantas eran sus heridas. Pero Ta-Kumsaw estaba hecho de carne, como cualquier otro hombre, y por fin cayó bajo el crepúsculo cargado de humo, vencido por media docena de heridas, cualquiera de las cuales habría bastado por sí sola para poner fin a su vida.

Cuando cayó Ta-Kumsaw, los disparos amainaron. Era como si los americanos supiesen que, con sólo abatir a ese hombre, destruirían el espíritu de los pieles rojas para siempre. El puñado de supervivientes shaw-nee se alejó reptando entre el humo y la penumbra, para portar la amarga noticia de la muerte de Ta-Kumsaw a cada una de las aldeas shaw-nee y a cada choza donde viviera un indio. La gran batalla no tenía esperanza: franceses o americanos, en los blancos no se podía confiar. Así, el plan de Ta-Kumsaw nunca podía haber triunfado. Pero los pieles rojas recordaron que, al menos una vez, se unieron bajo un gran hombre, fueron un único pueblo y soñaron con la victoria. Por ello, Ta-Kumsaw fue recordado en los cantos de las aldeas y familias pieles rojas que cruzaron el Mizzipy para unirse al Profeta; fue recordado en los relatos que, ante los hogares de ladrillo, contaron hombres y mujeres vestidos como blancos y trabajando como blancos, pero que aún conservaban en la memoria

su antiguo modo de vivir: el más grande de los indios del bosque había sido un hombre llamado Ta-Kumsaw, que murió tratando de salvar el bosque y la vida ancestral de los pieles rojas, condenada a desaparecer.

Pero no sólo los pieles rojas recordaron a Ta-Kumsaw. Los soldados americanos lo admiraron, incluso mientras disparaban sus mosquetes hacia la figura insustancial que corría entre los bosques. Fue un gran héroe de las viejas épocas. En su corazón, los soldados americanos eran campesinos y mercaderes; Ta-Kumsaw, en cambio, vivió una historia como la de Aquiles o Ulises, César o Aníbal, David o los Macabeos. «No se muere», murmuraban al ver que las balas se hundían en su cuerpo y que, aún, no caía.

Cuando por fin se desplomó, buscaron su cuerpo y no pudieron encontrarlo.

—Los shaw-nee lo arrastraron consigo —dijo el Viejo Hickory, y eso fue todo. Ni siquiera los dejó buscar al Niño Renegado; se imaginó que aquel traidor blanco, tan infiel como los franceses, había caído durante la lid. «Dejémoslo», dijo el Viejo Hickory, ¿y quién iba a discutir con el anciano? Había doblegado la resistencia india de una vez por todas, ¿o no?

Viejo Hickory, Andy Jackson... querían que fuera rey, pero algún día tendrían que elegirlo presidente. Sin embargo, mientras tanto no podían olvidar a Ta-Kumsaw. Corría el rumor de que estaba vivo en algún lugar, convaleciente de sus heridas, esperando la hora de curarse para dirigir una colosal invasión piel roja desde el otro lado del Mizzipy, desde las ciénagas del sur o desde algún reducto oculto en los montes Apalaches.

Durante toda la batalla, Alvin empleó todas sus fuerzas en mantener con vida a Ta-Kumsaw. Cada vez que una nueva bala se le incrustaba en la carne, Alvin reparaba las arterias rotas, tratando de que la sangre no fuese derramada. No tenía tiempo para curar el dolor, pero a Ta-Kumsaw parecía no importarle las salvajes heridas que los blancos le infligían. Alvin se acuclilló en su escondite, entre un árbol erguido y otro derribado, con los ojos cerrados, observando a Ta-Kumsaw sólo con su visión interior, contemplando la carne desde el lado de adentro. Alvin no vio ninguna de las imágenes que gestarían la leyenda de Ta-Kumsaw. Alvin no vio nada, pues las balas hicieron caer sobre él una lluvia de hojas y astillas de madera. Una bala llegó a morderle el dorso de la mano izquierda, pero apenas la sintió, de tan concentrado que estaba en mantener en pie a Ta-Kumsaw.

Pero hubo algo que Alvin sí vio: más allá de los límites de su visión, casi fuera de su alcance, vislumbró al Deshacedor, como una sombra transparente que rebanaba el bosque con dedos temblorosos. Alvin podría curar a Ta-Kumsaw. Pero ¿quién podría sanar al bosque verde? ¿Quién podría curar el desgarramiento entre tribus y entre pieles rojas? Todo lo que Ta-Kumsaw había construido se desmoronaba en menos de una hora, y lo único que Alvin podía hacer era mantener a un hombre con vida. A un

gran hombre, cierto, a un hombre que había cambiado el mundo, que había construido algo, aun cuando al final ello hubiese conducido a más daño y sufrimiento; Ta-Kumsaw era un constructor, pero mientras salvaba su vida, Alvin supo que los días de construcción de Ta-Kumsaw habían concluido. Con razón el Deshacedor no se molestaba en arrebatarse a Alvin la vida de su amigo. ¿Quién era Ta-Kumsaw comparado con lo que se llevaba el Deshacedor en este festín? Era como Truecacuentos había dicho tanto tiempo atrás: el Deshacedor podía derruir, arrancar, demoler y aplastar las cosas más deprisa de lo que cualquier hombre podía siquiera soñar en construir.

Durante todo ese tiempo, Alvin apenas supo dónde se encontraba Ta-Kumsaw, atareado como estaba observándolo por dentro.

Los pieles rojas cercaban el escondrijo de Alvin como un perro atado a un árbol, dando vueltas a su alrededor y acercándose cada vez más. Así, cuando las balas fueron demasiadas para Alvin, y cuando la sangre le brotaba de tantas heridas y a tal velocidad que al niño le fue imposible detenerla, Ta-Kumsaw cayó en el refugio de Alvin, desparramado sobre el cuerpo del pequeño, como para protegerlo de la embestida del viento.

Alvin apenas oyó las pisadas de los exploradores a su alrededor. Estaba demasiado atareado curando heridas, cicatrizando carne desgarrada, uniendo nervios cercenados y soldando huesos rotos. En su desesperación por salvar la vida de Ta-Kumsaw, abrió los ojos y cortó su carne de piel roja con el cuchillo de pedernal para arrancarle las balas y luego sanar los sitios donde había abierto los tajos.

Y todo el rato fue como si el humo se hubiera congregado a su alrededor, haciendo imposible que alguien pudiese ver el refugio donde el Deshacedor había enterrado a Alvin.

Despertó a la tarde del día siguiente. Ta-Kumsaw yacía a su lado, débil y exhausto pero vivo. Alvin se sentía sucio, incómodo y con ganas de orinar. Con cuidado, trató de salir de debajo del cuerpo de Ta-Kumsaw, que le resultó ligero como si estuviese hecho de aire.

La niebla se había dispersado, pero Alvin seguía sintiéndose invisible, aun caminando a la luz del día con su atuendo de piel roja. Cerca de las ruinas de Detroit, en el campamento americano, sonaba el canturreo ebrio de los soldados. A través de los árboles serpenteaban los últimos restos de humo. Y por donde Alvin caminaba veía los cuerpos de los indios, desperdigados sobre el suelo boscoso como paja húmeda. Todo olía a muerte.

Alvin halló un arroyo y bebió, tratando de no pensar en los cadáveres que debía haber aguas arriba. Se lavó el rostro y las manos y hundió la cabeza en la corriente para refrescarse la cara, como solía hacer en casa al cabo de un día de trabajo agotador.

Entonces regresó a despertar a Ta-Kumsaw para traerlo a beber.

Ta-Kumsaw ya había despertado. Estaba de pie al lado del cuerpo de un amigo muerto. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, y la boca abierta, como si de su garganta irrumpiera un grito tan profundo y atronador que los oídos humanos no pudieran oírlo y sólo percibieran su vibración en el temblor de la tierra. Alvin corrió hasta él y lo rodeó con sus brazos, tratando de colgarse del jefe como el chiquillo que era, sólo que era él quien deparaba el consuelo.

—Hizo todo lo que pudo; hizo todo lo posible... —murmuró.

Y Ta-Kumsaw no respondió, aunque su silencio fue en cierto modo una respuesta.

«Estoy vivo, lo cual significa que no he hecho lo suficiente.»

Se alejaron caminando por la tarde, sin molestarse siquiera en ocultarse.

Algunos blancos despertaron más tarde jurando haber visto visiones de Ta-Kumsaw y el Niño Renegado caminando sobre los cadáveres del ejército piel roja, pero nadie les dio crédito. ¿Qué importaba? Ta-Kumsaw ya no era ningún peligro para los blancos. Se había abatido contra ellos como una ola inmensa, pero habían podido resistir; había creído poder despedazarlos, pero ellos trituraron al piel roja y a su pueblo, y si aún quedaban algunos fragmentos, ¿qué podía importar? Ya no tenían poder: se extinguió todo en un golpe fútil y brutal.

Durante todo el trayecto hacia el sur, rumbo al nacimiento del My-Ammy, Alvin no dijo una sola palabra a Ta-Kumsaw. Y éste tampoco se dirigió al pequeño, ni aun cuando se detuvieron para construir juntos una canoa. Alvin blandaba la madera en los sitios precisos, por lo que no les llevó siquiera media hora. En otra media hora ya habían tallado una buena paleta para remar. Entonces arrastraron la canoa hasta el borde del río.

Sólo cuando la embarcación estaba a medias sobre las aguas, Ta-Kumsaw se detuvo para mirar a Alvin, extendió una mano y acarició el rostro del niño:

—Si todos los hombres blancos fueran sinceros como tú, Alvin, jamás habría sido su enemigo.

Y mientras Alvin contemplaba a Ta-Kumsaw remar a lo largo de la corriente hasta perderse de vista, sintió como si Ta-Kumsaw no hubiese perdido. Como si la batalla no hubiera tenido nada que ver con Ta-Kumsaw. Era una batalla sobre los hombres blancos, y sobre su derecho a merecer esa tierra. Podían pensar que habían ganado, que los pieles rojas habían inclinado la cabeza para admitir su derrota, pero en realidad era el hombre blanco quien había perdido, pues cuando Ta-Kumsaw remontó el Wobbish hacia el Hio, y el Hio hacia el Mizzipy, y cuando surcó la niebla de su corriente para llegar a la otra orilla, consigo se llevó la tierra, el canto verde. Lo que el blanco ganó con tanta sangre y deslealtad no fue la tierra viviente del piel roja, sino su cadáver. Lo que el hombre blanco ganó fue la descomposición. En sus manos se convertiría en polvo. Alvin lo sabía.

«Pero por mucho que digan —pensó Alvin—, soy un hombre blanco, no un piel roja. Y podrida o no bajo mis pies, esta tierra es todo lo que tenemos, y nuestro pueblo, el único al cual pertenecemos.» Alvin caminó bordeando la costa del Wobbish, acompañando la corriente en su descenso, sabiendo que en el punto donde el Tippy-Canoe vertía sus aguas en un cauce más ancho encontraría a su padre y su madre, a sus hermanos y hermanas, aguardando para saber qué había sido de él durante aquel año, desde que partiera para convertirse en el aprendiz de un herrero del río Hatrack.

REGRESO AL HOGAR

Napoleón no viajó a Francia cargado de grilletes. Durmió en el segundo camarote y cenó en la mesa del gobernador La Fayette, que estaba más que feliz con su compañía.

En las cálidas tardes, mientras cruzaban el Atlántico, La Fayette confió a Napoleón, su tan querido amigo, todos los planes de su revolución, y Napoleón le brindó su solícito consejo para que la revolución se hiciera más deprisa y con mejores resultados.

—Lo mejor de estos tristes eventos —dijo La Fayette el día en que avistó por primera vez la costa de Bretaña— es que ahora somos amigos, y que la revolución tiene asegurado el éxito porque vos sois parte de ella. Pensar que alguna vez desconfié de vos, creyendo que erais un instrumento del rey. ¡Un instrumento de Carlos! Pero pronto toda Francia os conocerá como el héroe que sois, y culpará al rey y a Freddie de la caída de Detroit. Todo ese territorio en manos de protestantes y salvajes, mientras aquí podemos ofrecer un camino mejor, un verdadero liderazgo al pueblo de Francia... Ah, Napoleón, durante todos estos años de planear la democracia, he ansiado contar con un hombre como vos. Todo lo que necesitábamos los feuillants era un conductor, un hombre que pudiera guiarnos, capaz de llevar a Francia a la verdadera libertad. —Y La Fayette suspiraba y se arrellanaba en los cojines de su sillón.

Napoleón escuchaba con satisfacción, sí, pero a la vez con tristeza. Había pensado que La Fayette era inmune a su carisma debido a alguna fortaleza interior. Ahora sabía que se trataba de un tonto amuleto y que La Fayette era un hombre como cualquier otro a la hora de caer bajo su influjo. Y ahora que ese talismán yacía enterrado en un inmenso camposanto en las afueras de Detroit, sin duda aún encadenado a las vértebras polvorientas de Frederic de Maurepas, Napoleón supo que nunca podría encontrar su igual en este mundo, a menos que fuera Dios, o la Naturaleza misma. No habría hombre capaz de negarse a él, eso seguro. Escuchó, pues, los balbuceos de La Fayette con cierta añoranza del hombre que una vez creyó que era.

Los marineros iban y venían sobre la cubierta haciendo toda clase de ruidos. Se acercaban a tierra. Por fin, Napoleón estaba en Francia, su hogar.

Ta-Kumsaw no tuvo que temer a la espesa niebla que se cernía sobre él a medida que llegaba a la boca del Hio para hundirse en el Mizzipy y perderse en su poderosa corriente.

Conocía el camino: hacia el oeste; y cualquier costa sería su refugio, su seguridad, el fin de sus días.

Pues eso era todo lo que podía ver por delante. La tierra al oeste del Mizzipy era

territorio de su hermano; allí, el blanco nunca podría llegar. La tierra misma, el agua y cada criatura viviente obrarían para derribar a los blancos que creyeran, tontamente, que el piel roja podía ser derrotado una vez más. Pero el pueblo indio necesitaba ahora los dones del Profeta, y no los de un guerrero como Ta-Kumsaw. En el este podía ser una figura legendaria, entre blancos necios e indios caídos, pero en el oeste lo conocerían por lo que era: un fracasado, un hombre de manos ensangrentadas que había llevado a su pueblo a la destrucción.

El agua lamía su embarcación. No muy lejos, oyó el canto de un cardenal. La niebla se hizo más blanca, resplandeciente; entonces se abrió, e irrumpió el sol, cegador. Con tres golpes de remo, la canoa se detuvo contra la ribera y allí, para su sorpresa, el sol vespertino recortó la silueta de un hombre, de pie sobre la orilla. El hombre se agachó, tomó un extremo de la canoa de Ta-Kumsaw y la acercó más a la ribera. Luego ayudó a Ta-Kumsaw a salir de su pequeña piragua. Ta-Kumsaw no podía verle el rostro: la luz lo encandilaba; pero al sentir el roce de su mano supo quién era. Entonces, la voz murmuró:

—Deja que la canoa se marche a la deriva. Ya no hará falta cruzar el río nunca más, hermano.

—Lolla-Wossiky... —exclamó Ta-Kumsaw. Se echó a llorar y cayó de rodillas a sus pies, aferrándose a él. Dejó que se derramara toda su angustia, todo su dolor, mientras desde arriba Lolla-Wossiky, Tenskwá-Tawa, el Profeta, le cantaba una tonada melancólica. Una tonada sobre la muerte de las abejas.

Cuando Alvin llegó al pueblo, las cosas habían cambiado bastante. Ante el camino del Wobbish había un letrero que decía:

No te detengas, extraño, si puedes seguir. O escucha una historia que te hará maldecir.

Alvin conocía el propósito de ese cartel. Pero él no era ningún extraño allí. ¿O lo era?

Recorrió el corto tramo del sendero que conducía a Iglesia de Vigor y vio que habían erigido nuevos edificios, nuevas casas. La gente vivía mucho más apretada que antes, y su aldea era ya todo un pueblo. Pero nadie lo saludó por el camino. Ni siquiera los niños que jugaban en el ejido tuvieron palabras para él; seguramente sus padres les habrían enseñado a no saludar a los extraños, o tal vez estuvieran hartos de escuchar a sus padres y hermanos mayores contar la atroz historia a cada desconocido que llegara.

Mejor no dar la bienvenida a nadie.

Y el año transcurrido había cambiado a Alvin. Estaba más alto, y su paso era diferente, más parecido al de un piel roja, desacostumbrado a sentir bajo sus pies un camino de hombre blanco, añorando el canto del bosque verde, que en esas regiones casi se había extinguido. «Tal vez ahora sea un extraño en esta tierra. Tal vez haya

visto y hecho demasiado en este último año para poder volver a ser el Alvin Júnior de siempre.»

A pesar de los cambios que había sufrido el pueblo, Alvin supo encontrar el camino.

Eso no había cambiado: en cada arroyo que cruzaba el sendero hasta la casa de su padre, seguía habiendo un puente. Alvin trató de sentir como antes, de advertir la furia del agua contra él. Pero el mal negro que alguna vez había sido su enemigo ya casi no lo reconocía: ahora caminaba como un piel roja y vivía en comunión con el mundo viviente.

«No importa», pensó Alvin. «A medida que la tierra se quiebre y envilezca, volveré a pisar como un hombre blanco, y el Deshacedor me hallará. Así como destruyó la mano protectora del piel roja sobre estas tierras, tratará de derrotarme a mí también. Y si la fortaleza de Ta-Kumsaw no bastó, y si la sabiduría de Tenskwa-Tawa no fue suficiente para hacer frente al Deshacedor, ¿acaso yo podré hacerlo alguna vez?»

Sigue tu camino, día tras día, como rezaba el viejo salmo. Sigue el camino, día tras día, y en lo alto, el Señor, luz y amor, que consuela mi pesar, que sacia mi copa, que eleva mi ser y restaña mi alma, que me cura. Amén. Amén.

Cally estaba sentado en el patio, sin hacer nada, como si estuviera vigilando por si Alvin Júnior llegaba ese día. Y tal vez realmente estuviese haciéndolo, pues fue él quien gritó, quien lo reconoció a pesar de todos sus cambios.

—¡Alvin! ¡Ally! ¡Alvin Júnior! ¡Ha vuelto! ¡Has vuelto a casa!

El primero que acudió fue Mesura. Apareció corriendo con la camisa arremangada y el hacha colgando de una mano. En cuanto hubo comprobado que se trataba verdaderamente de Alvin, arrojó el hacha al suelo y lo tomó de los hombros, para ver si había sufrido algún daño, si tenía cicatrices, si era el de siempre. No; todo estaba curado.

Pero Mesura descubrió en él heridas más profundas, y le dijo en voz baja:

—Has crecido, Al. —Y Alvin no tuvo qué responder. Era verdad. Por un momento se miraron a los ojos. Ambos sabían cuánto había transitado cada uno el camino de sufrimiento y exilio del indio piel roja; ningún otro blanco podía saber lo mismo que ellos.

Entonces salió Ma, y Pa vino corriendo a la casa desde el molino, y ay, hubo una de besos y abrazos, y gritos y risas, y llantos y silencios... No mataron el pavo que llevaban tiempo engordando, pero hubo un lechón que no vio la luz del sol al día siguiente. Cally fue hasta la granja de los hermanos y hasta la tienda de Soldado de Dios para dar la buena nueva. Pronto la familia se halló reunida para dar la bienvenida a Alvin Júnior, a quien creían no volver a ver nunca más, a pesar de saber que seguía con vida.

Y entonces, como se hacía tarde, llegó el momento en que Pa escondió las manos en los bolsillos, y todos se pusieron tensos, hasta que Alvin asintió y dijo:

—Conozco la historia que tenéis que contarme. Hacedlo ahora, todos, y yo os contaré después la parte que me tocó a mí.

Lo hicieron, y también él, y esta vez hubo llantos y dolor en lugar de alegría. El valle del Wobbish era el único hogar que habrían de conocer; era el único modo en que podían tolerar la existencia las personas que habían cometido la matanza de Tippy-Canoe. Para ellos, así estaba bien; mejor no tener que mezclarse con extraños. ¿Dónde podrían vivir en paz, teniendo que decirle a cada recién llegado lo que habían hecho?

—Por eso nosotros debemos quedarnos, hijo. Pero no tú, ni Cally, ya sabes. Y tal vez ese viaje para ser aprendiz todavía pueda hacerse, ¿qué te parece?

—Ya habrá tiempo de pensar en eso más tarde —dijo Ma—. Ya habrá tiempo para todas esas preguntas. Está en casa, eso es todo por ahora. ¿Me habéis oído? Ha vuelto, y yo que pensaba que nunca más volvería a verlo... Gracias a Dios que no me hizo profeta cuando dije que nunca más posaría mis ojos sobre el dulce y pequeño Alvin.

Alvin estrechó a su madre tan fuerte como ella lo abrazó a él. No le dijo que su profecía había sido cierta. Que esta vez no había vuelto su dulce y pequeño Alvin... Que lo descubriera por sí misma. Por el momento, era suficiente con que el año hubiese terminado, con que hubiese presenciado el desenlace de tantos grandes cambios, con que ahora, por diferente que fuese, por amarga que resultara, la vida siguiese un camino firme, sin que la tierra se quebrara bajo sus pies.

Esa noche, en su propia cama, Alvin oyó el canto verde y distante, aún tibio y hermoso, aún brillante y esperanzado, a pesar de que el bosque era cada vez más escaso y que el futuro era cada vez más sombrío. Pues en el canto de la vida no hay temor al futuro: sólo existe el momento presente de eterno júbilo. «Eso es todo lo que deseo por ahora —pensó Alvin—. El momento presente, para mí es más que suficiente.»